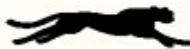




Un montón de migajas

ELENA GOROKHOVA

gatopardo ediciones 

UN MONTÓN DE MIGAJAS

ELENA GOROKHOVA

Traducción de Carles Andreu

gato pardo ediciones 

Título original: *A Mountain of Crumbs*

Copyright © Elena Gorokhova, 2010

© de la traducción: Carles Andreu

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Las tejedoras* (1981)

© Ígor Zotin, Borís Kavashkin/TASS

Imagen de interior: Elena Gorokhova con su madre

en Ridgewood (Nueva Jersey, 2010)

Imagen de la solapa: © Lauren Perlstein

eISBN: 978-84-17109-89-9

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



La escritora con su madre en Ridgewood,
Nueva Jersey, en 2010.

*Para mi madre,
Galina Konstantinovna Maltseva*

1. IVÁNOVO

Ojalá mi madre hubiera nacido en Leningrado, en el mundo de Pushkin y los zares, entre muros de granito, verjas de hierro forjado y cúpulas de nácar sobre las que reposaba el cielo bajo. Desde su primer aliento de vida, se habría contagiado del glamur de Leningrado, y las fachadas de formas curvas y los puentes majestuosos, impregnados durante más de dos siglos de la humedad y el salitre de la ciudad, habrían dejado un rastro perdurable de refinamiento en su alma.

Sin embargo, no fue así. Mi madre nació en la provinciana ciudad de Ivánovo, en la Rusia central, donde las gallinas vivían en la cocina y se guardaba un cerdo bajo las escaleras, donde las calles estaban sin asfaltar y las casas eran de madera; un lugar donde la gente lame los platos.

Nacida tres años antes de que Rusia se convirtiera en la Unión Soviética, mi madre acabó siendo un reflejo de mi patria: autoritaria, protectora y difícil de abandonar. Nuestra casa era la sede del Politburó, y mi madre, su presidenta perpetua. Dirigía las sesiones en nuestra cocina, delante de una olla de *borscht*, con un cucharón en la mano, ordenándonos que comiéramos con una voz que hacía temblar a sus alumnos de anatomía. Superviviente de la hambruna, del terror de Stalin y de la Gran Guerra Patriótica, nos controlaba y protegía con férrea determinación. Lo que le había pasado a ella no iba a pasarnos a nosotros. Nos mantenía apartados del peligro, de la experiencia y de la vida misma con un estrecho abrazo que protegía nuestra inocencia al mismo tiempo que nos sofocaba.

Mi madre era quien comandaba, bajo las lluviosas nubes del Báltico, nuestras tropas hacia la ruinoso dacha donde plantábamos, desherbábamos, recogíamos y poníamos en conserva para el invierno todo aquello que se aviniera a crecer bajo un sol esporádico, que nunca asomaba por encima de la pocilga del vecino. Durante el breve verano septentrional, cruzábamos, chapoteando un pantano, hasta las aguas poco profundas del golfo de Finlandia, cálidas y amarillentas como un té muy flojo. Cogíamos setas en el musgo del bosque y las colgábamos de una cuerda sobre el hornillo con el fin de secarlas para el invierno. Mi madre planificaba, dirigía y supervisaba las operaciones, acarrea cubos de agua hasta los arriates de pepino y eneldo, y lidiaba para no perder el turno en las colas y poder conseguir el azúcar con el que prepararíamos la fruta en conserva que necesitaríamos en invierno para combatir los resfriados. Cuando llegaba septiembre, regresábamos a la ciudad y rebuscábamos en el armario mermelada de grosella para mi tos, o jarabe de grosella negra para hacer bajar la presión sanguínea de mi padre. Entonces volvíamos a los discursos, los abrigo forrados de lana y los preparativos para volver a cavar cuando llegara abril.

Tal vez, si no hubiera pasado todos los veranos de mi vida metida hasta los tobillos en aquel barro frío y encharcado, no me habría dejado seducir tan fácilmente por el sonido de la lengua

inglesa que surgía de los surcos de un disco titulado *Audio-Lingual Drills*, el orgullo de mi profesora particular. Tal vez habría estudiado medicina, como mi madre, o ingeniería, como hacían todos. Incluso es posible que me hubiera casado con un ruso.

Tal vez, si hubiera podido relacionar la palabra *intelligentsia* con la corpulenta figura de mi madre, ataviada con un vestido de poliéster confeccionado por la fábrica La Mujer Bolchevique, no habría tenido que escapar a Estados Unidos en un vuelo de Aeroflot, con un rostro sobresaltado que me miraba desde el pasaporte que sostenía en la mano, y encima de la mesa del inspector de la KGB, una maleta abierta y revuelta con veinte kilos de lo que había sido mi vida.

Mi abuelo, Konstantin Ivánovich Kuzminov, era un campesino. La condesa, propietaria de la aldea donde él vivía, situada a orillas del río Vólga, a quinientos kilómetros de Moscú, diríase que debido a un acceso de culpabilidad por tanto tiempo de servidumbre, le sufragó los estudios en la Escuela de Ingeniería. Mi abuela era la hija del propietario de una fábrica textil en la ciudad de Ivánovo, que daba trabajo a la mayoría de los hombres del pueblo. Se casaron dos años antes de que estallara la Primera Guerra Mundial y cinco antes de que los bolcheviques tomaran el Palacio de Invierno y se desencadenara la guerra civil en el país.

En 1918, cuando la altruista condesa, junto con multitudes de nobles aterrados, tomó en Crimea un barco rumbo a Turquía, mis abuelos tenían ya tres hijos: mi madre y sus dos hermanos menores. La Revolución, que prometía liberar al pueblo del yugo del absolutismo y llevar a las clases trabajadoras al paraíso, alimentó la esperanza de la recuperación de Rusia: finalmente, los siglos de desigualdades y explotación tocaban a su fin, y la paz y la prosperidad parecían estar a su alcance. Sin embargo, en 1920 el racionamiento se redujo aún más y el manto de la hambruna volvió a cubrir todo el país, mientras en el horizonte asomaba ya el alba sangrienta de las seis décadas de terror que se avecinaban.

Fue entonces cuando mi abuela inventó el juego de las migajas. Mi madre y su hermano Sima, de seis y cinco años respectivamente, eran ya lo bastante mayores para ignorar los rugidos de hambre de sus estómagos, y se las apañaban con apenas un pedazo de pan negro y un azucarillo, pero mi tío Yuva, de tan sólo tres años, que murió durante los primeros minutos de la Blitzkrieg de 1941, cerraba los puños y berreaba de hambre.

—¡Pero mira todo lo que tienes! —le decía entonces mi abuela, y desmenuzaba el pan y el azucarillo con los dedos—. Fíjate, un montón de migajas.

Mi madre y Sima, que eran mayores y más listos, echaban una furtiva mirada de pena a su hermanito, que se dejaba tomar el pelo de aquella forma.

—Dos montones —decía entonces mi abuela.

Yuva dejaba de llorar y se restregaba los mocos por las mejillas, apaciguado por la apariencia de abundancia: dos montones enteros, más pan y azúcar que en el triste cuadradito que había en los platos de los demás, suficientes migajas como para pasarse una hora entera pellizcándolas mientras se las iba metiendo en la boca una a una, tan abundantes y dulces.

En 1928, mis abuelos ocupaban una casa de madera de dos pisos en la que residían junto a sus cuatro hijos (una niña y ya tres niños) y Baba Manyá, la hermana solterona de mi abuela, una mujer ingeniosa, pálida y buena. Era ella quien zurcía la ropa de los niños, que crecían demasiado rápido, quien cuidaba de las tres gallinas que habitaron en la cocina hasta que se las comió un gato y quien más tarde, durante otra época de escasez, después de la Segunda Guerra Mundial, compró el último cochinitillo esquelético a un tipo con un carro de caballos que se detuvo unos minutos en

su calle. El cerdo vivió debajo de las escaleras y, a lo largo del siguiente año, evitó que murieran todos de hambre.

En 1929 nació la hermana menor de mi madre, Muza, la quinta y última de la familia.

—Dios nos ha traído otra niña —anunció Baba Manyá desde el porche, en el último aliento del veranillo de San Martín, mientras se secaba las manos en el delantal—. Alabada sea la Santísima Trinidad, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Desconocía que Moscú había aprobado un decreto que declaraba la muerte de la religión: un enemigo débil y enclenque al que habían pateado, apuñalado y relegado finalmente al desván del pasado zarista.

—No ha sido Dios —replicó mi madre, ya con quince años, flanqueada por sus tres hermanos pequeños, entre las matas de diente de león que les llegaban hasta los tobillos, observando cómo mi abuela fajaba a una agitada Muza, que pronto desapareció bajo varias capas de mantas viejas. Ha sido mamá quien nos ha traído otra niña.

—Así se os caiga la lengua a todos, *fooligans* impíos —gritó entonces Baba Manyá, que se santiguó apresuradamente.

En realidad, quería decir *hooligans* (*hooligani*, vándalos), pero, o bien no sabía pronunciar la hache aspirada, o no conocía la palabra. Y en eso se convirtieron mi madre y sus tres hermanos, en *fooligans*:^[1] fogosos e ingenuos, decididos e imprudentes, inspirados por un nuevo dios, un cruce entre *hooligans* y locos.

En 1931, mi madre, que a sus diecisiete años había heredado la obstinación y el fervor revolucionario de mi abuelo, se recogió las trenzas oscuras con la intención de aparentar más años de los que tenía y se dirigió hacia su primera clase en la Facultad de Medicina de Ivánovo. Por entonces las universidades eran gratuitas, pero la admisión de los aspirantes dependía de su procedencia social y no de sus méritos: primero los hijos de trabajadores y campesinos, y luego los hijos de profesionales. Como mi abuelo ya no era un campesino, mi madre tuvo que esperar dos meses hasta que la hija de una lechera abandonó los estudios y hubo una vacante. En noviembre, cuando la lluvia se llevaba por delante la tierra que cubría los caminos de Ivánovo y embarraba las calles, mi madre se incorporó a aquel grupo heterogéneo de futuros doctores soviéticos, instruidos en el laboratorio del nuevo Estado y que, directamente de las aulas, eran luego arrojados al hervidero de la guerra.

Durante el primer año en la Facultad de Medicina, mi madre estudió según el nuevo método de «brigada»: un estudiante, el brigadier, hacía los exámenes en representación de todo el grupo, de veinte alumnos. Mi madre se compadecía del desgarrado Ígor, que se colocaba ante ellos con aspecto sudoroso y, estirando mucho el cuello, leía con voz monótona una página tras otra del manual, algo sobre células y moléculas, un capítulo de biología sobre el que, a finales de semana, tendría que examinarse. Ese examen, o bien otorgaría el reconocimiento a toda la clase —cuyos miembros charlaban animadamente, fantaseaban o dormitaban—, o los condenaría al fracaso. Ígor, tan aplicado como aburrido, aprobaba siempre.

A partir del segundo año, el método de brigada fue sustituido por la evaluación individual. Un día, llegó un profesor de anatomía, procedente de Moscú, y lo primero que hizo fue suspender a un antiguo campesino. Fantasear y dormitar se había terminado.

Por primera vez desde que ingresó en la Facultad de Medicina, mi madre abrió el libro y, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, memorizó el nombre de cada hueso, de cada vena, de

cada músculo, de cada tejido, tendón y articulación. Aprobó el examen final de anatomía. Aprobó el de cirugía y el examen más importante de todos, el de comunismo científico, un curso articulado en torno a un puñado de citas de Marx, Engels y Lenin, un requisito indispensable para graduarse en cualquier universidad de la Unión Soviética, un territorio que abarcaba once zonas horarias.

Tres meses después de obtener su licenciatura, mi madre era ya directora y única doctora de un hospital rural con quince camas, situado a treinta kilómetros de Ivánovo, cerca de una fábrica que producía ladrillos con la turba que se extraía de los pantanos subterráneos de la zona. Llena de energía y con el entusiasmo propio de la primera generación socialista, mi madre anhelaba mejorar las cosas. Era el año 1937, el vigésimo del poder soviético y el año en que los gulags estaban en su apogeo. A sus veintitrés años, mi madre abandonó la casa de sus padres para ver cómo el futuro se alzaba sobre el horizonte como lo hacía el enorme sol carmesí, más allá del pantano que divisaba a través de la ventana de su nuevo apartamento.

Pronto creó una unidad de traumatología, donde curaba a víctimas de accidentes laborales, en su mayor parte: dedos cortados, brazos rotos, espaldas y hombros magullados. Pero ella no se contentaba con eso. Aunque la mayoría de los trabajadores de la fábrica eran mujeres, el hospital no contaba con una sala de partos. Para dar a luz, las mujeres debían montar en un coche tirado por caballos y trasladarse al hospital del distrito, situado a ocho kilómetros, un largo trayecto por un camino a menudo sepultado por la nieve o anegado por la lluvia. Ya habían nacido dos bebés de camino al hospital, uno de los cuales no había sobrevivido al viaje. Mi madre llamó al departamento de Sanidad del distrito, pero le respondieron que las salas de partos no eran una prioridad en un momento en el que las epidemias de tifus y tuberculosis asolaban ciudades enteras.

Indignada ante esa falta de perspectiva por parte de las autoridades locales, mi madre decidió escribir una carta al auténtico líder. Secretario General, Moscú, el Kremlin. «Apreciado camarada Stalin —empezaba la carta—: Las pacientes de mi hospital no tienen ningún lugar donde poder dar a luz a nuestros nuevos ciudadanos. Las mujeres soviéticas, que trabajan duro en los pantanos de turba en pos de nuestro futuro común, merecen algo mejor.» Hizo una pausa para reflexionar sobre cómo debía formular su petición, de modo que con una única frase, simple y efectiva, lograra atravesar las diversas capas de su corazón de hielo hasta llegar a su corazón compasivo, de cuya existencia mi madre estaba convencida. «Mi apartamento puede transformarse fácilmente en una sala de partos con la ayuda de un equipamiento básico (véase lista adjunta). Ayúdenos, por favor.»

Vaciló un instante sobre cómo debía firmar la carta; dudaba entre «camarada», «ciudadana» o «doctora». «Camarada» parecía algo pretencioso: ¿cómo podía considerarse camarada de aquel hombre legendario? «Ciudadana» era demasiado impersonal. Finalmente optó por su título profesional, que aún le resultaba extraño: «Doctora Galina Kuzminova».

Era consciente del riesgo que corría al enviar aquella carta. Hacía apenas unos meses, cuando aún vivía en el piso de Ivánovo con sus padres, sus hermanos y su tío, habían aporreado la puerta en plena noche con ese tipo de golpes que sólo se oyen de madrugada y que uno reconocía, como si ya los hubiera oído antes. Dos hombres con abrigo negro se encaminaron directamente a la habitación donde dormían su tío Volia, su esposa y su hija de quince años, revolvieron todos los cajones, dieron la vuelta al colchón y anunciaron que el tío Volia estaba arrestado.

—Pero ¿por qué? —preguntó la tía Lilia con voz entrecortada.

—Ya lo descubrirá —murmuró uno de los hombres.

El tío Volia estaba en el centro de la habitación, con su ridículo pijama de franela, intentando contener un incipiente ataque de asma. Con los hombros caídos hacia delante y la boca abierta, intentaba respirar mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—Se trata de un error, de un malentendido —susurró en cuanto logró coger aire, agitando el pañuelo con mano temblorosa.

Los hombres le ordenaron que se pusiera un abrigo y lo escoltaron hasta un furgón, conocido con el nombre de *voronok* (cuervo negro), que estaba aparcado frente a la casa. Semanas más tarde, la tía Lilia se enteró de que su marido, como parte de su trabajo en la oficina de propaganda, había acompañado a un desconocido de Moscú a un restaurante. Allí, sentado junto a un buen ciudadano, al que había enviado el NKVD (el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) para escuchar conversaciones entre extraños, el tío Volia contó un chiste.

Ni siquiera era un chiste político: dos policías reciben una invitación para la fiesta de cumpleaños del camarada Kozlov. «¿Qué le regalaremos?», pregunta uno. «El mejor regalo es un libro», responde el otro. «No —dice el primer miliciano—. El camarada Kozlov ya tiene uno.»

De repente aquel chiste, que todos habían oído ya con anterioridad, les pareció insulso y sin gracia. ¿Por qué el tío Volia se habría tomado la molestia de contar un chiste tan malo? Mi madre consideraba que debería haber sido más cauto entre desconocidos. Por toda la ciudad había carteles en los que podía verse a una mujer con un pañuelo rojo en la cabeza que se llevaba un dedo a los labios, con la leyenda *ne boltai* escrita en grandes letras rojas: no murmures. Murmurar significaba estar a un paso de la traición. Sin embargo, mi madre creía que el NKVD había cometido un error. ¿Cómo podía el camarada Stalin arrestar a un hombre tan inocente, manso y sumiso como su tío Volia? Todo el mundo sabía que el camarada Stalin quería que la gente viviera bien, tanto si eran campesinos como si eran profesores.

Fresca en su memoria estaba aún la imagen del pañuelo tembloroso de su tío, que no encontraba la manga del abrigo, mientras aquellos dos hombres arrojaban al suelo los diez volúmenes de las obras completas de Chéjov, tras hojearlos uno a uno, irritados por no haber encontrado nada entre sus páginas.

Mi madre también se acordó de su abuelo, que en 1921, según la leyenda familiar, había teleografiado a Lenin cuando un tren cargado de harina que se dirigía a la hambrienta población de Ivánovo fue interceptado por un escuadrón armado de soldados del Ejército Rojo. Unas horas más tarde, conforme a la historia, el tren pudo proseguir el viaje gracias al telegrama de su padre.

En su mente, la escena del tío Volia escoltado hacia el *voronok* negro por haber contado un chiste lidió durante unos minutos con la feliz imagen de los ciudadanos de Ivánovo salvados de la hambruna gracias a un telegrama. Finalmente, mi madre se empeñó en creer que era imposible que Stalin estuviera al corriente de aquella injusticia, que no era más que el resultado de una lucha de poder contraria a los principios soviéticos entre sus corruptos subordinados.

No obstante, ahora estaba escribiendo a Stalin, la conciencia y la gloria revolucionaria del país. Mi madre firmó la carta, la dobló en cuatro y le entregó el sobre a Fiódor, que se encargaba de cuidar a *Verochka*, la yegua del hospital, y que cada día conducía la calesa ocho kilómetros hasta el pueblo más cercano.

Unas semanas más tarde, cuando las enfermedades y los traumatismos rutinarios le habían hecho olvidar la carta que había enviado al Kremlin, la citaron en la oficina del jefe del departamento de Sanidad del distrito. El camarada Palkin estaba sentado detrás de un escritorio; llevaba uniforme militar, como Stalin, y unas gafas redondas con montura al aire como Beria, el

jefe del NKVD. Era calvo y tenía la cabeza pequeña, las orejas cubiertas de mechones canos, y apoyaba sus gruesos antebrazos, que parecían pertenecer a un hombre más corpulento, encima de la mesa como dos troncos. Inclinado sobre los papeles que descansaban ante él y que custodiaba como si fueran sus prisioneros, no se levantó cuando mi madre entró en su despacho, pese a que mi abuela sostenía que un hombre no tenía más opción que levantarse cuando una mujer entraba en una habitación.

—¿A quién ha escrito? —preguntó Palkin con voz grave en cuanto mi madre se hubo sentado.

—Al secretario Stalin —respondió ella.

Palkin la miró fríamente detrás de sus gafas y mi madre se acordó de su tío Volia. Aún no habían tenido noticias suyas, a pesar de que la tía Lilia se había tomado una semana libre para viajar a Moscú, donde había pasado cuatro días y cuatro noches ante la cárcel de Lubianka, sede del NKVD, con la esperanza de poder hablar con alguien; ni siquiera había logrado que la dejaran entrar.

Pero mi madre no estaba dispuesta a admitir que estaba asustada ni a que el corazón, en contradicción flagrante con todos sus conocimientos de anatomía, le latiera en algún lugar de la garganta. Mostrar lo que sentías era tan peligroso como murmurar. «Oculta tus pensamientos —decía siempre mi abuela—. Lo que llevas dentro no lo puede tocar nadie.»

—Acabo de recibir esta orden de Moscú —gruñó Palkin, mostrando una dentadura cariada y señalando una carta con un dedo, mientras mi madre pensaba en *voronoks* y en pelotones de fusilamiento—. Según esta misiva, Moscú enviará quince mil rublos para convertir su apartamento en una sala de partos.

El efecto de aquellas palabras no habría sido mayor si aquel hombre hubiera dicho quince millones de rublos. Mi madre ganaba trescientos rublos al mes, un salario que despertaba la envidia de sus antiguos compañeros de universidad, y, aun así, lo único que se había comprado desde que había empezado a trabajar era un abrigo de lana, y nunca había visto un billete con más de un cero.

De vuelta en el hospital, se presentó en la oficina del director de la fábrica de ladrillos y solicitó una plaza en el dormitorio de las mujeres trabajadoras. Apenas unos días después de su reunión con el camarada Palkin, llegó el equipamiento solicitado, que se instaló con eficiencia insólita en su antiguo apartamento. En primavera se inauguró una sala de partos con cuatro camas, en la que mi madre trajo al mundo a quince bebés. Durante los partos, mi madre aprendió a usar un fórceps, a girar el feto y a separar manualmente la placenta. Las mujeres de la fábrica le expresaron su gratitud con bolsas de pepinos de sus jardines y también con alguna lata esporádica de manteca de cerdo.

Mi madre se sentía eufórica e importante. Lo que había hecho suponía una contribución al *poryadok*, el orden que el país y ella misma necesitaban. Habló de todo ello en una carta dirigida a su familia que, al leerla, sonaba tan rimbombante y forzada como la primera página del *Pravda*. Sin embargo, lo que había querido decir era simple y breve.

Había sobrevivido.

2. LOS MARIDOS DE MI MADRE

Cuando mi madre conoció a mi padre en 1950, ella tenía ya una hija de ocho años, mi hermanastra Marina, y había estado casada en dos ocasiones: dos efímeros matrimonios de guerra cuyo rastro se había desvanecido en unos pocos meses.

Su primer marido llegó a ella como consecuencia de la breve guerra que en 1939 enfrentó a la Unión Soviética con Finlandia, tumbado en la mesa de operaciones y con restos de metralla incrustados en el trasero.

—Vaya forma de detener una bala —dijo Vera, su ex compañera de estudios, a la que habían destinado al mismo hospital que a ella.

Mi madre practicó un corte en las nalgas del que sería su futuro esposo y extrajo los trozos de metralla, todos menos uno, una esquirla alojada cerca del hueso de la cadera. Hurgó y hurgó, pero finalmente tuvo que dejarla donde estaba, un recuerdo duradero de su primer encuentro oculto bajo su piel.

Se llamaba Sasha Gladki y también se había licenciado en medicina por la Universidad de Leningrado. Bromeaba y se burlaba de su herida, y se deleitaba con las atenciones que le dispensaba el personal femenino del hospital. Mi madre, con el semblante serio, propio de una doctora que realiza la ronda diaria de pacientes, seguía la evolución de la herida y examinaba los puntos. Ejercer el control absoluto sobre Sasha y su tratamiento (la expresión de su ancho rostro, con un ligero hoyuelo en la barbilla, cada vez que ella le tomaba la temperatura; la gratitud que asomaba en sus profundos ojos grises) hizo que mi madre quisiera quedarse con él para siempre.

—Te apuesto lo que quieras a que me pide que me case con él —le dijo mi madre a Vera, señalando con la cabeza la puerta tras la cual yacía Sasha, rodeado de enfermeras.

Habían pasado casi dos semanas desde la operación y faltaba poco para el día en que éste debía regresar a Leningrado.

A mi madre le gustaba que Sasha la siguiera con la vista por toda la sala mientras ella esterilizaba jeringuillas en agua hirviendo e intentaba urdir un plan que le permitiera retenerlo durante más tiempo. Mi madre estaba a punto de cumplir los veinticinco y pronto sería demasiado vieja para casarse. Su propia madre se había casado a los dieciocho y su amiga Vera, a los veintidós. La mejor edad para tener hijos, como todo el mundo sabía, eran los veinte años, y ella los había dejado atrás hacía ya algún tiempo.

Dos días después de la fecha establecida, mi madre le firmó el alta. Antes de marcharse, Sasha la esperó en el patio trasero, cubierto de cardos, donde, con una sonrisa tímida, le dijo que el destino los había unido. Le prometió que le escribiría una carta todas las semanas y que le mandaría una caja de chokolatinas.

—¡Chocolatinas! —exclamó Vera, maravillada—. ¡Por unas chocolatinas incluso yo me casaba con él!

Unas semanas más tarde llegó la caja, grabada con la insignia de Pedro el Grande a lomos de un caballo sobre dos patas, el famoso Jinete de Bronce de Leningrado, en la tapa. Desde el inicio de la guerra, el chocolate había desaparecido de las tiendas y aquella enorme caja le recordó a mi madre que sus esfuerzos y destreza habían salvado la vida de Sasha.

Unos meses más tarde, cuando la guerra de Finlandia hubo terminado, Sasha regresó a Ivánovo y se casaron. Por aquel entonces casarse era fácil: un sello de color púrpura en la tercera página del pasaporte interno y, en el caso de mi madre, un cambio de nombre: Gladki en lugar de Kuzminova. Cuatro días más tarde, Sasha regresó a sus estudios en Leningrado. Al principio, todas las semanas le escribía una carta; luego, una al mes. Finalmente, mi madre recibió una carta que no esperaba, en la que él le achacaba el tener aventuras mientras él estudiaba medicina en la biblioteca de Leningrado. Alguien, una fuente anónima, le había informado por carta de que su nueva esposa, «*stroinaya kak beryozka*», alta y esbelta como un abedul, era —escribió con letra rápida e inclinada— ni más ni menos que una fulana.

Mi madre reaccionó con sorpresa seguida de indignación. De inmediato tomó la pluma y le escribió a Sasha que, si realmente se creía esas cosas, no tenían nada más que hablar. Si tomaba en serio esos chismorreos malintencionados, habían terminado, y su matrimonio quedaba anulado.

No lo decía en serio, tan sólo quería dejar claro su rabia e indignación. En realidad, deseaba que él se disculpara o que incluso le mandara otra caja de chocolatinas. Pero no obtuvo respuesta. Mi madre esperó dos meses, tras los cuales envió una furiosa carta al departamento de Anatomía de la Universidad de Leningrado donde él estudiaba. La respuesta llegó meses más tarde, en otoño de 1941, cuando las tropas alemanas ya habían entrado en Rusia. Como a todos los médicos, a Sasha lo habían llamado a filas. En el mapa de la Unión Soviética, sobre el que la mancha negra de las tropas alemanas se expandía rápidamente, había ya varios frentes y nadie sabía con certeza adónde habían enviado a Sasha. Nadie lo supo jamás.

A mi madre, que además de doctora era asimismo una investigadora en anatomía en la Escuela de Medicina de Ivánovo, también la reclutaron y se vio obligada a dejar sus tubos de ensayo y sus órganos muertos flotando en tarros de formol, para empezar a suturar carne viva, lacerada, en un hospital de campaña. Con su nuevo uniforme de color caqui, provisto de un cinturón con la hoz y el martillo que ajustaba una estrecha falda, era una mujer demasiado guapa para participar en la guerra, demasiado esbelta y con unas piernas demasiado largas, a pesar de que llevaba unas botas militares dos números más grandes que el suyo.

Sus tres hermanos habían sido reclutados durante la guerra contra Finlandia y se hallaban destinados en extremos opuestos del país. Sima y Vova en Oriente, cerca de Japón, y Yuva en la frontera entre la Unión Soviética y Polonia. El sábado 22 de junio de 1941, cuando los tanques alemanes pisaron por primera vez suelo soviético, mi madre se acordó de Yuva, que estaba destacado en la frontera polaca. Entumecida y desconcertada, como todos los rusos, oyó la voz de Mólotov, que, vociferando en los altavoces, anunciaba la invasión. Estaba junto a la ambulancia de la sala de urgencias del pueblo, donde trabajaba los fines de semana. El vehículo tenía las puertas abiertas de par en par y el motor en marcha. En el aire flotaba la fragancia húmeda de las lilas y el sol brillaba alegremente entre las hojas del mes de junio, como un loco que ríe y baila mientras las llamas consumen su casa. ¿Por qué era Mólotov, comisario popular de Asuntos

Exteriores, y no el propio Stalin, quien se dirigía al pueblo? ¿Dónde estaba Stalin mientras los tanques alemanes aplastaban escuadrones enteros de hermanos, hijos e incluso maridos descarriados?

El hospital al que habían destinado a mi madre era apenas un vagón de tren aparcado en una vía de servicio a un kilómetro y medio del pueblo de Kalinin, que había sido ocupado por los alemanes. Fue allí donde mi madre vio por primera vez las indomables plagas de piojos. Los heridos llegaban en camión desde el frente, situado a un kilómetro de distancia, y aunque ella limpiaba de parásitos las heridas con una taza de té y lavaba los colgajos de tejido desgarrado tan bien como podía, los piojos proliferaban de nuevo entre las múltiples capas de sucios vendajes e impedían dormir a los heridos, que se pasaban la noche gritando. Aquellos chicos eran más jóvenes que ella (tenían la edad de sus hermanos) y mi madre no podía dejar de mirar sus rostros polvorientos, aferrándose a la vana esperanza de que, tras recorrer de algún modo los setecientos kilómetros que había hasta la frontera polaca, llevaran a su hermano a su hospital para que ella pudiera salvarlo.

Todas las semanas enviaba una carta a sus padres con su letra cuadrículada: «Querida *mamochka*, querido *papochka*, espero que estéis todos bien. Espero que mi hermana Muza sea una alumna aplicada y que os ayude con la casa y el jardín en mi ausencia. Espero que nuestro querido Yuva esté luchando contra el enemigo con la misma valentía con la que nuestros muchachos luchan aquí». Eran siempre cartas llenas de esperanza. Lo que realmente quería decir era que confiaba en que su hermano Yuva no fuera uno de los miles de cuerpos que sabía que había enterrados bajo la cálida tierra del oeste ruso, pero, naturalmente, no podía escribir eso a sus padres. A medida que la línea del frente avanzaba hacia el este en el mapa que colgaba sobre la litera del comisario del hospital, mi madre tuvo que hacer un esfuerzo para que sus misivas no se contagiaran de la angustia y el pesimismo que la invadían. «El correo militar es muy lento», escribía, utilizando eso como pretexto para justificar por qué no habían tenido noticias de Yuva en seis meses.

A principios de diciembre, después de que el enemigo hubiera sido expulsado de Kalinin, llegó la orden de trasladar el hospital a la escuela local. Ésta se hallaba al final de la calle, o de lo que en su día había sido una calle. Habían arrancado las ventanas, que ahora estaban tapiadas con paneles de madera. En el patio, dos soldados se dedicaban a exhumar cadáveres de alemanes, que habían sido enterrados allí antes de que la línea del frente se desplazara hacia el sur. Amontonaron los cuerpos en la entrada de la escuela y los cargaron en un camión que se los llevó del centro de la ciudad; los soldados rasos habían sido enterrados descalzos y en ropa interior; los oficiales, en cambio, con uniforme de gala. Mi madre ya había visto a los alemanes, aunque sólo de lejos, cuando los aviones volaban a baja altura para arrojar sus bombas y los pilotos sonreían tras sus ventanillas, o incluso saludaban.

El segundo marido de mi madre llegó directamente del frente. Con su uniforme de capitán y su melena rubia, era realmente irresistible. Desde el preciso instante en que lo vio, apoyado en la estufa de la oficina del comisario, mi madre deseó tocarlo, abrazarse a aquella camisa militar impregnada de tabaco y pedirle que la protegiera. Se llamaba Sasha, como su primer marido, y mi madre vio una cierta ironía en esa coincidencia, pero también cierta coherencia, cierto orden. Una noche, tras suturar el último tejido desgarrado del día, él la acompañó a casa, un apartamento vacío y ventoso situado a dos manzanas del hospital, y pasó la noche con ella sobre la colchoneta de cuero que mi madre y una enfermera habían llevado hasta allí desde el gimnasio y que hacía las veces de cama.

—Bueno, aquí estamos —dijo mi madre a la mañana siguiente, aunque no tenía muy claro dónde se encontraba aquel «aquí»; ni dónde se encontraban ellos.

Una mujer, después de acostarse con un hombre, tenía que casarse con él. O, mejor dicho, él tenía que casarse con ella. En cualquier caso, debían mantener el *poryadok*, pues, de otro modo, ¿quién sabía adónde podía conducir aquella disoluta permisividad? Mi madre se acordó con amargura de su primer Sasha, que había tenido la desfachatez de dudar de ella.

Aunque el nuevo Sasha se resistió ligeramente (mientras se frotaba la barbilla afeitada e iba desgranando motivos para intentar convencerla de que no tenían por qué correr a la oficina de matrimonios nada más despuntar el día), mi madre no dio su brazo a torcer. Necesitaba orden, se dijo a sí misma, aunque sabía que en realidad se trataba de algo más que eso. Se sentía atraída por aquel capitán rubio igual que las abejas por la miel derramada.

Aquél iba a ser un enlace de verdad, con un hombre que parecía bueno y delicado. Además, era miembro del Partido Comunista, un líder ideológico de su división, un hombre de moral elevada y con una gran fe, tanto en el futuro del país como en el suyo propio.

La oficina que legalizaba los matrimonios consistía en una mesa en una pequeña habitación donde se registraban las muertes, los nacimientos y los desaparecidos en combate. Primero, en una hoja rayada arrancada de una libreta escolar, mi madre escribió que se declaraba divorciada del primer Sasha por motivos de «cataclismo militar». No sabía si estaba vivo o muerto y, con el país ocupado y saqueado, no tenía modo (ni ganas) de averiguarlo. A continuación, en otra hoja, declaró que se casaba con el Sasha que estaba junto a ella.

—Felicidades —dijo la mujer rellenita que había al otro lado del escritorio, vestida con un abrigo y un gorro tipo *ousanka* con las orejas atadas bajo la barbilla.

Tras echar un vistazo a los sellos púrpura de sus pasaportes, Sasha y mi madre regresaron a su frío apartamento, donde el capitán se bebió dos tazas de té llenas de vodka y perdió el conocimiento.

Unos días más tarde, mi madre descubrió que en el pueblo de Atkarsk, al norte del país, su nuevo marido tenía una concubina y una hija de diez años a las que no había visto desde el inicio de la guerra de Finlandia. También se enteró de que el hombre tenía tuberculosis, en una de sus manifestaciones más contagiosas, y que ése era el motivo por el que lo habían enviado del frente al hospital más cercano. Si mi madre hubiera esperado un poco, habría recibido el informe del paciente con la correspondiente orden militar de traslado.

Tardó un mes más en darse cuenta de que, además, era alcohólico.

Demasiado tarde, se dijo, mientras recordaba algo que solía decir mi abuela: «*Pospeshish, lyudei nasmeshish*». Si te precipitas, se reirán de ti.

La primavera trajo civiles heridos. Cuando el hielo del Volga se volvió poroso y quebradizo, las minas atrapadas en el hielo empezaron a estallar, sacudidas por la menor corriente. Los pájaros huían en bandada y bancos enteros de peces emergían a la superficie del agua, panza arriba. Los habitantes del lugar vadeaban el río con cubos, decididos a recoger la inesperada cosecha que flotaba entre los carámbanos de hielo, y, con su actitud inconsciente, provocaban la explosión de nuevas minas.

Estaba prohibido atender a civiles en un hospital militar, pero cuando una mañana de abril una mujer se presentó con un niño de nueve años inconsciente, mi madre no dudó ni un instante. Le desabotonó la chaqueta acolchada y los pantalones manchados de barro y, con sumo cuidado,

separó la ropa de la carne lacerada. Bajo las prendas aparecieron heridas ciegas en el abdomen, entradas de metralla sin salida. Con ayuda de la mujer —cuyo hijo había muerto a causa de la misma mina—, llevaron al chico a la sala de operaciones con pasos cortos y lentos, sincronizados. Allí, mi madre sacó el escalpelo del agua hirviendo, practicó una incisión y apartó dos colgajos de piel, bajo los cuales aparecieron múltiples lesiones intestinales, boquetes de todos los tamaños; desinfectó los intestinos del niño y suturó las perforaciones una a una.

Apenas hubo terminado, el comisario del hospital irrumpió en la sala, hecho una furia. El hombre vociferó que estaba infringiendo una orden militar y le ordenó que acudiera inmediatamente a la oficina del director para ponerlo al corriente de lo ocurrido.

—Las normas son las normas —dijo el doctor Kremer, inclinándose sobre los papeles amontonados en su escritorio de director—. No tenía ningún derecho a operar.

—El paciente tiene nueve años —respondió mi madre—. Debe permanecer ingresado en el hospital tres días más. Después puedo mandarlo al hospital del pueblo.

Pensó que el director se comportaba de forma obstinada y estúpida, una actitud propiamente masculina, y entonces intentó imaginarse a una niña de diez años en algún lugar al otro lado de los Urales, la hija de su nuevo marido, que en aquellos momentos debía de estar tendido en su colchoneta de gimnasia, tosiendo. ¿Era posible que fuera ella quien se estaba comportando de forma obstinada y estúpida?

El doctor Kremer se frotó la frente y echó una mirada abstraída por su despacho. Mi madre siguió su mirada: una estufa metálica sin combustible, unas huellas de botas sobre el panel de madera que cubría la ventana y un mapa de la Unión Soviética, anterior a la guerra, que el antiguo director del colegio había dejado colgado de la pared, verde y marrón en el centro, azul en el norte, con una gran estrella roja sobre Moscú, donde había crecido el doctor Kremer.

—Tres días —dijo—. Le concedo tres días, ni uno más. —Se acercó al escritorio y hojeó un montón de papeles que parecían órdenes militares, con alarmantes sellos oficiales y firmas ilegibles—. Y una cosa más, doctora Gladki... —añadió, volviéndose hacia mi madre.

—Maltseva —corrigió, sorprendida de lo extraño que sonaba en su boca aquel nuevo apellido junto a su nombre—. Acabo de casarme.

Mi madre observó el rostro grisáceo del director y pensó que aquél era el momento en el que éste le anunciaría que iban a formarle un consejo de guerra por infringir las leyes militares. Mi madre no era una ingenua y sabía que la mano que castiga es implacable. A su tío Vólia, arrestado cinco años atrás, lo habían matado de un disparo mientras intentaba fugarse del campo de Vorkutá. Eso era lo que decía la carta del NKVD, «intento de fuga». Mi madre era incapaz de imaginar a un hombre débil y asmático como el tío Vólia corriendo o escalando un muro. ¿Sería culpable, después de todo? ¿Era su castigo el precio que había que pagar por mantener el orden?

Dispuesta a sufrir las consecuencias de su insubordinación, observó cómo el doctor Kremer se levantaba y apartaba los papeles a un lado. Entonces se dio cuenta de que los ojos de aquel hombre sonreían ligeramente.

—Felicidades por su matrimonio —le dijo éste.

En septiembre de 1942, embarazada de siete meses, mi madre fue licenciada del hospital militar. Guardó el uniforme, que ya no le cabía y, con su marido enfermo, regresó al apartamento de sus padres en Ivánovo, en el que, de pronto, había espacio suficiente para todos, puesto que dos de sus hermanos se habían marchado. Vóva estaba en el Lejano Oriente, desde donde hacía poco

les había escrito una carta. Yuva seguía sin dar señales de vida, y el miedo de mi madre a que estuviera muerto se había convertido ya en una certeza. Al tercer hermano, Sima, lo habían destinado al frente bielorruso, donde había caído herido; ahora estaba de nuevo en casa debido a las complicaciones causadas por un trozo de metralla, que le había producido un absceso y le estaba provocando una infección en el cerebro.

Mi madre se puso furiosa al pensar que el doctor de un hospital del frente hubiera podido realizar una operación tan deficiente, dejando un pedazo de granada alojado en el pulmón de su hermano. Recordó que ella misma, al inicio de su carrera, había dejado una esquirla de metralla en el trasero de su primer marido, pero el trasero no era un órgano vital, y aunque a mi madre le gustaba pensar que su primer Sasha notaba algún dolor de vez en cuando, desde luego no moriría debido a su falta de destreza quirúrgica.

Sin embargo, el trozo de metal del pulmón de Sima lo estaba matando. Sus padres, y sobre todo su *mamochka*, hablaban de su recuperación, pero mi madre sabía que no iba a sobrevivir. Sima, ya ciego y delirante, yacía en la habitación donde habían crecido los tres hermanos; mi madre se sentaba junto a la cama, le tomaba la temperatura y echaba un vistazo a su garganta, fingiendo que aquellas simples prácticas médicas servían de algo.

Pasó un día, y luego otro y otro sentada junto a la cama de Sima mientras pensaba en su hermano y en su marido, ambos moribundos. No podía curarlos, de modo que se concentró en lo único que podía hacer. Cada día vendía su ración de cuatrocientos gramos de pan y, con el dinero que conseguía, compraba cincuenta gramos de mantequilla, con la esperanza de que ésta mejorase la salud de su hermano y de su marido. Veía cómo Sima ardía de fiebre y movía los labios, como si quisiera decir algo. La tos húmeda de Sasha retumbaba en su pecho, parecida a los cañonazos que oían por lo menos una vez al día. ¿A quién pretendía engañar? Lo que hacía era inútil, lo sabía, pero implicaba sacrificio y eso era lo mínimo que podía hacer por su hermano y su marido.

Cuando Sasha empezó a escupir sangre, lo ingresaron en el hospital de Ivánovo, donde había estudiado mi madre, que habló con el jefe de la unidad de tuberculosos, un antiguo profesor suyo. Éste acordó con ella que, tras abandonar el hospital, Sasha debería marcharse de casa, pues no podía estar bajo el mismo techo que un recién nacido. Sin embargo, antes de irse se llevó la mantequilla y el pan, junto con un puñado de pastillas de jabón del armario de mi abuela, y lo vendió todo para comprarse una botella de aguardiente casero.

Sima murió en casa el 1 de noviembre de 1942. Mi madre lo lavó, lo afeitó y lo vistió para el funeral. Como estaba embarazada de ocho meses, sus padres decidieron que no fuera al cementerio porque iba a resultar demasiado traumático para ella, poco menos que una invitación a un parto prematuro. Así pues, se quedó en el porche de la casa, vio cómo mi abuelo hacía restallar el látigo con gesto decidido, vio cómo el caballo resoplaba y echaba a andar pesadamente, y vio cómo el carro, con mi abuela desplomada sobre el féretro de Sima, avanzaba dando tumbos a lo largo de la carretera embarrada por las recientes lluvias.

Sasha se marchó el 7 de noviembre, tres semanas antes de que naciera mi hermana, el Día de la Gran Revolución Socialista, que en tiempos de paz se conmemora con un desfile ciudadano en el que la gente ondea las banderas al viento. Bajo un cielo gris salpicado de llovizna, cruzaron las ruinas de la ciudad y esperaron el tren, mi madre y su segundo marido, que moriría de tuberculosis en su ciudad natal cinco años más tarde sin haber visto nunca a su hija. Una columna de humo salió de la chimenea y un espasmo sacudió todo el tren, desde la locomotora hasta el vagón del correo. Entonces, mi madre se acercó a las ruedas traqueteantes, levantó el brazo y se despidió de

él para siempre. Aguardó hasta que el tren fue haciéndose más pequeño, como si fuera de juguete, hasta que el único humo visible era el hollín que se elevaba de entre las ruinas ennegrecidas de un edificio de apartamentos que había sido bombardeado el día anterior.

Mi padre aportó, finalmente, la tan anhelada estabilidad. Era un viudo catorce años mayor que mi madre, y tenía una hija de dieciocho años. En 1950, durante una de las rondas en el hospital de Ivánovo, Vera, la amiga de mi madre, que ya había intentado anteriormente encontrarle algún hombre, se fijó en un paciente que padecía una úlcera de estómago. Sin duda, debía de tratarse de alguien distinguido, pues lo habían instalado en una habitación con tan sólo tres camas más y no en una sala comunitaria tan grande como un auditorio.

—Ilyá Antónovich parece un hombre muy serio —le susurró Vera a mi madre, usando el patronímico tras el nombre de pila en señal de respeto—. Es miembro del Partido Comunista y lo acaban de nombrar director de una escuela técnica en Leningrado. Necesita a una mujer que cuide de él —explicó—. *Kozha da kosti* —añadió—: Está en los huesos.

Tal vez fue la promesa de Leningrado lo que la convenció. Su Ivánovo natal había perdido su encanto: había quedado arrasada por la guerra y manchada por el recuerdo de un hermano muerto y otro desaparecido, y por la imagen de aquel tren que se había llevado a un marido al que no volvería a ver.

Mi padre se mostraba reticente a hablar sobre su pasado. Siempre decía que el suyo era un pasado corriente y aburrido. Entre 1929 y 1933, había participado en los procesos de colectivización, cuando Stalin había comenzado a aplicar las purgas a los campesinos ricos y a transformar el suelo agrícola en granjas colectivas y pueblos tristes de aldeanos desesperados y permanentemente ebrios, dirigidos por oficiales del Ejército Rojo cuya única participación en las tareas de labranza consistía en montar los caballos que mandaba el ejército. Debido a su labor de propaganda política, mi padre se había librado de luchar en la Gran Guerra Patriótica, aunque no del escorbuto, que contrajo a mediados de los años cuarenta. Lo enviaron a Ivánovo a levantar el ánimo de la población, que había decaído enormemente con el conflicto. Provenía de un pueblecito de la parte más oriental de la Rusia europea, pero nunca habló de sus padres, y nadie de mi familia sabía siquiera si tenía hermanos.

A sus cincuenta y un años seguía siendo un hombre atractivo: delgado, de rasgos angulosos y ojos de color avellana. Andaba con paso ligero y conversaba en un tono reposado que hacía que sus interlocutores olvidaran que la guerra apenas había terminado. Su tono era optimista y firme. En Leningrado, les esperaba un apartamento de dos habitaciones en la planta superior de un edificio de nueva construcción, a diferencia de otros pisos en los que vivían tres familias hacinadas, que solían pelearse por la cocina y el baño comunitarios. Con su reciente doctorado, a mi madre no iba a costarle encontrar trabajo como profesora de anatomía en una de las facultades de Leningrado. Además, mi hermana Marina, hija de Sasha, su segundo marido, tenía ya ocho años y necesitaba un padre.

Mi abuela consideró que la propuesta matrimonial de Ilyá Antónovich era una oportunidad para mejorar socialmente. Tenía un trabajo bien pagado y respetable, y una úlcera de estómago no era una tuberculosis. Se trataba de una enfermedad llevadera, un pequeño inconveniente que, por otro lado, tenía la ventaja de que no admitía el consumo de alcohol.

Mi madre accedió a casarse a pesar de una punzada de culpabilidad que le agujoneaba el corazón, una sensación distinta de aquel fuego abrasador que sintió cuando se casó con Sasha,

enfermo y alcohólico. Pero mi madre ya no era la valiente jovencita de antes: después de dos matrimonios fracasados, dos guerras y la pérdida de dos hermanos, su entusiasmo había menguado y eso la había convertido en una mujer práctica y prudente.

Leningrado era una auténtica capital, la «ventana a Europa» de Pedro el Grande. Era la primera gran ciudad que veía mi madre, con las curvas barrocas de la Ópera y el Ballet Kírov a apenas dos manzanas de su nuevo apartamento. Le gustaba ir a pie de la parada del tranvía a la Facultad de Medicina en la que la habían contratado como profesora, y contemplar las fachadas del siglo xviii y los quioscos de prensa, donde el rostro de Stalin iba a ocupar la portada de cada periódico durante todavía dos años más. Le gustaban las cúpulas nacaradas de la catedral de Smolny tanto como el cielo de Leningrado; le gustaban las grandes avenidas del centro de la ciudad y sus laberínticos patios interiores. Le gustaban las tiendas de comestibles, con el suelo cubierto de serrín y el olor dulzón a queso, salchichas ahumadas y a veces hasta carne de ternera.

En comparación con los cuatrocientos gramos de pan racionado que recibía en Ivánovo durante la guerra, Leningrado era un paraíso gastronómico. Uno podía comprar pan, leche y carne. La harina flotaba en el ambiente cálido y aromático de las panaderías; en el mostrador, los panes de molde negros convivían con las barras de pan blanco. Cuando salía a comprar lácteos, se llevaba una lechera de aluminio de tres litros que la mujer con delantal de detrás del mostrador de la tienda llenaba de leche; de los tres tipos de queso disponibles (bautizados siguiendo criterios geopolíticos como queso ruso, soviético y suizo), compraba un kilo de ruso, el más barato, pero también el más sabroso. Había tiendas llenas de dulces: galletas con forma de agujas y espirales que recordaban el nuevo perfil de la ciudad de Moscú, tres tipos distintos de caramelos y mostradores llenos de *sushki*, unos bollos pequeños y tan duros que podían romperte un diente. Había incluso unas tabletas de chocolate llamadas El Obrero Ruso, cubiertas de papel de plata, con un envoltorio de papel que llevaba grabada la imagen de un hombre muy musculoso blandiendo un martillo.

Mi padre le proporcionó a mi madre lo que ella tanto deseaba: estabilidad. Pero había otra cosa que mi madre quería de aquel matrimonio, algo tan importante como para abandonar su pueblo natal, algo visceral e innegociable. Algo que mi padre desestimó por imposible: ella tenía treinta y nueve años y era ya demasiado mayor para tener otro hijo, le argumentó. Y él tenía catorce más que ella. Si alguien lo veía con un bebé, lo tomarían por un abuelo. «*Dedushka* —le dirían—, qué nieto tan guapo tiene.»

Mi madre esgrimió todo tipo de argumentos, pero en vano. Entonces simplemente dejó de tomar anticonceptivos. No le dijo nada a mi padre hasta que estuvo embarazada de cuatro meses. Mi padre montó en cólera y le ordenó que abortara.

—Ya es tarde —rebatí ella—. A estas alturas es demasiado peligroso.

—Aborta de todos modos —replicó él con una voz aguda, desconocida, como si no hubiera oído lo que ella acababa de decirle, como si el riesgo mortal al que se refería mi madre no fuera con ella.

—No pienso poner mi vida en peligro —respondió rotundamente mi madre, recalcando cada sílaba.

Mi padre dejó de hablarle. Y ella dejó de hablarle a él. Mi madre cortaba en silencio la remolacha para el *borscht*, dejaba un plato en la mesa de la cocina y una cazuela sobre el fogón, y él comía en silencio mientras fumaba sus cigarrillos sin filtro, sumiendo la cocina en una espesa nube de humo.

Cuando mi madre notó las contracciones, ingresó en el pabellón de maternidad. Mi padre llamó a Volodia, su chófer, y le pidió que lo llevara al hospital. Volodia, con su traje marrón lleno de arrugas, brillante en la espalda por el uso, había estado esperando esa llamada, precedida desde hacía días por las habladurías de familiares y amigos. En el exterior, el aire húmedo del Báltico barría la ciudad, arremolinaba colillas y billetes de autobús usados en los patios de las casas y limpiaba las ramas de los tilos con su aire tibio. De camino, se detuvieron en una estación de metro en la que una mujer vendía flores en un cubo (probablemente peonías, pues era finales de julio), y, blandiendo el ramo como si fuera una escobilla, mi padre entró en el vestíbulo del hospital, donde la recepcionista le informó de que acababa de tener una hija.

Aquella noticia lo dejó primero paralizado y luego lívido. ¡Cómo se atrevían!, pensó. ¡Una niña! Entonces, ante la sorpresa de todos los presentes, dio media vuelta y salió del hospital agitando las peonías como si fueran un arma. ¡No sólo tenía un bebé, a su edad, sino que, para colmo, era una niña! Se subió al coche y le ordenó a Volodia que lo llevara fuera de la ciudad, bien lejos de aquella doble ignominia.

Pasó seis días en la dacha de un amigo con su chófer, que lo trasladaba a Leningrado por la mañana y se lo llevaba de la ciudad por la noche. Finalmente, cediendo a la presión de su propia hija Galia, del hermano de mi madre que había sobrevivido y del amigo cuya dacha usaba como refugio, mi padre se presentó un día en el hospital con una nota para mi madre. La recepcionista la dobló y se la entregó a una enfermera, que inmediatamente la subió a la tercera planta.

«No te preocupes —le escribía mi padre—. Las niñas también están bien.»

3. VRANYO: «FINGIMIENTO»

La tía Polia

—¡Cómeme la sopa, Gorokhova, o te morirás! —grita la tía Polia por encima de mi cabeza.

Nos llama a todos por nuestros apellidos, y, en realidad, no es mi tía.

Tengo cinco años, me queda todavía uno antes de empezar primaria, estoy en una guardería con treinta niños sentados alrededor de tres mesas rectangulares que juntan a la hora de comer; tengo la boca llena de pan con mantequilla. Es el año 1961 y Yuri Gagarin, nuestro héroe soviético, acaba de salir de su nave, que orbita alrededor de la Tierra. La tía Polia, con un delantal manchado que cubre su voluminoso vientre, lleva una jarra de leche y un grueso vaso en las manos. La leche está caliente y la mantequilla ha absorbido los olores rancios de la cocina, pero todos comemos y bebemos porque no queremos tener problemas con ella; no queremos que nos grite, ni tampoco ver su enorme vientre por encima de nuestras cabezas.

La tía Polia es la encargada de la cocina de la guardería, que se halla tras la gran puerta con la pintura descascarillada a la que tenemos prohibido acercarnos. Me produce auténtico pavor pensar que esa mujer pudiera estar al cargo de algo más que de untar el pan con mantequilla, servir la leche y la sopa, y ordenarnos que mastiquemos y traguemos sin desperdiciar ni una migaja. Podría estar al cargo de nuestras vidas, pues, según la tía Polia, lo que nos mantiene vivos y coleando es la comida.

—¡Como no te bebas la leche te vas a poner enfermo! —grita inclinada sobre mi amigo Shenka, y yo por poco me lo creo.

Después de comer, nos agrupamos en el vestíbulo, donde nuestros abrigos cuelgan de unos ganchos clavados en la pared. Cuando todos nos hemos abrigado bien, salimos al patio, al cajón de arena y el enorme tobogán de madera. Shenka y yo somos los únicos que, en invierno, nos atrevemos a tirarnos de pie por el tobogán helado. Está en el centro del patio, adonde nos dirigimos en parejas, ataviados con ásperos leotardos de lana, zuecos encima de las botas *valenki* de fieltro, y medio asfixiados por culpa de las bufandas y los cinturones que sujetan nuestros abrigos forrados. Pertrechada de ese modo, no me resulta nada fácil abrir los brazos mientras resbalo tobogán abajo, azotada por el aire gélido mientras intento no perder el equilibrio ni caerme sobre lo que mi madre llama posaderas y Shenka llama culo.

Pero ahora estamos a finales de primavera, la época perfecta para explorar el patio. Sabemos que hay criptas debajo de los edificios, tentadoras, temibles y prohibidas. Mientras Raya, una niña con un lazo rojo, llora porque alguien ha derribado su castillo de arena y nuestra maestra Zinaída Vasílievna lo examina con atención, Shenka y yo nos escabullimos silenciosamente del patio; nos

escondemos detrás de los enormes cubos de aluminio que se utilizan para la basura y nos metemos por debajo de un arco que, a través de un túnel húmedo, nos conduce a otro patio, separado de la calle tan sólo por una verja metálica. Me estremece pensar que simplemente podemos cruzar la verja y plantarnos en la acera, junto a la calzada, un lugar que mi madre describe siempre como peligroso, atestado de tranvías y camiones. Pero en estos momentos no estamos interesados en los peligros que la calle pueda ofrecernos: acabamos de descubrir una puerta bajo una de las oscuras arcadas, una plancha de madera rectangular cubierta con un hule agrietado de color negro que ni siquiera Shenka se atreve a tocar.

Yo sospecho que ahí abajo debe de vivir una mujer paralítica. Casi puedo verla, inmóvil y consumida en su cama, pero aún malvada, como una bruja vieja y nariguda, propia de un cuento de los hermanos Grimm, o como la Baba Yaga de los cuentos populares rusos, que vive en una cabaña con patas de gallina.

Shenka sostiene que una mujer paralítica no es una persona bastante grotesca como para vivir en un lugar como ése, que detrás de esa puerta debe de ocultarse un ser aún más horrible, un niño sordo o un hombre jorobado y retorcido.

O el basurero, digo yo, y de repente nos quedamos en silencio, petrificados, incapaces de pestañear siquiera. Sin duda, el basurero es un personaje que da miedo (el que más miedo da, de hecho, porque es real), digno de vivir en ese túnel tenebroso donde los muros de piedra rezuman humedad.

Trabaja en el sótano que hay al otro lado del patio y amontona la basura que los inquilinos de los apartamentos arrojan a través de los conductos instalados con tal fin. El olor a inmundicia putrefacta se expande por debajo de la puerta del sótano, sube los seis peldaños de cemento y llega hasta la acera. Muy de vez en cuando, el hombre sale a la calle y se sienta en cuclillas junto al muro de la fachada, siempre de espaldas al sol. Su aspecto es el de un gnomo, va mal afeitado y tiene la nariz como una patata reblandecida. Fuma cigarrillos que él mismo lía y que enciende protegiéndolos con sus manos nudosas. Lleva la ropa tan sucia e impregnada del hedor a basura que su olor permanece en el aire hasta mucho después de que se haya marchado. Siempre he creído que duerme en el sótano, en un rincón que ha limpiado de mondas de patata y raspas de pescado, en medio de aquel mar subterráneo de desechos en descomposición.

Pero ahora, petrificados ante esa puerta negra, nos damos cuenta de que éste debe de ser el lugar en que vive el basurero, en este túnel húmedo y oscuro, donde no contamos ni con la protección del sol, ni con la de Zinaída Vasílievna, ni siquiera con la de la gritona de la tía Polia.

Mi corazón late desbocado ante esa idea espantosa y, en ese preciso instante, la puerta chirría y el hule empieza a separarse del marco de piedra. Shenka suelta un grito ahogado, como si se estuviera atragantando con un hueso. Sus ojos son dos oes negras, y corremos, salimos raudos del túnel y regresamos a la luz del sol del patio de la guardería, donde nos echamos a los brazos de nuestra maestra, Zinaída Vasílievna.

Ésta nos ordena que nos coloquemos ante ella, erguidos y con los brazos pegados al cuerpo, en posición de firmes, y que le expliquemos por qué nos creemos tan especiales que pensamos que podemos marcharnos así por las buenas. ¿Qué nos hace tan distintos a todos los demás?, nos pregunta. ¿Qué nos distingue del colectivo, de quienes no van por ahí buscando problemas?

—¿Qué os hace tan diferentes de aquellos que se conforman con jugar en el cajón de arena?

Una vez en el interior de la guardería, nos llevan a todos al servicio, donde tenemos que sentarnos en nuestros orinales de lata. Shenka y yo estamos en extremos opuestos del baño. Nos

han puesto de cara a la pared, de modo que lo único que veo es la pintura agrietada. Ojalá pudiera hablar con Shenka y preguntarle si ha llegado a ver algo a través de la rendija de la puerta, algún atisbo del basurero (un dedo nudoso o la manga de su chaqueta mugrienta), pero en ese preciso instante oigo los pasos pesados de la tía Polia y su voz a mis espaldas.

—Muy bien, Gorokhova —vocifera, y mi rincón se llena de un olor a mantequilla agria—. Primero no te terminas la sopa y luego te marchas corriendo a donde te da la gana. Estoy segura de que tu madre estará encantada.

Si mi madre se entera, me castigará en otro rincón, esta vez junto al conducto de la basura, en nuestra cocina, después de soltarme un discurso sobre la necesidad de avanzar al mismo paso que el colectivo y sobre los peligros de la calle. Tener que cumplir mi castigo junto al conducto de la basura resulta un sarcasmo, pienso, sobre todo si se tiene en cuenta que el basurero está seis pisos más abajo, al otro lado de dicho conducto, de modo que si me pongo de puntillas y arrojo cualquier cosa por él (no importa, una caja de cerillas incluso), podría caerle en la cabeza y entonces quien se asustaría sería él, y no yo.

La idea de asustar al basurero me hace reír, pero me muerdo los labios porque sé que la tía Polia quiere verme disgustada y arrepentida. Creo que lo peor que podría pasar, el castigo más cruel, sería quedarme sin el paseo del domingo que mi padre y yo damos hasta el quiosco de helados, un trayecto de diez minutos hasta la plaza del Teatro, donde, del fondo congelado y humeante de un carrito metálico, una mujer malhumorada saca unos cucuruchos repletos de un helado llamado *crème brûlée*, y que está duro como una piedra.

—Mi madre no está bien del corazón —digo yo—. Si se entera puede darle un ataque.

De hecho, se trata de una verdad a medias, pues recientemente, en el ascensor, oí a mi madre quejarse a nuestra vecina de que su corazón ya no es lo que era.

—Es curioso —dice la tía Polia. Aún de cara a la pared, tan sólo percibo su presencia por el olor a comida y porque el aire se mueve cuando habla—. No parece que el corazón de tu madre te haya importado demasiado cuando has salido a la calle, ¿no?

—No he salido a la calle —respondo yo, contrariada.

Estoy diciendo la verdad, pero a la tía Polia no le interesa la verdad y tan sólo cree que estoy actuando de modo insolente.

—Escúchame bien, Gorokhova —grita con su aliento que huele a comida—. Dentro de un año empezarás a ir a un colegio de verdad y allí no serán tan tolerantes contigo. Te van a pegar un puntapié en el culo y te pondrán un *dvoika* en actitud, por muy mal que tenga tu madre el corazón. —Yo ya sé que un *dvoika* es la nota más baja que te pueden poner en la escuela—. Y entonces tendrás suerte si te dejan barrer la calle. Te veo ya como una vándala de dieciocho años con una escoba en la mano.

Todavía en el rincón, contemplo el triste futuro que de forma tan sucinta me augura la tía Polia, temerosa de que ya en el primer curso mi profesor, mi director y todos los demás sepan que no se puede confiar en mí porque antepongo mis intereses a los del colectivo. Fracasaré una y otra vez: en escritura, en gimnasia, cuando tenga que mantener las manos cruzadas sobre el pupitre, cuando tenga que limpiar el cuello del uniforme y volver a coserlo. Impedirán que me convierta en miembro de los Jóvenes Pioneros y que lleve un pañuelo rojo en el cuello. Me sentaré siempre en una esquina de la última fila, lejos de la atención del maestro, el lugar reservado para quienes no son de fiar y reciben un *dvoika* en actitud. La tía Polia se encargará de ello.

Al cabo de una hora puedo abandonar el rincón. Más tarde, la tía Polia sirve leche mientras

los niños estamos sentados alrededor de la mesa. Me vigila más de cerca aún que de costumbre para asegurarse de que me termino el pan. Sé que me está vigilando, ella sabe que yo lo sé y yo sé que ella sabe que yo lo sé. Jugamos un rato a este juego: de pronto ella se vuelve hacia mí y yo mastico diligentemente, fingiendo ignorar que me está mirando.

El juego se llama *vranyo*. Mis padres juegan a *vranyo* en su trabajo y, Marina, mi hermana mayor, hace lo propio en el colegio. Todos fingimos hacer algo y quienes nos vigilan fingen hacerlo en serio y también fingen no saber que nosotros fingimos.

Al final, jugar al *vranyo* mientras me como el pan da resultado y ni la tía Polia ni Zinaída Vasílievna le cuentan nada a mi madre sobre mi expedición más allá del patio. El domingo, cogida de la mano de mi padre, vamos hasta el quiosco de helados y volvemos a casa, mientras gruesos trozos de *crème brûlée* se derriten lentamente sobre mi lengua.

Marina

—¿Qué quieres ser de mayor, Lenchka? —me pregunta la tía Nina, que es mi tía de verdad, si bien algo lejana (es la prima de mi madre).

Hemos ido al apartamento de la tía Nina para celebrar su cumpleaños. Somos seis personas, y mi hermana Marina está sentada a mi lado, delante de una mesa repleta de entrantes, ensaladas y el pastel de cebolla especial de la tía Nina.

Mi hermana Marina tiene diecisiete años. Está cursando el último año de instituto, y se dispone a urdir un plan para que nuestros padres le permitan solicitar su ingreso en la Escuela de Teatro.

—Bailarina —respondo yo, saltando de mi silla y levantando una pierna por detrás de la espalda.

—Siéntate y termínate las patatas —me ordena mi madre.

Pero yo no quiero más patatas. Me estoy guardando un hueco para el pastel que he visto en la cocina, adornado de pasas y espolvoreado con azúcar.

Me digo que ojalá la tía Nina le pregunte a Marina qué quiere estudiar, a sabiendas de que si mi hermana dijera públicamente lo que mis padres ya saben, entonces todo el mundo se olvidaría de mis patatas y, de hecho, de las de todos los demás, lo mismo que del arenque salado, la remolacha con mayonesa y las rodajas de salami que han empezado ya a levantarse por las puntas. Todos se quedarían boquiabiertos, preguntándose cómo una familia tan formal, con un padre director de una escuela técnica, y una madre profesora de anatomía, puede haber producido un ser tan raro. No pasa nada si a los cinco años quieres ser bailarina, o actriz, o astronauta, pero a la edad de Marina se supone que tienes que ser ya una persona seria y pensar en una profesión de verdad, como puericultora, conductora de tranvía o doctora de la policlínica local, igual que aquella mujer que vino a nuestro apartamento cuando yo tuve la gripe, con su cofia blanca y aquel pelo tan sospechosamente rubio.

—¿Actriz? ¿Qué tipo de trabajo es ése? —pregunta mi padre cuando estamos en casa—. ¿Vas a subirte a un escenario y hacer el ridículo? *Gluposti* —añade, agitando la mano con gesto de desdén—, menuda estupidez.

—Pues ha habido grandes actores a los que todo el mundo ha respetado —se defiende Marina—. Stanislavski, Nemírovich-Dánchenko, Mijaíl Chéjov... Incluso escribieron libros.

—Los libros están bien —dice mi padre a través de una nube de humo. Ya va por su segundo paquete de cigarrillos sin filtro Belomor—. Pero primero aprende a leer y escribir. Ve a una universidad donde te enseñen algo de provecho. Diseño aeronáutico, por ejemplo.

—¿Y luego qué harás? —interviene mi madre—. ¿Pasarte la vida en algún teatro de provincias para salir al final del segundo acto y decir: «La cena está servida»? Yo no podré ayudarte a conseguir trabajo en Leningrado —le advierte, siempre tan pragmática—. Te mandarán a Kamchatka y allí te quedarás, rodeada de marginados sociales, soldados, ex presidiarios y personas ni siquiera capaces de aprobar un curso de fontanería. Y entonces desearás haberme hecho caso.

Mi madre no comprende que alguien pueda elegir voluntariamente una profesión tan insegura y desordenada. En primer lugar, no es un trabajo serio. ¿Qué se estudia en una escuela de teatro?, se pregunta. Desde luego, ni química ni biología, ni siquiera latín. Trabajar de actriz no es una contribución a la comunidad, dice. No estás haciendo nada de provecho. Es una profesión frívola y caótica, indigna de un ciudadano de bien.

—Fíjate en tu hermana Galia —prosigue mi madre. Galia, la hija de mi padre, tiene diez años más que Marina y trabaja como patóloga en el Hospital Número 2 de Leningrado. Yo no tengo ni idea de qué hace exactamente una patóloga, pero sin duda debe de ser algo serio, porque mi madre la utiliza a menudo como ejemplo—. Ella sí tiene un empleo de verdad, respetable. Trabaja de nueve a cinco y media, seis días a la semana.

Los días que Marina acude a las reuniones del club de teatro de su instituto, mi madre hace ruido con los cacharros en el fregadero y asegura que toda la culpa la tiene la radio. Yo aguzo el oído, intrigada ante la idea de que la radio, con sus conciertos de piano, su gimnasia matutina y sus solemnes noticias de las tres, pueda haber empujado a Marina a caer en la trampa del teatro.

—Fue ese programa —dice mi madre—, *Teatro al micrófono*.

Cuando vivían en Ivánovo, antes de que yo naciera, Marina se pasaba horas en un rincón, debajo de la radio, siempre castigada por montarse a horcajadas en la barra trasera del tranvía.

—Se sentaba allí a propósito en cuanto veía que un adulto la miraba —cuenta mi madre, que creía estar castigando a Marina.

Pero ése era justamente el plan de mi hermana: terminar en el rincón, debajo de la radio. Por la tarde, sólo retransmitían radionovelas. Marina se quedaba horas allí, quieta como un tótem; trabajo le costaba a mi madre conseguir que luego se sentara a la mesa a cenar. Y una cosa trajo la otra: ahora mi hermana quiere ser actriz.

Siento un respeto renovado por Marina, por su envidiable astucia de sentarse en la barra del tranvía ante los ojos de un adulto, con el fin de recibir el tan anhelado castigo. Pienso en ella de pie, junto a una antigua radio con su frontal forrado de lana escuchando las voces de los actores, imaginándolos en el escenario, con los ojos relucientes bajo capas de maquillaje mientras proclamaban amor eterno, vertían trágicas lágrimas y morían.

Entonces mi madre cambia de tono y le dice a mi padre que no tienen de qué preocuparse. La competencia para obtener una plaza en la Escuela de Teatro es tan feroz que hay cien aspirantes para un solo puesto.

—Tienes que ser una Sarah Bernhardt —insiste—. Y estar muy bien relacionada. Tienes que ser familia del ministro de Cultura. No entra nadie —concluye, golpeando con decisión una olla sopera con la tapa.

En nuestra casa hay un perro, un setter irlandés de pura raza color cobrizo. Es de mi hermana, aunque dudo que apareciera en nuestro apartamento sin el consentimiento previo de mi madre. Tanto mi madre como mi hermana le acarician a menudo sus largos rizos y le permiten sentarse en el sillón a mirar las imágenes de nuestro televisor, que parpadean tras un cristal grueso y que parece lleno de agua. Cuando el perro está en el sillón, yo me siento a su lado, y juntos miramos cómo los patinadores sobre hielo atraviesan la pantalla.

El perro se llama *Major* y cuando llega el momento de cruzarlo, un hombre llama a nuestra puerta y se presenta como Iván Serguéyevich Parfenov, presidente de la sede en Leningrado de una organización dedicada a los setters irlandeses. Iván Serguéyevich es un hombre manso, como *Major*, que debe de rondar la edad de mi madre. Entra en el vestíbulo, hace una leve reverencia, se quita el sombrero de fieltro y lo cuelga en un gancho que hay frente a la nevera.

—¿Quién es el dueño del perro? —pregunta cuando mi madre lo invita a entrar en la cocina, donde ya está calentando agua para el té.

—¡Marina! —llama ella, y mi hermana sale de su cuarto, donde fingía estar ocupada haciendo ejercicios de matemáticas.

Está cursando el último año de instituto, el décimo, y su futuro está decidido. La han aceptado ya tanto en la Facultad de Medicina de mi madre como en el instituto técnico de mi padre. No hace falta que malgaste el verano estudiando para las pruebas de acceso a la universidad ni que a finales de agosto compruebe, temblorosa, las listas de admitidos que hay colgadas en las frías paredes de las facultades. En palabras de mi madre, le han servido el futuro en bandeja de plata.

Ante la sorpresa de Marina, Iván Serguéyevich se levanta de la silla y le tiende la mano. Aún se queda más sorprendida cuando éste se dirige a ella con el pronombre formal *vy*, reservado para los adultos, y no el informal *ty*, que se emplea para los niños y los familiares.

El hombre charla un poco con Marina sobre los exámenes finales de junio y le pregunta en qué universidad tiene previsto solicitar plaza cuando termine el instituto.

No es ningún secreto que a mi hermana no le interesan en absoluto ni la medicina ni la tecnología. Todos sabemos que lo que, de hecho, la motiva es subirse al escenario del teatro del instituto y proyectar su voz mientras la tragedia que emana de las páginas de Chéjov, Gorki u otro dramaturgo famoso cuyo nombre aún no he aprendido le transforma el alma.

Vacila un segundo, dudando sobre si debe revelar la verdad ante aquel desconocido. Pero Iván Serguéyevich la llama *vy* una vez más y le dirige una sonrisa tan radiante que Marina mira a mi madre y se muerde el labio.

—Quiero ser actriz —afirma, clavando la vista en el suelo—. Deseo firmemente solicitar una plaza en la Escuela de Teatro.

Mi madre, que está vertiendo el agua hirviendo en una tetera de porcelana llena de esencia de té, se detiene de golpe y acribilla a Marina con la mirada, que sigue con la vista fija en sus pies, tan absorta en ello que decido entrar en la cocina para comprobar si lleva algo extraordinario pegado a las zapatillas.

Iván Serguéyevich se muestra entusiasmado, como si ésa fuera la mejor noticia que hubiera oído en mucho tiempo.

—¡Pues yo la puedo ayudar, joven! —exclama con entusiasmo, llevándose las manos al pecho, como si implorara a Marina que aceptara su oferta—. Tengo una amiga maravillosa, una actriz, que podría escucharla declamar algo. Ella le dirá si tiene talento para el teatro y le podrá

aconsejar sobre qué obras son más apropiadas para usted.

Cuando pronuncia el nombre de la actriz, Marina deja de mirarse las zapatillas y levanta los ojos. Es un nombre que ha oído en multitud de ocasiones, primero en la radio de la vieja casa de Ivánovo y luego en Leningrado, un nombre que va unido a la voz que todos los días, a las tres de la tarde, lee una historia radiofónica y que consigue que Marina se salte a veces la última hora de clase.

El hombre le da a Marina el nombre y el teléfono de la actriz, ajeno al amenazante tintineo de las tazas de té y a la espalda tensa de mi madre, que revuelve en el armario en busca de un tarro de mermelada de fresa. Mi madre ha traído de la otra sala la vajilla buena, decorada con capullos de rosa y un ribete dorado y que aparece tan sólo cuando tenemos invitados, y tomamos el té con rebanadas de pan con mantequilla y mermelada, mientras Iván Serguéyevich describe cuáles son los pasos del proceso de la cría canina. Cuando terminamos, el hombre recoge cuidadosamente con la palma de la mano las migajas de encima del hule y se las ofrece a *Major*, que lleva un buen rato bajo la mesa esperando una limosna. A continuación nos encaminamos al vestíbulo, pero cuando Iván Serguéyevich está a punto de coger su sombrero, mi madre se lo lleva de nuevo a la cocina y cierra la puerta.

Mi hermana y yo nos colocamos bajo los ganchos donde colgamos los abrigos, entre chaquetas de lana e impermeables arrugados, pero sólo logramos oír un murmullo de voces. Yo intento respirar flojito para no poner a prueba la paciencia de Marina, que generalmente no me permitiría compartir con ella un momento como éste, pero está tan concentrada intentando desentrañar lo que dicen las dos voces en la cocina que tolera mi presencia.

Cuando finalmente se abre la puerta, salimos en estampida hacia el cuarto de Marina y echamos un vistazo por la rendija que queda entre las bisagras. Iván Serguéyevich, que parece incómodo, le dedica una tímida sonrisa a mi madre y ésta abre la puerta de casa con agresiva firmeza.

Al día siguiente, Marina llama al número de teléfono y la actriz le concede una cita para oírla declamar. En el rostro de mi hermana brilla la misma energía febril que rebosa mi amigo Shenka cada vez que urde un nuevo plan para tomarle el pelo a la tía Polia.

—Todo esto no son más que chiquilladas —dice mi padre durante la cena, fumando el último cigarrillo del paquete de Belomor del día, molesto por el estruendo que monta mi madre al fregar los cubiertos. Le duele la cabeza, dice, porque el tío Volodia, su chófer, no ha podido arreglar su Pobeda (que tiene ya doce años) y ha tenido que coger el autobús y colgarse de una puerta con el resto de los viajeros, como un racimo de uvas. Apaga el cigarrillo y se levanta—. La tal Comosellame, la actriz esa, la escuchará recitar un par de poemitas entre bostezos y la mandará a casa.

Me alegro de que Marina no pueda oírlo, pues esta noche está en el club de teatro del instituto.

—Tal vez es para bien —suspira mi madre, que coge un trapo y empieza a secar los platos—. Tal vez necesita que una actriz le diga que ya puede ir quitándose la carrera teatral de la cabeza. Como siempre dice mi *mamochka*, todo lo que sucede es para bien.

El diminutivo *mamochka*, que emplea en lugar de *mama*, me resulta extraño, porque soy incapaz de imaginar a mi corpulenta abuela como algo pequeño o ligero. La filosofía de mi abuela también me parece extraña, ya que, si todo sucede para bien, ¿por qué hay tantas cosas que van de mal en peor?

Durante toda la semana oigo cómo Marina ensaya en su cuarto, la oigo recitar y cantar. En voz

alta e inspirada, lee «El velero», de Lérmontov, y «Cesto con piñas», de Paustovski. Apoyada en su puerta, intento memorizar los versos para podérselos repetir más tarde a mi amigo Shenka, con esa misma voz, trágica y melancólica, una voz destinada a entretener al sombrío público teatral, con sus vestidos de terciopelo y sus abrigos de piel.

Después de la audición, mi madre recibe una llamada. Se lo cuenta a mi padre mientras Marina ha salido a comprar el pan, pero en esta ocasión la puerta de la cocina está entreabierta y, oculta entre los abrigos, puedo oír claramente todas y cada una de sus palabras. La actriz la ha llamado al trabajo, a la sala del departamento de Anatomía, porque en casa no tenemos teléfono. Durante unos cinco minutos, y bajo la mirada aburrida de un profesor de patología, mi madre ha oído cómo la otra mujer alababa el extraordinario talento de Marina.

—Debe comprender —le ha dicho la actriz— que tiene un don para la interpretación. Tiene que dejarla ir a la Escuela de Teatro.

Mi madre cuenta la indignación que ha experimentado al oír aquella opinión, que destruía de un plumazo todos los planes de la familia y que, hasta cierto punto, legitimaba una profesión indigna como la interpretación. Pero, al mismo tiempo, no ha podido evitar sentirse orgullosa. Por un minuto, mientras la actriz no dejaba de elogiar el don innato de Marina, la rabia y el orgullo han librado una ardua batalla en su interior hasta que, inesperadamente, el orgullo ha terminado por imponerse. Al final, mi madre ha dicho «Gracias» y ha colgado.

Cuando Marina regresa a casa con una barra de pan, va directamente a la cocina y empieza a poner la mesa. Mi hermana no suele poner la mesa a menos que se lo pidan, pero sabe que la actriz va a llamar a mi madre un día de éstos y se muestra atenta y amable por si acaso.

Mi madre observa con atención cómo Marina anda de aquí para allá por el linóleo desgastado de la cocina, cómo abre el armario y saca cuatro platos.

—Hoy me ha telefoneado Elena Vladímirovna —comenta, llamando a la artista por su nombre y su patronímico, la única forma en que puede pronunciarse el nombre de un adulto en presencia de un niño—. Te vas a Moscú —añade.

La mano de Marina se detiene y deja caer un tenedor al suelo. El rostro de mi hermana ha adquirido una expresión estúpida, una mirada que uno no debe mostrar jamás y que yo, desde luego, no mostraría nunca ante la tía Polia, medio confundida, medio temerosa. Tal vez cree que es un castigo por haber expresado públicamente su deseo de ser actriz; tal vez cree que lo hizo tan mal en la audición que la artista ha recomendado que la expulsen de Leningrado.

—¿A Moscú? —pregunta con voz entrecortada.

—Sí, a Moscú —responde mi madre con impaciencia, molesta por tener que repetir unas palabras que habría preferido no tener que pronunciar ni siquiera una vez—. Elena Vladímirovna dice que tienes que ir a la mejor escuela de todas, y la Escuela de Teatro de Leningrado no es muy buena.

4. DACHA

Todos los veranos mis abuelos vienen a visitarnos. De junio a septiembre viven en nuestra dacha, situada a treinta kilómetros de Leningrado, una casita con medio acre de terreno detrás de una verja de madera. Fue mi madre quien insistió en comprar la dacha poco después de que yo naciera, pese a las dudas de mi padre sobre la conveniencia de asumir más responsabilidades. Yo tengo ya ocho años y soy capaz de imaginar cómo debió de discurrir la conversación.

—La niña necesita aire fresco —debió de decir mi madre con su voz imperiosa, la misma voz con la que me dice que debo terminarme hasta la última migaja del plato.

Seguramente mi padre objetó algo, pues a nadie le gusta acatar de inmediato lo que le ordena una voz autoritaria. Sin embargo, su gran pasión era la pesca, y la dacha estaba situada a apenas cuatro kilómetros del golfo de Finlandia, donde se podían pescar lucios, percas y, a veces, incluso anguilas. A mi padre le encantaba la calma de la barca de remos y disfrutaba mucho más de la soledad que de la pesca en sí.

Ahora los tablones de la fachada de la dacha han adquirido un tono grisáceo, descolorido por el paso de los años, y no quedan más que unos pocos trozos de la pintura verde original en algunos listones. El porche, ladeado hacia la izquierda, conduce a una galería cerrada, en el centro de la cual hay una mesa y dos bancos. El resto de la casa está siempre a oscuras, porque las ramas de un enorme arbusto de lilas cubren las dos ventanitas por las que la luz se filtra al pequeño dormitorio y a la cocina. Cuando entro, mis ojos necesitan unos segundos para habituarse a la penumbra y distinguir la figura de una estufa ancha que se alimenta de leña sobre la que se apuntala el techo bajo.

Otra estufa, de superficie plana y atiborrada de ollas y cazos, domina la cocina. Su estructura de hierro fundido parece haber crecido de las tablas del suelo, como si hubiera echado raíces en las profundidades de la tierra, bajo los cimientos. Un fregadero metálico (que no está conectado a nada, pues la casa no dispone de instalación de agua corriente) está instalado en la pared bajo un artilugio para lavar: un tiesto con un agujero en el centro conectado a un tubo metálico. Si muevo el tubo arriba y abajo, me cae un hilito de agua en las manos que termina colándose por el desagüe del fregadero hasta un cubo que está situado debajo. El fregadero consigue hacer creer que el artilugio que hay encima es, en realidad, un grifo del que sale un agua que va a parar a una tubería y no a un cubo apestoso; he aquí otro ejemplo de *vranyo*, el juego que la tía Polia me enseñó en la guardería.

A mi *dedushka*, mi abuelo, le encanta trabajar en el jardín. Es un hombre alto, con el pelo blanco y un cuerpo robusto como un roble; ha convertido medio acre de hierbajos que te llegaban hasta la cintura en una muestra de arriates de fresas, pepinos y eneldo. Ha plantado manzanos,

cuyas ramas se doblan ahora bajo el peso de sus frutos, y matas de uva de espino, cuyas bayas están cubiertas de un vello blanquecino. En la parte trasera ha construido también un invernadero para tomates con un trozo de plástico colgado de un marco de madera y sujetado con ladrillos.

A mi *dedushka* le encanta mandar. Mi abuela lo llama «el comandante». Lo observa a través de la ventana de la cocina, mientras lava los platos en un barreño de agua caliente. Alrededor de los ojos, su piel se arruga y forma surcos aún más profundos detrás de sus gafas.

—¡Hora de regar! —ordena mi abuelo a las siete en punto, cuando el sol ha empezado ya a descender y se acerca a nuestra verja.

Obedientemente, como si de pronto se hubiera convertido en otra persona, dócil y silenciosa, mi madre sale del establo cargada con dos regaderas. *Dedushka* le da vueltas a la manivela oxidada del pozo hasta que el cubo atado a una cadena cae dentro del agua. Yo me apoyo en el armazón del pozo y miro hacia abajo, pero es tan profundo que no logro nunca divisar el agua; sólo oigo el tintineo de la cadena, seguido de un chapoteo. Con las dos manos, *dedushka* hace subir de nuevo el cubo a la superficie. Repite la operación y llena las dos regaderas que mi madre arrastra hasta los arriates de rábanos, zanahorias y remolachas, y luego hasta el invernadero de tomates. Mi madre camina despacio, con los hombros encorvados por el peso, y yo querría que hubiera llovido y que *dedushka* no la obligara a levantar y arrastrar tanto peso.

Sé que a mi *dedushka* le gustaría también darle órdenes a mi padre, que llega los sábados por la noche con el tío Volodia, pero ni siquiera lo intenta. No hay carretera, de modo que tienen que atravesar con el coche el campo salpicado de las estrellas azules de los acianos y los cálices mantecosos de unas flores amarillas llamadas «gallinas ciegas». He oído decir que comerse esas flores puede provocar ceguera instantánea, sobre todo si eres una gallina. Mi padre y el tío Volodia brincan entre los surcos, anunciando su llegada con un traqueteo que oímos desde la galería, y aparcan frente a la puerta trasera, junto al montón de abono. Salgo corriendo a darles la bienvenida e inhalo el aroma a tabaco de mi padre y el olor denso y empalagoso a gasolina que rodea el automóvil. Aparte de regar y desherbar, en la dacha suceden tan pocas cosas que cualquier distracción (una ida al colmado o un camión que pase a toda velocidad) hace que un día pueda ser memorable. Pero la presencia de mi padre es especial. Tenemos un domingo por delante, lleno de posibilidades aparentemente infinitas, con el tío Volodia que se acaricia el pelo ralo y cuenta alguna historia sobre la milicia del control de carreteras, con mi padre a la cabecera de la mesa, todo para mí, sorbiendo cucharadas de sopa de col.

Cuando mi padre está en la ciudad trabajando, *dedushka* se sienta a la cabecera de la mesa. Ahora mismo *dedushka* está fuera. No le gusta tener que ceder su puesto de privilegio, de modo que en cuanto el traqueteo del coche del tío Volodia llega hasta la casa, se acuerda de que tiene que podar, desherbar o echar abono. Miro a través de la ventana y lo veo junto al arbusto de la grosella, inspeccionando las ramas y aplicando a las hojas un polvo blanco que saca de una bolsita, fingiendo no ver el automóvil que se acerca por el campo.

—¿Quieres ir a pescar mañana? —le pregunta mi padre al tío Volodia, dejando la cuchara sobre la mesa.

—¡Yo sí quiero ir! —exclamo yo, levantándome del banco de un salto.

—Siéntate —dice mi madre—. No te has terminado la compota.

Pero yo no quiero más compota. Quiero ir a pescar.

—¡Menuda pescadora estás hecha tú! —exclama mi padre—. *Ot gorshka dva vershka.*

Dos centímetros más alta que un orinal.

—Seré la mejor pescadora del mundo —prometo con los brazos pegados al vestido de tirantes, en posición de firmes—. Pescaré un pez así de grande.

Abro los brazos tanto como puedo, juntando los omoplatos para que aumente mi envergadura.

—La casa necesita una mano de pintura —dice mi madre—. El domingo pasado llovió.

El tío Volodia, que ya presencié esa misma discusión la semana anterior, hurga en sus bolsillos en busca de sus cigarrillos y sale al porche.

—No —replica mi padre—. Pescarás un pez así —añade, con el dedo índice y el pulgar separados apenas un centímetro.

Dedushka sube al porche y pasa junto al tío Volodia, apartando el humo del cigarrillo.

—¿Tenemos pintura suficiente? —pregunta mi madre, dirigiéndose a *dedushka*, y aprovechando que se encuentra lo bastante cerca como para oírla.

—Vamos, necesito ayuda con el hornillo —dice mi abuela y, tirándole de la manga, se lleva a *dedushka* a la cocina, lejos de la discusión sobre si hay que pintar la casa o no que tanto detesta mi padre.

Pero él se suelta, apartando el brazo con brusquedad.

—Hay cinco litros en el establo —contesta, enderezando los hombros—. Debería ser suficiente.

—Quiero ir a pescar —lloriqueo yo mientras mi padre se levanta, deja la galería y se sienta junto al tío Volodia en el porche—. Por favor, por favor, por favor.

Sé que ha salido únicamente porque no le gusta que *dedushka*, que cree que nos puede mandar a todos, le dé órdenes.

Ahora mi madre y *dedushka* están solos en la galería. Nadie aparte de ellos quiere pensar en tener que pintar la casa; no cuando casi ha llegado ya el domingo, no mientras mi padre busca ruidosamente sus cañas de pescar dentro del granero.

Por la noche sueño que voy a pescar. En la mano tengo un remo, pesado y húmedo, que se hunde en silencio en el agua oscura bajo la barca. No veo la cara de mi padre, oculta bajo la visera de su gorra; ha inclinado la cabeza y se esconde tras sus manos ahuecadas, tratando de encenderse un cigarrillo. En el fondo de la embarcación, retorciéndose en dos dedos de agua turbia, hay dos lombrices moradas que se han escapado de una lata llena de tierra. Las hemos recogido a las cinco de la madrugada del montón de abono del cuidador de la barca.

Las nubes que cubren el golfo de Finlandia brillan con un tinte amarillento en el horizonte, donde se mezclan con el agua; muestran un atisbo del sol aún distante, como una hilera de focos.

—Mira más allá de esa luz —dice mi padre—. Fíjate bien y verás a la gente entrando en el teatro. Verás a los acomodadores ir y venir por el patio de butacas; la voz de los espectadores, el crujir de los programas de mano... Oirás un murmullo. Cuando las luces empiezan a apagarse, el murmullo aumenta y entonces, justo antes de que se levante el telón, el ruido cesa de golpe. Todos los presentes contienen el aliento, todos saben lo que va a pasar. Ése ha sido siempre mi momento preferido: la anticipación de la magia, la expectativa de la ilusión.

No sé por qué mi padre habla sobre el teatro como si fuera un actor o un espectador apasionado, pero tampoco lo cuestiono. No puedo verle la cara porque mira hacia el otro lado, hacia el horizonte, hacia el público.

—No dejes escapar la magia —dice—, o te hundirás en las arenas movedizas de la

normalidad.

—¿Y cómo reconoceré la magia? —le pregunto yo, pero no tengo voz, de modo que abro y cierro la boca como la perca que pesqué el verano pasado y que aún recuerdo agitándose en el fondo de la barca.

De algún modo, y como sucede sólo en sueños, mi padre oye la pregunta.

—Lo sabrás —dice, y me mira por debajo de la visera—. Lo sabrás porque el ruido cesará.

Me despierto cuando la luz ya desgarrar el aire y tiñe el cielo de malva. Me aterra la posibilidad de haberme dormido y que hayan salido a pescar sin mí por haber estado deleitándome en mis extraños sueños sobre el teatro y la pesca.

Son casi las siete. Se oye el silbido del hervidor de agua sobre el hornillo, y mi madre, con la mano envuelta en un trapo, vierte el líquido en una tetera. Salgo a la galería buscando a mi padre.

Lo encuentro sentado en su sitio, en la cabecera de la mesa, con las gafas puestas y leyendo el *Pravda*, como si aquél fuera un día normal y corriente, como si no tuviéramos planes.

—¿Cuándo vamos a ir a pescar? —pregunto.

Mi padre deja el periódico, inclina la cabeza y me mira por encima de sus gafas, lo que le otorga a su rostro un aspecto ligeramente burlón.

Mi madre sale a la galería con la tetera en una mano y el hervidor en la otra.

—¿Quién se va a pescar? —inquire en un tono de voz que conozco de sobra: el de una profesora reprendiendo a un alumno.

Yo miro a mi padre.

—Ayer dijiste que iríamos —insisto. Intento no mirar a mi madre, que está llenando su taza con agua hirviendo—. Dijiste que saldríamos a pescar —repito. Veo cómo mi madre se pone tensa y se dispone a hablar—. Lo prometiste —recuerdo, forzando ligeramente lo que se comentó el día anterior en la galería para que encaje mejor con mis deseos.

—No vas a ir a ninguna parte —dice mi madre, observándome fijamente—. Te quedarás aquí y nos ayudarás a pintar.

Saca dos cucharadas de azúcar del bote, las echa en la taza de mi padre y remueve un poco el té.

Es tan injusto que me echo a llorar. Gimo, sollozo. Me moquea la nariz. Me froto la cara para secarme las lágrimas y los mocos.

Mi padre no sabe qué hacer. Le incomoda verme llorar, por lo que sale de la galería, con los hombros encorvados y sus gafas dentro del puño cerrado. Veo su figura de contornos borrosos que se dirige hacia el establo, hacia un pajar en el que el tío Volodia duerme.

Mi abuela, que me oye lloriquear, acude a la galería desde el jardín, donde estaba podando los brotes de las fresas. O los bigotes, tal como los llama ella, como si las fresas fueran aristócratas salidos de una novela de Tolstói.

—*Nu, nu* —murmura, abrazándome contra su estómago, tan mullido que de repente, *mamochka*, el diminutivo empleado por mi madre, le hace justicia. Y a continuación me suelta su frase preferida—: Todo lo que sucede es para bien.

Éste es un ejemplo perfecto de lo absurdo de su filosofía, porque, evidentemente, pasarse el domingo pintando la casa no es mejor que salir a pescar con mi padre. Pero no digo nada, porque sus brazos son cálidos y suaves como una manta.

Mi madre ha regresado a la cocina y anda atareada entre el depósito de agua, en un rincón, y la mesa, en el otro. La odio, odio las paredes descascaradas y ese domingo echado a perder. Odio a *dedushka*, al que veo en el jardín, arrancando dientes de león de un arriate de cebolletas. Cuando termina, se incorpora y se mira las manos, que sé que estarán negras y pegajosas por la savia lechosa de los dientes de león. Entonces saca la escalera del establo, la lleva hasta la casa y la apoya en la fachada.

Me seco la cara con el dorso de la mano, me escabullo del abrazo de mi abuela, cruzo la verja y salgo al campo, donde las flores, conocidas como gallinas ciegas, ya están abiertas. A mi alrededor, la hierba es suave y protectora, como los brazos de mi abuela. Me comeré las flores amarillas y me quedaré ciega, así no tendré que ayudar a mi madre y a *dedushka* a pintar la casa. A tientas, palpando el aire con manos débiles, pasearé por el jardín, chocando contra los manzanos, tropezando con los ladrillos del invernadero, acercándome peligrosamente al borde del pozo. «Mírala —susurrarán los vecinos a mi espalda, lejos de donde mi madre pueda oírlos, los mismos vecinos que ordenarán a sus hijos que no se queden mirándome—. Un día su madre no la dejó salir a pescar y...»

A finales de agosto, las tareas en la dacha son otras. Ya no hay que regar ni desherbar; ahora, y bajo la dirección de *dedushka*, concentramos todos nuestros esfuerzos en recoger y conservar. Al acabar la temporada de las fresas, en julio, llega el momento de las frambuesas y las grosellas. Las grosellas se vuelven traslúcidas y unos filamentos blanquecinos atraviesan su carne, preparada para empaparse del intenso sol de agosto. Poco a poco, las frambuesas se ablandan y van adquiriendo color, como faros en una jungla de ortigas. Frambuesas y ortigas van siempre juntas.

Por mucho que intente evitar las hojas de las ortigas, cada vez que me meto en la parcela de las frambuesas con un cuenco termino con los brazos hinchados y llenos de verdugones. Y si, por algún milagro, logro eludir la mordedura de las ortigas, me arañó la piel con las espinas del frambueso. Sin embargo, es imposible pasar junto a ellos sin hundir la mano hasta el fondo del arbusto, donde crecen los frutos más grandes y sabrosos. Si mi madre me pesca, enarcará las cejas y me dirá que soy una *egoistka*, incapaz de pensar en los demás.

Sé que no debo comerme las frutas, porque ésa es una de las normas no escritas de la dacha. Todas ellas —fresas, frambuesas, grosellas rojas y negras, uvas espinas y ciruelas moradas— se recolectan en botes y cestos, se limpian, se distribuyen en montones sobre la mesa de la cocina y con ellas se elabora mermelada para el invierno.

El gigantesco horno de la cocina está encendido, y las llamas, como lenguas de serpiente, se enroscan alrededor de los quemadores metálicos. Junto al horno hay un montón de leña: es preciso alimentar el horno constantemente, que no pase hambre ni un segundo. Cada quince minutos, *dedushka* abre esa garganta ardiente con una vara de hierro y echa otro leño a las llamas. De otro modo, las mermeladas que hierven al fuego en grandes ollas de cobre no cuajarán: la alquimia del azúcar y la fruta requiere de una temperatura constante.

Mi madre se ha puesto un viejo delantal. Debajo no lleva más que un sujetador de algodón y unos calzones de color rosa que le llegan hasta las rodillas. Tiene la cara brillante por el sudor, que se le acumula en el labio superior y le resbala por la barbilla. Remueve las mermeladas con un cucharón para que no se peguen al fondo de las cacerolas. Las frambuesas hierven cada vez más lentamente, hasta que empiezan a soltar gruesas burbujas y a susurrar, el perezoso sonido del

agotamiento. A continuación, mi madre hace sus comprobaciones: toma una cucharada de mermelada caliente y, despacio, devuelve el contenido a la olla: si cae fácilmente un chorrillo de mermelada, significa que tiene que cocer más; en cambio, si cae poco a poco, a grumos, es que ya está lista.

Éste es el momento que hace que todo (subir cubos de agua del viejo pozo, los escozores de las ortigas, el calor de la cocina) valga la pena, el momento en que puedo lamer las cacerolas, una vez que la mermelada está ya metida en tarros de tres litros para almacenarla durante el invierno. La densa película que cubre las ollas, una mezcla viscosa de azúcar quemado y fruta, es la recompensa definitiva.

Con una cuchara sopera en la mano, saboreo hasta la última gota y me deleito en la abundancia del apelmazado tesoro escondido que yace entre las paredes y el fondo de la cacerola. Cuando la cuchara ya no sirve de nada y sé, por experiencia, que no obtendré ni una pizca más por mucho que rasque, es el instante de lamer. Las paredes son la parte más fácil; el verdadero reto se presenta cuando llegas al fondo. Saco la lengua tanto como puedo hasta que, por fin, alcanzo los surcos que la cuchara ha dejado en el azúcar. He metido toda la cabeza dentro de la cacerola y el pelo se me pega a las paredes. Los bordes de la olla me dejan marcas en el cuello y en las orejas.

Algo sucede a finales de agosto. El verano se enrosca como una hoja abrasada, se retuerce, se encoge. La cálida brisa del golfo de Finlandia se convierte en un viento gélido y el sol se vuelve más frío y distante, como si de repente hubiera perdido interés en nuestra dacha y nuestro jardín.

Es la última oportunidad de mi padre para ir a pescar, de modo que planea una salida con todas las de la ley: sin niños, sin nadie más aparte de él. Se marcha por la noche, duerme en el granero del cuidador de la barca y zarpa a las tres de la madrugada, en medio de una oscuridad absoluta, antes de que el sol se plantee siquiera empezar a despuntar. Lo despedimos en la verja, mi abuela, mi madre y yo, agitando vigorosamente los brazos, y lo vemos cruzar el campo, con tres cañas de pescar bamboleándose sobre su espalda al ritmo de sus pasos.

A la mañana siguiente no regresa. Mi madre deja de coger grosellas, deposita la cesta en el suelo de la galería y comprueba que su reloj de pulsera marque la hora correcta, cotejándola con la del reloj despertador de la mesa. Con mi abuela, calculan cuántas horas debe de haber tardado en ir en barca hasta el golfo, cuántas en regresar, guardar la barca en el granero del cuidador y caminar los cuatro kilómetros hasta casa.

—Quizá se ha quedado hablando con el cuidador —observa mi abuela—. O quizá se ha dormido; o ha decidido limpiar el pescado ahí mismo. Con los hombres nunca se sabe.

Habla con voz dulce y empalagosa como la miel, pero a mi madre no se la engatusa tan fácilmente. Se levanta, coloca un periódico sobre la mesa de la galería y vierte encima las grosellas para limpiarlas. Pero, en lugar de hacer eso, se sienta frente al montón de fruta y empieza a arrancarse las cutículas.

Durante un rato, ninguna de las dos mujeres dice nada, y contemplamos cómo *dedushka* poda el viejo peral, parte las ramitas y unta los cortes con un producto blanco que saca de una lata.

Dan las dos de la tarde, las tres, las cuatro.

—No debí dejarlo marchar. He tenido la sensación de que iba a pasarle algo, lo he notado aquí —exclama mi madre, golpeándose el pecho con el puño.

—Los hombres son así—afirma mi abuela—. Hacen siempre lo que quieren.

Mi madre va de un lado a otro de la galería y se detiene junto a la ventana, a través de la cual observa a *dedushka*, que ahora está recogiendo los últimos puñados de eneldo. Están mustios y nervudos, cubiertos de flores amarillas, y no servirán más que para preparar conservas.

—Debería haberle dicho que no —insiste mi madre—. No puedes ir, y se acabó. Y ahora, mira..., ya ves.

Abre las manos como si nos estuviera contando una noticia que ya sabemos. Lamenta su debilidad y parece tomarse aquella angustiada espera, aquella posibilidad de lo innombrable, como un castigo por su indulgencia. Si hubiera sido un poco más fuerte, un poco más obstinada y persistente, no estaríamos ahora en la galería, haciendo un esfuerzo por no mirar el reloj.

—Tal vez ha habido una tormenta. Al fin y al cabo, es el golfo de Finlandia, el Báltico —prosigue mi madre, echando otro leño al fuego abrasador de su desasosiego.

Pese a que comparto esta espera exasperante, sé que mi padre está bien. Es imposible que le haya pasado algo, imposible que jamás le pase nada. Es pescador, tiene tres cañas de pescar y siempre sabe cómo ensartar la lombriz perfecta. Cuando maneja los remos, la barca avanza silenciosamente y vira al menor gesto de su mano. En caso de tempestad, remaré más rápido, será más fuerte que las olas. Mi padre es invencible. Sé que está en alguna parte, ganando tiempo, harto de que le digan siempre lo que tiene que hacer, harto de la actitud mandona de *dedushka*, poniéndonos a todos a prueba con su ausencia.

A las ocho, cuando la silueta de los árboles en penumbra comienza a desvanecerse, mi padre cruza el campo, sube las escaleras del porche y se deja caer en el sillón. Yo lo abrazo, pero él me aparta. Mi madre le lleva una taza de té, pero también la aparta.

Yo dirijo una mirada triunfante a mi madre y a mi abuela, para que sepan que la presencia de mi padre, tendido en el sillón, es una prueba irrefutable de que yo tenía razón y que sus desasosiegos sólo han servido para que pareciera débil y vulnerable. ¡Como si mi padre pudiera sucumbir a una tempestad! ¡Como si pudiera sucumbir a lo que fuera!

—Bueno, ¿qué ha pasado? —pregunta mi madre con una voz que conserva parte de la angustia, pero que también refleja el deseo de saber por qué ella y mi abuela han tenido que vivir pendientes del reloj, intentando imaginar los motivos por los que un hombre puede retrasarse tantas horas.

Mi padre explica que ha habido una tormenta y que ha sobrevivido porque ha logrado llegar a un arroyo pantanoso (una suerte enorme), donde ha podido atar la barca a un árbol y acurrucarse hasta que ha pasado el peligro.

Mi madre suelta un grito ahogado, pero yo soy la única que lo advierte, porque se da la vuelta rápidamente; las manos que hace un instante tenía sobre el pecho acarician ahora el vestido a la altura de los muslos.

Veo cómo mi padre cierra los ojos y se duerme. Veo cómo mi madre saca una manta a la galería, lo cubre con ella y se la remete bajo los hombros y las rodillas. Mi padre se vuelve hacia un lado y se cubre las orejas con el brazo, como si no quisiera oír nada más sobre su ausencia.

Siempre supe que mi padre era más fuerte que la tormenta, más fuerte de lo que nadie creía. Siempre supe que no le pasaría nada.

5. LENIN Y ARDILLAS

Mi maestra de tercer curso, Vera Pávlovna, es una mujer alta y huesuda; su rebequita marrón le cuelga de los hombros, tiesos como una percha. Nos enseña aritmética, historia soviética y ruso. En su clase, copiamos los ejercicios del libro escolar en unas delgadas libretitas pautadas mientras ella va de aquí para allá por toda el aula, echando un vistazo por encima de nuestras cabezas y elogiando los trazos regulares de nuestra caligrafía.

El objetivo de sus elogios suele ser Zoya Churkina, que se sienta a mi izquierda, dos pupitres más adelante. Zoya es rubia y perfecta, y lleva su larga cabellera recogida en dos pulcras trenzas con lacitos en los extremos, y el delantal negro abrochado sobre su elegante vestido ocre con un cuello blanco siempre almidonado. «Nuestro diamante», la llama Vera Pávlovna; Zoya se ruboriza e intenta ocultar una sonrisa.

A mí nunca me dice que soy un «diamante», aunque termine los ejercicios tan rápido como Zoya. El mejor calificativo que me ha dedicado es «nuestra pepita de oro», que me concede cuando soy capaz de declinar todos los participios sin cometer un solo error de ortografía. Estoy celosa de Zoya, con sus trenzas ejemplares y su permanente estatus de diamante. Aunque ninguno de nosotros tiene la menor idea de qué aspecto tienen ni un diamante ni una pepita de oro, somos perfectamente conscientes de la supremacía de los diamantes y, por lo tanto, de mi inferioridad.

Cuando suena el timbre, Zoya borra la pizarra y se asegura de que salgamos al pasillo. Es la delegada de nuestro curso, la única que puede quedarse en el aula durante la hora del recreo y la encargada de garantizar que Dimka, el gamberro de la clase, no arme jaleo.

Dimka es un *dvochnik*, uno de esos alumnos que reciben un *dvoika*, un suspenso, en todo. El contrario de *dvoika* es *pyatorka*, un cinco, la nota que sacamos Zoya y yo.

—El tal Dimka será probablemente hijo de un fontanero —dice mi madre, que hace poco tuvo una reunión con los fontaneros.

Después de una semana de visitas continuas a la oficina responsable de nuestro edificio para quejarse por un escape, mi madre terminó saliéndose con la suya, y le mandaron a dos fontaneros para solucionar el problema. Sin embargo, llegaron tan borrachos que, cuando mi madre les abrió la puerta, se los encontró acostados en el rellano, con la cabeza apoyada en la puerta del ascensor.

Falta un día para el 7 de noviembre, el aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, un tema por el que Vera Pávlovna siente un auténtico fervor en la clase de historia. Con un brazo extendido, como Lenin en las estatuas que hay distribuidas por toda la ciudad, nos cuenta cómo el *Aurora*, el acorazado de la Primera Guerra Mundial que en la actualidad se halla anclado permanentemente a orillas del Neva, soltó un cañonazo que marcó el inicio del asalto al Palacio

de Invierno.

—Obreros y campesinos —dice—, a los que el zar explotaba sin piedad, escalaron la verja del palacio, subieron por la Escalinata de Octubre y arrestaron al gobierno provisional.

Esa parte de la historia sobre el gobierno provisional es algo turbia, pues la maestra nunca explica cómo se las arregló ese gobierno para sustituir al zar y por qué terminó también derrocado, si en definitiva había sido el destronado zar quien había conducido al país a aquel lamentable abismo que había requerido la intervención revolucionaria.

Con voz trémula, mi maestra narra el arresto, mientras yo intento imaginar a una turba de obreros y campesinos en el interior del Palacio de Invierno, sede del Ermitage, pisoteando con sus botas la Escalinata de Octubre, con sus suelos de mármol y sus pinturas italianas, pasando junto al trono de Pedro el Grande con sus hoces y sus martillos. No puedo evitar pensar que, pese al fervor de Vera Pávlovna, hoy en día no permitirían algo parecido; hoy, para entrar en el Ermitage, tienes que ponerte unas zapatillas de fieltro, atártelas a los tobillos y andar despacito bajo la atenta mirada de un millón de *babushkas* que montan guardia en cada sala para asegurarse de que no te acercas demasiado a la porcelana real ni a los cuadros, de valor incalculable.

—Mañana, 7 de noviembre —dice—, en toda la Unión Soviética, desde nuestra gloriosa capital hasta los hielos perpetuos de la taiga siberiana, celebraremos el aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

—Pero, si es la Revolución de Octubre, ¿por qué la celebramos en noviembre? —pregunta Dimka, el gamberro de la última fila.

Vera Pávlovna interrumpe su historia y le dirige una mirada de incredulidad. El paso del calendario juliano al gregoriano se estudia en primero, pero es evidente que ya entonces Dimka no escuchaba en clase.

—Debería darte vergüenza —le recrimina Vera Pávlovna, señalándolo a la manera de Lenin—. Deberías avergonzarte de tu ignorancia.

Hace una pausa para que la vergüenza y la inutilidad de Dimka calen lo bastante hondo en todos nosotros. Tras un minuto de silencio, cuando el tren de su narración ha descarrilado ya irrevocablemente, decide centrarse en acontecimientos más recientes.

—Dentro de dos días, cuando regresemos al colegio después de las vacaciones, vamos a organizar nuestra propia celebración. Se os concederá un gran honor: vais a convertirlos en jóvenes pioneros.

Todos los años, en el gimnasio de la escuela, tres secciones de alumnos de tercero, formados en filas perfectas, realizan el juramento de los Jóvenes Pioneros y, a continuación, los alumnos de séptimo les anudan pañuelos rojos al cuello; a su vez, los alumnos de séptimo —que ese curso cumplen catorce años— se unen a la Joven Liga Comunista. Se trata de una práctica anual semejante a la visita de rigor al dentista, una cita que tiene lugar a mediados de mayo, y que todo el mundo detesta.

—Dentro de dos días todos vosotros realizaréis el juramento, primer paso para convertirlos en verdaderos comunistas —añade Vera Pávlovna.

Entonces mira a Dimka y niega con la cabeza, dando a entender que, a pesar de las normas del colegio, obviamente él no merece ese honor.

El código de los Jóvenes Pioneros, que está colgado en la pared de nuestra aula, exige que todos los potenciales candidatos muestren una excelente actitud y saquen buenas notas, de modo

que, en teoría, Dimka no reúne estos requisitos. Pero, en realidad, todos los alumnos de la clase recibirán su pañuelo rojo, y Vera Pávlovna no puede impedir que Dimka nos acompañe. Por supuesto, todos sabemos que ni siquiera lo va a intentar. Vera Pávlovna comprende la necesidad de discrepar en la práctica de lo que está escrito sobre el papel y que las normas son sólo algo que hay que recitar de memoria y a lo que hay que aspirar, aunque no necesariamente cumplir. Todos somos conscientes de que no sería apropiado que durante la ceremonia alguien se quedara sin pañuelo rojo, puesto que eso plantearía todo tipo de interrogantes sobre las intenciones y la lealtad de la escuela.

—Contemplad a nuestro héroe pionero del pasado —dice Vera Pávlovna señalando el retrato de Pávlik Morózov que hay colgado de la pared, junto a Pushkin. Su historia está en nuestros libros de texto, pero ella la recita de nuevo—. Hijo de unos campesinos ricos, Pávlik descubrió que su padre escondía sacos de harina en el sótano mientras otros se morían de hambre. Por la noche, el valiente muchacho cruzó corriendo los campos sembrados y contó lo que había descubierto al sóviet de su pueblo. A la mañana siguiente, los soldados se presentaron en su casa y confiscaron la harina. El comisariado local le entregó una medalla a Pávlik Morózov —concluye Vera Pávlovna, haciendo hincapié en sus palabras mediante un gesto con la cabeza.

Contemplo el solemne rostro de Pávlik, con sus ojos que nos observan bajo el pañuelo rojo de pionero, rodeado de un halo de superioridad tan perfecto como el de Zoya Churkina.

—¿Y qué le pasó a su padre? —pregunta Dimka.

Vera Pávlovna calla un momento y lo mira con una de esas sonrisas displicentes que se reservan para los inútiles. Aunque alguien pudiera ignorar lo que le pasó al padre de Pávlik, todo el mundo sabe lo que debería haberle sucedido por esconder harina mientras otros se morían de hambre.

—Por la gravedad de su falta y por violar el decreto de Stalin que ordena entregar todas las cosechas al pueblo, el ciudadano Morózov padre fue arrestado y pasó diez años en un campo de trabajo —explica Vera Pávlovna.

No estoy segura de que delatar a tu padre y hacer que lo envíen a Siberia sea una acción muy heroica, por mucho que salves a otros de la hambruna, pero no digo nada (nadie lo hace) que pueda ensombrecer los elogios de Vera Pávlovna hacia la entrega y el coraje de Pávlik Morózov. Todos sabemos que hay cosas tan obvias que ni siquiera hace falta discutir las. No se discute lo que dicen los libros de Historia, simplemente finges estar convencido de que Morózov fue un auténtico héroe y merecía una medalla, del mismo modo que en el parvulario fingías comerte el pan untado con mantequilla rancia.

Pero Dimka, ya sea por ignorancia o por estupidez, desconoce esas reglas no escritas. A diferencia del resto de la clase, no sopesa sus palabras antes de hablar. No las ensaya mentalmente para asegurarse de que lo que sale de su boca encaja con el código de los Jóvenes Pioneros. Por eso, de vez en cuando, plantea alguna pregunta interesante.

En casa, la noche antes de la ceremonia de iniciación en los Jóvenes Pioneros, lavo el cuello blanco del uniforme y mi madre lo plancha y lo vuelve a coser. Por la mañana me hace dos trenzas con dos lazos de nailon y me coloca frente al espejo de tres cuerpos de nuestra habitación.

—¡Qué Joven Pionera tan guapa! —exclama con una sonrisa.

Mi padre rebusca en el armario la chaqueta de su traje. Él la había dejado colgada del respaldo de una silla, un lugar muy apropiado para una chaqueta, pero mi madre la guardó y ahora

va a llegar tarde al trabajo. Le pega un tirón a una percha, tira por el suelo un montón de jerséis y saca su chaqueta del revoltijo.

—A ver ese saludo —dice mi padre, con la ropa ordenada por mi madre esparcida a sus pies.

Yo estiro la mano derecha y acerco el pulgar a la frente, tal como nos ha enseñado el consejero de pioneros de la escuela.

—*Molodets* —aprueba mi padre—. Muy bien.

Está de pie ante mi madre, que le hace el nudo de la corbata.

—Van a hacernos pioneros a todos —les cuento—. Incluso a Dimka, el *dvoechnik*.

—No sé, no sé —dice mi madre sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo pueden recompensar así a un *dvoechnik*? —reflexiona; yo sé que, de hecho, sigue enfadada con los dos fontaneros, que aún no han arreglado el escape. Mete la corbata bajo el cuello de la camisa de mi padre—. ¿Tú qué crees, Ilyá? —le pregunta.

—¿Qué más da? —responde él—. Las cosas ya no son como antes —añade mientras se palmea los bolsillos para asegurarse de que lleva sus dos paquetes diarios de Belomor—. Antes creíamos en algo, íbamos a la guerra —dice, dándose la vuelta hacia mi madre—. Por nuestra patria, por Stalin. ¿Te acuerdas?

Mi madre le aprieta el nudo y asiente.

—Ahora ya no hay nada en que creer. Abres el *Pravda* y todo es mucho mejor de lo que era ayer. Y ayer era mucho mejor que anteayer. A este ritmo, todo el mundo dejará los apartamentos compartidos la semana que viene y se dedicarán a ir de aquí para allá en coches cargados de *kolbasa*. ¿Sabéis el chiste del *Pravda* y el *Izvestiya*? —pregunta sin dirigirse a nadie en particular—. No hay noticias en el *Pravda*, ni verdades en el *Izvestiya*.

Me hace gracia (no hay noticias en la «Verdad», ni verdades en las «Noticias») y me río, pero mi madre le lanza a mi padre una mirada de reproche. Sé que no quiere desilusionarme antes incluso de que me una al movimiento.

—Sé una buena pionera —dice mi padre, que coge su maletín y abre la puerta de casa—. Y no te olvides del saludo.

—Presta atención a todo lo que diga Vera Pávlovna —me aconseja mi madre mientras bajamos en el ascensor, para dejarme claro que, aunque lo que ha dicho mi padre pueda ser cierto, no se puede aplicar a la escuela.

Se han suspendido las clases de la mañana. En posición de firmes y colocados en fila con nuestros uniformes especiales, delantal blanco en lugar de negro para las chicas y camisa blanca y traje gris para los chicos, prometemos vivir, estudiar y luchar tal como el gran Lenin nos enseñó.

Estamos ordenados en columnas, tres secciones de tercer curso, ciento veinte alumnos en total, con Vera Pávlovna erguida como un poste con los ojos fijos en el director, que ocupa el estrado. Frente a nosotros, en la pared opuesta del gimnasio, están las tres secciones de alumnos de séptimo con los pañuelos rojos extendidos sobre las palmas de las manos. Cuando el director termina su discurso sobre las obligaciones y responsabilidades de los pioneros, que nos sabemos ya de memoria, nuestro profesor de música le hace un gesto a un alumno de quinto que lleva una corneta para que toque unas notas, y el chico se esfuerza tanto por no desafinar que termina con la cara tan roja como los pañuelos de los pioneros. Ésa es la señal para que los alumnos de séptimo den un paso adelante y nos anuden los pañuelos al cuello. Con los tropiezos y empujones

involuntarios que se producen mientras cada alumno de catorce años se acerca al alumno que le han asignado, nuestras filas perfectas se rompen, y se monta una pequeña algarabía. Uno de los chicos de séptimo, con las orejas coloradas y la cara llena de pecas, se coloca frente a mí y me ata el pañuelo de tal forma que queda colgando por la parte izquierda. Pero no me importa, ahora el pañuelo es mío y de nadie más, de modo que puedo ponérmelo bien o incluso quitármelo y hacerme un nudo nuevo.

Vuelvo la mirada y veo a Zoya, cuyos lacitos blancos reposan obedientemente sobre sus omoplatos, y a Dimka, que tiene la mirada perdida y que, como todos los demás, dobla el codo para saludar. A continuación, el consejero de pioneros de la escuela, que tiene unos veinte años, aunque aparenta doce, y que es el responsable de dirigir el evento, hincha los pulmones y exclama:

—¡Preparados!

Es la señal para recitar el lema de los Jóvenes Pioneros que tantas veces hemos ensayado después de clase y durante las vacaciones, fingiendo llevar un pañuelo rojo al cuello. Pero esta vez va en serio. El llameante poliéster rojo asoma por encima de las camisas de nuestros uniformes, anunciando a toda la escuela que ya no somos niños de ocho años. Todos cogemos aire y, a la de tres, tal como nos han enseñado, gritamos:

—¡Siempre preparados!

Después de la ceremonia, Vera Pávlovna aprovecha la ocasión para hablarnos de nuevo sobre el heroísmo y el valor. Se coloca ante nuestras cuatro hileras de pupitres y empieza a explicar cosas de la Gran Guerra Patriótica. «A Stalin —cuenta— le dieron ese nombre a partir de la palabra *stal*, que significa “acero”, porque era tan duro como el acero. Le dieron ese nombre», dice, como si existiera un hada que administrara los nombres según el carácter de la gente.

Me pregunto cómo consiguió Lenin ese nombre. Según nuestro libro de historia, *Eternamente vivo*, el líder lo eligió en honor al gran río siberiano Lena. Pero Lena también es mi nombre y esa coincidencia me resulta incómoda. ¿Acaso existe alguna extraña relación entre Lenin y yo? ¿Estoy, por ello, obligada a demostrar el mismo fervor que Vera Pávlovna y a creerme todo lo que cuenta nuestro libro de tercer curso? ¿Debo admirar a Pávlik Morózov, que eligió a quienes se morían de hambre en vez de a su padre y ahora me observa con desdén desde la pared?

Mis hombros se encorvan bajo el peso de esa responsabilidad histórica.

En marzo, nuestra clase de tercero tiene una cita para ir al dentista. Vera Pávlovna escribe la fecha en la pizarra en letra cursiva uniformemente inclinada hacia la derecha y nos indica que la copiemos en nuestro diario escolar: miércoles, 10 de marzo.

Odio ir al médico. Me gustaría poder suprimir esa fecha que todos hemos escrito en los diarios, erradicarla de la página y del mundo. Ojalá pudiera cancelar todas las visitas futuras, una al año y siempre durante el tercer trimestre, que empañan irremisiblemente la emoción por la proximidad del Día de la Mujer Trabajadora, cuando todos los niños de la clase, con timidez y obligados, entregan regalos a las niñas, de modo que la última hora de colegio del 7 de marzo se dedica a repartir sacapuntas, gomas y peines de bolsillo.

El mes de marzo anterior, la dentista estuvo un buen rato hurgando y pinchándome la boca, ofendida porque no encontraba ninguna caries que empastar. Sospecho que este año no se llevará otra decepción. No puedes tener suerte dos veces seguidas, dice siempre mi hermana, que estudia teatro en Moscú. Es posible que tenga razón. Pienso en los kilos de Ardillas (chocolatinas

envueltas en papel azul con la imagen de una ardilla marrón que sostiene una nuez enorme) que mi madre, tras engatusarla, me ha comprado durante el último año. Mi madre finge que no le gusta comprar esas chucherías, pero sé que le encanta abrir una Ardilla con el té, de modo que cada vez que entramos en un colmado, jugamos al juego que aprendí en la guardería.

—Por favor, me compras unas Ardillas —suplico mientras mi madre hace cola para pagar el pan.

El mostrador de los dulces está justo al lado del de la panadería. Detrás de una dependienta indiferente, que ignora que custodia el acceso a tamaño tesoro, hay un montón de chocolatinas llamadas Amapola Roja, Oso Polar y Desierto Kara-Kum, con unos camellos que cruzan al trote un envoltorio amarillo. Debajo hay un fino papel de plata que cruje entre mis dedos cuando lo desenvuelvo; de su interior emerge un bomboncito marrón oscuro, glorioso, de nueces y chocolate.

—Por favor —pido—. Sólo doscientos gramos.

—Las chocolatinas no te convienen —replica mi madre cuando la cajera le entrega el recibo, que debe presentar en el mostrador de la panadería—. Dejé que tu hermana comiera todo el chocolate que quisiera y ahora mira, está estudiando teatro. Quizá, si hubiera sido más severa con ella, sería ingeniera o patóloga, como Galia.

La idea de que exista una relación directa entre las Ardillas y el teatro no tiene ningún sentido, pero éste no es un buen momento para discutir con mi madre.

—Sólo un poquito —insisto yo, con voz suplicante—. Para el té de la tarde, un poquito y nada más.

En la panadería, cambia el recibo por un pan negro de molde y por una barra de *bulka* blanco.

—Para el té —gimoteo—. *Chut-chut*, sólo un poquito nada más.

Mi madre echa un vistazo a la cola de la caja, que en estos momentos consta tan sólo de una anciana y una mujer con un bebé en brazos. Con apenas dos personas ni siquiera puede calificarse de cola.

—Bueno —acepta mi madre, que, finalmente, cede y saca el monedero, tal como sabía yo que haría—. Pero sólo *chut-chut*.

El 10 de marzo, los treinta y ocho alumnos de mi clase nos amontonamos en un tranvía que nos llevará a la clínica dental número 34. De dos en dos, desfílamos bajo un fulgor de fluorescentes y entramos en una sala de espera que huele intensamente a algo parecido al éter que utilizan para matar conejos en el laboratorio de anatomía de mi madre.

Nos ordenan que nos sentemos y esperemos. Sin soltarnos de la mano, mi compañera, Sveta Yurasova, y yo nos acomodamos en nuestras sillas, muy alejadas de la puerta en la que un siniestro cartel reza «Sala de tratamientos», y alejadas de Dimka, el gamberro, que se desliza por el linóleo como si patinara sobre hielo.

Vera Pávlovna levanta el brazo para solicitar nuestra atención, pero no es su gesto lo que nos hace guardar silencio. La puerta de la sala de tratamientos se abre y ante nuestros ojos aparece una hilera de taladros, amenazantes y aún silenciosos. En la puerta hay una fornida mujer con bata blanca y una cofia de algodón planchada de tal modo que queda hinchada como un merengue. Todos estamos callados, petrificados en la postura que teníamos cuando se ha abierto la puerta de la sala de tratamientos, como actores interpretando la última escena de *El inspector general*, de Gógol, la escena muda más famosa de la historia del teatro.

—Antónova —llama la mujer, que lee el nombre de una lista que tiene en las manos, y todos nos volvemos hacia Ania Antónova, una niña con una trenza pelirroja que le cae por la espalda; nuestra compañera se levanta y, siguiendo a la mujer, entra obedientemente en la amplia habitación que hay al otro lado de la puerta.

—Por orden alfabético —dice Sveta, y sonrío, avergonzada, pues sabe que va a ser la última en pasar.

Sé que está pensando en todas las cosas que pueden suceder entre la A y la Y: un inesperado corte de electricidad, una fulgurante enfermedad mortal que afecte sólo a los dentistas o incluso que Vera Pávlovna se acuerde de que hoy quería ponernos un examen de historia.

A diferencia de Sveta, yo ni siquiera puedo permitirme el lujo de esperar y hacerme ilusiones. Mi nombre es de los primeros de la lista, pues la G es la cuarta letra del alfabeto cirílico después de la A, la B y la V. Además, sé que, aunque tuviera las agallas necesarias para salir por piernas, el primer miliciano que me encontrara por la calle me devolvería aquí a rastras y que, además, debería soportar la reprimenda de Vera Pávlovna. Tengo nueve años y ya he aprendido que no hay forma de escapar de esta sala de espera, de este castigo dental anual, de este orden vital.

Sin embargo, lo peor de estar al principio de la lista es que, cuando te llaman, aún no ha regresado nadie para contarlo. Los alumnos cuyos apellidos empiezan por A, B y V siguen ahí dentro, encogidos en las sillas acolchadas, aterrados ante la visión de los taladros.

La puerta vuelve a abrirse y aparece de nuevo la primera dentista, la mujer con la cofia con forma de merengue, con otra carpeta en la mano.

—Gorokhova —ruge aquella voz, que me llama por mi apellido y suena como la de la tía Polia.

Cruzo la sala de espera y Vera Pávlovna, que ahora está de pie junto a la puerta, me da unas palmaditas en la espalda.

La sala de tratamientos tiene el tamaño de la cafetería de nuestro colegio, con doce sillas de dentista colocadas en dos hileras, aunque los taladros hacen que ésta parezca más una fábrica que una cafetería; una fábrica para dientes cariados por culpa de un exceso de Ardillas. Veo a mis tres compañeros de clase hundidos en sus respectivas sillas, con las bocas abiertas y las caras crispadas de miedo. Sigo los pasos de la cofia de merengue entre los taladros y veo a Ania Antónova, la primera alumna a la que han llamado; se lleva la mano a la mejilla y se baja de su silla, que ahora es la mía.

—Siéntate —dice la dentista, y le echa un vistazo a mi historial.

Espero que se fije bien y vea que el año pasado no tenía ninguna caries, a pesar de todo ese chocolate que mi madre finge que no le gusta. Espero que decida que soy un caso excepcional y que pueda alejarme, cuanto antes mejor, de la silla acolchada, con sus apoyabrazos también acolchados, y del taladro que asoma, amenazante, a mi derecha.

La mujer deja de leer, cierra la carpeta y se sienta en un taburete, pegada a la silla. Está tan cerca que le veo los pelos negros del labio superior y las arrugas que le atraviesan el rostro como radios, desde los ojos hasta perderse bajo su pelo. Entonces se acerca a una mesa situada fuera de mi campo de visión y coge algo largo y metálico.

—Bien abierta —ordena, y empieza a hurgar dentro de mi boca y a tirar de mis dientes con un gancho metálico, mientras me echa su aliento a repollo y a pan negro.

Al rato se detiene, deja el instrumental de hurgar y escribe algo en mi informe. Escribe y

escribe, y a medida que lo hace, mis esperanzas se van hundiendo hasta llegar al fondo del abismo dental, donde ya no pueden hundirse más. Escucho a alguien gritar entre el zumbido de los taladros y noto un olor a alambre chamuscado, o tal vez sea hueso fundido.

—Más abierta —dice la dentista de la cofia con forma de merengue, mientras me llena la boca de bolas de algodón con sabor a yeso—. No la cierres.

No cierro la boca, pero sí los ojos. Oigo el taladro cobrar vida y percibo su sabor metálico mientras me perfora un diente, otro, otro más, hasta que pierdo la cuenta. Es como si el taladro me agujerara los dientes uno a uno, apuntando cada vez más cerca de un núcleo blando y vulnerable que sé que me dolería mucho más de lo que soy capaz de aguantar. Cierro los puños con fuerza y pienso en mi padre; pienso en lo valiente que tuvo que ser para soportar la tormenta del golfo de Finlandia y lo imagino zarandeado por las olas mientras los remos, agitados por el viento, lo golpean. Me lo imagino apretando los puños, agarrando con fuerza la madera y remando con toda su alma, mientras los duros perdigones de lluvia le azotan la cara. Él lo aguantó todo y ni por un instante se le pasó por la cabeza llorar, gemir o mostrar que le dolía.

Cuando, finalmente, el zumbido del taladro se detiene y siento cómo me extraen las bolas de algodón húmedo de la boca, abro los ojos y veo a Vera Pávlovna de pie ante mí, sonriendo.

—*Molodets* —aprueba—. Cinco caries y ni siquiera has llorado.

Sé que está siendo generosa, pues siento dos lágrimas húmedas y calientes que me resbalan por las mejillas. Pero también sé que han sido lágrimas silenciosas que no ha oído nadie y eso parece quitarles importancia, ya que la dentista de manos rollizas no se ha dado cuenta, o por lo menos ha fingido no darse cuenta, mientras me perforaba los dientes cariados por un exceso de Ardillas.

El resto es fácil. Después de mezclar el empaste en su mesa de trabajo, la mujer hunde algo frío y que huele a éter en cada una de las cavidades. Entonces, con la espátula, va cogiendo pequeñas cantidades de empaste y las aplica en cada diente, presionando con fuerza con el gancho metálico. No me importa que el éter escueza y me deje la lengua entumecida, ni tampoco que el contacto de la espátula con los dientes me haga estremecer. Si he podido soportar el taladro, puedo ser como mi padre. Puedo aguantarlo todo.

De vuelta en la sala de espera, veo a Sveta Yurasova encogida en un rincón. Está impresionada por mi valor, pero en sus ojos ya sólo se distinguen las pupilas. Sé que se ha dado cuenta ya de que nada extraordinario va a suceder entre la G y la Y.

Mientras espero sentada a que perforen y empasten a los demás, me entero de que cinco caries tampoco están tan mal. Dimka, el gamberro, tenía doce y aún está sentado en la silla del dentista, sudando. Zoya, nuestro diamante, gritaba tan fuerte y agitaba la cabeza con tanta vehemencia cada vez que oía el taladro que la dentista la ha abroncado, la ha echado de la silla de un puntapié y le ha ordenado que regrese con su madre. Y a Ania Antónova, la primera niña en entrar, le han administrado una dosis de arsénico en la raíz de un diente y tiene que volver dentro de tres días, cuando el nervio esté muerto, para que la dentista de la cofia con forma de merengue le realice una endodoncia.

Mi compañera, Sveta, la última en entrar, resulta ser la más afortunada de todos. Como me sucedió a mí el año pasado, resulta ser la niña de los dientes perfectos, y ni siquiera la peor de las dentistas, la misma que ha abroncado a Zoya porque lloraba, es capaz de encontrar una sola caries en su temerosa boca.

En casa, mientras tomamos el té de la tarde, le cuento a mi padre la visita al dentista. Él está sentado en su sitio de siempre, a la cabecera de la mesa de la cocina, frente a mi madre, con la pierna doblada, la barbilla apoyada en la rodilla y un paquete de Belomor sin filtro junto a la taza de té. A mi padre no le gustan los dulces y por eso tiene un trozo de pan en la mano, una rebanada gruesa que mi madre ha cortado del centro del pan de molde y sobre la cual ha untado una generosa capa de mantequilla. Mi padre coge una pizca de sal con los dedos y la espolvorea por encima de la mantequilla.

—Detesto a los *zubniks* —digo, utilizando una palabra que me he inventado yo, algo así como «dienteros», en lugar de dentistas.

—No les pongas motes a los médicos —me reprende mi madre—. Son dentistas, no «dienteros».

Pero a mí me gusta la palabra que me he inventado porque es precisa. Los dentistas son «dienteros», ni más ni menos, y cada mes de marzo te hurgan en la boca intentando encontrar una excusa para empuñar su nefasto taladro y darle al pedal para que se ponga en marcha.

Me pregunto qué opinión tendrá mi padre de los *zubniks*. Él tiene unos dientes blanquísimos y uniformes, desde luego, porque lleva toda su vida acompañando el té de la tarde con pan negro en lugar de Ardillas. Tal vez puede enseñarme algo que yo no sé. Tal vez puede revelarme un secreto dental que sólo las personas con dentaduras impecables conocen, un secreto que consista en algo más que en no acercarse a las chocolatinas.

—Quiero tus dientes —le digo a mi padre—. Perfectos y sin caries.

Desde el otro extremo de la mesa, mi madre le dirige una mirada a mi padre que hace que éste coja el paquete de tabaco y extraiga un cigarrillo.

Siento la necesidad de echar un vistazo a su dentadura, que debería ser mía, pues por algo es mi padre, de modo que bajo de mi taburete, me siento en su regazo y le tiro de los labios. Se los aparto para poder ver esos dientes immaculados, regulares y verticales como los de un anuncio de promoción de la higiene bucal. Como contrapartida, los de mi madre, llenos de empastes, deberían servir de recordatorio sobre la superioridad del pan negro y como elemento disuasorio a la hora de comprar más Ardillas.

Aunque ¿vale la pena renunciar a las chocolatinas y limitarse a comer pan negro a cambio de gozar de unos dientes perfectos? ¿Compensa sufrir durante años, abandonando el placer de comer Ardillas, para terminar con una dentadura como la de mi padre, o es mejor sucumbir a la culpa y pasar una vez al año por el taladro del dentista?

Estoy muy orgullosa de mí misma por formularme todas estas preguntas filosóficas sobre el placer y la culpa, pero sé que detrás de toda esta cháchara se esconde una gran cuestión no expresada. La cuestión es ésta: esos dientes perfectos ¿son reales? En una o dos ocasiones en que mi padre se ha quedado en la cama porque no se encontraba bien, he visto un vaso encima del lavabo del baño (un vaso que está allí sólo cuando él no va a trabajar) lleno de agua turbia; dentro había un plástico sonrosado y curvado del que sobresalían unas piezas blancas sospechosamente parecidas a unos dientes. ¿Es posible que los suyos estén tan plagados de caries y de empastes que tenga que cubrirlos con esta fachada que debe conservar en un vaso? ¿Se trata de otro ejemplo de *vranyo*, como el fregadero de la dacha o el fingido desdén de mi madre hacia las Ardillas?

Mi padre me aparta las manos y se enciende un cigarrillo. No quiere más pan, dice, cuando mi madre coge el cuchillo para cortarle otra rebanada.

—¿Quieres que te enseñe mis dientes? —pregunta; me levanta de su regazo y me deja en el

suelo.

Mi madre lo observa con el ceño fruncido, como si no supiera qué hacer.

—¿Qué te ha dicho la *zubnik* cuando te ha empastado los cinco dientes? —inquire, usando la palabra que he inventado yo e ignorando lo que ha dicho mi madre sobre ponerles motes a los médicos.

—Nada —respondo—. Era una mujer silenciosa y malvada. A Ania Antónova le ha inyectado arsénico en la raíz.

—¿Estás segura de que no ha mencionado esto? —insiste mi padre, que coge con dos dedos una Ardilla de la latita metálica que hay encima de la mesa como si estuviera envenenada.

La Ardilla es tan tentadora que decido que no vale la pena sufrir. Para el próximo mes de marzo falta aún una eternidad, tengo ante mí un año entero sin *zubniks*, un año que resultará mucho más dulce con los kilos de Osos Polares, Amapolas Rojas y Ardillas que florecen en las estanterías de nuestro colmado.

Mi padre percibe que he decidido que me da igual que se me estropeen los dientes y que prefiero tener que vivir con la sonrisa metálica de mi madre a renunciar a las chokolatinas.

—¿Quieres saber qué sucede cuando no cuidas tu dentadura? —pregunta mi padre, y estira el brazo para volver a dejar la chokolatina en la lata.

Pero yo no estoy segura de querer saberlo. Estoy en mitad de nuestra cocina, entre el armario que contiene los tarros con conservas de nuestra dacha y los fogones con el cazo de *borscht* hirviendo, y no consigo saber si quiero enfrentarme a la verdad o no. Y en ese momento, cuando mi padre se inclina hacia delante y deja la chokolatina en la lata, cuando la manga de su pijama de franela roza mi taza vacía, lo sé. Estoy segura de que no quiero verle los dientes reales y cariados que se esconden detrás de los artificiales. Prefiero engañarme y creer que mi padre tiene una dentadura blanca y sana; prefiero fingir que mi padre no tiene defectos, que es perfecto.

—Tu padre padeció escorbuto durante la guerra —dice mi madre, anticipándose a lo que pueda pasar y adivinando por mi expresión que no quiero ver nada que pueda dañar la imagen que tengo de él—. Por eso se quedó sin dientes, por culpa del hambre y de la falta de vitaminas. Le sucedió a mucha gente entonces.

«Guerra» y «hambre» son dos palabras que oigo en todas partes: en clase, en las noticias y en las conversaciones de las *babushkas* en los bancos de los patios. Pero se trata de conceptos abstractos y gastados, algo que no le ocurrió a nadie en concreto, sino a todo el país. Sin embargo, de pronto me doy cuenta de que perder los dientes fue algo que afectó específicamente a mi padre, al hombre huesudo que está sentado en una silla debajo de la estantería y de la radio en la que suena la alegre *Danza de los pequeños cisnes*, de Chaikovski. Con un movimiento rápido, me abalanzo sobre mi padre y me acurruco de nuevo en su regazo, le rodeo el cuello con los brazos y hundo la cara en las arrugas que la franela provoca en su pecho. Huele al jabón marrón que mi madre utiliza cuando frota en la bañera la ropa contra una tabla de lavar de madera con relieves metálicos, y también a sus cigarrillos Belomor y a piel que transpira el calor del té.

Esos agradables olores hacen que me sumerja aún más en la franela del pijama, aunque sé que es peligroso dejarse arrullar por una falsa sensación de seguridad. Ya no estoy en segundo curso y, por si eso fuera poco, me acaban de empastar cinco dientes. Pienso en la guerra y en el hambre, aunque no en la hambruna que afectó al país, sino en la que dejó a mi padre sin dentadura. El hambre específica en oposición al hambre abstracta de la que habla mi profesora Vera Pávlovna en su clase de historia. Pienso en el hambre que convirtió a Pávlik Morózov en un héroe, pero

también pienso en lo que sucedió más tarde, la parte que me contó Marina, la parte de la que Vera Pávlovna nunca habla en clase. A pesar de que Pávlik era un héroe, su propio tío, ignorando a todas las personas a las que Pávlik salvó de morir de hambre al denunciar a su padre, cogió un hacha y se tomó la justicia por su mano, asestándola sobre la cabeza de su sobrino. Esa reacción individual y no autorizada me provocó una impresión mucho más profunda que todos los relatos sobre personas salvadas y triunfos colectivos que llenaban las páginas de nuestros libros de texto.

Pero en este momento, aparte de hacer la distinción entre la pérdida individual que había perjudicado a mi padre y la pérdida colectiva, que sólo tenía relevancia para nuestra nota en clase de historia, pesa sobre mí una cuestión mucho más relevante. A pesar de que mi padre es un experto pescador, de sus dotes al remo y de que tiene unos brazos muy fuertes, hubo algo más poderoso que él que lo lastimó. Algo que ni siquiera él consiguió evitar. Así pues, sentada en su regazo, absorbiendo el olor a tabaco y a jabón, una pregunta me impide concentrarme en esas fragancias tan agradables y familiares. Si sucumbió al hambre y a la guerra, ¿qué otras cosas aguardan agazapadas ahí fuera? ¿Qué peligros ocultos e innombrables hacen que mi madre apriete los labios y suelte un suspiro?

6. TEATRO

Mi madre y yo vamos a Moscú para asistir a la representación de graduación de mi hermana, que ha vivido cuatro años fuera de casa para estudiar teatro e interpretación en una escuela de arte dramático llamada Schukin, el nombre de un famoso actor. Es junio y mi madre ha terminado ya los exámenes; yo me he despedido de Vera Pávlovna y de mis compañeros de tercero. Soy un año mayor, me alegra saber que Dimka, el gamberro, va a repetir curso y albergo la secreta esperanza de no tener que ser un año más el engaste de oro del diamante de Zoya Churkina.

Viajamos en el tren nocturno y luego nos alojaremos en la habitación de Marina en la residencia de estudiantes, algo que ya de por sí constituye una auténtica aventura. Yo nunca he viajado a ninguna parte más que a la dacha, donde todo es aburrido y familiar. La residencia de estudiantes es lo contrario a la dacha, con sus largos pasillos de paredes blancas y su extraño olor a un lugar de paso y a ropa de desconocidos.

—Al final del pasillo hay una escalera; la habitación está en el segundo piso —dice Marina, que va dando brincos delante de nosotras.

Su coleta se balancea vigorosamente, lo mismo que las dos bolsas de rejilla que lleva en las manos. Están llenas de los *pirozki* que mi madre preparó la noche anterior, y también de salami y de queso envueltos en las hojas de un *Pravda* de la semana pasada.

Ahora Marina lleva el pelo largo y el flequillo le cae sobre las cejas, elegantemente arqueadas. El último verano, cuando estuvo en casa durante dos semanas antes de interpretar su primer papel en una película, la vi perfilarse las cejas con unas pinzas delante del espejo del vestíbulo, arrancándose los pelos uno a uno, con gesto implacable, mientras se mordía el labio a cada tirón. Arrancarse los pelos de esa forma me pareció una barbaridad, pero Marina me dijo que era algo imprescindible si querías trabajar en el teatro. Me quedé muy impresionada por su valentía ante las elevadas exigencias del arte que había elegido. Aparte de su peinado, sigue siendo la misma Marina de siempre: voz fuerte, ojos grandes (mi madre los llama fotogénicos) y una nariz respingona que mi hermana dice que la encasilla en determinados papeles.

Yo no me parezco en nada a mi hermana. Eso se debe a que somos hijas de padres distintos, lo que también conlleva que tengamos diferentes patronímicos. Ella se llama Marina Aleksándrovna (hija de Aleksander) y yo, Elena Ilyinichna (hija de Ilyá).

No sé en qué momento descubrí que mi hermana tenía otro padre. A los cinco años aún no lo sabía, pero sí en cambio durante las clases de historia de Vera Pávlovna. Recuerdo que, cuando ésta nos contó que el progenitor de Pávlik Morózov seguía vivo, yo pensé en Marina, cuyo padre había fallecido.

El padre de Marina murió en 1947. El año pasado, mientras nos preparábamos para

incorporarnos a los Jóvenes Pioneros, intenté imaginar la muerte heroica de su padre, una muerte digna de una de las lecciones de Vera Pávlovna sobre el valor. Lo imaginé deteniendo un tanque con una granada, o abalanzándose contra una trinchera de artillería, hasta que mi madre me contó que había fallecido de tuberculosis, una muerte nada heroica según nuestros libros de historia.

A Marina no parece importarle que entre mi padre y ella no existan vínculos de sangre y lo llama *papa*, igual que yo. Mi madre dice que es el único padre que ha tenido, pues el real, el desconocido Aleksander, desapareció poco después de la guerra. Entre el nacimiento de Marina y la muerte de su padre hay un turbio periodo de cinco años, una época de la que mi madre no quiere hablar y que, según mis cálculos, habría bastado para que Marina hubiera conocido a su padre y lo recordara.

—*Papa* no ha podido venir —dice mi madre, jadeando, mientras sube las escaleras, arrastrando nuestra pesada maleta negra peldaño tras peldaño—. Últimamente no se encuentra bien —añade con un suspiro, aunque quizá se deba al peso del equipaje.

Cuando llegamos a la habitación de Marina, mi madre deja la maleta en un rincón y la abre de inmediato, pues no puede esperar ni un segundo más para darle a mi hermana lo que le ha traído: una plancha, un juego de rulos de color óxido y un paquete cilíndrico de algodón por el cual mi madre asegura que tuvo que hacer una hora de cola.

La habitación tiene tres camas metálicas y un armario. Por suerte, una de las compañeras de Marina acaba de casarse y se ha ido a vivir con sus nuevos suegros a Moscú, de modo que juntamos la cama libre con la de mi hermana para poder dormir las tres juntas. Por la noche, sueño que vivo en una residencia llena de largos pasillos que no llevan a ninguna parte y que terminan en unos muros de ladrillo que me impiden llegar a lo que sé que se esconde tras ellos: el escenario.

La representación de graduación de mi hermana tendrá lugar al día siguiente por la noche. La función es como un examen final, dice mi madre.

—Será mejor que demuestres todo lo que has aprendido, o te pondrán un *dvoika* en interpretación y te mandarán directamente a Pinsk a organizar un club de teatro para barrenderos en el centro cultural de la ciudad.

Mi madre aún duda sobre si tomó la decisión correcta al permitir que Marina estudiara teatro. De vez en cuando menea la cabeza e insiste en que Marina debería haberle hecho caso y elegir una profesión de verdad. Debería haberse hecho patóloga, como Galia, se lamenta mi madre. O podría estar construyendo aviones.

La obra que representará mi hermana es un vodevil, que, según me ha explicado Marina, es una breve comedia romántica con música. La obra se llama *Susana, la huerfanita*. Ella interpreta el papel de madame Pichard, una celestina viuda que intenta sin éxito encontrar un marido para la huérfana que da título a la obra.

Por la mañana, Marina se despierta con dolor de garganta y voz ronca, y mi madre se pasa el día calentando leche en la cocina de la residencia y echando trozos de mantequilla al cazo. Ése es el mejor remedio para recuperar la voz, dice cada vez que le lleva una taza con volutas de mantequilla a la habitación.

—No puedo tener voz de cuervo —grazna Marina, acurrucada bajo una manta, en la cama—. Más vale que esto funcione.

Yo cierro los puños y deseo con todas mis fuerzas que el remedio de mi madre dé resultado. Las tres comprendemos la importancia de la representación de esta noche, en la que, como muy

bien ha sintetizado mi madre, Marina debe demostrar todo lo que ha aprendido en cuatro años. Yo no estoy muy segura de que sea justo juzgar ocho semestres de trabajo con un vodevil de hora y media, pero ésas son las normas, no sólo de la Escuela de Teatro, sino, tal como empiezo a sospechar, de todas las escuelas.

Unas horas más tarde, veo cómo Marina se pinta la raya de los ojos con un pincelito y se maquilla los párpados de color rojo. Veo cómo se cubre la cara y el cuello con una capa beis para, acto seguido, aplicar sobre las mejillas y la barbilla el colorete que ha preparado sobre la mesa del camerino. Observo cómo se coloca en el pelo los rulos de goma que mi madre le ha traído de Leningrado; la veo coger otro pincel y pintarse los labios de color carmesí. La observo atentamente, pero a Marina no le importa; está muy ocupada examinando su imagen en el espejo y rizándose las pestañas con gestos elegantes y exagerados; de hecho, disfruta mucho de mi atención.

Me encantaría hacer lo que está haciendo ella y ver cómo mi cara se transforma y pasa de ser la de una Joven Pionera con coletas a la de alguien totalmente distinto, alguien que podría figurar en los libros de Vera Pávlovna. Esto es el teatro, un auténtico mundo de fantasía, tan emocionante como valioso, del todo diferente al teatro cotidiano que todos tenemos que soportar. Éste es un juego al que sólo pueden jugar unos pocos elegidos, los que poseen el talento necesario, uno de cada cien.

Mi madre ayuda a Marina a levantar el pesado vestido color burdeos, tan áspero al tacto como mi abrigo, con una falda abombada que se sustenta sobre tres aros metálicos, y le coloca un tocado de plumas negras sobre el pelo rizado. Fascinada, contemplo la transformación de mi hermana, que hace dos horas estaba en la cama, envuelta en una manta, y que ahora se ha convertido en una desconocida llamada madame Pichard.

Al poco estamos sentadas en la segunda fila y mi madre se muerde el labio mientras Marina interpreta la primera escena. Recita sus frases con voz firme y confiada, sujetando un abanico en una mano a la vez que, con la otra, se levanta ligeramente la falda larga, de modo que apenas deja entrever la punta de su zapato.

Su voz aguanta durante la primera y la segunda escena, pero mi madre y yo sabemos que la verdadera prueba de fuego llegará con la canción, el número principal de la obra. La música empieza en el foso de la orquesta, situado dos metros más abajo, y Marina se acerca al borde del escenario, una franja de treinta centímetros que rodea a los músicos y se proyecta hacia el público.

Yo hundo las uñas en las palmas de las manos y, mentalmente, convierto a Marina en el objeto de todas las maldiciones que se me ocurren, pues eso es lo que se supone que debes hacer para deseársela suerte a alguien. Pero por desgracia no conozco ninguna palabrota y no puedo llamarla más que idiota, loca y gamberra, aunque esta última palabra ni siquiera es un insulto, porque mi profesora Vera Pávlovna la utiliza constantemente.

Mi hermana empieza a cantar, conteniendo un ápice su voz, pero sólo mi madre y yo nos damos cuenta de que intenta no forzarla. Su interpretación resuena y llena el teatro. Marina recorre el margen del escenario de un extremo a otro, sosteniendo la falda en una mano y el abanico en la otra, ensayando pequeños pasos de danza con sus zapatos puntiagudos, mientras con su voz recorre la escala de arriba abajo, como si intentara convencer a la orquesta para que salga de su foso. «Susana, huerfanita; Susana, huerfanita —canta con el tono de la experimentada madame Pichard—, deja que encuentre un hombre para ti.» Su vestido forma elegantes cascadas de tela,

barriando el suelo a su paso, como si estuviera hecho de seda y no del áspero poliéster que he tocado hace un par de horas. De pronto, toma aire y se lanza a su acometida final. Mi madre se agarra con fuerza a los apoyabrazos y yo hundo aún más las uñas en la palma de las manos, hasta que me duele. El público se queda un instante en silencio, como si se hubiera olvidado de respirar al unísono, pero entonces nos damos cuenta de que la canción ha terminado y estallamos en un aplauso frenético.

Yo aplaudo con tanto entusiasmo que me arden las manos. Éste es el momento en que me siento feliz de pertenecer a la misma familia que Marina, en que adoro su voz escénica porque es poderosa, sublime y no va dirigida a mí. Mi madre aplaude y sonríe también, y sus ojos rebosan orgullo, el mismo orgullo que debió de sentir cuando la famosa actriz le habló del talento de su hija.

Me imagino a mí misma en el escenario haciendo reverencias, saludando y sonriendo con elegancia, pero a pesar de lo mucho que me gustaría estar ahí arriba, maquillada y ataviada con un vestido de crinolina, en el fondo, sé que no podría hacerlo. Sería incapaz de actuar siquiera ante una persona, no digamos ya delante de quinientas. Quizá es una cuestión genética, al fin y al cabo tenemos padres distintos. El padre de Marina le transmitió el don de la interpretación y una voz de *mezzosoprano* de ópera; el mío, unas extremidades torpes y dos palas frontales de conejo.

O quizá la genética no tiene nada que ver. Quizá soy yo, y mi falta de ese talento especial, lo que hace que el teatro, con todo su mundo de fantasía, me resulte tan emocionante y real. Sin ese don natural, estaré condenada para siempre a formar parte del otro teatro, aburrido y vulgar, la comedia falsa de Vera Pávlovna y su valor heroico, y de la tía Polia, con su mantequilla rancia que debíamos tragar por obligación, el fraude de nuestros libros de historia, que canonizan a Pávlik Morózov por su valentía a la hora de denunciar a su propio padre, y de nuestro colegio, que se saltó el código de los Jóvenes Pioneros para que Dimka, un *dvoechnik* y un gamberro, pudiera convertirse en pionero.

Abrumada por tan lamentable verdad, no puedo más que aplaudir y gritar «¡Bravo!», tal como hacen mi madre y el resto de las madres que abarrotan el auditorio. No puedo más que admirar y aplaudir esta fantasía real, el teatro, y con él a mi hermana, que está de pie en el borde del proscenio, dedicándole al público una caída de sus fotogénicos ojos y esbozando una sonrisa con sus labios carmesí, con los brazos extendidos, consciente de que no van a mandarla a Pinsk a trabajar en el centro cultural, porque su actuación en el examen final se merece nada menos que un *pyatorka*, un cinco como la copa de un pino.

Al día siguiente, mientras hacemos las maletas, descubro que, de hecho, su actuación merecía algo más que un cinco. Mi hermana anuncia que ha recibido una invitación del director artístico del Teatro de la Comedia de Leningrado para incorporarse a la compañía a partir de otoño.

—Imagínate —dice mi hermana mientras dobla la bata y el camisón—. Resulta que el director está casado con la famosa actriz Elena Vladímirovna, para quien hice la audición cuando estaba en décimo curso.

Mi hermana mete la ropa bien doblada, los rulos y la plancha en una maleta, porque se marcha con nosotras en el tren nocturno para empezar su carrera teatral en Leningrado.

Mi madre está satisfecha, pero no parece sorprendida. Es evidente que mi hermana ya se lo había contado, que mi madre ya estaba al corriente de ese giro feliz del futuro de Marina.

Es evidente que aquí la única que no sabe nada soy yo.

7. PASADO SIMPLE

Masha Mironova es la única niña que conozco que lleva medias de nailon. El resto nos ponemos *lifchiks*, una especie de camisetas de las que cuelgan elásticos con broches de caucho, en las que sujetamos las medias de algodón que se nos enroscan a las piernas como si fueran serpientes. El pelo de Masha, que lleva muy corto y recogido con una diadema, supone un desafío a otra institución: las trenzas. Las trenzas y los moños permiten conservar el cabello largo, lejos de las tijeras de los peluqueros. Cuando Masha camina, su pelo reluciente flota a la altura de su cuello, y cada vez que la veo cruzar el patio con sus piernas cubiertas con esas medias de nailon perfectamente alineadas, me fijo en mis medias de algodón y tengo la sensación de que llevo plomo en los tobillos.

Masha es especial también por otras cosas. De todas mis amigas, es la única cuya madre lleva zapatos de tacón. Todas las mañanas, sus pasos resuenan en el patio de camino al trabajo: falda hecha a medida, pelo cardado y pintalabios rojo. Enseña inglés en la universidad. La palabra «inglés» suena majestuosa y foránea. En toda mi familia no hay nadie que hable ninguna lengua extranjera, y mucho menos una tan extranjera como el inglés. Mi madre conoce los nombres de todas las partes del cuerpo en latín, pero el latín no es una lengua exótica, sino más bien una lengua vieja y muerta. Mi padre tan sólo habla ruso. Mi hermana estudió francés en la Escuela de Teatro de Moscú, pero el francés está tan arraigado en la historia rusa que incluso mi tía Muza, que vive en un pueblo de provincias, dice a veces «*merci beaucoup*».

Aparte de su aspecto atrevido y de los tacones altos de su madre, Masha posee otra cualidad que la hace digna de mi admiración: sabe hablar ese idioma misterioso y tan poco común. Todas las mañanas, cuando el resto de los niños nos encaminamos a la escuela primaria de nuestro distrito, Masha sube al autobús 22, que la lleva a un colegio inglés, uno de los pocos de la ciudad, sin duda un lugar para los elegidos. Además de ruso, matemáticas y biología, estudia literatura, historia y geografía, todo ello en inglés. Y todas las mañanas, cuando veo sus piernas envueltas en las medias de nailon subirse a su abarrotado autobús a través de la ventana del mío, me da un vuelco el corazón.

Masha lleva el apellido de su madre, Mironova, y no el de su padre, Finkelstein. Como no me atrevo a preguntarle a la propia Masha, se lo pregunto a mi madre.

—Mironova es un nombre ruso —responde ella, sin añadir nada más, como si con eso estuviera todo dicho.

Yo ya sé que los nombres acabados en «ova» y en «ov» son rusos y que los acabados en «stein» son judíos. Entonces mi madre se da cuenta de que espero algo más.

—Los progenitores pueden elegir qué apellido le ponen a sus hijos —añade—. Por lo general les ponen el apellido paterno, pero los padres de Masha han preferido hacerle la vida más fácil.

Me siento aliviada. Mi nombre es ruso, o sea que a lo mejor yo también tendré una vida más fácil.

Estamos sentadas en el apartamento de Masha, hojeando las revistas de papel cuché que su madre ha traído del trabajo. Hay una revista búlgara, *Burda*, que está llena de mujeres dentudas con zapatos de tacón alto; hay también una polaca, *Moda*, gruesa como un ejemplar de *Crimen y castigo*. Contemplo las radiantes modelos, muchachas indudablemente vestidas con medias que no han oído hablar de *lifchiks* ni de medias retorcidas en su vida. Masha y yo no entendemos por qué en Bulgaria y en Polonia, países mucho más pequeños que el nuestro, la gente puede estar tan interesada en la moda como para publicar revistas dedicadas exclusivamente a la apariencia.

—Mi madre tiene una amiga que se marchó a Sofía para participar en un intercambio cultural —dice Masha—. Se alojó en el apartamento de otra profesora. Dice que el vestíbulo del bloque de apartamentos estaba lleno de flores.

Me resulta difícil imaginar por qué alguien plantaría flores en un lugar tan poco apropiado. Las entradas de nuestros bloques son de cemento, con bombillas rotas y olor a orines.

—Además, ¿qué es un vestíbulo? —añade Masha.

Yo no tengo ni idea; nuestros bloques sólo tienen huecos de escalera, de modo que me encojo de hombros.

—También conozco a alguien que ha ido de viaje a Praga —comenta Masha con indiferencia, algo que, a mis ojos, la eleva a un nivel de sofisticación aún mayor.

En el ranking de países extranjeros, Checoslovaquia está por encima de Bulgaria, aunque muy por debajo de Inglaterra.

—¿No te gustaría ir a Inglaterra? —le pregunto con nostalgia—. Podrías practicar todo el inglés que estás aprendiendo.

Ambas sabemos que se trata de una pregunta puramente retórica, pues Inglaterra está en Occidente y viajar allí es absolutamente imposible.

—Me gustaría ver los Beefeaters —responde Masha, que acaba de terminar una lección sobre la Torre de Londres—. Y una tienda Laura Ashley.

Hemos visto la foto de un escaparate de Laura Ashley en *England*, la única publicación occidental que hemos encontrado entre el montón de revistas de su madre. Se trata de una edición bilingüe, en ruso e inglés, publicada por la editorial moscovita Progreso gracias a una iniciativa británico-soviética y sólo disponible para lectores por encima de toda sospecha como la madre de Masha.

Los vestidos de Laura Ashley son tan coloridos que nos duelen los ojos. Parecen jardines en primavera; los colores se combinan y se mezclan en composiciones fantásticas, como radiantes ramos de flores. Ambas estamos de acuerdo en que encajarían a la perfección en el vestíbulo de un bloque de apartamentos de Sofía.

Me encanta estar en el apartamento de Masha. Es como oír inglés: fascinante. Sus mullidos sillones amarillos acarician mis codos del mismo modo en que las eses y las erres palatales me acarician la lengua; una lámpara de pie llamada *torchier*, un apropiado nombre extranjero, se alza por encima de los sillones como la entonación final de una frase inglesa para descender de forma

abrupta, en una llamativa curva, e inundar de luz los ejemplares de *Moda*, *Burda* y *England* esparcidos sobre una mesita de centro (una pieza redondeada y refinada que supone la encarnación misma del lujo y la opulencia, ya que no tiene función alguna) que resulta tan extraña como el mismo idioma inglés.

No obstante, lo que más me asombra del apartamento de Masha es que tiene una habitación que no está destinada a ninguna función básica, en la que no se prepara la comida ni se duerme, una sala donde podemos sentarnos y charlar mientras hojeamos revistas exóticas. La denominación «sala de estar» (*gostinaya*) me resulta tan extraña como la denominación «mesita de centro», y me hace pensar invariablemente en elegantes señoras vestidas con volantes y con rizos de color castaño, y en caballeros con bigote fumando puros. Sus cuatro sílabas, frías y livianas, se deshacen sobre mi lengua, tan foráneas como los cubitos de hielo.

Mi apartamento tiene sólo dos habitaciones y ninguna de ellas con un nombre definido. En una hay dos camas cubiertas con una colcha de seda con palomas de color rosa bordadas sobre un fondo violeta que es el orgullo y la alegría de mi madre. Obligó a mi padre a hacer una llamada a unos grandes almacenes, donde ella había visto cómo la entregaban y cómo luego una dependienta la escondía debajo del mostrador. Junto a la pared hay un enorme sofá rojo que es también mi cama. Y un televisor encima de un arcón donde guardamos la ropa blanca, y, junto a éste, un tocador con un espejo de tres cuerpos que nadie usa para vestirse.

En la otra habitación, la de mi hermana, destacan dos piezas de mobiliario que no pueden faltar en ninguna casa respetable: un aparador que contiene una cristalería de cristal tallado y un piano. No conozco a nadie que no estudie piano, tenga o no oído para la música, y no hay apartamento en el que falte un piano vertical de la marca Octubre Rojo. El nuestro está cubierto con un tapete de encaje sobre el que hay unas bailarinas de porcelana inclinadas en la pose del cisne moribundo.

Detesto quitar el polvo al aparador y al piano, y también detesto tocarlo. Esa doble aversión me mantiene alejada de la habitación de mi hermana, algo que nos complace a las dos. Cuando regreso del apartamento de Masha, me da la sensación de que la cama violeta de mis padres, mi sofá rojo y el espejo de tres cuerpos cubierto de polvo en el que no se refleja nunca nada interesante tienen un aspecto triste y vetusto como de muebles disparejos, obligados a una coexistencia carente de alegría.

Estoy en un tranvía, sentada en un banco de listones de madera pintados de amarillo demasiado duro y rígido para un trayecto de cuarenta y cinco minutos. Es una mañana de julio, y avanzamos traqueteando por las calles semidesiertas de Leningrado. Los que han podido marcharse de la ciudad están ya en sus dachas, cuidando los brotes de fresas y los semilleros de tomates, temblando de frío en las ventosas playas del golfo de Finlandia, ocupados en sus riegos y en quitar hierbajos.

Por primera vez desde que cumplí diez años pasamos el verano en la ciudad. Mi padre, que lleva dos semanas en casa, no se encuentra bien, según mi madre es porque trabaja demasiado. Está sentado en la cama, vestido con sus calzoncillos largos, y tiene el rostro de un tono azul claro, como el cielo tras la ventana, y los ojos fijos en la pantalla del televisor.

—¿Qué quieres, la primera o la segunda? —pregunta mi madre, con el dedo ya en el botón.

La primera cadena emite desde Moscú: noticias, patinaje artístico y un programa de viajes. Una cosechadora atraviesa un prado, acres y acres de trigo, mientras a su lado avanza un camión

cargado con toneladas de grano. Una pareja patina en una pista de hielo, la mujer hace una pirueta sobre una pierna y casi toca el suelo con la espalda, en un movimiento conocido como «la espiral de la muerte». Una manada de cebras galopa por la sabana africana. Mi padre menea la cabeza con gesto ligeramente cansado y mi madre pone el segundo canal, la cadena de Leningrado, donde vemos la misma cosechadora de antes atravesando el mismo prado.

Cuando miro a través de la ventana del tranvía, pienso en mi padre, que se ha quedado en casa, harto de las imágenes en blanco y negro del televisor, leyendo las cuatro páginas del *Pravda* de cabo a rabo. Mi padre se burla del patinaje artístico y dice que si emitieran tanto fútbol como patinaje, el país se detendría.

—Un puñado de catetos persiguiendo una pelota —contesta mi madre—. Que les den una a cada uno, si tan ansiosos están por tenerla.

Mi padre no se digna a responder. Se concentra en la pantalla, donde el comentarista deportivo habla del campeonato de la república. El Zenith, su equipo preferido, acaba de perder contra el patético Dynamo; con voz apenas audible, mi padre masculla «*Sudiu na mylo!*», «haced papilla al árbitro», una exclamación popular en los estadios de fútbol. Yo no sé si alguna vez han hecho papilla a algún árbitro, pero se me ocurre que si sustituyeran a mi profesora Vera Pávlovna o a la tía Polia por un árbitro, el grito estaría bastante justificado.

Estoy en la ciudad en pleno mes de julio por culpa de mis clases de inglés. Cada día cojo el tranvía hasta el apartamento de mi profesora, y allí memorizo palabras, desentraño las reglas gramaticales y deformedo la boca para pronunciar los extraños sonidos de esa lengua hasta que me duelen los labios. Durante los dos meses que duran mis vacaciones de verano debo aprender todo lo que mi amiga Masha ha aprendido en su colegio inglés en tres años. En agosto haré un examen para ingresar en el cuarto curso del colegio de Masha.

Tengo los muslos pegados a las tablas de madera del tranvía. Me sudan las manos y me doy cuenta de que he dejado manchas de humedad en el sobre que sujeto entre los dedos. Cada diez clases le entrego a mi profesora, Irina Petrovna, un sobre con un arco iris de billetes: billetes verdes de tres, azules de cinco, rojos de diez y, de vez en cuando, también alguno morado de veinticinco, el billete más grande que jamás haya visto.

Irina Petrovna tiene la edad de mi hermana Marina, y me divierte pensar que, de hecho, podría ser mi hermana. Lleva el pelo corto y tiene las cejas espesas, y no es tan imprevisible como mi hermana Marina, que un día tiene el detalle de dejarme escuchar mis discos de inglés en su escritorio y al siguiente me echa la bronca por haber dejado allí el diccionario. Irina Petrovna es tan previsible como estricta. Me enseña los tiempos verbales, la parte más difícil de la gramática inglesa, aunque a mí no me parece nada especial en comparación con las conjugaciones, las declinaciones y los seis casos que debería aprender cualquier extranjero que quisiera dominar el ruso.

—Tienes suerte de haber nacido aquí —dice—. Mira a esos pobres vietnamitas o cubanos que vienen a nuestras universidades para aprender ruso en un verano.

Pensar en los vietnamitas, cuyo alfabeto no entiende nadie, hace que estudiar inglés me resulte más fácil. Si un vietnamita puede aprender ruso en un verano, desde luego yo puedo aprender inglés. Durante una hora y media escucho a Irina Petrovna, cuya melodiosa voz, cuando habla en inglés, suena mucho más emocionante que cuando adopta la familiar cadencia del ruso. Por la tarde hago los deberes que me manda para el día siguiente, después de leer cinco páginas de Kipling. Ésa es mi rutina, seis días por semana, hasta que termine agosto.

Además del sobre con el dinero para mi profesora, llevo una moneda de tres copecs para pagar el trayecto de vuelta a casa. La moneda es de cobre, renegrida tras pasar por numerosas manos. Le doy vueltas sobre la palma de la mano hasta que, de pronto, se me cae y desaparece entre las tablas del suelo. Me agacho entre dos asientos y echo un vistazo en la oscuridad, pero la moneda se ha esfumado en las profundidades del tranvía.

Al final de la clase, sé que debería pedirle tres copecs a Irina Petrovna: se trata de una cantidad ridícula, lo que cuesta un vaso de agua aromatizada con sirope en las máquinas expendedoras de cualquier estación. Mientras aguardo, dubitativa, ante la puerta de su casa, Irina Petrovna me pregunta si quiero algo, brindándome así una oportunidad perfecta para decirle lo que necesito. Sin embargo, mi lengua se niega a obedecer. No soy capaz de pedir dinero, aunque se trate de tres copecs, de modo que sacudo la cabeza y musito un adiós.

En la calle, me planteo durante cinco segundos la posibilidad de colarme. No hay cobradores en los tranvías, de modo que es bastante sencillo; basta con ignorar la caja donde se debe depositar el dinero y sentarse tranquilamente, fingiendo que estabas tan distraída viendo el paisaje que se te ha olvidado comprar el billete. Pero, por otro lado, hay revisores que podrían desenmascarar tu culpa y cuestionar tu honestidad, poner en duda tu honestidad delante de todo el vagón y sancionarte con una multa de cinco rublos. Al final, el miedo hace que pase de largo de la parada del tranvía y empiece a seguir las vías, la única forma que tengo de encontrar el camino de vuelta a casa.

Camino durante horas, primero entre las brumas vespertinas y, más tarde, bajo la luz del crepúsculo. Los tranvías pasan raudos, chirriando en las curvas, soltando chispazos eléctricos. Finalmente, tras cruzar otro puente y tomar otra curva, me encuentro en una calle conocida; aparece mi bloque de apartamentos, lúgubre, en una esquina. El patio parece estar esperándome; no me reprocha mi obstinación ni mis temores estúpidos. Mientras me dirijo hacia nuestra puerta, sopla una ráfaga de viento procedente de la calle, como si el patio soltara un suspiro de alivio. Llego tres horas tarde, pero estoy en casa.

Mi madre da clases nocturnas en la Facultad de Medicina y aún no ha regresado. Mejor, así no tengo que inventarme ninguna excusa inverosímil que, de todos modos, no se iba a creer, ni debo admitir que no me he atrevido a pedirle tres copecs a mi profesora. Mi hermana tampoco está en casa: desde que se graduó en la Escuela de Teatro ha estado trabajando en el Teatro de la Comedia de Leningrado. Tener una hermana actriz me hace sentir importante, pero también me ha vuelto celosa y resentida.

La única persona que hay en casa es mi padre. No está en cama sino sentado en una silla de la cocina, vestido con sus calzoncillos largos de color azul, con una pierna doblada y la barbilla apoyada en la rodilla. Tiene la rodilla tan picuda que puedo distinguir el ángulo de sus huesos bajo el algodón azul; es la rodilla más delgada que he visto en mi vida y llama la atención incluso en un cuerpo tan flaco como el suyo.

Está fumando uno de sus Belomor, aunque ahora sólo fuma medio paquete al día en lugar de los dos de costumbre. A través de la nube de humo que rodea su rostro, también su nariz parece más afilada, otro detalle anguloso de su cuerpo que se suma a sus codos, sus muñecas y sus dedos, largos y huesudos.

—Podría utilizarte para mis clases de anatomía —le dijo mi madre el otro día, compungida, al verlo sentado en la cama.

Eso es lo que suele decir cuando Marina o yo nos negamos a comer otra rebanada de pan en la

cena, aunque las dos sabemos que no estamos tan delgadas como para que se nos noten los huesos. Pero ahora, en el caso de mi padre, la verdad es que sí podría utilizarlo para enseñar anatomía: su cuerpo ha quedado reducido a un puñado de huesos recubiertos de piel tensa.

Tiene un plato de ensalada frente a él, encima de la mesa: pepinos y rábanos cortados por la mano experta de mi madre y mezclados con briznas de eneldo y cebolleta picada tan fina que parece una pasta de color verde oscuro. En verano, cuando los mercados y jardines se llenan de verdura fresca, mi madre insiste en preparar un plato de ensalada al día, de la misma forma que insiste en que hay que tomar un bol de sopa al día. La ensalada es necesaria para la nutrición, dice, y la sopa para la digestión.

—Alfalfa —protesta siempre mi padre, apartando su plato, algo que no impide que mi madre le siga preparando su ración.

—Así es como has acabado, sin dientes —responde ella, golpeando furiosa con el cuchillo la tabla de cortar, recordándole que si hubiera prestado más atención al valor nutricional de la verdura, no habría sufrido escorbuto durante la guerra.

Junto a la ensalada intacta hay un platito de caviar, que mi madre compra desde hace unos días en una tienda que hay a tres manzanas de casa. Lo exponen en el mostrador en paquetes de doscientos gramos envueltos en papel parafinado, encima de un montón de *kotleti*, empanadillas de carne picada, y un cuenco de *borscht*, junto a una etiqueta escrita a mano: dos rublos y medio. Dos rublos y medio es un montón de dinero, el precio de una hora con Irina Petrovna, pero mi madre no se lo piensa dos veces. Desde el punto de vista nutritivo, el caviar es mejor que la sopa e incluso que la verdura fresca, de modo que divide el paquete en tres partes iguales y todas las mañanas deja una porción para mi padre junto al plato de ensalada que éste nunca se come.

—Ven, hermana conejo, toma —me dice. *Hermana conejo* fue el primer libro que leí yo sola cuando tenía cinco años, sentada en su regazo—. Come un poco. Mamá dice que es muy bueno.

Me sienta sobre sus rodillas y, con una cuchara, me da el caviar de su platito. Es salado y empalagoso, y se me derrite en la lengua. Me da una cucharada tras otra, sonriendo, satisfecho, y yo me las como. Sabe a pescado y me acuerdo del día que salimos a pescar en el golfo de Finlandia, el único en todo el verano pasado. Yo tenía mi propia caña, con una boya redonda pintada la mitad de rojo y la otra de blanco; mi padre ensartó en mi anzuelo un gusano porque éste se retorció en un dedo de agua que se había acumulado en el fondo de la barca y yo no quería empalarlo. Nos sentamos cada uno en una tabla y mi padre lanzó mi hilo sin levantarse, para que el bote no se balanceara. El hilo silbó en el aire, describió un arco perfecto y se hundió diez metros más allá. Entonces mi padre ensartó sendos gusanos en sus dos cañas, con los dedos sucios de rebuscar en el montón de abono, y los arrojó al otro lado de la barca. Nos sentamos y aguardamos en silencio, porque los peces, según me contó, eran capaces de oír el menor sonido, aunque sólo tosieras o dieras un golpe con el remo. Pasamos largo rato sentados, con el agua grisácea que se arremolinaba a nuestro alrededor, hasta que la mitad roja de mi boya se hundió en la superficie y mi padre susurró:

—Tira.

Tiré, asombrada de lo mucho que de pronto pesaba la caña, y me eché hacia atrás hasta que la barca se inclinó y los remos rechinaron en sus argollas metálicas. Mi padre guió mis brazos hasta que vi el brillo de un pez unos centímetros por debajo de la superficie del agua. Entonces, con gesto preciso, meteórico, le pegó un tirón al sedal que hizo que el pez saliera proyectado por el aire y aterrizara en el fondo de la barca. Era pequeño, demasiado pequeño en comparación con la

fuerza y la resistencia que había opuesto mientras aún estaba en el mar. Lo vi agitarse sobre las tablas; tenía el lomo cubierto por una cresta de púas. Mi padre cogió el pez por la cabeza, evitando las puntiagudas aletas; el animal boqueaba y vi el anzuelo que asomaba por la boca abierta, un destello metálico en su mandíbula perforada. Mi padre hundió el anzuelo y lo soltó, y el pez dejó de boquear.

—Una perca —dijo mi padre—. Tu primera presa.

Cogí la perca y la sostuve sobre la palma de la mano; tenía las escamas duras y plateadas y unos ojos como de cristal. La sostuve de la misma forma que sostuve el pato muerto que mi padre trajo un día de una de sus cacerías, le acaricié las escamas del mismo modo que en su día había acariciado las plumas verdes del cuello de aquel pato, que yacía entre mis dedos, lacio y sumiso como una cuerda.

Mi padre nunca limpiaba los peces que pescaba ni tampoco se los comía. Era siempre mi madre quien los destripaba, arrojaba las entrañas a la basura y cocinaba el pescado en la sartén. Sin embargo, nunca supe qué hizo con aquel pato.

El intenso sabor del caviar permanece en mi boca mucho después de que me haya comido la última cucharada, cuando mi padre me abraza y apoya la mejilla en mi pelo. Huele a tabaco y noto cómo su barba de tres días se me clava en el cuero cabelludo. Me gusta su barba, su olor y el sabor a pescado, todo al mismo tiempo, pero mi padre no permite que ese festín de sensaciones dure más de treinta segundos. Entonces me suelta y me deja en el suelo.

—Anda, toca el piano —dice—. Algo de Chaikovski, por ejemplo.

No me gusta tocar el piano. No tengo oído musical, tal como mi profesor se encarga de recordarme todas las semanas mientras intenta enseñarme *solfeggio*. Pero ahora es mi padre quien me pide que toque para él, de modo que lo sigo hasta la habitación de mi hermana, donde aguarda nuestro piano Octubre Rojo, pegado a la pared.

Mi padre avanza arrastrando los pies por el pasillo y se deja caer en el sofá como si hubiera subido seis pisos por las escaleras; me observa mientras doblo el tapete de encaje y abro la tapa del piano. El libro de partituras *Piezas para escuela secundaria* está abierto precisamente en una melodía de Chaikovski, tal como mi padre quería; se trata de una pieza que mi profesor lleva semanas ordenándome que estudie, «El funeral de la muñeca». No me gusta mucho porque es muy lenta y se entretiene demasiado en la parte más grave de la mano izquierda, pero es la única pieza que sé tocar bien, así que empiezo, aunque dándole un poco más de ritmo, golpeando las teclas de modo que aquellas notas fúnebres se convierten en una marcha.

—Bien, bien —susurra mi padre con los ojos cerrados—. Una canción muy bonita.

Entre los acordes oigo el cerrojo de la puerta: mi madre ha vuelto a casa. Sin ni siquiera quitarse el impermeable, con el rostro tenso de inquietud, interrumpe mi ruidosa interpretación y exige que mi padre regrese inmediatamente a la cama. Barre la cocina con la mirada y sus ojos se detienen en la ensalada intacta y el plato de caviar vacío.

—Sigue ensayando —dice, mientras ayuda a mi padre a levantarse del sofá y lo acompaña a la otra habitación.

Cierro el piano y acerco la silla al escritorio con el fin de hacer mis deberes de inglés para mañana. Mi padre está en la cama; el té yace sobre la mesita de noche y una figura granulada patina en la pantalla del televisor. Con cuidado saco un disco de su funda de cartón y lo coloco en el plato del tocadiscos. Tras un breve susurro, la aguja se posa en el surco, y una voz, británica y familiar, anuncia el título de la lección: el presente simple. Al empezar las clases, Irina Petrovna

me prestó su colección de discos de fabricación británica, su orgullo, y me dijo que escuchara el equivalente a dos páginas de cada lección y que me inventara diez frases utilizando la gramática que correspondía a cada lección.

—*I go to school by school bus* —dice la voz, ofreciendo un ejemplo de una acción habitual característica del presente simple: «Voy al colegio en un autobús escolar».

Yo no sé qué es un «autobús escolar», pero se me ocurre que puedo sustituirlo fácilmente por el «autobús 22» que mi amiga Masha coge para ir a su escuela inglesa. Espero que a partir de septiembre, después del examen de acceso, sea también mi escuela; así, con audacia, escribo en mi libreta para Irina Petrovna: «*I go to school by Bus 22*».

Mi madre entra en el cuarto, echa una mirada de desaprobación, desdobra el tapete de encaje y lo coloca encima de la tapa del piano. Entonces corre las cortinas, alinea las macetas de aloe y cebolleta en el alféizar de la ventana y examina mi libreta, como si pudiera leer la frase en inglés que acabo de escribir. Frunce las cejas con gesto de exasperación, como si no lograra comprender por qué tengo que hacer algo tan extraño como aprender inglés; por qué, a pesar de sus esperanzas de que me dedique a la medicina, como ella, he decidido pasar un verano pegada a la silla del tranvía, a la del apartamento de Irina Petrovna y a la del escritorio de mi hermana. Me alegra no haberla encontrado en casa al llegar y que no me haya podido preguntar por qué he tardado tanto, que no haya podido lamentar mi obstinación, no haberle brindado otra oportunidad para decir que soy terca como mi padre.

Estoy en el apartamento de Irina Petrovna para asistir a nuestra última clase. Dentro de dos días voy a hacer el examen de acceso en la escuela inglesa de Masha.

—Aquí tienes una tabla con todos los tiempos verbales —dice mi profesora, que extiende una tabla de verbos auxiliares y formas de participio pasado. Cuatro grupos de verbos en pasado, presente y futuro: doce en total—. No te mates estudiando el perfecto continuo, eso se aprende en séptimo curso. —Me pregunta todas las formas verbales y se muestra satisfecha con mis respuestas—. Concéntrate en los tiempos simples —me aconseja— y, en particular, en los verbos irregulares del pasado simple.

Entonces corrige mis últimos deberes, un ejercicio del librodisco británico que me había prestado y le he devuelto.

—¿Qué significa *privacy*? —le pregunto mientras ella examina la página.

Irina Petrovna me mira y yo señalo una de las frases que he copiado del texto: «Helen y su nuevo marido se quedaron sin privacidad cuando la madre de ella se mudó a la acera de enfrente». Tras consultar mi diccionario inglés-ruso supuse que debía de tener algo que ver con la palabra «privado», como en la expresión «propiedad privada», la plaga de los países capitalistas, según nuestro libro de tercero de historia. Quizá Helen y su nuevo marido habían perdido dinero, una parte esencial de su propiedad privada, aunque no conseguía comprender qué relación podía haber entre eso y el hecho de que la madre de ella se mudara. Lo había intentado de otras formas, pero por muchas vueltas que le di a la frase, no logré sacar en claro qué era lo que Helen y su nuevo marido habían perdido.

Irina Petrovna estudia la frase y me doy cuenta de que se ha ruborizado. Ha respondido siempre a todas mis preguntas con absoluta confianza, ya fuera sobre tiempos verbales, construcciones de infinitivo, nombres incontables o incluso artículos, el elemento gramatical más misterioso de todos. En todo momento ha sabido distinguir gerundios de participios en una

fracción de segundo y ha recitado las tres formas de todos los verbos irregulares con los que nos hemos topado. Y sin embargo, ahora, ante aquella frase copiada de la última lección de su libro de inglés, no sabe cómo contestar a mi duda.

Abre su diccionario inglés-ruso, la misma edición que yo tengo en casa y que sé que no contiene la palabra «privacidad». A continuación, se sube a una silla y extrae de una estantería el *Oxford Dictionary*; es grueso como una enciclopedia, todo en inglés. Se inclina sobre sus páginas, encuentra la letra P y las dos observamos aquella palabra tan extraña: «1. Cualidad o condición propia de lo que está encerrado u oculto de la vista de los demás, o lejos del contacto con éstos —leemos—. 2. Cualidad de oculto, de secreto».

Aun así, la frase no tiene sentido. ¿Acaso Helen y su marido querían estar encerrados u ocultos? Y, de ser así, ¿cómo era posible que su madre, que vivía enfrente, afectara a su aislamiento? Si tuvieran que vivir todos en un mismo apartamento, como mi tía Muza con sus tres primos y mis abuelos, aún podría entenderlo; pero ¿en la otra acera? Irina Petrovna y yo, inclinadas sobre la página, reflexionamos, pero no le encontramos ningún sentido. ¿Y si se trata del segundo significado de la palabra? ¿Es posible que Helen y su marido fueran agentes secretos o espías y que la presencia de su madre pusiera en peligro su tapadera?

Finalmente, Irina Petrovna, que ha recuperado ya el tono de piel habitual, se encoge de hombros y dice que en ruso no disponemos de la palabra «privacidad».

—No existe, así de fácil —proclama—. Aunque sí tenemos reclusión, lo mismo que aislamiento.

Eso me hace pensar en aquella vez en que un vecino del apartamento comunitario de nuestro rellano tuvo difteria y fue necesario aislar a las tres familias en una policlínica de la ciudad. Colgaron un cartel en la puerta en el que podía leerse «Difteria», para que a nadie, ni siquiera a la mujer que traía los telegramas, se le ocurriera llamar para que le abrieran.

Irina Petrovna se pone de puntillas y devuelve el *Oxford* a su lugar en la estantería.

—Reclusión y aislamiento —repite—. Pero privacidad, no.

Qué extraño, me digo, que una palabra inglesa no tenga traducción. ¿Significa eso que los ingleses saben algo que nosotros no sabemos? ¿Acaso la misteriosa «privacidad» es un invento del capitalismo occidental, algo que a nosotros, herederos únicos de un brillante futuro, nos falta?

Al llegar a nuestro apartamento, después de mi última lección con Irina Petrovna, me doy cuenta enseguida de que algo pasa. Mi hermana está en la cocina, vertiendo el agua de una tetera sobre una toalla doblada que hay en el fregadero. Mi padre está en la cama, bajo la manta, con los ojos cerrados y los brazos encima de la funda del edredón, marrón sobre blanco.

—¿Dónde está mamá? —pregunto, sorprendida por su ausencia en este momento difícil.

Mi padre abre los ojos e intenta sonreír.

—En casa de los vecinos, llamando al hospital —responde Marina, que le coloca la toalla sobre la frente—. Al final han accedido a aceptarlo. Cuarenta años en el partido y aún tenemos que rogar y suplicar a todos los imbéciles del comité de distrito.

—Ven aquí —me dice mi padre, dando unas palmaditas en la manta. No intenta incorporarse, algo inaudito, porque mi padre detesta estar tumbado en la cama—. Ven aquí, hermana conejo.

Me siento en el lugar donde estaba su mano y él me mira fijamente con sus ojos oscuros bajo la luz eléctrica, profundos como el agua bajo nuestra barca de pescar.

—¿Cómo va tu inglés? —pregunta con voz apenas audible, entre silbidos—. ¿Cuándo tienes el examen?

—El lunes —contesto.

En dos días se va a decidir si a partir de ahora voy a un nuevo colegio en el autobús urbano o si me quedo en la escuela elemental del distrito, con Vera Pávlovna y sus discursos sobre Stalin y el valor heroico de la Gran Guerra Patriótica.

—Eres muy lista, hermana conejo —dice mi padre, cubriendo mis manos con la palma de su mano.

Tiene los dedos fríos y ásperos, y cuando me inclino y apoyo la mejilla sobre ellos noto el olor a tabaco.

Mi madre y mi hermana lo ayudan a llegar hasta el ascensor y hasta el taxi que ya está esperando abajo. Mi padre apoya los brazos sobre sus hombros. Lleva una gabardina abierta encima de los calzoncillos largos de color azul, como si no importara lo que se ponga, como si su presencia en el mundo de las personas que se visten con ropa de calle hubiera dejado de contar. Mi madre lo mete en el coche sin esfuerzo aparente, como si pesara menos que una pluma. Por la ventanilla lo veo reclinarsse en el asiento, enjuto, con su ropa interior azul, pálido y tenue como el cielo.

Mi madre se sienta junto al taxista, y el coche arranca. Marina y yo les decimos adiós con la mano, pero ni mamá ni papá se vuelven para mirarnos.

El lunes, mi madre me lleva a mi nuevo colegio, pero en realidad no es más que una acompañante. Éste es mi examen. Esto es un asunto entre la lengua inglesa y yo.

Los pasillos del colegio están vacíos y su amplia escalinata atrae al mismo tiempo que intimida. El aula del examen es pequeña, muy distinta a las aulas enormes de mi escuela, en las que se agolpan cuarenta alumnos.

—*Zdrasvtvuite* —saludo tan educadamente como puedo a la mujer de aspecto solemne que está detrás del escritorio.

—*How do you do?* —responde ésta.

Entonces me entrega una historia en inglés, extraída de un libro de animales, que debo leer y volver a contar utilizando para ello mis propias palabras. No está permitido usar el diccionario, pero sí puedo tomar notas. Al principio las palabras se desdibujan como formas oscuras en un baile desbocado. Entonces cierro los ojos y pienso en mi padre; las palabras se ralentizan y poco a poco se van amoldando a una estructura, a un patrón. Aprovecho todo el tiempo que me concede la profesora que me examina para leer y releer aquella historia sobre un tigre y un mono, practicando mentalmente cómo la voy a narrar, para lo cual examino el libro, desesperada, en busca de palabras difíciles de memorizar.

Finalmente me llama a su escritorio, que se halla en un rincón: un escritorio muy modesto, muy británico. Empieza a hacerme preguntas con su solemne inglés. Yo describo de memoria al tigre que vivía en la jungla: su aspecto, su carácter, sus hábitos. Las preguntas de la profesora resuenan en la pequeña aula, con su pronunciación majestuosamente extranjera, henchida de sonidos arrastrados y cadencias que no tienen nada que ver con nuestra melodiosa lengua rusa. Su elástica boca se mueve de forma misteriosa, sus labios se abren y se tuercen, esbozando lo que parece una

sonrisa presuntuosa, aunque sé muy bien que no está sonriendo.

—¿*Quienmás* vivía en la jungla? —me interroga la profesora, y me doy cuenta, horrorizada, de que no entiendo a qué se refiere.

No recuerdo ningún *quienmás* en la historia, aunque si me lo pregunta es que debía de haber por lo menos uno. Me quedo callada y, mentalmente, repaso todos los personajes, en vano; ni siquiera mis miradas furtivas al libro sirven de nada. La profesora repite la pregunta, pero yo sigo callada. La mujer repite la pregunta una vez más. Yo albergo aún la vaga esperanza de que, en el último momento, como en los cuentos de hadas, cuando la princesa está a punto de morir, aparecerá un apuesto *quienmás* a lomos de un blanco corcel, un salvador que me conducirá al reluciente reino del inglés. Con los ojos fijos en el escritorio, presa de un terror vergonzoso, oigo el latido de mi corazón en las sienes y me doy cuenta de que esto puede ser el fin de todas las cosas que aún no han empezado: nunca tendré una sala de estar, ni una mesita de centro; siempre llevaré el pelo trenzado y medias de algodón.

—¿Qué tal el examen? —inquire mi madre, que ha aprovechado la ocasión para ir a un mercado y comprar exquisiteces saludables para llevarle a mi padre al hospital.

Va cargadísima con bolsas de rejilla llenas de peras procedentes ni más ni menos que de Azerbaiyán, enormes tomates colorados de Georgia, ramilletes de cilantro y otras verduras que mi padre ni siquiera tocará.

—Bien —respondo yo, y empiezo a caminar hacia la salida.

—¿Qué has tenido que hacer? —pregunta mi madre, que se apresura para no quedarse atrás.

—Contar una historia —digo yo sin dejar de andar—. Leerla y volver a contarla.

—¿Y había palabras que no sabías?

—Sí, algunas. —Abro la puerta e inspiro profundamente—. ¿Nos vamos a casa?

En casa no hablamos de la enfermedad de mi padre. Hablamos del valor nutritivo del caldo de pollo que mi madre hierva en la cocina y que vierte luego en unos tarros que deja enfriar en el alféizar; bajo las tapaderas se forma una capa amarillenta. Mi madre llevará la sopa al hospital, porque allí las enfermeras y los camilleros roban la comida de los pacientes. Hablamos de la falta de rutas de tranvía que vayan directas al hospital, lo que obliga a mi madre (y a veces también a mi hermana) a arrastrar las bolsas de rejilla, con los tarros de sopa y lo que ha podido recolectar en el mercado, a lo largo del kilómetro que separa la última parada del tranvía del ala del hospital donde está mi padre.

A mí no me deja ir nunca: los niños tienen la entrada prohibida en la clínica. Lo más cerca que estoy de mi padre es cuando voy con mi madre a la cabina que hay delante de nuestro bloque y, apoyada en la chirriante puerta, escucho la conversación diaria con la secretaria del mostrador de información del hospital.

De camino a la cabina, el ascensor traquetea entre dos plantas, como si fuera a quedarse colgado. Ya en la calle, las nubes se deslizan entre los edificios y prometen más lluvias para mañana.

Me quedo fuera de la cabina, apoyada en la puerta. No quiero oír lo que dice mi madre ni tener que imaginar las respuestas. Lo único que quiero es quedarme fuera: fuera de lo que sucede, en los márgenes de los acontecimientos, de todo lo que no me cuentan.

En esta ocasión, mi madre pasa más tiempo de lo normal colgada al teléfono y sus labios

adoptan un nuevo rictus, indefenso. Parece preguntar cosas; mientras escucha las respuestas, se cubre los ojos con la mano.

—¿Qué, mamá? ¿Qué? ¿Qué es lo que han dicho? —la interrogo.

Quiero saberlo y, al mismo tiempo, no quiero.

—En el fondo, nada nuevo —contesta, intentando que su boca adopte de nuevo una expresión controlada—. Van a cambiarle la medicación. La que le administran no parece dar resultados. Nada más.

Me agarra del brazo y me arrastra por el asfalto agrietado del patio, caminando tan deprisa, con paso tan decidido, que tengo que brincar para no quedarme rezagada.

De vuelta en casa, me escondo bajo el perchero, entre los impermeables, a solas, mientras en la cocina mi madre y mi hermana fingen estar muy ocupadas preparando la cena. Prefiero no escuchar lo que dicen y, a pesar de ello, aguzo el oído. A través de la puerta cerrada me llega apenas el murmullo de sus voces y algunas palabras inconexas.

—Oxígeno —oigo, una palabra que no se suele utilizar mientras uno cocina—. No dejaron que me quedara —añade mi madre, que se aleja de los fogones y se acerca al fregadero, junto a la puerta—. Sabían que soy profesora de anatomía, o sea que me han dicho la verdad —logro comprender, y esa frase completa da alas a mis esperanzas, que, sin embargo, pronto quedan en el limbo por culpa del trajín de platos que se produce en el armario que hay junto a la puerta.

Contengo la respiración, pero por debajo de la puerta no me llega nada audible, hasta que mi madre deja los platos encima de la mesa y enuncia una frase que termina con:

—... es aún demasiado pequeña para entenderlo.

Por la noche, mientras finjo dormir, la oigo gimotear en su cama, que está junto a la de mi padre, vacía y sin abrir.

—Hoy vamos a llamar más pronto al hospital —dice mi madre por la mañana.

Las tres bajamos en el ascensor con la vista fija en el suelo, mientras mi madre hace girar en su mano las monedas de dos copecs para la cabina. Mientras cruzamos el patio empieza a llover de nuevo; rodeamos los charcos, salimos a la calle y llegamos a la cabina verde, que brilla bajo la lluvia. Marina saca un trozo de papel con el número del hospital.

—Toma, el número —murmura, mirándome de refilón. Me da el papelito, pero evita mi mirada—. Hoy te toca a ti.

Con los dedos tan acartonados como las piernas, marco los seis dígitos que hay escritos en el papel, con el corazón desbocado y el estómago revuelto. No reconozco mi tono cuando pronuncio el nombre de mi padre: sale de mi garganta con un silbido apenas audible, como la voz de mi padre antes de que el taxi se lo llevara al hospital. Al otro lado del teléfono oigo cómo la secretaria de información rebusca entre sus papeles, bromea con alguien y se ríe.

—Murió ayer por la noche —informa la voz desde el otro extremo de la ciudad, una voz femenina normal y corriente, acostumbrada a dar noticias poco corrientes.

Su voz suena un poco como la de Irina Petrovna, aunque mucho más severa porque esta mujer habla en ruso. Se oye un clic seguido de una señal larga, monótona, interminable.

Regresamos al apartamento en silencio. Mamá se mete en el baño y se frota meticulosamente la cara y el pelo con una toalla. Sin prisas, llena una regadera y se dirige al pasillo para regar las plantas que hay en los alféizares de las ventanas. Se mueve con gestos precisos y metódicos,

siguiendo el ritmo y el silencio que dicta un interiorizado hábito de supervivencia.

—Las últimas noticias rurales —vocifera un locutor en la radio—. La granja colectiva número cincuenta y cuatro de la región de Oktiabrski informa de que este año se ha registrado la cosecha más abundante de...

Marina apaga la radio, pero aún oímos el zumbido de la voz procedente del apartamento de los vecinos, al otro lado de la pared.

Soy consciente de que la muerte hace llorar a la gente, pero por mucho que busco y rebusco en mi interior, soy incapaz de localizar la pena. Ese sentimiento, que ocupa un lugar desconocido en mi vida de niña de diez años, pertenece al teatro y a las películas, al mundo de mi profesora de tercero Vera Pávlovna y al libro de historia sobre la Gran Guerra Patriótica que tanto le gusta declamar.

Es extraño, pero la vida, fuera de mi cuerpo, no se detiene; las escenas cotidianas se suceden como siempre, previsibles y ordenadas: mi madre trasteando por el apartamento, mi hermana siguiéndola, como si esperase órdenes; el chirriar de frenos cuando un coche se detiene ante el semáforo; el olor a cebolla frita que llega de la cocina de los vecinos a través de las grietas de la puerta. Maquinalmente tomo nota de todo, como si fuera el disco de inglés de Irina Petrovna, pero no sé lo que debo sentir.

Mi madre regresa al baño y llena de nuevo la regadera. Continúa regando las plantas, yendo de un alféizar al siguiente, indiferente al agua que se acumula en los platos, que se derrama y moja las paredes y el escritorio de Marina. El agua moja mi libreta de inglés, la única prueba que se conserva de un verano pasado entre listas de vocabulario, verbos irregulares y los doce tiempos verbales.

Cojo el cuaderno para salvarlo del agua y éste se abre por la lección sobre el pasado simple; un pasado simple donde ahora habita mi padre. Ayer aún vivía en el presente, ayer y cada día durante los últimos diez años, cuando lo veía hundir los remos en el agua gris del golfo y cruzar el campo de camino a nuestra dacha, con tres cañas de pescar sobre el hombro. El pasado ha vencido al presente, el retorcido pasado irregular, el más incomprensible de los doce tiempos verbales, tan inexplicable como la palabra «privacidad».

Tengo la sensación de que algo me oprime la garganta y sé que estoy llorando. Llora porque he sido yo quien ha cogido el teléfono y ha marcado el número. Llora porque la palabra «muerto» ha caído sobre mí y no sobre mi madre, la profesora de anatomía que sabía todo lo que rodeaba la enfermedad de mi padre. Y tampoco sobre mi hermana, la actriz, que sabe cómo llorar y también cómo disimular las lágrimas.

Llora por el pasado, que me observa desde las páginas de mi libreta, el pasado que ahora contiene no sólo a mi padre, sino también todo lo que él y yo hicimos juntos. Una parte de mí se ha quedado atrapada en el pasado con él, pero desconozco qué significa eso. Quizá también yo moriré, coma ensalada o no, por mucho que cene sopa y pan todos los días.

Lo que sí sé es que ya no volveré a oler el tabaco en sus manos, ni a notar su barba de cinco días, y que nunca más seré la hermana conejo, y eso me hace llorar aún con más fuerza, tanta que mi madre abandona su trance y me abraza contra su pecho.

—*Vsyo ponimaet* —le susurra a Marina: de repente he crecido y ahora lo entiendo todo.

8. SETAS

—Aquí la única que encuentra *belye* soy yo —dice mi hermana, mientras ella y mi madre examinan las cestas de distintos tamaños que hay amontonadas en la entrada de nuestra dacha—. Os apuesto lo que queráis a que las mejores serán las mías.

Es nuestro primer otoño en la dacha sin mi padre. Las tres cañas de pescar están aún en el establo, apoyadas en los tablones astillados, pero ahora se encuentran detrás de una hilera de palas y azadas, cubiertas por herramientas más necesarias. Debido a la enfermedad de mi padre, en junio no plantamos nada en la dacha, y, para mi regocijo, en este momento no tenemos casi nada que recoger. Por eso podemos pasar todo un domingo de septiembre (mi segunda semana en el cuarto curso) buscando setas.

Las *belye* ocupan el rango más alto en el olimpo de las setas, con sus sombreros marrón oscuro y sus gruesos pedúnculos. Raras y difíciles de encontrar, son tesoros que mi madre saltea con nata agria, trocea para dar más sabor a la sopa y en invierno pone a secar, colgadas de una cuerda, encima de la estufa.

A continuación, las setas más preciadas son las de sombrero rojo, con los pies moteados de negro, seguidas de cerca por las setas verdes del abedul, con sus pedúnculos largos y delgados. Debajo del sombrero de todas esas setas hay una densa esponja, que es lo que separa las setas nobles de las campesinas, con sus pies huecos, sus ridículas sombrillas y su carne pálida.

Estas setas de segunda categoría sólo sirven para hacer conserva. Cuando mi madre las corta, de los pedúnculos salen unas gotitas de leche ácida y es necesario hervirlas para que pierdan el sabor amargo. Entonces las pone, reblandecidas, pero aún con todo su color (gris, rosa y, en contadas ocasiones, incluso naranja), en un cubo de aluminio, entre flores de eneldo, ajo y hojas de grosella negra. Cuando el cubo está lleno, mi madre les echa un cazo de agua caliente por encima. Las setas estarán a punto a principios de otoño, cuando habrá que servir las sin falta todas las veces que recibamos visitas, acompañadas de patatas hervidas y pan negro. El cubo no cabe en ninguna nevera, por lo que tendrá que quedarse en el balcón del apartamento, donde estará congelado de noviembre hasta marzo; entonces, con la ayuda de un martillo o de los puños fuertes de Marina, romperemos la capa de hielo que lo cubre.

Como todo el mundo sabe, para ir a buscar setas hay que salir a primera hora, cuando una claridad vacilante asoma en el horizonte e ilumina vagamente el bosque, que empieza allí donde terminan los campos. Como sucede con la pesca, se trata de un ritual que debe tener lugar al amanecer.

Mi hermana conoce los mejores sitios. Para encontrar setas, y particularmente setas nobles, hay que saber dónde buscar; de hecho, no se trata tanto de un conocimiento geográfico como de

una intuición. Mi madre y yo deambulamos por el monte mirando debajo de cada árbol, levantando cada hoja; Marina, en cambio, se dirige sin dudarle a una zanja que pasa del todo desapercibida, y justo allí encuentra una familia perfecta de *belye*.

Las tres nos ponemos en marcha cuando el sol despunta por encima de los árboles. Dejamos atrás la casa sin pintar donde viven los gitanos, el toro de los gitanos, al que las ratas se le han comido la cola, y la montaña de tabloncillos que alguien dejó ahí hace tiempo para un proyecto que nunca se hizo realidad. A medida que cruzamos el prado, hacia la floresta en la que aún flota la neblina nocturna, los pájaros salen de entre los matorrales, y los grillos, como obedeciendo a un director de orquesta invisible, empiezan a cantar entre la hierba.

Al acercarnos al límite del campo, justo en la linde del bosque, nos encontramos ante un grupo de abedules rodeados por arbustos de arándanos, un buen sitio para buscar setas de abedul. Meto la mano en una de las matas, aparto el espeso follaje y aparece un escurridizo sombrero, elástico y perfecto, y junto a éste, otro más pequeño. Hundo los dedos en el musgo y arranco las setas de raíz; los pies son blancos y robustos.

—¡Tengo dos! —exclamo, y salgo corriendo hacia donde está Marina, zigzagueando entre los árboles.

La alcanzo allí justo donde empieza el bosque, los gigantescos abetos y robles que bloquean la luz del sol. Extiendo la mano y Marina coge las setas y las examina. Son perfectas, tienen los pedúnculos moteados y los sombreros resistentes, aunque sólo tienen un pero: que no son *belye*.

—Tú espera —dice Marina al devolvérmelas—. Espera a que encuentre mis sitios.

A continuación, se mete en el bosque y desaparece detrás del tronco de un roble.

¿Qué oculto sexto sentido me ha llevado hasta esos arbustos de arándanos, debajo de los abedules? Mi pequeña victoria me hace cosquillas en la nariz y me agudiza los sentidos. De repente, me siento capaz de oler el camino que conduce a tesoros ocultos de *belye*.

Me adentro en el bosque. Las hojas podridas se reblandecen en la espesa marga; las ramas muertas y las agujas de pino lentamente van integrándose en el sustrato. Sigo el crujir de los pasos de Marina, rápidos y decididos. Por la izquierda, oigo los de mi madre, lentos y menos resueltos. Aunque la mayor parte de mis sentidos están concentrados en el suelo, mis oídos aún siguen el rastro de mi madre y de mi hermana. Su sonido es mi única brújula bajo el techo vegetal.

Detrás de un grupo de viejos abetos, el suelo se hunde en una pequeña hondonada con las laderas cubiertas de una espesa hierba. Me agacho y me meto dentro de un salto; las piñas crujen bajo mis pies. Tengo los ojos a la altura del borde de la hondonada y en ese momento me doy cuenta de que el hoyo está reforzado con troncos medio podridos y astillados. Se trata de una trinchera de la Segunda Guerra Mundial. Los bosques están llenos tanto de trincheras como de cráteres provocados por las bombas, con las laderas alisadas por el paso del tiempo. Antes había cientos de balas, minas y granadas enterradas bajo capas y capas de humus, pero éstas son cada vez más difíciles de encontrar.

Quiero enseñarle la trinchera a mi madre. Cada 9 de mayo, Día de la Victoria, saca sus tres medallas del armario, que guarda en unas cajitas marrones. Las medallas se parecen a las chokolatinas recubiertas de papel dorado que nos comemos por Nochevieja, pero aquéllas son de bronce y van pegadas a unas insignias trapezoidales de tela rayada.

Me pregunto cómo sería vivir en una trinchera como ésta, aunque supongo que quienes lucharon en los novecientos días del sitio de Leningrado no estaban siempre atacando bajo las banderas rojas o muriendo heroicamente por culpa de las balas alemanas, tal como quería

hacernos creer mi maestra de tercer curso, Vera Pávlovna. Novecientos días son muchos días si tienes que pasarlos en una trinchera, especialmente si es invierno y no hay ni setas, ni bayas, ni siquiera hojas, porque todo está cubierto por un metro de nieve.

Pienso en los hermanos de mi madre, Sima y Yuva, a quienes no puedo considerar tíos porque fallecieron mucho antes de que naciera yo. De hecho, nadie vio morir a Yuva, de modo que aún consta como desaparecido en combate. Mi madre ha escrito en varias ocasiones al archivo de la ciudad (que hoy pertenece a Polonia) donde él había sido destinado al principio de la guerra, pero no hay rastro de nadie de su división que custodiara la frontera al inicio de la Blitzkrieg.

—Es como si no hubieran existido —dice mi madre con amargura—. No tenían ni siquiera pistolas.

No entiendo por qué los soldados destacados en la frontera, justo antes de la Gran Guerra Patriótica, no tenían pistolas. Ahora, en la era del socialismo desarrollado —tal como lo describen los libros escolares—, sí las tienen, a pesar de que la situación parece mucho menos peligrosa que en junio de 1941.

—Pues no tenían pistolas ni rifles, ni siquiera escopetas —confirma mi madre—. ¿Qué podían hacer ante una división de tanques? Los abatieron en cuestión de minutos; no les dio tiempo ni de asustarse.

Sima, el otro hermano de mi madre, no está entre los desaparecidos. Sima murió rodeado de toda la familia, unos meses después de que lo hirieran en su primer día en el frente, cuando una esquirla de metralla se le clavó en el pulmón.

—Ese trozo de metal provocó un absceso metastásico en el cerebro —dice mi madre, escudándose en la terminología médica para ocultar su odio hacia los médicos que no fueron capaces de extraerlo, lamentándose tal vez de que no hubieran llevado a Sima al hospital de campaña donde ella trabajaba, pues sin duda ella se habría esmerado más en extraer todas las esquirlas.

Antes de ir a la guerra y de morir, Sima había estudiado pintura en la Academia de Artes de Leningrado. Sus lienzos están colgados en las paredes de nuestro apartamento: un retrato de mi madre de joven y un soldado que arroja una granada contra un tanque. Debía de pensar en la guerra antes incluso de que lo llamaran a filas, por eso pintó a un soldado delante de una montaña de acero, un soldado como su hermano Yuva, pero con armas de verdad. Al contemplar el retrato de mi madre, sus ojos empequeñecidos y su boca abierta en una media sonrisa, descubro que hubo un tiempo, incluso durante la guerra, en que mi madre fue una persona alegre y sarcástica, antes de convertirse en una ciudadana obediente que busca el orden en todo.

Me pregunto: ¿cuándo tuvo lugar la transformación? ¿En qué momento la mujer del retrato de Sima se convirtió en mi madre inflexible? ¿Fue durante la guerra, cuando nació Marina, o cuando el padre de ésta murió de tuberculosis? ¿Es posible que Marina conociera a una madre distinta a la mía, alguien que me habría dejado ir de pesca con mi padre en lugar de obligarme a pintar la dacha? ¿Alguien que no pondría mala cara si quisieras estudiar teatro o inglés? No haber tenido la oportunidad de conocer a esa otra madre me parece injusto; he aquí otra de las ventajas de mi hermana, junto con su talento teatral y su intuición para encontrar los lugares más llenos de setas.

Hoy en día, los restos de la guerra están enterrados bajo suelo. Hace diez años, mientras mi abuelo batía la tierra para plantar las primeras fresas del huerto de nuestra dacha, su pala topó con algo metálico. Era un obús sin detonar de más de treinta centímetros, que hibernaba allí desde 1944. Una brigada de zapadores cargó el proyectil en un coche blindado y se lo llevó. Oigo esa

historia cada vez que alguien visita por primera vez la dacha; la voz de mi madre no puede ocultar el orgullo por que fuera nuestra parcela, y no la de los vecinos, la que se encontrara tan cerca del peligro.

Durante años, en el campo han circulado historias sobre cómo unos niños encontraron unos proyectiles en el bosque, los arrojaron a una hoguera y luego tuvieron que cortarles varios dedos, por temerarios. Se rumoreaba que en un pueblo cercano había un niño con la cara quemada debido a las balas que había arrojado al fuego, y otro al que le habían amputado los pies por culpa de una mina.

Yo nunca he visto ningún niño sin dedos ni pies, ni tampoco a nadie con la cara quemada, pero buscando setas he visto numerosos cráteres y trincheras como ésta en la que me encuentro ahora, de modo que sé que la guerra tuvo lugar justo aquí y que dejó cicatrices en la tierra, tan profundas que tardan más de veinticinco años en sanar.

En el borde de la trinchera hay una seta alta con un sombrero rojo con manchas blancas, un estallido de color entre el verde apagado de la hierba y los escasos matojos de frambuesas. Se llama *muhomor*, o «muerte a las moscas». Mi madre la corta en un plato, añade un poco de agua y azúcar y, a la mañana siguiente, hay un montón de moscas muertas en el plato, sobre el alféizar de la ventana y en el suelo. Este tipo de seta está siempre perfecta, pues ningún animal se atreve a tocarla; puede permitirse su llamativo y reluciente aspecto. Junto a ella, bajo la sombra del sombrero a topos, otro sombrero más pequeño y marrón asoma apenas un par de centímetros por encima del suelo; un poco más lejos hay otro mayor, y otro, como una hilera de muñecas rusas colocadas sobre la ladera descendiente de la trinchera. En total son ocho, una familia perfecta de *belye*.

Mareada por el hallazgo, empiezo a dar brincos, aplastando las piñas bajo mis pies. Encontrar ocho *belye* en un mismo día es casi imposible. Por primera vez he logrado derrotar a Marina.

Con mucho cuidado, las arranco del suelo, una a una. La mayor mide unos diez centímetros y tiene un sombrero aterciopelado color chocolate. Cubro el fondo de mi cesto con hojas de helecho que recojo de la trinchera, tal como le he visto hacer a mi hermana Marina en numerosas ocasiones; vale la pena proteger un botín como éste de las ramas erizadas.

Cuando salgo de la trinchera, la cabeza me da vueltas y los maderos astillados me han arañado las rodillas. Paso un minuto junto al agujero, desorientada. Lo más importante en estos casos es tratar de recordar; he llegado a la trinchera desde un grupo de abetos pelados, pero al mirar a mi alrededor me doy cuenta de que estoy rodeada de ellos. Además, el sol se ha movido y ahora su luz se filtra entre las copas de los árboles que tengo a mi izquierda. Cierro los ojos y aguzo el oído por si se oye el crujir de hojas o de ramas muertas, alguna señal que me indique la ubicación de mi madre y mi hermana.

Escucho con tanta atención que mi propia respiración silencia el bosque entero. Las hojas crujen sobre mi cabeza, pero bajo los árboles reina el silencio: arándanos, setas, el musgo que cubre los troncos desmigajados. Ningún sonido, ningún movimiento humano perturba la calma del bosque.

—¡Eoooo! —grito con todas mis fuerzas, volviéndome en todas direcciones; eso es lo que uno grita cuando se pierde en el bosque.

La única respuesta es el murmullo de las hojas en las copas de los árboles. Aún es pronto, me digo, fuera del bosque hace sol y seguramente mi madre y mi hermana estarán ya buscándome. Además, en la cesta llevo una hilera perfecta de *belye*.

De pronto caigo en la cuenta de que, antes de entrar en la floresta y encontrar las setas, hemos cruzado un campo que no puede estar lejos. No he tardado nada en ir del campo a la trinchera. Si doy media vuelta, llegaré al campo y, desde allí, encontraré el camino a casa.

Empiezo a alejarme de la trinchera hacia un claro de luz que brilla entre los árboles. La luz parece estar muy cerca, pero cuando me aproximo a ella se aleja flotando, cada vez más lejos, hasta que me doy cuenta de que lo que parecen claros son tan sólo efectos luminosos, ilusiones ópticas provocadas por la luz del sol al filtrarse entre las sombras.

Camino durante mucho rato y, cuando tengo la sensación de que llevo una hora andando, me doy cuenta de que no me estoy acercando al límite del bosque. Lo que parece un claro luminoso es, en realidad, un pequeño prado cubierto de flores azules y rodeado de árboles.

Me dejo caer sobre la hierba. Tengo una flor de color morado ante los ojos, como una campanilla. Veo brillar las últimas fresas silvestres del año junto a un camino de hormigas; las hormigas se pierden dentro de una montaña de arena y hojas de pino. Conozco un truco: si escupo sobre un hormiguero, las hormigas se levantarán sobre sus patas traseras y me rociarán con su líquido, un olor fuerte pero irresistible. Me huelo la mano una y otra vez, hasta que el olor ha desaparecido, hasta que lo he eliminado por completo de mi piel.

Se está bien en la hierba, de modo que cierro los ojos y la imagen de la campanilla morada flota bajo mis párpados. Entonces estoy en casa, en la diminuta cocina de nuestra dacha, y huelo a setas rehogadas. Mi madre ha elegido las mejores de nuestras cestas, las ha limpiado y las ha cortado, y ahora las está cocinando en la sartén más grande que tenemos. Los tallos blancos y los sombreros esponjosos, cortados a dados, absorben la mantequilla derretida y la cocina empieza a oler a cena y a casa. En unos minutos mi madre, con la mano envuelta en un trapo de cocina, levantará la sartén del fuego, la dejará encima de la madera de cortar y colocará el delicioso guiso en mi plato, que ya aguarda. Todas las setas grises y rojas que hemos encontrado y las *belye* más hermosas se mezclan en mi tenedor: el bocado perfecto.

Pero, de repente, sucede algo. Las setas que hay amontonadas en la cesta, en el suelo de la cocina, empiezan a moverse, sus cabezas giran, pierden el color y se vuelven grises. Empieza a crecerles cola y, finalmente, se convierten en ratones. Entonces salen disparados en todas direcciones, y me doy cuenta de que son más grandes que ratones. ¿Es posible que estén aumentando ante mis ojos? Ahora son tan grandes como las ratas que el último invierno se comieron la cola del toro de los gitanos, que me mira con el rabillo del ojo, inyectado en sangre, mientras paso junto a la caseta. Anita, la niña gitana, cuyo padre es el propietario del toro (una niña con pústulas amarillas en los ojos), me cuenta que las ratas tienen tanta hambre que en invierno se comen lo que sea, aunque esté vivo. Deben de ser ratas gitanas, me digo, porque me sobrecoge pensar que pueda tratarse de las mismas ratas que, por la noche, corretean bajo las tablas del suelo de nuestra casa.

Entonces Anita se enfada conmigo. Me grita que su padre me va a raptar y a meter en un saco. Yo me río en su cara, pero ella sabe que estoy aterrorizada. El padre de Anita esboza una sonrisa malvada y abre su saco de gitano, que, por dentro, es oscuro como una noche de invierno. Tiene las manos peludas, los dedos retorcidos y las uñas negras, y yo sé que, como todos los gitanos, esconde una navaja en el bolsillo de atrás. Quiero correr, pero los pies no me responden. Veo la sonrisa de Anita mientras su padre estira el brazo para agarrarme por el pescuezo, tal como agarra los gatitos ciegos antes de arrojarlos a la acequia.

Entonces grito, suelto el grito más aterrorizado que jamás haya salido de mi garganta y los

ojos se me abren de par en par. Algo me hace cosquillas en el cuello; son un puñado de hormigas, que se me han subido encima de camino a su montaña.

—¡Leenaaa!

El grito, lejano, resuena cada vez más cerca, hasta que puedo distinguir claramente la voz de mi madre.

—¡Eooooo! —exclama la voz de Marina, algo más a la izquierda.

Yo les devuelvo el grito, y me vuelvo hacia el lugar del que proceden sus voces. Entonces oigo un crujir de ramas y un susurro de hojas. Cojo mi cesta y salgo corriendo en dirección a ese sonido; los arbustos me arañan, los abetos me fustigan, tropiezo con las irregularidades del suelo. Me lanzo contra el estómago de mi madre y hundo mi cara en las almohadas de sus pechos. Nos quedamos así durante unos minutos, sin movernos, sin decir nada, envueltas por el olor a setas y humedad.

Entre la penumbra del bosque aparece mi hermana, con la frente fruncida y una mirada fulminante.

—¡Llevamos una hora buscándote! —me grita, y cuando se acerca echo un vistazo dentro de su cesto.

Ella sabe lo que estoy mirando y deja de gritar: hay sólo un par de setas de abedul y unas cuantas aún más vulgares, demasiado grandes o mustias siquiera para prepararlas en conserva.

Mi hermana intenta ignorar lo que hay en mi cesta, sus ojos pasan de refilón por encima, pero yo la obligo a mirar. Le planto mi familia de *belye* perfectas (ocho soldados de trincheras) en sus narices y mi hermana esboza una sonrisa, pues no hay nadie en el mundo, ni siquiera mi hermana mayor, capaz de desdeñar su esplendor.

Regresamos poco a poco, caminando lentamente por un caminito serpenteante que atraviesa los campos, mi mano dentro de la caliente palma de mi madre. Vamos las tres juntas, como si nos conectara un hilo invisible, como hormigas dirigiéndose al hormiguero.

9. SOBRE EL AMOR

Ludmila Ivánovna, la profesora de literatura de quinto curso, es bajita y regordeta, y se desplaza de un lado a otro de la clase sobre sus pies menudos. La llamamos Muslos Acolchados. Su figura es opuesta a la de la profesora de inglés, una mujer espigada y huesuda que casi nunca se mueve.

Con Muslos Acolchados estudiamos al padre de la literatura rusa, el Shakespeare de la lengua rusa. La obra de Pushkin no se presta a dejarse amortajar por la ideología: es simplemente un poeta clásico y no hay estudiante dentro de las fronteras de la Unión Soviética que no reconozca al instante su perfil anguloso y su cabello rizado. Pero Ludmila Ivánovna, con su cara rellenita enmarcada por unos espesos bucles, hace algo que no está autorizado y que, en realidad, es un atrevimiento: nos distrae con un análisis fuera de programa de las lecturas favoritas de Tatiana, la heroína de *Eugenio Onegin*.

—A Tatiana le encantaban las novelas románticas —suspira Ludmila Muslos Acolchados, deleitándose en nuestra atención poco habitual—. Leía en francés, como todos los rusos en aquella época, y se sumergía en las aventuras amorosas entre jóvenes duques y damas de honor.

Nos espabilamos al oír la palabra «amor», que nunca se menciona en el colegio, al menos no en su acepción romántica. Oímos hablar mucho del amor a la patria y del amor al Partido Comunista, pero nunca del amor al prójimo. Es casi un escándalo que Tatiana, ejemplo de castidad en la literatura rusa, fuera aficionada a esas novelas tan impropias.

—¿Tú crees que sabía besar? —le pregunto a Larissa, mi vecina. Estamos sentadas en el mismo pupitre, encerradas en una clase asfixiante donde el polvo se arremolina bajo la luz de abril que entra por las ventanas—. Antes de que se casara con ese general, me refiero.

Larissa se ríe y enarca las cejas, perpleja. Vete tú a saber de quién puedes fiarte, si la Tatiana de Pushkin hacía gala de tal frivolidad.

Muslos Acolchados, bañada por la intensa llama de nuestro interés, agita sus cortos brazos y pone los ojos en blanco, un gesto imprescindible antes de narrar la trágica historia de una condesa francesa. Con un brillo en la mirada y agitando los bucles, Ludmila cuenta con gesto indignado y triunfante la historia de ese amor que no se debe mencionar.

Naturalmente, yo sé de la existencia de ese amor, por mucho que mi madre, lo mismo que mi escuela, finjan que no existe. Al fin y al cabo, el próximo septiembre, con doce años ya, empezaré sexto curso. En mi patio, donde las cosas son más reales, veo ese amor suspendido sobre los radiadores oxidados que hay entre los tramos de escaleras, en los que chicos de dieciséis años rasgan las cuerdas de una guitarra y cantan al desengaño amoroso, iluminando la oscuridad con sus cigarrillos.

En medio de este arrebató pushkiniano, cuando toda nuestra atención está concentrada en

Ludmila —que está a punto de alcanzar el clímax de su relato—, la puerta se abre y nuestra directora entra en el aula con su solemnidad habitual. Es una mujer alta y severa, con un peinado perfecto en forma de nido de cuervo sobre su seria cabeza. No conozco a nadie que la haya visto sonreír jamás. La directora se sienta en un pupitre vacío de la última fila para llevar a cabo una de sus supervisiones de clase no anunciadas.

De pronto, Muslos Acolchados deja de balancearse sobre su improvisado escenario, el foco de nuestro interés se desplaza, dejando a la maestra sin palabras en la oscuridad. Yo le doy una patadita a Larissa por debajo de la mesa, pero ella me dirige una mirada recelosa, con el ceño fruncido. Con la directora sentada en la última fila, nadie se atreve a abrir la boca, ni siquiera para susurrar.

Podemos oler la angustia de Muslos Acolchados, que rezuma por los poros de su rostro enrojecido, le humedece el pelo y hace que los rizos se le peguen a la frente. Al cabo de un minuto de profundo silencio, Ludmila se olvida de las veleidades de los cortesanos franceses y, con voz monótona, empieza a recitar la lección curricular obligatoria sobre el papel de la mujer en la sociedad.

Yo garabateo con mi estilográfica en mi pupitre, cosa deplorable porque no hay forma de borrar la tinta morada. Escribo la palabra «amor», clavando la plumilla para que las letras destaquen por encima de los comentarios que otros estudiantes han dejado sobre los profesores y la vida y que, jugosos y ofensivos, palpitan como los corazones de los jóvenes amantes de la historia interrumpida de Ludmila.

La lección sobre el papel de la mujer en la Rusia del siglo xix me entra discretamente por una oreja y sale por la ventana abierta, donde el sol proyecta sus rayos irisados sobre los carámbanos en deshielo. En cuanto termine la clase, bajaré las escaleras a todo correr y, a continuación, mientras recupero el aliento, pasearé como si nada por delante del aula 11, donde todos los jueves los alumnos de séptimo tienen clase de zoología. Con algo de suerte, es posible que vea a Nikolái Gromov, el chico que hace dos semanas me sonrió en la sala de los abrigo.

Nicolái acaba de cambiar su pañuelo de pionero por la insignia del Komsomol. Eso significa que ha cumplido ya los catorce años, edad en la que los estudiantes pasan de la organización de Jóvenes Pioneros al Komsomol, la Joven Liga Comunista. Aún me cuesta creer que un chico de catorce le sonriera en la sala de los abrigo a una niña de quinto como yo.

El timbre salva a Ludmila, que por fin puede abandonar su intento de insuflar vida al aburridísimo orden social de la Rusia prerrevolucionaria. Sin embargo, nadie se levanta: no nos está permitido movernos hasta que la maestra nos dé permiso; además, la presencia de la directora sirve de advertencia de esa regla no escrita. Con gesto majestuoso, la directora se levanta, recoge los papeles en los que ha estado tomando notas y sale del aula en silencio. Creo que sólo la he oído hablar a través de los altavoces, durante las ceremonias escolares.

—La lección ha terminado —suspira Ludmila, que se sienta en el escritorio y empieza a hojear su libreta, cubriéndose los ojos con una de sus rollizas manos.

Al pasar junto a ella, me doy cuenta de que le tiemblan los dedos.

Hoy, aunque las clases terminan a las dos y cuarenta, no podemos irnos a casa. Tenemos una reunión trimestral de jóvenes pioneros, y, para garantizar la asistencia obligatoria, las puertas del colegio permanecen cerradas desde las dos. El director adjunto monta guardia y deja salir sólo a los miembros del Komsomol, que no llevan el cuello engalanado con un pañuelo rojo. Dos niños

de mi clase intentan colarse mezclándose con un grupo de *komsomolets*, pero el director adjunto los descubre, cierra la puerta y les suelta una rápida reprimenda.

Desde el alféizar de la ventana del pasillo donde estoy sentada, observo con nostalgia cómo Nikolái Gromov se pone la chaqueta y las botas en la sala de los abrigos. En el interior de la escuela, todos los alumnos deben llevar zapatos escolares que guardamos en bolsas de tela en los colgadores asignados a tal efecto. Su bolsa está colgada en el extremo opuesto, en la esquina de los mayores, con su apellido, Gromov, bordado con punto de cruz de color rojo sobre la basta tela.

Nicolái se dirige hacia la salida sin ni siquiera mirar hacia donde yo estoy. Entonces, durante un breve instante, la puerta se abre y su esbelta silueta queda recortada en un haz de luz del sol. A continuación, la puerta se cierra de golpe. A través del cristal sucio de la ventana lo veo atravesar el cemento gris del patio, saltando los charcos con sus largas piernas.

En el patio quedan aún esponjosas montañas de nieve, único vestigio de los seis meses de invierno que acabamos de dejar atrás, abrigados con lanas y pieles. En las mañanas más frías, con la nariz protegida por la bufanda que me ha puesto mi madre, subía al autobús que avanzaba a trompicones por las calles cubiertas de hielo, junto a los canales congelados, los árboles petrificados y los monumentos coronados por la nieve. Así es como el Leningrado invernal se ha quedado grabado en mi memoria: brillante como un camafeo, visto a través de un círculo del tamaño de una moneda de cinco copecs que mi aliento ha dejado en la ventana helada del autobús.

Ahora, la nieve primaveral es porosa y frágil, y Nikolái Gromov, el primer chico que me gusta, se marcha sin percatarse siquiera de mi existencia.

—La reunión de los pioneros se celebrará en cinco minutos —dice por la megafonía la entusiasta voz de Natasha, la organizadora de las actividades de los pioneros en la escuela.

Natasha tiene veinte años, pero lleva el pañuelo de pionera y, por lo general, se comporta como una ferviente alumna de quinto deseosa de sacar un *pyatorka*, un cinco. Un cinco es la mejor nota y está reservada a los trabajos realmente perfectos, sin el menor error. Yo saco cincos tanto en ruso como en inglés. A Ludmila Muslos Acolchados le encantan mis redacciones en las que, como si fuera una guerrillera, serpenteo alrededor de las interpretaciones de las lecturas obligatorias armada con citas de los clásicos rusos. Me llena de satisfacción pensar que, en los dos años que llevo en esta escuela, nunca me han puesto un tres (un aprobado), y mucho menos un dos o un *dvoika*, un suspenso.

Tengo la impresión de que Nikolái Gromov tampoco debe de sacar nunca ningún *dvoika*. Tiene un brillo en la mirada, un resplandor que le sale de dentro. Los dos años que nos separan lo elevan aún más por encima del resto, un chico mayor cuyo cuello largo y su paso mesurado hacen que me tiemblen las piernas y que me acuerde de mi padre.

Es imposible cruzar la puerta cerrada y custodiada por el director adjunto, de modo que no tengo más remedio que entrar en el auditorio, lleno ya de vestidos marrones y trajes grises, nuestro uniforme. El ruido de los alumnos de tercero a sexto, con tres secciones por cada curso, rebota en las paredes, una algarabía de conversaciones y sonrisas que surge de las filas de sillas plegables. La asistencia es un éxito; el truco de cerrar la puerta ha funcionado.

—Hoy estamos aquí reunidos para dar cuenta de nuestros logros durante este trimestre —dice la voz de Natasha, que, amplificadas por los micrófonos, resuena con un entusiasmo digno de un público mucho más elevado que un puñado de jóvenes pioneros del colegio inglés del distrito de Oktiabrski.

Natasha parece tan dotada para dirigirse al público como para coordinar nuestros proyectos extraescolares de manualidades, se la ve cómoda en el escenario, elocuente y completamente al mando.

—Nuestra primera oradora es la líder del sóviet de la comuna de los Jóvenes Pioneros de nuestra escuela.

Tamara Kuznetsova, una chica gruesa con el pelo recogido en dos coletas pegadas al cogote, se acerca al micrófono con un montón de notas en la mano. De forma lenta pero predecible, el oleaje de nuestras voces amaina, aunque nunca llega a cesar del todo. Para mí, Tamara es relevante sólo porque es compañera de clase de Nikolái Gromov. También acaba de cumplir los catorce, pero seguirá siendo la líder del sóviet hasta final de curso.

Con voz monótona y aburrida, Tamara habla del 23 congreso del partido y recita sus éxitos, que todos conocemos a la perfección, pues aparecen pintados en unos carteles rojos que cubren los mayores edificios de la ciudad. Cuando ha terminado de citar el discurso del secretario general, se enzarza en una enumeración de los logros de nuestra propia escuela, descritos en una prosa mucho menos sofisticada, un informe que probablemente haya escrito ella misma la noche anterior, después de hacer los deberes. Siento compasión por Tamara, que está sudando en el escenario, ante nosotros, en lugar de haberse marchado de la escuela, como Nikolái Gromov.

La emoción de mi enamoramiento me embarga y tengo ganas de contarle a todo el mundo lo que pienso de Nikolái. Necesito compartir esta levedad que me inunda, esta ligereza que se derrama de mi cuerpo en cada gesto y cada vez que pienso en él. Incluso me planteo decírselo a él mismo.

Saco discretamente un cuadernito de mi bolsa, una libreta secreta en la que apunto las cosas que no puedo decir; por ejemplo, ahí me interrogo sobre en qué momento mi madre se metamorfoseó y pasó de ser una joven y osada cirujana a una miembro del sindicato que, en mi situación, no estaría buscando el modo de escapar de esa deprimente reunión; o en la que me pregunto por qué me pregunto estas cosas. ¿Acaso temo que esa transformación pueda sucederme a mí? ¿Que un día pueda volverme como ella y me dedique a asistir voluntariamente a reuniones en lugar de seguir con la mirada a los chicos mayores al patio soleado?

La voz de Tamara va desvaneciéndose y yo escribo lo que pienso sobre Nikolái. Pronto me doy cuenta de que, de hecho, le estoy escribiendo a él. Las palabras fluyen sobre el papel y van trenzando las hebras dispersas del sentimiento hasta formar una carta.

Los débiles aplausos, iniciados por Natasha, sucumben pronto al estrépito del público, mientras Tamara recoge sus notas y baja lentamente las escaleras del escenario. Natasha, que hasta ahora se ha mantenido a un lado, coge de nuevo el micrófono y lo golpea con un bolígrafo. Con su faldita azul marino y con la llama roja del pañuelo de los pioneros anudado al cuello parece una de nosotros, aunque más entusiasta.

—El siguiente punto del orden del día es un asunto personal —anuncia Natasha, y las oleadas de risitas enseguida se aplacan.

Los asuntos personales parecen estar fuera de lugar en una reunión de trescientos estudiantes que sólo se encuentran allí porque les cerraron la puerta principal con candado.

Alguien sigue riéndose en la primera fila; Natasha espera pacientemente y dirige una mirada de reprobación a las dos cotorras de tercero.

—Aunque a simple vista pueda parecer trivial, tras un examen más detallado resulta un asunto bastante serio. —Todas las sonrisas se han extinguido y la comuna de pioneros registra ahora un

silencio nada corriente—. Voy a pedirle a Liubov Petrovna, la tutora de quinto B, que suba al estrado.

Liubov Petrovna, una anciana y corpulenta mujer vestida con la misma blusa azul que lleva todos los días, sube al escenario y se coloca junto a Natasha; sus gafas gruesas y de aspecto severo hacen que parezca más alta de lo que es en realidad. Desprende un aire de poder que desciende hasta la sala, como si fuera humo, y nos silencia a todos. No necesita micrófono para hablar.

—Uno de nosotros —informa Natasha con la voz sombría reservada para los asuntos personales— ha escrito una nota que no tiene cabida en el código de los Jóvenes Pioneros.

Todos aguzamos el oído, como hace unas horas en la clase de literatura, cuando Ludmila Muslos Acolchados empezó a contarnos sus historias de amor.

—Afortunadamente, Liubov Petrovna la ha interceptado, de modo que ahora quienquiera que la haya escrito tiene ocasión de disculparse en público. —El silencio es tan intenso que oímos a los alumnos de primero jugando al escondite en el recreo—. La persona que ha escrito la nota, que suba inmediatamente al estrado.

Una corriente de susurros cruza el auditorio y va intensificándose cada segundo que pasa, mezclándose con la nube de autoridad que rodea el estrado. El sol se filtra por las ventanas, diluyendo el brillo de la luz incandescente y dándole un tono como de té aguado.

—Vamos, vamos —insiste Natasha con firmeza, en un tono de superioridad moral digno de una hermana mayor.

Una chica de la tercera fila se levanta; le brilla el pelo rubio y está casi tan roja como su pañuelo. Entonces sube los tres escalones del escenario, que conducen a ese reino de poder, y se acerca lentamente a Natasha y a Liubov Petrovna, quienes aguardan con gesto pétreo y solemne. En comparación con Liubov Petrovna, la muchacha tiene un aspecto diminuto, casi desvencijado; parece como si pudiera prender en cualquier momento, convertirse al instante en un montoncito de ceniza.

—Lo siento —dice la chica mirándose los pies.

—Más alto —ordena Liubov Petrovna.

—Lo siento —repite la chica en un tono más agudo.

Sus labios enuncian las palabras, aunque no parece genuinamente arrepentida.

—Y no lo volveré a hacer —dice Natasha, orquestando la ocasión.

—Y no lo volveré a hacer —repite la chica en un tono tan agudo y tenso que parece estar a punto de estallar, como la cuerda de un violín.

Liubov Petrovna se agacha y le da a la muchacha unas palmaditas en el hombro, que se da la vuelta, baja corriendo del estrado y, dejando atrás nuestras miradas ansiosas y el clamor creciente, abandona el auditorio.

—La reunión ha terminado —anuncia la sonriente voz de Natasha, cargada de satisfacción.

Tras la junta se forma un tumulto y nadie parece querer marcharse. Me encuentro a Larissa, mi compañera de pupitre, rodeada por una multitud de alumnos. Por su porte, con los codos pegados a los costados y los ojos entornados, me doy cuenta de que está explicando la historia de la muchacha rubia. No sé cómo se las apaña, pero Larissa siempre está al corriente de todos los escándalos de la escuela. Precisamente por eso, y a pesar de mi ardiente deseo de saberlo todo

sobre Nikolái, aún no me he decidido a preguntarle por él.

—¡Entonces le ha pasado una nota al chico, Valeri creo que se llama, pero la profesora la ha interceptado! —farfulla Larissa, mientras en la comisura de sus labios se forman pequeñas burbujas de saliva.

Me acuerdo de Irina Petrovna, mi primera profesora de inglés, y de la misteriosa palabra «privacidad». Incluso recuerdo la frase del libro de texto: «Helen y su nuevo marido se quedaron sin privacidad cuando la madre de ella se mudó a la acera de enfrente», una frase que ni siquiera mi profesora particular supo descodificar. Pero, de pronto, todo parece cobrar sentido: Helen y su marido se despidieron de la privacidad que acaba de perder la muchacha rubia. La madre de Helen en la acera de enfrente era como Liubov Petrovna, que interceptó una nota dirigida a un chico y obligó a la chica que la había escrito a disculparse delante de toda la escuela. Me gustaría poder coger el tranvía y contárselo a Irina Petrovna; me gustaría poder iluminarla con esa información que ni siquiera su grueso diccionario de Oxford contiene.

—¿Y qué ponía en la nota? —pregunta Dina, de quinto C, abriéndose paso hacia Larissa.

Larissa frunce los labios mientras, a su alrededor, va creciendo la expectación. Durante un segundo, todo el movimiento se detiene y Larissa nos dirige una mirada radiante, digna de quien posee aquella información exclusiva.

—«Te quiero. K.» —contesta finalmente ante una explosión de risitas—. Y se llama Kira —añade con tanta precipitación que casi se atraganta con las palabras—, de modo que enseguida han descubierto de quién se trataba. ¿Os lo imagináis? ¿«Te quiero»? ¡En plena clase! Y el tal Valeri, a quien iba dirigida la nota, les dijo de inmediato que había sido ella.

—Qué idiota —dice Víktor, que se sienta a mi lado en clase de mates, y todos entienden que se refiere a Kira, pues utiliza la forma femenina, *idiotka*.

—Y encima, cuando la han pillado, lo ha negado todo —añade Larissa—, pero el tal Valeri les ha dicho que sólo podía ser ella.

Ahora me alegro de no haberle contado a Larissa nada sobre Nikolái; al igual que Natasha y que mi madre, no parece saber mucho sobre el amor.

¿Lo entendería mi padre? ¿Qué diría de mi propia carta, no aprobada?

—¿Y si hubieras sido tú? —inquire Dina, que se ha colocado frente a Larissa—. ¿Te gustaría que te exigieran salir al escenario delante de Liubov Petrovna?

—Yo nunca habría escrito esa carta —declara Larissa, que abre los puños y se pone en jarras. Mira a su alrededor para ver si alguien más se atreve a cuestionar su integridad—. Y si lo hubiera hecho, jamás la habría mandado en plena clase.

Mi carta a Nikolái, contraria asimismo al código de los Jóvenes Pioneros, florece en mi libreta, y ni Natasha ni Liubov Petrovna pueden obligarme a disculparme por haberla escrito. Si le añado rimas, será tan hermosa como la que la Tatiana de Pushkin le escribió a Onegin.

Él la leerá, copiada a mano con meticulosidad en una hoja de papel pautado, firmada con mi nombre completo. Esa carta, sublime y majestuosa, perseguirá a Nikolái el resto de su vida. Cuando sea ya un hombre de casi treinta años y la lea, se dará cuenta de que dejó escapar algo excepcional, algo que podría haber alcanzado sólo con alargar el brazo, con mirar en la dirección adecuada. Se dará cuenta de que era algo grandioso y al mismo tiempo también simple, este amor surgido en los pasillos de la escuela.

Pero será demasiado tarde. Como la Tatiana de Pushkin, para entonces yo seré una mujer

casada y fiel. Será demasiado tarde.

10. ANATOMÍA HUMANA

Todos los años, durante las vacaciones escolares del mes de noviembre, mi madre me lleva al Instituto de Medicina, donde da clases en el departamento de Anatomía Humana, y paso diez días en el museo. Mi madre desea introducirme cuanto antes en el serio mundo de la medicina porque no quiere que me convierta en actriz, como mi hermana. El museo está vacío y silencioso, y, como el resto del departamento de Anatomía Humana, apesta a formaldehído.

Inspiro y los pulmones se me llenan de ese aire cargado de productos químicos. En la pared de la izquierda hay colgado un esquema del aparato respiratorio, con un laberinto de venas rojas y azules en el tórax de un hombre sin rostro. Debajo, en un tarro lleno de un líquido turbio flotan dos pulmones, grises y deshinchados, que parecen de goma, con un texto explicativo en latín. Deambulo por la sala y observo los objetos expuestos. En el interior de otro tarro hay media cabeza con el conducto nasal a la vista, lo mismo que los hemisferios grises del cerebro, agrietados como tierra reseca. «¿Qué pensamientos vivirían en los surcos de sus cavernas?», me pregunto. En otro tarro flota un corazón, incoloro y mustio, con un puñado de arterias suspendidas en el fluido, como una pera deforme.

Colgajos de piel, músculos desnudos, genitales arrugados... Nada de todo esto me da ningún miedo. Se trata de partes exangües, transformadas, disociadas de la vida que se supone que representan. Granulados y monocromos, estos trozos de cuerpos humanos flotan en recipientes como las imágenes detrás de la gruesa pantalla del televisor.

Durante estas visitas anatómicas, mi madre me deja al cuidado de una asistente de laboratorio, la tía Klava, una abuela arrugada con un mechón de pelo canoso que asoma por debajo de un gorro de tela. Aquí todo el mundo lleva batas y gorros de personal sanitario, incluso los asistentes de laboratorio y los estudiantes de primer curso, que entran silenciosamente en el museo y apartan con cuidado las sillas de delante de las mesas sobre las que se exhiben las piezas, dudando de si deben acercarse más a los tarros llenos de formol.

La tía Klava huele a tabaco, y, cuando salgo al pasillo, la veo fumando en un rellano de la escalera, junto al lavabo. La mujer arrastra los pies, resuella y agita el llavero. Se mete la mano en el bolsillo y saca tres piruletas: para mí, para Zina, la chica del pelo greñudo que mira por el microscopio cada vez que alguien entra en su pequeño laboratorio subterráneo, y para Volodia, que trabaja en la morgue y se pasea por el vestíbulo con un delantal y unas grandes botas de goma. Zina y Volodia tienen dieciocho años y acaban de terminar la escuela, pero los seis años que nos separan son como años luz. Ambos se percatan de mi presencia, pero me ignoran. Son adultos, trabajan para ganarse el sustento y saben cosas que yo no sé.

Los alumnos de mi madre están empezando unas prácticas en las que van a aprender a diseccionar. Volodia y Dima, otro asistente de la morgue, ataviados con guantes y delantales de goma, suben un cadáver de la morgue del sótano y lo dejan encima de una mesa alta de mármol en la sala de disección. El cuerpo tiene un tono marrón debido al formol, y es tan ajeno a la vida como los órganos del museo. Cuando mi madre comienza su clase, me acerco más y me percató de que es un hombre. Contemplo los brazos, extendidos junto al cuerpo, el rostro anguloso con la piel tensa sobre los pómulos, y el estómago, hundido bajo la caja torácica. Observo la masa de carne arrugada de la entrepierna.

Mi madre repara en mí y me ordena que vaya al museo. Yo quiero ver la disección y, sin embargo, sé que no debo ponerme a discutir con ella delante de toda la clase. Bajo al sótano y avanzo por el estrecho pasillo, dejo atrás la puerta cerrada del laboratorio de Zina y entro en la morgue. La sala está sumida en la penumbra, con dos bombillas que arrojan una luz tenue sobre las enormes bañeras en las que se almacenan los cuerpos. Mi madre me ha contado que se trata de los cuerpos de personas que no tienen familiares, cuerpos que no ha reclamado nadie. Las bañeras tienen unas tapas que están conectadas a unas manivelas mediante unos gruesos cables, desgastados y desteñidos. Aquí, el olor a formol es tan intenso que me quema la nariz y me hace toser.

En un rincón veo a Zina, la asistente de laboratorio, sentada en la tapa de una de esas bañeras, y a Volodia, que le sirve té en una taza. No han reparado en mí, o eso parece al menos, absortos como están en su descanso entre cadáveres. Me gustaría sentarme con ellos sin decir nada, preferiblemente junto a Volodia, y escuchar sus conocimientos adultos recién adquiridos, pero siguen mostrándose ajenos a mi presencia. Finjo ser Zina, sentada en la tapa de una bañera junto a Volodia, hablando con total naturalidad de los misterios de las cosas de los adultos, mirando la puerta de soslayo, donde una niña de doce años, desgarbada y con los pies demasiado grandes, intenta patéticamente llamar su atención.

Regreso a la sala de disección y echo un vistazo a través de la puerta. Con cautela, los estudiantes de mi madre hurgan con sus escalpelos en el brazo del hombre y lo pinchan en busca de venas, nervios y tejidos musculares. Incluso desde donde estoy yo me doy cuenta de que los estudiantes actúan de forma vacilante, asombrados ante su propia audacia y ante la confianza que demuestra mi madre. Bajo sus manos expertas, el cuerpo del hombre va reduciéndose y es cortado en piezas de museo distribuidas en placas de Petri. El hombre va desapareciendo según establece el programa de clase de mi madre a partir del libro de anatomía, un capítulo al día.

Me siento en el museo y dibujo un gran diagrama de los vasos sanguíneos que mi madre me ha pedido que copiara del libro. Sobre mi escritorio descansa una serie de tarros con la etiqueta «Aparato reproductor femenino». Arterias rojas y venas azules se dispersan en zigzag desde el corazón hasta el perímetro de la piel: rojo para la sangre fresca, llena de oxígeno; azul para la sangre vieja y usada, de vuelta al corazón para que éste la filtre. Debo tener cuidado y ser precisa: un centímetro de desviación, y el reloj exacto del mecanismo interno se detendrá y se bloqueará. Estoy a cargo del complejo cableado del organismo y de que funcione sin contratiempos.

Pienso en un hombre al que he visto en alguna ocasión por los alrededores de nuestra dacha, un hombre alto, sombrío, que este verano se me acercó en la estación de autobuses mientras esperaba a que mi madre regresara del trabajo. Lo había visto cortar la hierba del campo en la linde del bosque, con movimientos amplios y decididos, mientras la guadaña caía y silbaba con un

ritmo hipnótico. Estaba sentado en la hierba, junto al tramo pavimentado en que termina la ruta del autocar, fumando y observándome con sus ojos duros, oscuros. Me sentí halagada porque me miraba a mí, una niña de doce años ataviada con un vestido de tirantes hecho en casa, como si fuera digna de su atención, como si fuera una de esas chicas mayores que se pintan las pestañas, se cardan el pelo y salen a bailar los sábados por la noche.

Al final de la carretera apareció un punto que, poco a poco, fue convirtiéndose en un autobús que se acercó traqueteando y resoplando, pero incluso antes de que se detuviera supe que mi madre no iba en él. Tres personas bajaron y se alejaron caminando, una hacia la estación del tren eléctrico y las otras dos hacia donde viven los gitanos. El ambiente se iba cargando del crepúsculo, aunque ni siquiera eran las seis. El vehículo esperó unos minutos, soltó un chirrido envuelto por una nube de humo de combustión, y se marchó. El hombre se levantó. Llevaba pantalones negros y una camisa de cuadros, con las mangas remangadas hasta los codos. Tenía que encontrar algo que hacer, de modo que me agazapé allí donde terminaba el asfalto y fingí que observaba una mata de *podorozhnik*, una planta medicinal que se utiliza para detener las hemorragias. Sus hojas eran gruesas y de color verde oscuro, nervudas y con forma de corazón.

Con el rabillo del ojo vi cómo el hombre se desperezaba, cruzaba la carretera en unos pocos pasos, se detenía y observaba el bosque, como si calculara cuánto tiempo tardaría en llegar hasta allí. Yo seguía sentada en cuclillas, dudando sobre si moverme ahora que lo tenía de lleno en mi ángulo de visión, pese a que la postura era en verdad incómoda y sentía cómo unos dolorosos pinchazos empezaban a entumecerme las piernas. Entonces reparé en que me estaba observando fijamente, de modo que aparté la vista y me concentré en las hojas, gruesas y sucias.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó desde unos dos metros de distancia, con las manos en los bolsillos.

Me había tuteado, un trato que suele emplearse con los niños y las personas con las que uno tiene confianza; no habría sabido decir en cuál de las dos categorías me encasillaba.

Me levanté. Tenía la pierna izquierda dormida, pero apreté los dientes para que no se me notara.

—*Podorozhnik* —respondí, señalando la planta.

Aunque no miraba al hombre directamente, aún podía verlo, grande y fuerte, y me di cuenta de que me estaba observando, lo que hizo que me sintiera importante, casi adulta.

—¿Te apetecería dar una vuelta conmigo por el campo? —preguntó, señalando el bosque con la cabeza.

Sabía que se trataba de una oferta adulta, que no se le suele hacer a una niña de doce años, y me sentí agradecida por su atención. Me sentí elegida, y el corazón empezó a latirme con más fuerza y rapidez. Qué pena que no hubiera nadie cerca que pudiera verme pasear con aquel hombre apuesto. El tipo estaba esperando; de repente sonrió y le aparecieron unas arrugas en la comisura de los ojos que le dieron un aspecto aún más atractivo. Pero entonces algo se tensó en mi interior. En sus ojos apareció una expresión extraña y su mirada se volvió meliflua y desagradable, como si pudiera ver algo en mí que yo no sabía ni que existía, algo indecente e ilícito que mi padre habría detestado.

No quería ofenderlo, pero algo me hizo sacudir la cabeza y retroceder un paso. El hombre dejó de sonreír. Yo di media vuelta y empecé a caminar hacia casa, aunque sabía que veinte minutos más tarde, cuando llegara mi madre, no habría nadie esperándola. Percibía los ojos de aquel hombre sobre mi espalda, y su mirada me hizo sentir sucia, como si hubiera hecho algo que

no podía contarle a nadie, algo que debía ocultar para que nadie lo viera, en el estante más bajo de mi corazón.

Todos saben algo que yo no sé: mi hermana, el apuesto Volodia, que trabaja en la morgue, Zina, la asistente de laboratorio que sonríe siempre que está cerca de él, y toda esa gente en la calle y en los autobuses que se abre paso a codazos para llegar al trabajo. Todos comparten un secreto, oculto y vergonzoso, un secreto del que no hablan y que sólo se revela en miradas y sonrisitas veladas, cuando se encogen de hombros o se muerden el labio.

No tengo forma de descubrir de qué trata ese secreto. Algunas de las chicas de mi clase actúan como si lo conocieran, como si pertenecieran a un club de la sabiduría y la experiencia. Tuercen la boca, esbozan sonrisas sabihondas y entornan los ojos, pero yo tengo mis sospechas. Mi amiga Masha, por ejemplo, la niña a la que cada vez veo menos a menudo a pesar de que vive en mi patio, contó hace poco que, cuando te empieza a salir sangre de entre las piernas, tienes que ponerte unas bragas largas con unas ligas de goma por encima de las rodillas para evitar que el líquido caiga al suelo. Masha lo dijo con toda naturalidad, inclinando la cabeza hacia atrás (con su corte de pelo perfecto) para poner en evidencia su erudición; pero yo sé que es aún más ignorante que yo. La ropa interior con tiras de goma me parece una práctica tan eficiente como las instrucciones de nuestro profesor de defensa civil, que nos dice que si los americanos nos lanzan una bomba atómica, debemos refugiarnos debajo de los pupitres.

Intento encontrar la respuesta en los libros. Pero no en los libros rusos, pues éstos se empeñan en no hablar de un secreto que, indecente y deshonesto, queda consignado a los libros del putrefacto liberalismo occidental. En la clase de literatura inglesa leemos *La ciudadela*, de A. J. Cronin, que desenmascara las úlceras del capitalismo, aunque lo hace de forma socialista, estéril. Hojeo las obras completas de Guy de Maupassant porque una niña de mi colegio, una de las que finge conocer el secreto, asegura que en sus obras hay escenas subidas de tono. Repaso las páginas buscando el material picante, pero sólo aparecen dos personas que duermen en la misma cama.

Entonces, un día se diría que la ayuda me llega desde el lugar menos pensado. Mi escuela nos va a llevar a ver una película americana titulada *Los hombres que la amaron*. Estoy tan emocionada que apenas puedo esperar a que llegue el día señalado, dentro de una semana. *Los hombres que la amaron*: ¿puede haber un título más directo y excitante? Imagino a una ristra de hombres americanos, elegantes y provocativos, luchando por una mujer que, sin duda, conocerá todas las facetas de la vida. Sin embargo, cuando las luces del cine se apagan y las imágenes, granuladas y en blanco y negro, aparecen en la pantalla, los hombres del título no hacen más que andar de aquí para allá con camisas blancas, esmoquin y pajarita, y soltar largas e indescifrables arengas en inglés americano. No obstante, lo más decepcionante de todo es que son sólo dos: ambos tipos se parecen, su rostro es enjuto y severo, y, por lo poco que logro comprender, se presentan en la vida de la mujer de forma sucesiva, en vez de al mismo tiempo. La película dura dos horas y no puedo salir del cine a hurtadillas porque la profesora está sentada en la misma fila que yo. Cuando finalmente las luces se encienden, estoy agotada de no entender nada y desalentada porque, una vez más, me han sustraído lo que quería saber.

Cuando mi madre y yo salimos del departamento de Anatomía, nos llevamos el olor a formol con nosotras y lo metemos en casa, donde se queda flotando en el pasillo, en nuestros abrigos y

zapatos.

—¿De dónde salen los bebés? —pregunto como si nada mientras mi madre se afana en la cocina, preparando una cena rápida.

Observo cómo saca un pedazo de carne de la nevera y lo mete por la boca de la picadora. Entonces hace girar enérgicamente la manivela unas cuantas veces y el alimento sale en forma de delgados churros que caen en el cuenco que hay debajo. Por supuesto, tengo una vaga idea sobre el asunto de los bebés, pero quiero una respuesta sincera de mi madre, la profesora de anatomía.

—Los bebés se forman cuando una célula sexual femenina se une a una célula sexual masculina —dice mi madre, que mezcla la carne con pan y va moldeando unas *kotleti* del tamaño de la palma de la mano—. Entonces el feto se desarrolla en el útero y, nueve meses más tarde, la mujer da a luz a un bebé.

Le agradezco esa explicación tan directa, salpicada con las palabras «masculino», «femenino» y «sexual», que imagino que no se utilizan de forma tan despreocupada en otros apartamentos de nuestro edificio. Mientras mastico mi *kotleti*, pienso en el peso y la abstracción de mi nuevo saber. Me siento iluminada por ese vocabulario anatómico adulto y, al mismo tiempo, sigo siendo totalmente ignorante.

De camino a la Facultad de Medicina pasamos junto a una clínica de maternidad, un edificio de cuatro pisos que da a una plazuela atravesada por las vías del tranvía.

—Aquí naciste tú —dice mi madre.

En verano, las ventanas del hospital están abiertas y las jóvenes se asoman a la plaza, y, a gritos les cuentan cómo se encuentran a sus maridos, a quienes no permiten pasar más allá del mostrador de recepción.

—He roto aguas, pero aún sigo aquí —grita una mujer.

—Llevamos tres días sin agua, ni caliente ni fría —grita otra.

No estoy muy segura de que se refieran a la misma agua, pero tampoco tengo a quién consultar.

Como todas las pacientes de la maternidad, mi madre pasó una semana en el hospital. Los maridos iban por la noche, después del trabajo, y esperaban en las vías del tranvía, frente al edificio. Entonces, a gritos, les hacían preguntas a sus mujeres, que se asomaban a las ventanas.

—¿De qué color tiene los ojos? —querían saber, ahuecando las manos en torno a la boca para hacer oír sus voces.

—Azules —respondían las mujeres, que se apoyaban peligrosamente en el alféizar—. Todos los bebés tienen los ojos azules.

—¿Y el pelo? —insistían los hombres, mientras los tranvías hacían sonar la campanilla para que se apartaran de las vías—. ¿De qué color tiene el pelo?

Si mi padre hubiera estado en esas vías en lugar de estar en la dacha de un amigo, enfurruñado porque iba a tener una hija a los cincuenta y cinco años, sé qué le habría respondido mi madre; he visto mis fotos de bebé.

—No tiene pelo —le habría dicho—. Es calva, como Jrushchov.

En medio de ese clamor, mientras esperaba a mi padre, mi madre se asomaba a la ventana y me mostraba a los maridos del resto de las mujeres y a la gente que miraba por las ventanas abiertas de los tranvías.

Sin embargo, ver la clínica de maternidad no hace que esté más cerca de comprender nada.

Como el interior de las salas de la clínica, el secreto sigue siendo eso, un secreto.

Estoy junto al póster de una película, *Amor bajo los olmos*, colgado en la Casa de la Cultura de la ciudad, que lleva el nombre del Primer Plan Quinquenal. El póster muestra un árbol con ramas largas y gruesas que se supone que debe expresar la naturaleza pesada y compleja del amor. Se trata de una película americana, pero la actriz principal es Sophia Loren, que, como todo el mundo sabe, es italiana. Yo no entiendo cómo una actriz italiana puede actuar en una película americana, cómo las fronteras de los países están tan desprotegidas y pueden cruzarse con tanta facilidad. Pero una cuestión aún más compleja domina mis pensamientos: el título. La película está basada en una obra del dramaturgo americano Eugene O'Neill, tal como me ha contado mi amiga Masha (cuya madre enseña inglés en el instituto), titulada *Deseo bajo los olmos*. ¿Qué significa eso? ¿Acaso el amor y el deseo son lo mismo? ¿Es posible que el traductor se tomara una licencia excesiva? Sin embargo, lo más probable es que el cambio en la traducción sea intencionado, una metamorfosis de lo fisiológico y sensual en lo conmovedor y elevado. Nadie se sorprende, por ejemplo, cuando, durante los ensayos, el teatro de Marina elimina pasajes enteros de las obras occidentales. Al fin y al cabo, como es bien sabido, el sistema económico del capitalismo sólo produce vulgaridad y oprobio.

Me temo que nunca descubriré la respuesta a ninguna de estas preguntas. Debajo del título, un cartelito advierte: «Prohibida a los menores de dieciséis años». Eso quiere decir que en la pantalla se ve un beso, un beso de verdad en el que se ven los labios y no sólo la nuca. La advertencia está escrita con letras pequeñas pero insidiosas y significa que, hasta dentro de cuatro años, no podré ver a la robusta Sophia Loren —ya sea llena de amor o de deseo—, quien, desde luego, sabe mucho más sobre el secreto de la vida que la heroína delgaducha y en blanco y negro de *Los hombres que la amaron*.

Pienso en Sophia Loren, con su cintura de avispa y una falda corta, tal como la vi hace poco en la revista de cine *Screen*. Paseaba con unos finísimos tacones por delante de unos edificios barrocos de una calle italiana, que parecía una de las calles de nuestro país, sólo que sin las banderas y sin los eslóganes colgados de las fachadas. Al mirar el póster, intento imaginármela en Estados Unidos, pero esa imagen carece de referentes concretos. Nuestra televisión nunca muestra imágenes de Estados Unidos, que siempre acaba siendo un lugar de ficción, demasiado extranjero, demasiado lejano.

No hay ningún hombre en el póster, de manera que imagino a Sophia Loren junto a Volodia, el alto y atractivo alumno del departamento de Anatomía de mi madre, tendidos bajo los olmos, sumidos en el deseo. Son una pareja experimentada y urbana: Sophia Loren porque vive en un país capitalista y Volodia porque tiene dieciocho años y un trabajo de verdad. Los envidio a los dos, aunque a Sophia Loren mucho más.

Me pregunto si en los demás países existe también el secreto y si está tan bien guardado como aquí. No logro descifrar nada en la obra de A. J. Cronin ni en la del supuestamente provocativo Guy de Maupassant. Quizá en la sensual Italia, en la majestuosa Inglaterra o en los míticos Estados Unidos nacen todos con un saber inherente. A lo mejor el secreto es como sus fronteras: desprotegido y fácilmente permeable.

Es el último día de mis vacaciones y debo despedirme del museo, de la tía Klava y de la anatomía humana. No volveré hasta el próximo otoño, el próximo aniversario de la Revolución,

cuando los colegios vuelvan a cerrar por vacaciones. El diagrama que he copiado durante días está terminado y expuesto encima de una de las mesas del museo. Es perfecto en cuanto a la precisión de sus arterias rojas y sus venas azules, una explosión de color entre los tarros llenos de órganos monocromos.

Paseo por el pasillo, dejo atrás puertas con cuarterones de cristal. Veo a los profesores de pie ante gráficos que representan el cuerpo humano, reducidos a un puñado de hebras de colores primarios, y al otro lado de una de las puertas veo a mi madre señalando una masa rojiza dentro de un pecho de cartón. Me pregunto si amaría a mi padre con el amor tórrido y bochornoso que promete el póster de la película americana de Sophia Loren. Me pregunto si mi madre, tan aficionada al orden y a marchar al paso que marca la colectividad, sabe algo de ese tipo de amor. Quizá lo sabía cuando era joven; quizá lo sabía y se le ha olvidado.

Bajo al sótano y paso ante el laboratorio de Zina y la morgue de Volodia. Ambas salas están cerradas, pero se oyen risitas detrás de la puerta del laboratorio. Sé que es la risa de Zina, la risita que suelta cuando está cerca de Volodia. Me acerco a la puerta y me paro, aunque no sé qué espero encontrar. Entonces se oye la voz apagada de Volodia, una ráfaga de cuchicheos y murmullos confusos de Zina, tras los que suenan susurros, crujidos y suspiros. Sé que tendría que marcharme, pero me quedo ahí, como si las suelas de mis zapatos estuvieran pegadas al suelo de cemento. Sé que tendría que marcharme, pero el secreto está ahí mismo, detrás de la puerta cerrada, de modo que no me muevo y aguzo el oído. Se oye un crujido y el chirrido de una silla que araña el suelo, y más suspiros. No sé cuánto tiempo dura el secreto ni cuándo termina, de modo que no sé cuándo debo iniciar una discreta retirada. De pronto, se me ocurre que sería muy embarazoso que la puerta se abriera en ese momento y que Volodia y Zina me vieran allí, una muchacha ignorante de doce años en medio del pasillo, espiando asuntos de adultos.

Una vez más me siento decepcionada. Estoy enfadada porque el apuesto Volodia haga cosas de adultos con la greñuda Zina, que me desdeña y finge estar siempre muy concentrada en su microscopio cuando él no está cerca. Pero, sobre todo, estoy frustrada porque, a pesar del peligro al que me he expuesto por espiarlos, no he descubierto nada nuevo sobre el secreto.

Entre nosotros hay una puerta; como siempre, las cosas importantes permanecen ocultas tras una puerta cerrada.

Así pues, despego mis pies del suelo y me dirijo a la sala de disección. La clase de mi madre acaba de terminar y los estudiantes, con sus batas blancas, empiezan a alejarse de la mesa sobre la que yace el cadáver mutilado, un cuerpo negro y esquelético con unos pocos colgajos de tejido muscular entre las articulaciones y los huesos resecos.

—Ve a buscar a la tía Klava —ordena mi madre al verme—. Y devuélvele tu bata blanca.

No me he dado cuenta de que tengo a la tía Klava justo detrás de mí, y por eso, cuando me doy la vuelta, me topo con su cuerpo anguloso. Ella abre los brazos y acerca su mejilla a la mía; su pelo me hace cosquillas en la cara. Me da unas palmaditas en la espalda con una mano tan pequeña y seca que podría ser la garra de un pájaro, mientras me susurra algo al oído con su aliento que huele a tabaco. No logro comprender lo que dice, aunque supongo que se estará despidiendo de mí. Nos quedamos así un buen rato, ante la mirada de toda una clase de alumnos de primer año que acaban de reducir un cuerpo humano a una muestra anatómica de sus partes.

Ojalá los cuerpos vivos fueran tan lógicos y científicos como los cadáveres. Ojalá no contuvieran tantos deseos, emocionantes y vergonzosos, protegidos por quienes los conocen con el mismo celo con el que protegemos nuestras fronteras de cualquier intervención extranjera. Ojalá

tuviera dieciséis años y pudiera ir a ver *Amor bajo los olmos*, en color, con hombres americanos de verdad, pasiones reales y un beso en la boca real, tan grande como la pantalla de nuestra Casa de la Cultura, que lleva el nombre del Primer Plan Quinquenal.

Ojalá pudiera pedirle a mi madre (la que ya no está, la de las fotos) que me hablara del secreto, de la vida, del amor y del deseo. Ojalá pudiera preguntarle por mi padre.

Mi madre (la de verdad) se quita la bata blanca y el gorro de tela, y los dobla cuidadosamente para la tía Klava.

—La disección ha terminado —dice, y sonrío como lo hacen los profesores—. Hora de irse a casa.

11. EL PELIGRO DE LOS GRANDES RÍOS

En julio, justo antes de cumplir trece años y mientras Marina está de gira con su teatro, mi madre y yo vamos a visitar a nuestros parientes de Stankovo, un pequeño pueblo a las orillas del Volga, a cien kilómetros de Ivánovo, donde ella nació.

Viajar en tren nocturno me hace tanta ilusión como visitar a mi tía y a mis primas. Los billetes de cartón que mi madre compró hace tres semanas incluyen una reserva en un coche cama; cuando suena el silbato y el andén empieza a alejarse, dejamos atrás entre una nube de humo a un grupo de mujeres que agitan vigorosamente sus pañuelos, arrugados dentro del puño. Las ruedas empiezan a girar, primero con timidez, hasta que poco a poco van adquiriendo un ritmo regular. La locomotora suspira y acelera, y dejamos atrás las primeras estaciones de las afueras de la ciudad, rodeadas por hileras de pequeñas dachas.

Viajamos en un compartimento con cuatro literas, más caro, separado del estrecho pasillo por una puerta con espejo que se desliza al tirar de un asa metálica. Yo ocupo la litera superior y mi madre la inferior, debajo de mí. En el compartimento hay otra pasajera, Lyuda, del pequeño pueblo de Kaluga, por el que pasaremos esta noche. Mira por la ventana, con los codos sobre la mesa y las mejillas apoyadas en los puños. Sus voluminosos brazos sobresalen de un vestido de manga corta y sus gruesas trenzas de pelo trigueño le cruzan la nuca en zigzag, combadas como una hamaca bajo su propio peso.

Un hombre aparece en la puerta del compartimento y, tras echar un vistazo a su billete, empuja una maleta y entra. Lyuda vuelve la cabeza y se le ilumina el rostro al examinar al nuevo pasajero. Lleva una camisa a cuadros que se le ajusta en la barriga, unos pantalones abombados sobre las caderas y el pelo estirado sobre la calva, con la raya justo encima de la oreja izquierda. Sé que probablemente su pasaje indica que le corresponde la litera inferior, pero la etiqueta ferroviaria estipula que hay que ceder siempre las camas de abajo a las mujeres. Por la noche, siguiendo otra regla no escrita, saldrá del compartimento para dejar que las mujeres se desnuden y se acuesten, y entonces, a la luz de una bombilla azulada, subirá a su cama, apoyando el pie con cuidado en la mesita.

—Lyuda —se presenta la mujer, y, cuando el hombre ha terminado de guardar la maleta y se ha secado la cara con un pañuelo, le tiende la mano.

—Encantado —dice el hombre—. Yo me llamo Semion.

Entonces me saluda con la cabeza y le dirige una educada sonrisa a mi madre.

Lyuda invita a Semion a sentarse con ella en la litera inferior, y los cuatro miramos por la ventana. Fuera, los campos de patatas y de alforfón se pierden en el horizonte y las nubes empiezan a encenderse, anticipando la llegada del anochecer. Los sembrados pronto dejan paso a

un bosque impenetrable. Abetos negros y abedules blancos parpadean al otro lado del cristal, enmarcados por los tallos morados y amarillos de las flores Ivanda-Marya,^[2] sus colores tan inseparables como los dos amantes que, según la leyenda popular, dieron nombre a la planta.

Pronto nos enteramos de que Lyuda ha acudido a Leningrado a buscar comida. Lleva un cubo de aluminio con ocho kilos de carne debajo del asiento y varias bolsas de rejilla llenas de salchicha ahumada, quesos y botes de mayonesa.

—Se trata de buscar una cola —dice, explicando su estrategia, que es la misma que mi madre me contó hace un año—. Cuanto más larga, mejor. Si hay una cola, seguro que hay algo al final.

En principio Semion está de acuerdo con la táctica, pero tiene otra opinión:

—Detesto las colas —afirma—. No he hecho una en mi vida.

—Entonces las hará su mujer, ¿no? —se burla Lyuda.

Semion esboza una sonrisa culpable.

—Ustedes las mujeres son más fuertes que nosotros.

Lyuda nos cuenta que vive con sus padres, su hermano, la esposa de éste y los dos «gamberros» de sus hijos. La mayor parte de la comida que ha conseguido en Leningrado probablemente terminará en las garras de la «sinvergüenza» de su cuñada, que manipuló al «simplón» de su hermano para casarse con él a pesar de las objeciones de la familia.

—¿Sabéis por qué es tan fácil abastecer de comida a este gran país? —pregunta, dando unas palmaditas sobre el banco, bajo el que se amontonan los cubos y las bolsas de rejilla; el chiste es viejo—. Porque basta con abastecer de comida a Moscú y a Leningrado, el resto se sube a un tren, arrambla con lo que queda y se vuelve a casa.

Al anochecer, Lyuda saca la cena: media hogaza de pan negro, cuatro tomates, dos huevos duros y medio pollo asado. Semion saca una botella de vodka de un cucurucho de papel de periódico y la deja con gesto triunfante encima de la mesa, junto al pollo. A continuación se apresura a ir a buscar a la revisora y regresa con tres vasos de té, que dice que le ha prometido devolver antes de que se sirva el té de la noche.

Mi madre le echa una mirada despectiva a la botella y se dispone a desenvolver nuestra propia cena: más huevos duros, dos pedazos de pastel de repollo que cocinó hace tres días y dos trozos de salchicha ahumada pegados con mantequilla a dos rebanadas de pan negro.

Semion quita el tapón de la botella y sirve el vodka para Lyuda y para él, medio vaso para cada uno. Entonces se vuelve hacia mi madre, pero ésta cubre el vaso con la mano ante la mirada de Lyuda, primero de incredulidad y luego de burla. Sé que mi madre siente un profundo desprecio por el vodka y desconfía de quienes lo beben.

—Qué lástima que no tengamos arenque salado para acompañar —dice Semion, que utiliza el diminutivo *selyodochka*.

—No hay *selyodochka*, qué lástima —repite Lyuda, que deja de ridiculizar a mi madre por rechazar la bebida y se prepara para disfrutar del festín.

Con dedos ágiles trocea el pollo y parte el pan. De repente se da un golpe en la cadera.

—¡Qué tonta! —exclama—. ¡Qué tonta soy! ¡Me había olvidado por completo!

Entonces levanta la litera y busca debajo de ella. Con gesto triunfal, saca y desenvuelve un tarro de pepinillos encurtidos con ajos y ramilletes de eneldo flotando.

—Lo quería llevar al pueblo para compararlo con nuestros pepinillos, pero qué demonios. — Hace palanca con un cuchillo bajo la tapa y ésta se abre obedientemente con un sonoro chasquido

—. No hay que escatimar cuando estás en buena compañía.

—Por las buenas compañías —dice Semion, alzando su vaso y entrechocándolo con el de Lyuda.

Lo vacía de tres largos tragos, se seca los labios con la manga y gruñe. Entonces cierra los ojos un segundo y el rostro se le llena de arrugas eufóricas. Coge un pepinillo y muerde la mitad mientras sus rasgos vuelven a la normalidad.

—Por el buen vodka y la buena comida —brinda Lyuda.

Toma aliento y, tras beberse medio vodka de un solo trago, empieza a emitir ruidos agudos mientras agita la mano ante su cara. Luego suelta un taco en voz baja, se bebe el resto y se termina el pepinillo de Semion.

Durante un instante, mi madre los observa con mirada de desprecio. A continuación se vuelve hacia la ventana. En su opinión, beber vodka es lo más bajo en lo que alguien puede caer. En las celebraciones, ella echa un traguito de coñac o del vino dulce que mi abuelo destila en botes de veinticinco litros, con montones de azúcar y grosella negra de su huerto.

Me doy cuenta de que Lyuda observa a mi madre con el mismo desprecio con el que mi madre la observaba a ella hace apenas unos segundos. Mi madre también se da cuenta y la mira fijamente a los ojos.

—Vodka en vasos de té —dice con su voz de maestra, y sacude la cabeza con gesto aleccionador.

—Vodka en vasos de té —la imita Lyuda, con un gesto de desdén—. ¿Qué querría usted, madame Leningrado? ¿Champán?

Mi madre frunce los labios.

—Lo que yo prefiera no es de su incumbencia —responde, con el tono que utiliza cuando quiere reprender a alguien.

—No se ponga así —le dice Semion a Lyuda, y, seguidamente, le dirige una sonrisa de disculpa a mi madre—. Son ustedes de lugares distintos y les gustan cosas distintas.

No dice que mi madre es *kulturnaya*, es decir, cultivada, y Lyuda no, pero yo entiendo perfectamente a qué se refiere.

—Ya me he dado cuenta —contesta Lyuda—. Se niega a beber vodka, tal vez ni siquiera es rusa.

Pienso en Masha Mironova, cuya madre es rusa, como la mía, pero cuyo padre no lo es, y me pregunto hasta qué punto ser ruso puede hacerte la vida más fácil si la primera bebedora de vodka que te encuentras en el tren puede acusarte de lo que le dé la gana.

Mi madre se levanta y apoya el puño en la cadera.

—Soy tan rusa como usted —le dice—. Es sólo que bebo menos.

—*Touché* —responde Semion, que extiende el brazo como si sujetara un estoque.

—Yo no sé lo que es *touché* —interviene Lyuda, con las mejillas enrojecidas como manzanas otoñales—. Pero sí sé que esta mujer me está llamando alcohólica.

Mi madre no ha pronunciado esa palabra, pero sé que la ha pensado. Es la misma que le espeta a Marina cuando ésta, tras un estreno o el cumpleaños de algún actor, no logra meter la llave en la cerradura de nuestro apartamento. Entonces, mi madre abre la puerta con parsimonia y le recrimina a gritos su tendencia a la bebida, como su padre, igual que yo soy obstinada, como el mío.

—Pero ¿por qué nos peleamos? —pregunta Semion, que se coloca entre las dos literas—. Tenemos buena comida, buena bebida y buena compañía. Disfrutemos del viaje.

Con un golpe seco, Lyuda deja su vaso vacío encima de la mesa.

—Es usted como mi cuñada, la que se casó con el idiota de mi hermano —declara, mirando furiosamente a mi madre—. Siempre señalándome con dedo acusador, siempre diciéndome que bebo demasiado.

—¿Quién bebe demasiado? —pregunta Semion, mirando a su alrededor con desconcierto—. Una botella para dos, ¡lo normal!

—Pero tranquila —añade Lyuda, que se levanta y da un paso hacia mi madre, apartando a Semion con su corpulencia—. Un día va a tener que salir al campo a buscar pan y entonces le escupiré del mismo modo que ustedes me escupen a mí cuando voy a aprovisionarme a Leningrado.

Tiene gracia que diga eso porque la litera en la que estoy sentada yo está llena de bolsas con las mismas provisiones que Lyuda lleva al pueblo: queso, mayonesa y salchichas que mi madre ha ido guardando para la familia de mi tía. Y justo debajo de donde yo estoy, en un rincón, hay un cubo, exactamente el mismo cubo que lleva Lyuda, el mismo cubo que hay en todas nuestras tiendas, con varias capas de plástico que cubren su contenido: ocho kilos de carne, un magnífico botín tras dos horas haciendo cola delante de la carnicería. Es la gente, los compradores, quienes, tal como sugiere el chiste que ha contado Lyuda, se dedican a distribuir las provisiones de Leningrado hasta los rincones más remotos del país.

—¡Próxima estación, Kaluga! —anuncia la revisora desde el pasillo.

La puerta de nuestro compartimento chirría sobre los goznes, y, cuando por fin se abre, asoma la cabeza de la mujer teñida con henna.

Me alegro de que haya aparecido justo en este momento. Tengo miedo de Lyuda, de sus brazos gruesos y de sus trenzas, tan extrañas en una persona adulta. Me recuerda a la tía Polia: estoy segura de que, si estuviéramos al aire libre y tuviera ocasión de gritar con todas sus fuerzas, su voz tendría el mismo timbre autoritario.

—¿Cuánto dura la parada? —pregunta mi madre.

—Quince minutos —responde la revisora, que se apresura a regresar al pasillo con su uniforme negro con botones de latón en la parte delantera.

De pronto, Lyuda se concentra en rescatar las bolsas que guarda debajo de su litera. Semion la ayuda con el cubo y, finalmente, la mujer se incorpora a la cola de pasajeros que quieren apearse y que se extiende ya por todo el pasillo ante nuestra puerta.

—Menuda *nekulturnaya* —murmura mi madre en cuanto Lyuda le da la espalda y empieza a alejarse—. Ésa no tiene ni idea de lo que es la cultura.

Si nos damos prisa, mi madre y yo podremos bajar al andén y echar un vistazo a lo que venden las mujeres del pueblo, ataviadas invariablemente con un pañuelo en la cabeza: tazones de fresas; tarros de setas en conserva caseras, cuyos sombreros relucientes brillan a través del cristal; y *pirozki* fritos rellenos de repollo, grasientos y apetitosos. En el extremo del andén, una muchacha pecosa sostiene una cesta de fresas silvestres.

—¿Las compramos todas? —le susurro a mi madre, que le da un billete de un rublo a la chica mientras yo cojo la cesta; el penetrante olor a bosque de las fresas me hace cosquillas en la nariz.

—¡Té! —exclama la voz de la revisora, de nuevo en el vagón—. ¿Quién quiere té?

Un minuto más tarde, aparecen en nuestra mesa tres vasos de té humeante encajados en sus receptáculos metálicos, los mismos que anteriormente se han utilizado para el vodka. Nos tomamos ese té fuerte con las fresas silvestres, contemplando las estrellas que van apareciendo, una a una, en el tapiz recién tejido de la oscuridad.

Durante casi un día, mi madre, Semion y yo estamos unidos por el traqueteo de las ruedas y por el marco cambiante del paisaje. Nos precipitamos a través de la noche en el aislamiento de nuestro compartimento, donde la realidad se mide por la intensidad ambarina del té y por el olor de las fresas silvestres.

La magia durará tan sólo hasta mañana al mediodía, cuando el tren llegue a su destino final, Stankovo, y nos veamos abocadas al bullicio de la estación, a los abrazos de mi tía, de mi tío y de mis primos. Pero de momento aún estamos aquí, contemplando el negro vacío a través de la ventana, acunados por el traqueteo de las ruedas.

Mi tía Muza nos recoge en la estación de tren con mis tres primos, Kostia, Fedia y Kolia. Tuvo tres hijos, bromea mi tía mientras nos envuelve el barullo caótico que se ha formado tras la llegada del tren, porque siempre quiso una niña. Después del nacimiento de Kolia, su tercer hijo, se dio cuenta de que las chicas eran el destino de mi madre, no el suyo, y se rindió.

Muza en ruso significa «musa»; es posible que mi abuela le pusiera ese nombre en un intento de immortalizar su fallida carrera operística. Su padre, propietario de una fábrica y hombre de moral estricta, le prohibió que ingresara en el conservatorio de música, donde le habían concedido una beca, alegando que una mujer decente no debía subirse a un escenario.

Mi tía es bajita y rechoncha, tiene quince años menos que mi madre y no se parece en nada a una musa. Para seguir con la tradición familiar, la tía Muza es médico, especialista en obstetricia en el único hospital de la ciudad. Con su rostro rubicundo y su complexión robusta, se ha propuesto cebarme y dar color a mis mejillas, que describe como «pobres mejillas de ciudad». Cada tarde se mete en la cocina, cuyas paredes están decoradas con ristras de ajos y cebollas; primero se coloca ante la mesa, donde pica, mezcla y amasa, y luego ante el horno, del que se aparta con el rostro rosado y reluciente. De sus dedos danzarines emergen capas de pastel de col, sartenes llenas de patatas fritas con cebolla y cazos humeantes de una sopa de chucrut con huesos de ternera llamada *sch*.

La tía Muza consigue la ternera de sus pacientes, mujeres que trabajan en carnicerías o en plantas de empaquetado de carne. Le gusta repetir un chiste que pone de manifiesto la escasez de alimentos en Stankovo: «Un hombre entra en una carnicería y pregunta: ¿Tienen pescado? No, aquí no tenemos carne. Donde no tienen pescado es en la acera de enfrente».

La falta de pescado en Stankovo supone un misterio insondable para mi madre, que no entiende cómo en una ciudad situada a orillas del río más importante de Rusia no hay forma de encontrar su producto más autóctono.

—*Blat* —murmura la tía Muza—: hacen falta enchufes.

El *blat* de la tía Muza está inextricablemente unido a la población femenina del pueblo, y, de vez en cuando, además de jarrete de ternera, se presenta en casa con un pargo entero, cuidadosamente envuelto en papel de periódico, con su resbaladiza cola asomando por la bolsa de rejilla.

Las pocas cosas que se ofrecen en las tiendas están expuestas dentro de vitrinas de cristal casi vacías y su soledad las eleva a la categoría de manjares. En las tiendas de comestibles,

impregnadas del olor a serrín que cubre el suelo, me encuentro con comida muy distinta a la que puedo tener en casa, y sólo eso ya resulta tentador. En una panadería en la que resuenan mis pasos le suplico a mi madre que me compre un pastel recubierto de un misterioso glaseado de color marrón, que es el único producto de toda la tienda. Encuentro una lechería a dos paradas de autobús, y, aunque al mediodía ya no les suele quedar leche, la desabrida vendedora sirve un delicioso helado recubierto de pasas en cucuruchos de galleta, nueve copecs por la cantidad de helado que se le antoje a la mujer.

Por las tardes vamos todos juntos al Volga. Mis primos Kostia y Fedia y yo nos metemos corriendo en la inmensidad marrón del río. Kolia brinca entre las piedras, en el extremo opuesto de la estrecha playita, lejos de la roca donde amontonamos la ropa. Mi madre, la tía Muza y el tío Fedia vienen con nosotros.

—¡Qué suerte tenemos de vivir junto al Volga! —exclama mi tía—. Fíjate en esta belleza natural. ¿En qué otro sitio podrías disfrutar de unas vistas así?

Muza es capaz de hallar belleza y reconocer la mano de la fortuna en casi todas partes; en esta ocasión, tiene suerte de vivir cerca del río porque recientemente han cortado el agua caliente en su edificio.

Durante nuestro ritual baño en el Volga, la tía Muza nos cuenta historias del hospital. De momento, todas han sido breves y divertidas y sin relación alguna con enfermedades, pero me doy cuenta de que, en comparación con las clases de anatomía de mi madre, tiene un trabajo peligroso y exigente.

La tía Muza se está poniendo un traje de baño de dos piezas enorme, verde con flores amarillas, mientras que mi tío, delgado y ya calvo, observa con unos prismáticos a un grupo de chicas que retozan y se ríen algo más abajo, en la orilla.

—La mujer tiene una fiebre altísima —cuenta la tía Muza, que dobla su vestido y lo coloca sobre una roca—. Tres días después de la operación, hierve como un horno.

«*Gorit i gorit*», «hierve y hierve», dice mi tía, poniendo el acento en las oes, tal como hace Kolia, una forma de pronunciar muy rara para mis oídos, acostumbrados al acento de Leningrado.

—Los remedios habituales no funcionan, los antibióticos aún se están pudriendo en no sé qué almacén y el jefe del departamento se ha marchado a una convención de comunistas honorarios en Moscú.

La tía Muza no consigue cerrar el broche del sujetador del traje de baño e incluso mi madre tiene que pasarse un par de minutos pegando tirones hasta que logra unir los dos extremos.

—Me la llevo a la sala y la abro de nuevo, ¿y qué me encuentro? —sigue contando la tía Muza, que comprueba la temperatura del agua con los dedos del pie.

Su vientre es redondo, más incluso que el de mi madre. Me pregunto en qué momento de la vida los vientres de las mujeres sufren la transformación que hace que dejen de ser planos como el mío y adquieran el aspecto de tonel que tiene el de la tía Muza.

—Un paño de gasa dentro de la barriga —anuncia—. Una gasa en la barriga, una peritonitis galopante, sin antibióticos y con el jefe del departamento recibiendo un premio en Moscú.

No sé qué aspecto tiene un paño de gasa, pero lo que me viene a la cabeza es el paño enorme que aparece en la mesa de casa los días de fiesta. Un paño como ése, me digo, tan sólo cabría en una barriga del tamaño de la de mi tía. Pero la conversación hace que acudan a mi mente pensamientos desagradables y presto atención a los rugidos de mi estómago: cada uno conjura la

posible presencia de un objeto extraño.

—¿Quién dejó la gasa ahí? —pregunta mi madre con la voz que emplea cuando exige que se esclarezca una responsabilidad y se aplique la sanción apropiada.

La tía Muza sacude la cabeza y hace un gesto con la mano que desentona en alguien con unas facciones rellenitas y una redondez tan jovial. Por un momento, sus ojos se pierden en la oscuridad del río, como si intentara ver algo que se oculta debajo de la superficie.

—Fue la asistente de enfermería —dice finalmente, fijando la vista de nuevo en tierra firme—. Se había emborrachado con alcohol etílico.

—Deberían juzgarla —declara mi madre, indignada y al mismo tiempo satisfecha por haber encontrado a la culpable—. Juzgarla y condenarla. Podría haber muerto una paciente.

La tía Muza empieza a adentrarse en el agua, apartándola con ambas manos como si se tratara de una basura invisible que flotara en la superficie. Cuando le llega a los muslos, se detiene.

—No es tan fácil. La asistente, Alya Svetlova, ha trabajado en el hospital toda su vida; lleva fregando y limpiando desde la guerra. Debería estar en casa, disfrutando de su pensión y cultivando patatas, como hace todo el mundo; pero, en cambio, tiene que hacer dos turnos para mantener al imbécil de su hijo de treinta años, que la maltrata.

—Un pelotón de fusilamiento. Stalin lo habría arreglado enseguida, no habría hecho falta ni investigar —asegura mi tío, que ha dejado de espiar a las muchachas y está sentado en una roca, frotando los cristales de los prismáticos con la manga de la camisa—. Antes te fusilaban por mucho menos que eso.

—Por llegar dos minutos tarde a trabajar te metían en la cárcel —recuerda mi madre—. Te dormías, no oías el despertador y al cabo de un rato los escuchabas aporrear tu puerta en plena noche. Yo he visto a gente desaparecer por no oír el despertador. Entonces sí había orden.

—¡Orden! —exclama el tío Fedia, escupiendo en el suelo—. Mira a tu alrededor. Pandillas de delincuentes en cada esquina, enfermeras borrachas en la sala de operaciones. ¿Qué ha pasado con el orden? —Levanta los brazos—. Mano de hierro, eso es lo que la gente necesita. Sólo responden a la fuerza, es lo único que entienden. Pon a alguien fuerte al cargo, e incluso el peor de los holgazanes entrará en vereda de la noche a la mañana.

—Tal cual —asiente mi madre, poniendo los brazos en jarras, lo que le da aspecto de tetera.

Me alegro de no haber nacido cuando aún mandaba Stalin. No logro comprender por qué mi madre, mi tío o cualquier otra persona pueden sentir nostalgia de una época en la que lo metían a uno en la cárcel por llegar tarde al trabajo. ¿También metían a los estudiantes en la cárcel por llegar tarde a clase?

—Durante la guerra tuve un caso de cirugía —cuenta mi madre, cuyo actual trabajo de profesora está exento de historias emocionantes, de modo que tiene que echar mano de su pasado de cirujana; sin embargo, ahora su voz no es tan firme ni tan rotunda como hace un momento, cuando hablaba sobre la necesidad de actuar con mano de hierro—. En la primavera de 1942, cuando el hielo del Volga empezó a derretirse, una bomba destruyó a un niño de nueve años. Lo trajo al hospital la madre de su amigo, que había muerto.

Ya conozco la anécdota: tres niños con cubos que van por el río recogiendo los peces que flotan boca arriba entre los carámbanos de hielo, reventados por culpa de las minas, y que de pronto hacen estallar una por error. Sé que lo que más impresionó a mi madre fue esa mujer, que dejó a su hijo muerto en la orilla del río para llevar al amigo de su hijo, que había sobrevivido, al

hospital, situado a dos kilómetros de distancia.

—Empecé a prepararlo para la operación —cuenta mi madre—. El niño estaba ya en la mesa cuando entró el comisario, gritando que no tenía derecho a operar a civiles en un hospital militar.

—¿Y qué hiciste? —pregunta el tío Fedia arrojando una piedra al río, y me doy cuenta de que la tía Muza lo mira de la misma forma en que Vera Pávlovna miró a Dimka, el gamberro, cuando éste preguntó por qué la Gran Revolución Socialista de Octubre se celebraba en noviembre.

—Hice lo que tenía que hacer: operarlo —contesta mi madre—. El comisario me ordenó que enviara al chico a un hospital civil en cuanto hubiera terminado. «Eso ya lo veremos», le respondí yo.

Mi madre cruza los brazos, probablemente repitiendo el mismo gesto de hace veinticinco años.

—¿Y qué pasó? —pregunta el tío Fedia, que ha dejado de tirar piedras al río y ahora observa a mi madre, interesado de verdad por la historia que está contando.

—Cuando terminé, fui a hablar con el doctor Kremer, el director del hospital. Él también era cirujano y me entendió. Resultó que era *intelligentny*. Acordamos que el chico se quedaría en el hospital tres días más, hasta que pudiera asegurarme de que los puntos aguantaban y de que no había infección. Al cuarto día lo trasladamos a un hospital civil.

Intelligentny es un adjetivo muy maleable que mi madre suele utilizar para etiquetar a las personas. Se emplea para designar una mezcla de educación, cultura, inteligencia y buenos modales, además de una cierta actitud vital que permite cierta ductilidad. El comisario que le gritó a mi madre por violar las leyes militares, evidentemente no era *intelligentny*. En cambio, el director del hospital, que supo capear su decisión, sí lo era.

Siguiendo ese razonamiento, mi tío Fedia, con su opinión corta de miras y su devoción por las manos de hierro, no es en absoluto *intelligentny*, mientras que la tía Muza, con su compasión y sentido común, podría tener posibilidades de serlo. Intento dividir a las personas que conozco entre *intelligentny* y no *intelligentny*, pero la primera lista resulta ser mucho más corta que la segunda. No *intelligentny*: la tía Polia de la guardería; mi profesora de tercero, Vera Pávlovna; Lyuda, la mujer del tren; y las vendedoras de todas las tiendas. *Intelligentny*: mi profesora de inglés, Irina Petrovna.

¿Y qué hay de mi madre y de Marina? Son personas educadas, pero sin demasiada cultura. Mi madre no ha traído su traje de baño a Stankovo, de modo que se mete en el agua con su sujetador blanco y sus bragas rosas. Marina lame los platos. Pero, sobre todo, ambas gritan; me gritan a mí y se gritan entre ellas. Y eso las descalifica automáticamente de la categoría de los *intelligentny*.

Pero ¿hay que ser *intelligentny* para distinguir si los demás lo son? ¿Yo soy *intelligentny*?

El sol descende hasta la línea irregular que forman los árboles, al otro lado del río. Mi tío comprueba la temperatura del agua con la punta de los dedos.

—*Holod sobachii*.

«Un frío de perros», su expresión preferida, sólo que él pronuncia las oes átonas como aes, pues es originario de un pueblo de cerca de Moscú.

Por los movimientos de la tía Muza en el agua y por su forma prudente de nadar, me doy cuenta de que tampoco ella está muy segura de las ventajas de que te gobierne una mano de hierro, de las ventajas de los encarcelamientos y las ejecuciones. Tengo la sensación de que ella, como Kolia, cree en los remolinos, en la fuerza del río y en la amenaza silenciosa que éste supone, de modo

que le concedo el beneficio de la duda y la incluyo en mi breve lista de los *intelligentny*.

Vamos en un autobús que brinca por carreteras llenas de boquetes. Nos dirigimos a un pueblo vecino para abastecernos de pan y leche, mi madre, la tía Muza y mis primos, cada uno con un cubo vacío. Cuando el vehículo nos deja en mitad de la pista de tierra, tomamos un camino que cruza los campos salpicados por las estrellas azules del aciano y las mariposas moradas de los guisantes silvestres. Me alegro de haber cogido un jersey porque me estoy muriendo de frío, a pesar de que el sol aprieta y de que mi primo Kostia se ha desabrochado los botones de la camisa.

Cruzamos un sendero bordeado de hierbajos que conduce a una *izba*, una cabaña de troncos con un techo de paja y dos ventanas achaparradas, situada en la linde del bosque. Una mujer con un pañuelo en la cabeza baja los dos peldaños de la entrada.

—*Zahodite, zahodite* —dice, invitándonos a pasar.

Sus labios esbozan una sonrisa desdentada. Es una mujer de edad indefinida; lleva un vestido de arpillera negra y tiene las manos morenas y surcadas por venas. Cuando mis ojos se acostumbran a la semioscuridad de la entrada, logro distinguir una cabra tendida en un lecho de paja y una gallina que cacarea alrededor de sus pollitos marrones. Los pollitos salen corriendo, la cabra intenta levantarse sobre sus patas larguiruchas y nosotros seis —un grupo demasiado numeroso para una casa de una sola habitación— nos apiñamos delante del horno ruso, una pared de ladrillo con una abertura en el centro para cocinar, y una repisa en la parte superior, donde se coloca la cama.

Nunca antes había visto un horno ruso, aunque todo el mundo sabe qué aspecto tienen gracias a los cuentos; Iván el Imbécil siempre está durmiendo encima del horno, mientras que los personajes más serios se pasan el día montando a caballo o sembrando trigo. Pero este horno ruso en particular está cubierto de hollín y me cuesta imaginarme a alguien durmiendo sobre la angosta repisa de ladrillo.

La mujer de edad indefinida nos pregunta si queremos probar su queso casero, la nata agria amarilla y el pan negro que ha cocido en el horno ruso. Para demostrar lo espesa que es su nata agria, clava una cuchara en medio del cuenco, lleno hasta los bordes, y ésta se queda erguida como un mástil, una demostración de las cualidades de la comida casera. La mujer trae una jarra de humeante leche de cabra.

No me bebo la leche porque desprende un fuerte olor agrio; la nata se me derrite en la lengua y deja un poso de grasa. Mientras como migajas de pan, mis primos engullen cuencos de queso casero y trozos de pan con mantequilla.

—Come, come —me dice mi madre, soltándome un codazo en las costillas, pero estoy mareada, tengo el estómago revuelto y no me apetece nada.

Finalmente nos marchamos de la *izba* después de pagar ocho rublos por llenar nuestras cestas de hogazas de pan, tarros de nata agria y queso casero, y de un buen trozo de mantequilla metido en una bolsa de plástico. Kostia, el mayor de mis primos, avanza con mucho tiento porque lleva un bote con tres litros de leche de cabra pegado al pecho. Mientras esperamos el autobús, tengo tanto frío que la tía Muza me cubre con su chal, pero aun así sigo temblando. Entonces me pone la mano en la frente, sacude la cabeza y dice que me estoy poniendo enferma.

Por la noche, estoy ardiendo, sudo y tengo pesadillas. Sueño con mi primo Kolia, al que le da miedo nadar en el Volga por los remolinos. Cuando me habló de su miedo junto a la profunda

orilla del Volga, las oes de la palabra rusa para denominar los remolinos, *vodovorot*, giraron en su lengua como un puñado de guisantes; el agua marrón, sin fondo apenas tras unos pocos pasos, formaba pequeñas olas que arrastraban perezosamente la tierra.

En mi sueño, Kolia y yo nos metemos en el río, nuestros cuerpos se abren paso en el agua. Una corriente submarina me lame los tobillos y me obliga a detenerme un instante. Kolia se adentra en el río y el agua le llega hasta el pecho, hasta el cuello, hasta que al final veo tan sólo sus orejas, que sobresalen a ambos lados de su cabeza redonda. Nunca he visto a Kolia adentrarse tanto. Pruebo a llamarlo, pero, por mucho que lo intento, no soy capaz de articular sonido alguno. Él sigue avanzando, caminando despacito, como si de pronto se acordara de su miedo, y yo me percató de que se dirige de lleno hacia el remolino. Un paso más y se ve arrastrado por el poder submarino; sólo acierto a divisar su cabeza dando vueltas sobre la superficie del agua, que lo arrastra cada vez más lejos de la orilla.

Regreso dando tumbos a la estrecha playita, en la que mi tío, en bañador, mira con sus prismáticos cómo Masha, mi amiga del colegio, hace la rueda en leotardos. No entiendo cómo Masha ha logrado llegar a Stankovo desde Leningrado, donde debería estar pasando las vacaciones de verano, pero me alegro de que esté aquí porque así puedo contarle lo de Kolia y el remolino. De nada me serviría hablar con mi tío, que está pegado a sus prismáticos, fascinado por las piruetas de Masha.

Para llegar hasta donde está ella debo escalar la ladera del río, tan empinada que, cuando la tengo delante, se eleva como un muro. El muro se me cae encima, como la tapa de un baúl, y de pronto sé que, haga lo que haga, no conseguiré salvar a Kolia del remolino.

Noto algo pesado y frío sobre la frente, y la tapa del baúl se abre un resquicio. Veo una mano que me acerca algo blanco y húmedo a la cabeza.

—Una compresa, para la fiebre —dice la voz de mi tía.

Pero yo sé inmediatamente que se trata de un paño de gasa y me lo quito de encima, porque no quiero que termine cosido dentro de mi barriga. La mano intenta colocarme la compresa de nuevo sobre la frente, pero yo grito, y, al ver que la mano retrocede, regreso por fin corriendo a la orilla, donde el remolino da vueltas alrededor de Kolia.

Mientras desciendo por el margen del río, provocando un pequeño alud de piedrecitas, una pregunta palpita dentro de mi cabeza, al ritmo de mis pasos: con la de niños que nadan en el río, ¿por qué tenía que ser precisamente Kolia quien se metiera en el remolino? ¿Por qué no ha sido una de las chicas que retozan con sus biquinis en la playa? ¿O Ígor, el niño que vive al otro lado de la calle y que va todos los días al río en su bicicleta oxidada? ¿O mi primo Kostia, que se niega siquiera a reconocer el peligro del agua? ¿Por qué no he sido yo?

No, yo no, yo no, yo no; un martillito me golpea en las sienes, mientras alguien intenta de nuevo cubrirme la cara con un paño húmedo y yo grito con todas mis fuerzas, una vez más. Entonces la mano se posa sobre mi frente, fría y pesada, agradable. Por un momento, a medio camino del río, me detengo e intento comprender por qué ha tenido que ser justo Kolia quien terminara arrastrado por la corriente. El agua es negra como el petróleo y brilla bajo los últimos rayos del sol; no hay ni un insecto deslizándose por su superficie, ni barcos que la surquen. A través de la bruma, la respuesta se hunde en mi corazón como una piedra en el agua: el remolino ha elegido a Kolia precisamente porque Kolia sabía de su existencia.

Contemplo el Volga, la quietud que oculta su peligro, su tentador silencio. Masha, con sus acrobacias, ha desaparecido y mi tío, que por algún motivo nunca se atreve a mirar el río si no es

a través de sus prismáticos, se fija en varios puntitos, personas recortadas en la orilla opuesta. Me quito los zapatos y me dirijo por la arena endurecida de la playa hasta el agua, que aguarda. El río, tibio y balsámico, me envuelve los pies, me besa las piernas, me acaricia la espalda. Su negrura es fascinante, cautivadora, irresistible. Me adentro más y el fondo desaparece bajo mis pies y empiezo a girar en el tierno abrazo del remolino.

Cuando mi fiebre disminuye, la tía Muza redobla sus esfuerzos, no sólo para conseguir que rellene un poco mi cintura, sino para recuperar los kilos que he perdido durante la enfermedad. Una gripe severa, dice cuando le pregunto qué he tenido. Mientras amasa y trocea, canta viejas baladas y canciones de la radio o de las películas. Debe de haber heredado el inusual talento de mi abuela para la ópera: su voz se eleva en sofisticadas escalas que pronto quedan atrapadas en su diminuta cocina. Yo me tomo su *schi* obedientemente, a sorbitos, y mastico sus *pirozhki*, agradecida a mis tres primos, que, sin demasiado esfuerzo, son capaces de arrasar con una mesa llena de comida en cuestión de minutos.

La veo bailar frente al horno, con sus manos gruesas que se mueven con gestos sorprendentemente gráciles y su cuerpo entero que se entrega al ritual de preparar la comida mientras, al mismo tiempo, lo domina. Quiero preguntarle qué ha sido de la paciente con la gasa en la barriga. Quiero preguntarle por los vagos peligros que parecen esconderse en los lugares más corrientes, pero no sé muy bien por qué me parece peligroso y estúpido validar verbalmente algo tan turbio, imágenes que flotaban en mi cabeza febril.

Me sorprende recordar ese sueño. Con anterioridad había habido sólo un sueño que no se esfumó de mi memoria al abrir los ojos, seguramente por lo extraño que era. En ese sueño, mi padre estaba sentado en su barca y hablaba de lo que sucede un minuto antes de que se levante el telón, como si fuera un actor. Los espectadores contienen el aliento y todo el sonido se extingue, decía, justo antes de que la magia esté a punto de empezar. No dejes escapar la magia, me advertía mi padre, o te hundirás en las arenas movedizas de lo ordinario.

¿Acaso podía mi padre reconocer la magia en la vida real? ¿O recuerdo ese sueño precisamente porque me habría gustado que la reconociera?

Me pregunto si el incidente de la gasa de la tía Muza podría haber sucedido en el pasado, cuando mi padre estaba vivo, cuando, según el tío Fedia y mi madre, aún había orden. Me pregunto si se trataría de un orden muy ordenado para que mi tío considere que la situación actual en que marchamos al paso que marca la colectividad se encuentra próxima a la anarquía. Sin embargo, incluso en ese orden había *intelligentny* al mando, como el doctor Kremer en el hospital militar de mi madre, quien eligió no acatar las leyes militares. ¿Es posible que entonces la vida fuera más sencilla? ¿Había menos peligros, o más? Los padres de mi amiga Masha ¿habrían elegido igualmente darle a su hija el apellido ruso de su madre en lugar del judío de su padre?

A mi pesar, pienso qué diría mi tío si supiera que los padres de Masha tomaron esa decisión porque querían facilitarle la vida a su hija.

Los judíos son así, diría; no se puede confiar en ellos. Se comportaron como cobardes durante la guerra, evitando siempre las balas en el frente, ocultos en sótanos y desvanes mientras nuestros chicos rusos derramaban su sangre.

No entiendo cómo el tío Fedia, que fue un soldado raso durante la guerra, puede tener una visión tan generalizada del asunto, por lo que no puedo dejar de mostrarme escéptica en lo que respecta a sus opiniones, y no le hablo ni una sola vez de mi amiga Masha, aunque resulta

paradójico que justo fueran los caminos del tío Fedia y de Masha los que se cruzaran en mi sueño febril.

—¿Podemos ir a nadar? —le pregunto a la tía Muza, que acaba de envolver una olla de masa fresca en varios trapos de cocina.

—Tú no puedes bañarte aún, niña —dice, limpiándose las manos manchadas de harina en el delantal—. Con la fiebre que has tenido, será mejor que te olvides de bañarte hasta que regreses a casa. Pero puedes acompañarnos al río: el aire fresco te sentará bien.

No estoy muy segura de que mi madre apruebe una salida tan temprana, pero como mi tía me ha dado permiso, corro hacia la puerta, donde mis zapatos de calle, dos huerfanitos que casi se han echado a perder con el polvo de Stankovo, llevan una semana entera esperándome pacientemente.

Cogemos el camino de costumbre; mis primos van delante, a todo correr, y mi madre, mi tía y mi tío los siguen con pasitos cautelosos. Yo cierro la procesión y cada paso resuena en mi cabeza, en todos mis músculos, que no he utilizado en una semana y se agitan en el interior de mi piel.

Al llegar a la playa dura, la tía Muza se pone el bañador verde y amarillo y dobla con esmero su sujetador blanco y sus bragas. Yo espero que cuente algo más sobre su paciente, pero ella se detiene en el lugar en que el agua negra suspira suavemente a sus pies, mirando a lo lejos, donde Kostia bracea y rompe la superficie aceitosa del río.

Mi madre y el tío Fedia están hablando, sentados en una roca. Por los gestos que hace, sé que mi madre está contando la historia de su tío Volia. La he oído un montón de veces, cuando se la contó a mi padre y a nuestros vecinos del tercero. En 1937, su tío, que trabajaba en una oficina de propaganda, acompañó a un extranjero de Moscú a un restaurante y allí contó un chiste.

—La noche en que fueron a detenerlo, le dijo a la tía Lilia, su mujer, y a Ania, su hija de quince años, que todo era un error, un malentendido, y que regresaría pronto.

—¿Y regresó? —pregunta el tío Fedia.

Si el tío Fedia sabe lo que pasaba durante la guerra, si sabe dónde se escondían los judíos, también tiene que saber la respuesta a esa pregunta. Si yo fuera mi madre, ni siquiera me molestaría en responderle algo que resulta tan obvio. Pero mi madre lo hace porque le gusta contar historias sobre su vida.

—Nos dijeron que lo habían fusilado mientras intentaba escaparse —dice—. Más tarde lo exoneraron a título póstumo, cuando la tía Lilia y su hija Ania ya estaban muertas. Ania hizo un curso de enfermería al inicio de la guerra y luego se presentó voluntaria al frente para vengar a su padre. La mataron en 1942. Encontró una bala, justo lo que quería, aunque no habría hecho falta que se fuera tan lejos a buscarla.

No estoy segura de que la exoneración póstuma del tío Volia sirviera de nada, pues ni su mujer ni su hija vivieron lo suficiente como para agradecerla.

Al fin y al cabo, ese orden pasado que el tío Fedia tiene en tan alta estima no parece que hiciera la vida ni más fácil, ni más segura. Fusilar a alguien por haber contado un chiste difícilmente es mejor que olvidarse una gasa en la barriga de una paciente.

Mis piernas se rinden y me siento en la hierba, junto a mi primo Kolia, que está muy concentrado buscando algo entre los dedos de sus pies. La tía Muza tenía razón no dejándome ir a nadar, porque la cabeza me palpita y un millón de puntitos dorados parpadean ante mis ojos. El sol se va deslizando hacia el río, y Kolia y yo miramos el agua negra; de pronto, tengo la certeza

de que está llena de remolinos invisibles.

12. LECCIÓN SOBRE CLÁSICOS RUSOS

—*Nido de nobles* de Turguénev plantea un dilema moral entre la felicidad personal y el deber — nos explica nuestra profesora, Nina Serguéyevna, mirando por encima de sus gafas para asegurarse de que le prestamos atención; todos fingimos escuchar.

Nina Serguéyevna lleva el pelo canoso sujeto alrededor de su rostro de ardilla e imparte una lección sobre los *lishnie lyudi*, las personas inútiles. Nuestra literatura presenta toda una galería de personajes de ese tipo.

—*Galereya lishnih lyudei* —afirma Nina Serguéyevna, y su flácida papada se estremece bajo su mandíbula sin barbilla.

En sexto curso fue el personaje de Onegin, de Pushkin, y el Pechorin de *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmontov. Corrompidos por su noble cuna y su riqueza familiar, atravesaban Rusia y Europa al galope, enzarzándose en duelos, apostando y rompiendo el corazón de mujeres inocentes, sin preocuparse lo más mínimo por el destino de sus siervos o de las masas oprimidas. Más tarde fue Oblómov, el personaje de Goncharov, que se pasaba la vida durmiendo en un diván, negándose a levantarse ni cuando la mujer a la que deseaba llamaba a la puerta de su mansión. Luego está Lavretski, el personaje de Turguénev, que no fue capaz de desafiar a la nobleza tiránica porque carecía de la fuerza de voluntad suficiente para poder alejarse de la sociedad consentida que lo había creado.

Me imagino a mí misma como el personaje de Lisa, y a Andréi, el único chico de mi clase capaz de distinguir un participio de un gerundio, como Lavretski. Es de noche y nos hallamos en un huerto —todas nuestras novelas clásicas tienen un huerto tan vasto y denso como un bosque—; Andréi está arrodillado a mis pies. Mis hombros se convulsionan y los dedos de mis blancas manos se acercan aún más a mi cara. Andréi, por supuesto, comprende el significado de esas convulsiones y de las lágrimas. «¿Es posible que me ames?», susurra. «Tengo miedo», musito yo, contemplándolo con los ojos empañados. «Te quiero —dice él—, estoy dispuesto a entregarte mi vida entera.» Yo tiemblo y bajo la mirada; Andréi me acerca a él y mi cabeza se posa en su hombro. Él se aparta ligeramente y acaricia mis pálidos labios.

En efecto, sé que Andréi tiene mi edad y que, por lo tanto, es demasiado joven para ser Lavretski, que está casado y tiene un hijo, pero todo eso no me importa mientras esté enamorado de mí, de Lisa. Al final de *Nido de nobles*, la esposa de Lavretski, que había sido infiel y había pasado las primeras cien páginas convenientemente apartada de la historia, aparece por sorpresa, arrepentida, en el peor momento; con su irrupción se arma un lío considerable, que termina con Lisa recluida en un monasterio. La última escena es trágica. En los ocho años que han transcurrido entre el final de la novela y el epílogo (siempre hay un epílogo), Lavretski se ha convertido en un

viejo de pelo canoso y bastón. Veo a Andréi, que ha venido a visitarme al monasterio, pero paso junto a él sin levantar siquiera la mirada, con el paso dócil de una monja. Sólo mis párpados tiemblan, sólo mis dedos, mis manos entrelazadas en un rosario, se aprietan aún con más fuerza.

A pesar de todas estas escenas que tienen lugar en mi cabeza, sé que yo nunca me recluiría en un monasterio si resultara que Andréi estuviera casado, por ejemplo, con mi compañera Katia. Se me ocurren muchas cosas que tal vez haría: podría arrancarle de las manos el libro que está leyendo y tirárselo a la cabeza. Podría alejarme con torpeza de mi pupitre y salir corriendo del aula, desesperada, dejando atrás una redacción inacabada sobre la lucha de la gente corriente contra el yugo de la servidumbre en la Rusia zarista e ignorando a Nina Serguéyevna, que iría tras mis pasos por el pasillo con sus botas de fieltro, gritándome que volviera. Incluso podría decirle a Katia que iba a dejar de hablarle. Pero no me imagino a mí misma ingresando en un convento sólo para que Andréi, al final de su vida, encorvado y derrotado, pueda ver el temblor de mis pestañas y mis manos sujetando un rosario. Obviamente, yo no soy ni tan fuerte ni tan pura como las heroínas de Turguénev; soy incapaz de resolver el conflicto moral entre la felicidad personal y el deber de forma correcta, de forma clásica, y ése puede ser el motivo por el que Andréi, con sus largas piernas y sus ojos verdes, el chico que hace que me derrita por dentro, ni siquiera se vuelva para mirarme.

En casa no hablo de Andréi. Mi madre, siempre tan práctica, piensa que los enamoramientos románticos son una pérdida de tiempo, justificables tan sólo si terminan en matrimonio. Por su forma de enarcar las cejas y por las miradas de soslayo que de vez en cuando le dirige a mi hermana, que tiene veintisiete años y aún está soltera, sé que no lo aprobaría. Seguir soltera a los veintisiete años supone un peligro para una mujer, a apenas dos años de Natalia, la protagonista de *Un mes en el campo*, de Turguénev, quien, como es bien sabido, aparece como una mujer de mediana edad.

Mi hermana no tiene tiempo para casarse. Por las mañanas ensaya y por las noches actúa, actividades mucho más envidiables y valiosas que pasarse horas haciendo cola para conseguir algo de salchicha o preparando una olla de *borscht*. Pero mi madre no lo ve de la misma manera. Culpa al teatro, con sus horarios intempestivos y sus jornadas laborales irregulares, de la falta de pretendientes de Marina, de su soltería y, posiblemente, de su futuro solitario y sin hijos.

En casa, mi madre comenta que el atún en conserva ha desaparecido de todas las tiendas y cuenta que nuestra vecina Olga, del octavo piso, utiliza agua oxigenada para aclararse el pelo, que cada día se parece más a la paja. A mí, sin embargo, más que de la desaparición del atún y del pelo amarillento de nuestra vecina, lo que me interesa es hablar de la felicidad personal y el deber. ¿Se trata de dos realidades excluyentes entre sí? ¿Es inevitable tener que optar siempre por una u otra? Turguénev, que nos observa desde la pared del aula de literatura con ojos melancólicos, parece creer que sí. Con su barba y su bigote blancos y el triste pelo rizado sobre la frente, se parece a Lavretski en el epílogo de *Nido de nobles*, viejo y desilusionado.

Mi hermana está sentada a la mesa de la cocina, sorbiendo la sopa antes de su actuación nocturna. Lleva el pelo recogido en una coleta, y el flequillo le cae sobre sus arqueadas cejas. Ojalá tuviera las facciones de mi hermana, sus ojos grandes y sus pómulos prominentes, en lugar de mi cara, cubierta de pecas y cada día más llena de acné. Quizá entonces Andréi me miraría del mismo modo en que mira a mi amiga Katia.

—Tómate la sopa con pan —ordena mi madre, que no deja pasar nunca una oportunidad para

atiborrarnos de comida.

—No quiero pan —responde Marina, que echa un vistazo a su reloj, pues tiene que estar entre bastidores cuarenta y cinco minutos antes de que se levante el telón.

Veó a mi madre dispuesta a soltarle un discurso sobre el valor nutritivo de los cereales, y decido intervenir de manera preventiva.

—El colegio ha organizado un concurso de redacción —digo.

Al final de la clase de hoy, después de declarar que los nobles de las obras de Turguénev llevan una vida sin rumbo ni sentido, Nina Serguéyevna ha anunciado que se ha convocado un concurso para los alumnos de séptimo.

—¿Sobre qué tema? —pregunta Marina, que inclina el cuenco y apura los restos de sopa.

—Podemos escribir sobre lo que queramos: describir y analizar una novela, una historia o una obra de teatro.

Hago una pausa después de decir «teatro» y dejo que asimile la palabra. Marina se levanta y enjuaga su plato bajo el grifo de la cocina.

—Me tengo que ir.

Sé que su teatro ha estrenado una obra nueva que lleva el enigmático título de *We Bombed in New Haven*. Una obra americana en un teatro de Leningrado es algo tan insólito como una cena sin sopa. En el Nevski Prospekt hay un cartel de un hombre vestido con cazadora negra sosteniendo una calavera en la mano, con aire descorazonado y hamletiano. He decidido que voy a escribir sobre eso: esta obra, este milagro extranjero para el que, desde luego, no quedarán entradas, pero que acabaré viendo de alguna forma, con o sin la ayuda de Marina. Ella aún no sabe nada de mis planes. En realidad, no sabe muchas cosas de mí, cosas que me guardo porque son demasiado frágiles como para mostrarlas. No sabe, por ejemplo, que una envidia negra corroe mi corazón cada vez que ella cruza la entrada hacia los camerinos, en la que monta guardia una *babushka* con cara de manzana al horno; cada vez que se mira en un espejo de tres cuerpos y se maquilla de modo que su rostro se transforme en algo nuevo. No lo sabe ni le importa, porque el teatro para ella no es más que un trabajo, como vender leche para una dependienta barriguda, o recoger espinas de pescado y corazones de fruta para el basurero del sótano de nuestro edificio de apartamentos. Si yo pudiera cantar como ella, me quedaría en el teatro y nunca volvería a esta casa, donde la colada húmeda se seca en unas cuerdas que atraviesan la sala y el aire huele siempre a naftalina y a la sopa del día anterior. Si tuviera voz de actriz, yo no la echaría a perder discutiendo con mi madre sobre la puntuación que un juez búlgaro le ha dado a una patinadora de Finlandia o sobre a quién no debemos invitar al cumpleaños de Marina: Irina, la peluquera del teatro, que no es más que una peluquera, o Slava, el actor, al que le gusta demasiado la *zelyonyi zmei*.

La discusión sobre la *zelyonyi zmei* hace que mi madre termine con los brazos en jarras. Marina, que nunca deja pasar una discusión, se coloca frente al horno, y, con tono afilado, cada palabra es como un cuchillo dirigido a mi madre, grita:

—Slava es el mejor actor que tenemos. Sería capaz de interpretar cualquier papel, en cualquier obra, aunque lo dirigiera el director de la célula local del partido.

—Ese hombre está enamorado de la botella —afirma mi madre— y ha dejado que la *zelyonyi zmei*, la serpiente verde, se le enrosque alrededor del cuello.

Golpea la tapa de la sopera para darle énfasis a la frase y recalcar que ha ocurrido justo lo

que ella sospechaba que le ocurriría a cualquiera que se exponga durante demasiado tiempo a la corrosiva influencia del teatro.

Sé que quien preocupa a mi madre no es Slava. Ese hombre es un *chuzhoi*, un extraño a la familia, y por lo tanto no merece ni lástima ni compasión. El contrario de *chuzhoi* es *svoi*, y, en nuestro caso, podemos contar los *svoi* con los dedos de las manos: mis abuelos, mi tío Vova, que aún vive en un pueblecito llamado Riazán, y mi tía y mis tres primos, que viven en las provincias.

Quien realmente le preocupa a mi madre es mi hermana. Le preocupa que esté tan cerca del desbarajuste teatral; le preocupa que la serpiente verde acabe venciendo a Marina.

—¡Con la de trabajos normales que hay! —exclama mi madre cuando está segura de que también yo puedo oírla—. Fíjate en Valia, del cuarto: acaban de destinarlo a la biblioteca del distrito, a tan sólo una calle de aquí. O fíjate en la hija de Irina Petrovna, tu antigua compañera, que ya es ingeniera jefe.

Ésos son trabajos que mi madre comprende, empleos prácticos y seguros, lo contrario a actuar en el teatro o hablar en inglés.

Me pregunto si mi madre habría sido considerada *intelligentsia* según los estándares del siglo pasado. Es una mujer culta y ha leído a Turguénev y otros clásicos. Ha oído el *Eugenio Oneguín* de Chaikovski en el Kírov, e incluso me arrastró a mí a ver las interminables producciones de *La bella durmiente* o *El lago de los cisnes*. Sin embargo, me resulta difícil imaginar a una heroína de Pushkin o de Turguénev refunfuñando porque alguien no se come una rebanada de pan o por la escasez de atún en conserva. Esas mujeres encorsetadas, jóvenes y viejas, con sus dedos pálidos y sus rizos castaños, parecían estar preocupadas por otras cosas, cosas que provocaban discusiones que se prolongaban durante páginas y que a menudo entraban en conflicto entre sí, cosas como el amor y el honor, como la felicidad y el deber. Todas esas mujeres suspiraban mucho, abrazaban a sus hijos contra su pecho, y, desde sus vetustos cabriolés, veían pasar los campanarios de madera y los pueblecitos perdidos entre los campos de trigo. No parecían pensar mucho en si las ensaladas y los pasteles terminaban en los estómagos de un *chuzhoi*, como tampoco parecían preocupadas por la *zelyonyi zmei*.

Desde nuestros asientos de la séptima fila veo perfectamente el escenario, y la falta de telón hace que todo el mundo, salvo mi madre, se dé cuenta de que ésta es una obra moderna, que no se parece en nada a *Los bajos fondos*, de Gorki, la historia pasada de moda que vimos aquí mismo hace dos meses. Mi madre mira el escenario y dice:

—*Besporyadok*.

«Desorden.» Es lo que dice cuando dejo mi uniforme colgado del respaldo de la silla o cuando los radiadores de nuestro apartamento se apagan en Nochevieja sin previo aviso, o cuando no hay ningún portero a la vista que parta el bloque de hielo que se ha formado a la entrada de nuestro edificio. A mi madre no le gustan los cubos grisáceos amontonados en el escenario, ni tampoco las siluetas de monumentos de ciudades extranjeras que se recortan al fondo. No le gusta que el nombre de Slava aparezca en el programa junto al nombre del personaje principal, el sargento Henderson.

Mientras mi madre muestra abiertamente su animadversión por todo lo que ve, empieza la música, de modo que ya tiene otra cosa que detestar. Al cabo de diez minutos resulta evidente que se trata de una obra dentro de una obra y que los actores que hay en el escenario fingen ser actores americanos que fingen ser aviadores del ejército americano. Van de aquí para allá con unas

cazadoras negras que no se parecen en nada a los uniformes de los soldados rusos y con unos trajes tan elegantes que incluso nuestra Casa de la Moda de Nevski Prospekt, con su escaparate lleno de ropa que no forma parte del Plan Quinquenal, tendría problemas para encontrarlos.

Slava-Henderson lleva el guión consigo, de modo que el reparto (los actores americanos interpretados por los actores del teatro de Marina) conoce el argumento. Según el guión, van a matarlo en el segundo acto, pero no le preocupa. Al fin y al cabo, se trata de teatro, y el guión es ficción y nada tiene que ver con lo que sucede en la realidad; se trata de teatro, un lugar de emociones, magia y fantasía que no se parece en nada a la soporífera fantasía de nuestra vida cotidiana.

Pero entonces un cabo muere durante una misión y el actor que lo interpretaba desaparece. Tal vez no todo es fantasía, piensa Slava-Henderson. Tal vez el actor murió de verdad; al fin y al cabo, estaba en el guión. Slava sostiene el casco del actor, manchado de sangre, y a mí me sudan las manos de admiración por cómo sus susurros ascienden hasta el palco más alto, donde el iluminador sujeta las asas de dos enormes proyectores. Vuelvo los ojos hacia mi madre, pero lleva la misma máscara de seriedad que siempre, por lo que soy incapaz de decir si también ella es capaz (aunque lo disimule) de apreciar las dotes interpretativas de Slava.

El monólogo de Slava-Henderson me hace pensar en el artículo que voy a escribir para la clase de literatura. Nina Serguéyevna nos ha advertido de que la moral de la obra que elijamos debe trascender el tiempo y tener repercusiones para nuestro presente, para nuestra vida cotidiana; no podría haber elegido un material mejor. Hasta donde acierto a ver, la historia trata sobre los peligros de la fantasía y, por lo tanto, también sobre nuestro juego de *vranjo*. Todos sabemos que tenemos que fingir, igual que los personajes de esta obra. En el colegio, Andréi y yo fingimos ser pioneros obedientes, dignos del joven Lenin, cuya efigie llevamos prendida en la pechera de nuestros uniformes. Mi madre finge que su tío Volia fue arrestado en 1937 por ser un *vrag naroda*, un enemigo del pueblo, y no porque tuvo la mala suerte de contar un chiste en un restaurante abarrotado. Mi amiga y compañera de clase Katia, cuyo padre, que es coronel, tiene acceso a una biblioteca exclusiva llena de libros raros sobre crítica literaria, finge que el rango de su padre no tiene nada que ver con sus trabajos ejemplares, que le permiten sacar cinco perfectos.

De todos nosotros, la que menos finge es mi hermana, la actriz. Tal vez simplemente está cansada de fingir en el escenario, de modo que dice siempre lo que piensa, por lo menos cuando está en casa.

—Esos cretinos del Ministerio de Cultura van a suspender otra obra —nos dice todos los años por lo menos una vez—. Es demasiado controvertida, contiene demasiados ataques a nuestro brillante futuro.

Durante el intermedio, yo no salgo corriendo al pasillo, como todo el mundo, sino que paseo tranquilamente por el vestíbulo. Mi madre camina junto a mí, como un guardaespaldas. Parece agotada, como si acabara de asistir a una ejecución, y aunque tengo muchas ganas de que se marche a casa, también soy consciente de que las reglas del buen comportamiento dictan que uno no puede abandonar el teatro antes de que una función haya terminado. Pienso en *We Bombed in New Haven* y en Slava. Pienso que es curioso que esta obra haya terminado representándose en el teatro de Marina, que una obra americana plantee un dilema tan ruso. Mi madre suspira cuando pasamos junto al retrato de Slava en el vestíbulo: una nariz afilada y una mirada intensa, un poco como en el retrato de Pushkin que hay en la cubierta de nuestro libro de literatura. Slava, digo mentalmente. Slava, Slava, qué nombre tan apropiado para ti, pues *slava* significa «gloria». Slava

nos observa desde la pared con toda la concentración del sargento Henderson, con sus ojos como misiles teledirigidos que apuntan directamente a mi corazón.

Mi trabajo es perfecto. Incluso cito a Lenin: «Vivir en una sociedad y no depender de ella es imposible». Ni en Estados Unidos ni en ningún sitio. Es peligroso vivir una vida de fantasía, escribo. Lo mismo que Henderson y sus pilotos-actores, un día puedes echarle un vistazo al guión y ver que no estás. Como con mi madre, un día puedes mirar tu foto de joven y no reconocerte.

Me maravillo de mis propias frases, que resplandecen sobre la página, tan filosóficas y convincentes, e imagino la cara de ardilla de Nina Serguéyevna derritiéndose de admiración mientras las lee.

Mi hermana está en la cocina, apuntando con un cucharón a mi madre, que se ha colocado junto al cubo de la basura. Están discutiendo sobre cuántas botellas de licor hay que comprar para el cumpleaños de Marina. El cálculo estándar es medio litro de vodka por cada dos invitados, de modo que Marina insiste en comprar seis botellas, porque ha invitado a diez personas.

—No —protesta mi madre—, tenemos dos botellas de un vino húngaro llamado Sangre de Toro, o sea que con cuatro botellas bastará. Cinco, como mucho.

—Es mi cumpleaños y decido yo —exclama Marina con su voz escénica.

Mi madre se agarra al borde esmaltado del fregadero, bastante desconchado, marcando su territorio.

—¿Es eso lo que necesitan los actores alcohólicos? —le responde gritando—. ¿Por eso van a las fiestas de cumpleaños?

Yo sé que no discuten sólo por el número de botellas que hay que comprar. Mi madre está disgustada porque Slava es uno de los invitados, con su adicción al alcohol; mi madre la considera tan ponzoñosa que debe de creer que mi hermana va a empezar a arrastrar las palabras sólo por respirar el mismo aire que él.

La perspectiva de ver a Slava en persona en nuestro apartamento me provoca un estremecimiento, como si de repente la sangre se me hubiera convertido en champán.

—Lo que los actores necesitan es un poco de comprensión —grita mi hermana—. Un poco de empatía. ¡Es una profesión maldita, estamos malditos!

—¿Por qué? —preguntó yo, perpleja de que la palabra «maldito» pueda guardar alguna relación con la profesión de actor.

—Porque nos retorremos el alma para vivir la vida de otras personas —dice Marina, que baja el cucharón y se vuelve hacia mí—. ¿Tú sabías que antes de la Revolución a los actores ni siquiera los enterraban en los cementerios cristianos?

—¿Y dónde los enterraban? —se me ocurre preguntar tontamente.

—Detrás de los muros del cementerio —dice mi hermana vocalizando mucho, como si estuviera dirigiéndose al público—. Lejos de las almas bondadosas y libres de pecado.

Yo no sé nada de los hábitos cristianos y para mí es un misterio de dónde puede haber sacado Marina esa información. Tal vez es lo que enseñan en la Escuela de Teatro. Tal vez Marina no ve su profesión como una simple tarea, como las dependientas y los basureros. El suyo es un trabajo que exige imaginación y valentía, algo de lo que yo soy incapaz. Cuando mi hermana iba al instituto, solía cambiar las notas del boletín que los maestros hacen firmar a los padres todas las

semanas. Con un bolígrafo y una cuchilla de afeitar, los domingos por la tarde se dedicaba a cambiar los treses, simples aprobados, por cincos, y por la noche, después de que mi madre hubiera firmado el boletín, volvía a cambiar los cincos por treses, para que los profesores no notaran la diferencia.

Tal vez mi hermana entiende más cosas de las que yo creo. Incluso puedo admitir que esté tan contagiada por el teatro como lo estoy yo, o casi. Pero ¿por qué me ignora tan abiertamente? ¿Por qué no me deja que la acompañe a los bastidores, el centro de toda la felicidad imaginable? ¿Es posible que intente protegerme porque ve algo en mí o, mejor dicho, la ausencia de algo, que a mí se me escapa?

El domingo cocinamos para el cumpleaños de Marina. Los invitados vendrán el lunes, día de descanso teatral. Preparamos una enorme bandeja de arenques «con abrigo»: patata, zanahoria y remolacha rallada, que envuelven los filetes de arenque en esponjosas y coloridas capas. Mi madre prepara varias fuentes de *pirozki*, y, después de sacarlos del horno, relucientes y tostados, los pinta con huevo, empleando para ello tres plumas de ave unidas con una goma. Marina sale de caza por las carnicerías y regresa con varios trozos de cerdo que pone a asar en el horno. Cuando todo está a punto, lo transfieren de las ollas a unos cuencos de cristal.

El lunes por la mañana, Nina Serguéyevna entra en la clase con nuestros trabajos en una bolsa de rejilla bajo el brazo y la arroja sobre su mesa para mostrar su desdén ante nuestros patéticos intentos de hacer oír nuestras voces en el santuario de la literatura y el arte.

Miro a Andréi de soslayo, que está mirando a Katia, en el otro extremo del aula. Un rayo de sol matutino le otorga al pelo de Andréi un tono cobrizo, y, si no estuviera vuelto hacia Katia, podría ver el vello de sus mejillas y el brillo que sólo el sol de las diez de la mañana es capaz de conferir a su rostro. Mientras Nina Serguéyevna saca nuestros trabajos de su bolsa, garabateo sobre mi mesa con la pluma. «Andréi», escribo, y entonces, debajo, añado «Slava», con letras elegantes, grandes, caligráficas, como si eso fuera a revelarme el sentido que se oculta bajo sus nombres, en las profundidades más remotas, en el lugar donde mis anhelos antipioneros cavan sus vergonzosas madrigueras.

Antes de revelar el resultado del concurso, Nina Serguéyevna, que nunca deja pasar una oportunidad para aleccionarnos, decide que quiere enseñarnos algo. Esta digresión me pone de los nervios, porque llevo esperando este momento desde que terminé de escribir mi trabajo, ansiosa por oír cómo alguien lo alaba por sus extraordinarias cualidades. Mientras cuento los minutos, Nina Serguéyevna compara *Nido de nobles*, de Turguénev, con su cuento «Mumu», que cuando estaba en quinto curso me tuvo una noche entera llorando por el pobre perro que le da nombre y al que su propietario ahoga siguiendo las órdenes de su cruel patrona. Me digo que ojalá Nina Serguéyevna pudiera callarse un rato y simplemente escuchar, o entregarse a la contemplación con asombro, tal como Andréi mira a Katia, o como yo miro a Andréi.

Cuando ha terminado de hablar sobre la falta de voluntad y de objetivo de la aristocracia, rebusca finalmente entre nuestras delgadas libretitas, saca una y mira a Katia.

—Una crítica excelente de las clases nobles —dice—. Y tienes razón cuando señalas que Turguénev era optimista sobre el futuro y que expresó su fe en la nueva generación, que iba a resolver las trágicas contradicciones de su tiempo.

Sé que esa idea proviene de la Biblioteca Militar y que fue el padre de Katia quien la encontró allí. El trabajo de Katia trata sobre la novela corta *En vísperas*, de Turguénev, una obra que éste

escribió al final de su vida y en la que Elena, la heroína, antepone la felicidad personal a las obligaciones familiares y se casa con un revolucionario extranjero indigente. Sin embargo, hacia el final, tras la muerte de su querido marido, Elena se queda sola en Turquía, desposeída de cualquier tipo de felicidad y cargada de obligaciones. Aunque no parece una resolución apropiada para el conflicto, sé que Katia no habrá tenido ningún problema para hacer, tal como indicó nuestra profesora, que la obra reverbere en nuestro presente.

Observo cómo Nina Serguéyevna coge mi libreta, y me acomodo en mi silla, preparada para recibir los elogios.

—Algunos de vosotros, en cambio —empieza diciendo Nina Serguéyevna, unas palabras que no presagian nada bueno—, habéis optado por escribir sobre literatura extranjera. —Coge mi trabajo y lo sujeta con dos dedos, como si fuera un gusano—. Tal vez no tenemos suficientes clásicos rusos —añade, mirándome con sus ojitos de roedor mientras yo bajo la mirada hacia mi mesa, cubierta con los garabatos de mi pluma indeleble—. Nuestros escritores —afirma, levantando la mirada y contemplando los retratos que cuelgan de las paredes— no han creado suficientes obras de poesía y prosa, y por eso uno de vosotros se ha visto obligado a recurrir a una obra extranjera. —Vuelve sus ojos hacia mí para que todos sepan de quién está hablando—. Una obra americana. *Amerikanskii spectacle*.

Escupe la palabra «*amerikanskii*» como si fuera una acusación.

De pronto, toda la clase me está mirando y yo desearía que se me tragara la tierra. No, primero asesinaría a Nina Serguéyevna y luego que se me tragara la tierra. Debería haber reflexionado un poco más sobre este proyecto, recordar quién iba a juzgarlo y, si tenía que escribir sobre una obra de teatro, elegir *Los bajos fondos*, de Gorki, que vi en septiembre en el teatro. Ojalá las fuerzas aéreas norteamericanas, tan expeditivas como letales, bajaran del cielo y borrarán a todo el mundo del aula para que yo pudiera quedarme a solas con Andréi y contárselo todo sobre *We Bombed in New Haven* y mi nuevo amor, Slava, su deslumbrante estrella.

Ahora Nina Serguéyevna me está señalando como Lenin en la estatua de la estación de tren de Finlandia.

—Tu trabajo es caótico y enrevesado y pone de manifiesto tu ignorancia y tu arrogancia. ¡Fijaos qué petulante soy! —Nina Serguéyevna, agita sus brazos como si quisiera levantarse del suelo, como un enorme murciélago de dientes picudos—. Primero lee a nuestros clásicos y entonces, sólo entonces, mira a Occidente. Primero los nuestros, *svoi* —sisea Nina Serguéyevna, y un esputo atraviesa su mesa.

Svoi, lo contrario de esos *chuzhoi* extranjeros, que no merecen ni nuestra atención ni nuestra tinta.

Me siento vacía y hastiada, como si alguien me hubiera abierto en canal y me hubiera vuelto del revés, de modo que, en lugar de mi uniforme marrón, de codos relucientes, lo que todo el mundo ve es una papilla de venas y nervios enredados alrededor de un corazón oscuro y magullado.

Regreso a casa dando tumbos, bajo la luz indefinida de finales de noviembre. Me desabrocho el abrigo y me vuelvo hacia el viento; lo que sea con tal de expurgar las palabras de Nina Serguéyevna.

Si yo fuera una heroína de Turguénev, después de este bochornoso episodio, ¿me recluiría en un convento? ¿Me casaría con un revolucionario extranjero indigente? No conozco la respuesta. Es el mes de noviembre, la época de las inundaciones, cuando el viento trae agua del mar Báltico,

los canales se desbordan y los colegios cierran. El agua, por lo menos, aún está un metro por debajo del nivel de la calle, pero me gustaría que, para añadir mayor dramatismo a este día, los canales se desbordaran y me obligaran a avanzar entre las aguas revueltas para terminar sucumbiendo a su fría cólera, como Yevgueni en *El jinete de bronce*, de Pushkin. Entonces, al enterarse de mi prematura muerte, Nina Serguéyevna lamentaría no haber sabido reconocer la brillantez de mi trabajo, pero ya sería demasiado tarde.

Aunque es posible que tenga un escaso conocimiento de los clásicos rusos, no quiero pensar más en ello. En lugar de eso, decido concentrarme en esta noche. La alegre perspectiva de la inminente velada, con el cumpleaños de mi hermana, crece en mi interior y aparta felizmente el resto de mis pensamientos.

Estoy en el rellano de la escalera, en el piso de arriba de nuestro apartamento (donde los invitados siguen dedicándole brindis a Marina), medio ahogada por el humo de un cigarrillo que le he cogido a mi hermana. He hurgado en su bolso, que había dejado en el baño, debajo de la cisterna oxidada con la cadena, después de caer en la cuenta de que tengo aún menos probabilidades de que Slava se fije en mí que de que lo haga Andréi, después de decidir que, ante mi incapacidad a la hora de atraer la atención de los hombres que me gustan y ante mi falta de humildad hacia los clásicos rusos y la vida en general, ya da lo mismo que me ponga a fumar.

Oigo el chasquido de la puerta de nuestro apartamento al abrirse y me quedo muy quieta en la oscuridad, con la espalda pegada a la pared, esperando a que quienquiera que haya salido vuelva a entrar. Pero cuando la puerta se cierra, percibo claramente que la persona en cuestión se ha quedado en el lado equivocado, es decir, el mío. Se oye un crujido de celofán y el chasquido de una cerilla. Respiro en silencio y sofoco un acceso de tos. Se oyen pasos en la escalera, alguien se acerca a mí. Por el sonido sé que, por lo menos, no es mi madre: sus pasos son más rápidos y entrecortados, menos calculados.

Es Slava, con un cigarrillo entre los dientes y una botella abierta de Sangre de Toro.

No parece sorprenderse de encontrarme allí, pegada a la pared, intentando apagar un cigarrillo en una cañería.

—Vamos —ordena, señalando hacia arriba con el brazo, como si me invitara a volar.

Bajo la luz del fósforo aparece otro tramo de escaleras, más corto, que termina en la puerta baja del desván, tapizada de vinilo negro.

—Por aquí —dice Slava, que se mueve en la oscuridad con gestos precisos, como mi padre, y me da la mano—. Ven.

Huele a tabaco y a nuestro apartamento, un olor a multitud y a aceite de girasol quemado.

Lo sigo obedientemente, un paso tras otro, hasta llegar a la puerta negra. Lo que está sucediendo es tan surrealista que sólo siento un vacío en el pecho y el sabor a tabaco en la lengua. Slava le pega un empujón a la puerta, que se abre con un chirrido, levantando una pequeña nube de polvo que huele a moho y a ratones. Slava enciende otra cerilla, que deja entrever una viga en la oscuridad, una pared de cemento como picada de viruela y un montón de gravilla en el suelo. Es un lugar inquietante, que todo este tiempo he tenido sobre mi cabeza sin saber siquiera que existía; un lugar del que nadie sabía nada, salvo Slava, que conoce todos los misterios y secretos, todas las respuestas a las preguntas que no queremos formular.

Avanzamos despacio, cerilla tras cerilla, hasta que llegamos a una escalera de madera. Slava trepa por ella, descorre un pestillo metálico y sobre nosotros se abre el cielo nocturno, teñido por

la luz de la ciudad, vasto y silencioso. Slava sale al exterior, me coge de la mano y tira de mí hasta que estoy en el tejado. Me pongo en cuclillas y me siento encima del metal frío, fascinada por esa súbita amplitud y por la estrechez de la vida que hay debajo.

En la calle, sobre el alquitrán de la noche de noviembre, un trolebús, como un insecto torpe, pasa frente a un quiosco con los postigos cerrados, cuyas noticias de prensa han perdido actualidad desde esta mañana. Los recuadros ambarinos de dos ventanas refulgen en la fachada negra del edificio del otro lado de la calle, iluminando una figura como de juguete que espera el tranvía. Un camión abierto lleno de soldados con la cabeza rapada cruza las vías traqueteando y se salta el semáforo en rojo.

—¿Tienes frío, chiquilla? —pregunta Slava, y repara en que tengo tanto frío que no puedo ni contestar porque los dientes me castañetean. Entonces se quita el jersey, me lo ata al cuello y me tiende la botella de Sangre de Toro—. Tómate un trago —dice—, así entrarás en calor.

Me acerco la botella a los labios, pero está oscuro y no calculo bien cuánto vino queda, de modo que me lo vierto por toda la cara. He echado a perder el jersey de Slava, que seguro que piensa que soy una idiota que nunca ha probado el alcohol y que habría sido mejor dejarme donde me ha encontrado, junto a la cañería, intentando apagar mi primer cigarrillo. Sostengo la botella tan lejos como puedo e intento secarme la cara y el cuello con la otra mano, mientras Slava suelta una carcajada achispada e intenta ponerse de pie para ver mejor el canal, que brilla en la distancia. Hace caso omiso de mi rostro manchado y de su jersey sucio. No parece importarle que, según los esquemas de mi madre, seamos dos *chuzhoi* que no deberían estar compartiendo esta ascensión al desván, esta perspectiva de la vida en miniatura, ahí abajo, y estas oleadas de tejados que se elevan ante nosotros, como una marea provocada por la bajamar de la ciudad dormida.

Me dan ganas de reírme a mí también, impelida por esta visión nocturna desde la azotea que no sabía ni que existía, tan real y tan exclusivamente mía. De pronto, me parece evidente que esta visión anula todo lo demás: la humillación pública en la clase de literatura, la impecable Katia y su repugnante perfección, e incluso mi hermana y su teatro, que prefiere quedarse para sí misma. Ese pensamiento me produce vértigo, euforia. Me llena como el vino, y me embriega progresivamente. Soy yo, no Katia, quien está aquí junto al divino Slava. Yo, que sería tan egoísta como para anteponer la felicidad personal a las obligaciones y una obra extranjera a un clásico ruso, que tendría que pensármelo varias veces antes de meterme en un convento como la virtuosa heroína al final de *Nido de nobles*.

—Fíjate en esto —dice Slava, que se ha terminado lo que quedaba de la botella de Sangre de Toro y me acerca más a él para que pueda ver la cúpula grisácea de la sinagoga de la ciudad, que asoma en la distancia, tras los tejados.

No sé si quiere que vea el edificio o, más bien, necesita apoyarse en algo para no caerse, pero no me importa. Lamo las últimas gotas de vino de mis labios y me acurruco entre sus brazos, fingiendo que estamos en la escena de amor novelesca que tantas veces he imaginado, la escena con los dedos pálidos, los ojos húmedos y los hombros convulsos. Una vez más soy Lisa, sólo que ahora no soy tan frágil y sombría; ahora me estoy riendo. No hay huerto ni banco, pero Slava, incluso rodeado por la serpiente verde, es mucho mejor que Lavretski, digno del clásico Turguénev, con sus ojos tristes y su noble mata de pelo canoso. Dentro de unas horas, el alquitrán que se extiende por encima de nuestras cabezas empezará a disolverse y se llenará de vetas, primero grises y luego rosadas, pero nosotros no miramos hacia arriba. Intentando mantener el equilibrio, nos apoyamos el uno en el otro en un torpe abrazo, como los dos personajes de *Nido de*

nobles, aunque en este caso nos encontremos desposeídos del clásico sentido del deber, flotando vertiginosamente por encima de las copas de los árboles y de las hileras de ventanas oscuras, ebrios de Sangre de Toro y de felicidad personal.

13. VISITA TURÍSTICA A LENINGRADO

—«El destino de la Revolución de Octubre se decidió en las calles de Petrogrado. Fue aquí donde se formaron los primeros regimientos del Ejército Rojo, que debían defender la nueva libertad y derrotar el viejo mundo de una vez por todas.»

María Mijaílovna hace una pausa y nos indica que cerremos comillas. Ahora va a dictar un verso de Maiakovski, dice, que también debemos escribir como una cita. No estoy segura de la palabra inglesa que ha utilizado para decir «derrotar», *vanquish*, de modo que miro de reojo la libreta de Tania Puchkova. Pero María Mijaílovna ya está dictando:

Soplaba, como siempre, el viento de octubre,
sus gélidas ráfagas frías como el capitalismo.
Por el puente de Trotski corrían coches y tranvías,
serpenteando por los raíles del pasado.

El poema de Maiakovski, que todos nos sabemos de memoria, suena forzado y pomposo en inglés, y no me imagino repitiendo esos versos con rostro serio ante un autobús lleno de alumnos de instituto británicos.

Estamos sentados alrededor de una mesa oval, en la Casa de la Amistad y la Paz, en el margen del Fontanka. María Mijaílovna, vestida con una elegante chaqueta corta y con los labios pintados de rojo, lee un texto sobre una visita turística a Leningrado de un grueso cuaderno que sujeta con sus manos pulcramente arregladas. Somos unos treinta y estamos todos en silencio, anotando cada una de las palabras que salen de su boca porque sabemos la suerte y el privilegio que supone estar aquí. Hace unos meses, los profesores de inglés de toda la ciudad de Leningrado eligieron a sus mejores estudiantes con el fin de ser instruidos como guías turísticos para grupos de estudiantes de instituto de habla inglesa. Cuando la directora nos llamó a Tania Puchkova y a mí a su despacho para anunciarnos que nos habían seleccionado, nos dijo que era un gran honor y una gran responsabilidad.

—Se trata de alumnos de una sociedad capitalista —advirtió—. En nosotros recae el cometido de representar a la ciudad y de encarnar nuestra forma de vida superior.

Aunque me cuesta verme a mí misma como una personificación de nuestra cultura, estoy encantada de formar parte de este programa, que para mí supone la única posibilidad de practicar el idioma con alguien que no lo haya aprendido de un libro de texto.

De momento no hemos visto a ningún alumno inglés. Está a punto de terminar el proceso de formación, que consiste en que todas las semanas venimos aquí dos veces y apuntamos las

palabras que María Mijaílovna nos dicta sobre la historia de Leningrado y sus monumentos históricos. En cuanto se hayan impartido y memorizado las diez lecciones, nos harán un examen: cada uno de nosotros deberá plantarse ante un autobús con el resto de los asistentes al curso y recitar una parte de la visita que María Mijaílovna elegirá de forma aleatoria. Quienes aprueben podrán ser guías turísticos; quienes suspendan se sentarán en la parte trasera de los autobuses llenos de alumnos británicos y velarán por que haya orden.

A mí me parece mucho mejor sentarse en la parte trasera del vehículo que ir delante. Así, en lugar de tener que sujetar un micrófono con manos sudorosas mientras intento recordar no sólo los datos históricos hasta el último detalle, sino también las reglas de la gramática inglesa, podré contemplar el paisaje de la ciudad desde la última fila de un autobús y, con suerte, intercambiar una o dos frases con alguien que hablará un inglés mucho mejor que el de María Mijaílovna, con sus uñas tan rojas.

Miro furtivamente a mi alrededor, contemplo las columnas de mármol y las molduras doradas de la chimenea, sobre la cual cuelga un enorme espejo con un marco de bronce y elaboradas florituras. La Casa de la Amistad y la Paz ocupa el antiguo palacio Shuválov, lo que significa que antes de la guerra este edificio, con sus cuatro plantas, sus lujosas lámparas de araña que cuelgan de techos de seis metros y sus puertas de tiradores dorados, pertenecía a una sola familia. Intento imaginar qué debía de hacer una familia con un espacio en el que caben por lo menos cien personas o para qué debían utilizar este enorme salón, en el que esta mesa a la que nos sentamos treinta personas es apenas una mota de polvo en medio del parquet reluciente.

Casi todos los monumentos históricos sobre los que María Mijaílovna nos ha hablado hasta el momento van precedidos de la palabra «antiguo». El Museo de Historia de Leningrado es la antigua catedral del antiguo convento de Smolny; el Museo Naval es el antiguo edificio de la Bolsa, y los Archivos Históricos Centrales ocupan el antiguo edificio del Senado. La antigua catedral de Kazán es el actual Museo de la Religión y el Ateísmo. El antiguo Teatro de la Ópera y del Ballet Mariinski se llama ahora Kírov. El comité ejecutivo del Sóviet de Leningrado habita el antiguo palacio Sheremetyev, y la antigua finca de los condes Beloselsky-Belozersky es ahora la sede del comité de distrito del Partido Comunista.

—«Se aprueba la petición de rebautizar la ciudad de Petrogrado con el nombre de Lenin, presentada por los obreros, campesinos y soldados del Ejército Rojo de Petrogrado —dicta María Mijaílovna—. Que el principal centro de la revolución proletaria lleve a partir de hoy el nombre del mayor líder del proletariado: Vladímir Ilich Lenin», cerrad comillas —añade al final de la cita de la resolución del Segundo Congreso de los Sóviets de 1924, año de la muerte de Lenin.

Ésta es nuestra última lección, la historia del Museo Lenin, ubicado en el antiguo palacio de Mármol. María Mijaílovna ha recorrido la historia de la ciudad, desde que en 1703 Pedro el Grande puso la primera piedra de los cimientos de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, hasta 1917, cuando el antiguo Palacio de Invierno, residencia primero del zar y luego del gobierno provisional, fue tomada por obreros y campesinos. Al parecer, hay muy pocos monumentos construidos después de 1917 que se consideren dignos de la mirada occidental.

Reflejadas en los espejos de marco dorado, Tania y yo bajamos las escalinatas de mármol, y las pesadas puertas del antiguo palacio Shuválov se cierran a nuestras espaldas. Las aguas del río Fontanka parecen de plomo, igual que el cielo, y nos dirigimos hacia la parada del autobús en el anochecer de abril, dejando atrás un muelle de barcos turísticos que estará cerrado hasta finales de mayo.

Tania vive a dos bloques de distancia de mi apartamento, de modo que bajamos en la misma parada.

—Maklin Prospekt —anuncia el conductor del autobús cuando enfila nuestra calle y se detiene con un chirrido.

Nuestra profesora de inglés nos contó ayer que el camarada Maklin, que da nombre a nuestra calle, no era ruso, como yo siempre había asumido por la terminación «in», sino un irlandés llamado McLean. No entiendo cómo le dedicaron una calle de Leningrado a un irlandés, a menos que fuera un revolucionario o que, procedente de Irlanda, llegara a Rusia en 1917 y participase en el derrocamiento del zar.

Estoy en octavo curso y soy una cínica. Ya no creo en la causa de los Jóvenes Pioneros, organización que abandonamos el año pasado, cuando cumplimos catorce años, para convertirnos en miembros de la Joven Liga Comunista o Komsomol. Yo tenía serias dudas sobre si debía incorporarme al Komsomol y las expresé en mi casa antes de intercambiar nuestros pañuelos rojos por las insignias con una hoguera y la efigie de Lenin.

—Es todo un gran *vranyo* —dijo mi hermana—. Todo hipocresía y falsedad. —A Marina le gusta emplear las palabras grandilocuentes y teatrales que ha aprendido en sus obras—. Todo este delirio comunista sobre el paraíso en la Tierra y la igualdad laboral... Ellos fingen pagarnos y nosotros fingimos trabajar.

—¿Tú quieres ir a la universidad? —me preguntó mi madre.

No conozco a nadie que no haya ido a la universidad, excepto el conserje de nuestra escuela, el tío Lusía, de modo que supe inmediatamente que mi madre lo había preguntado sólo para dejar las cosas claras.

—Sin la insignia del Komsomol no entrarás en la universidad —dice mi hermana—. Es el tercer punto del formulario de inscripción, después del nombre y la etnia.

Ahora Tania y yo llevamos la insignia del Komsomol prendida en el delantal negro de nuestro uniforme, atado a la cintura sobre un vestido marrón. A pesar de nuestro cinismo y nuestras dudas, las dos queremos ir a la universidad.

Todos hemos aprobado el examen, anuncia María Mijaílovna, los treinta, sin excepción. Eso significa que, cuando termine el colegio y llegue el primer autobús procedente de Inglaterra, tendremos que turnarnos para hacer de guías.

El primer grupo de estudiantes británicos de nuestra edad llega a mediados de junio y se hospeda en un hotel apartado del centro de la ciudad. El hotel tiene una estética parecida a la de los nuevos distritos de la periferia, donde terminan las líneas del metro, de modo que no estoy muy segura de que sea un hotel para extranjeros. Podría ser de una categoría algo inferior, un hotel para rusos de alto rango, con pasillos blancos y desconchados, pero con una toalla y una pastilla de jabón en cada habitación.

Naturalmente, esto son suposiciones. No nos está permitido atravesar las puertas del hotel, tal como nos ha advertido María Mijaílovna, que nos ha recitado una letanía de normas. Debemos llegar pronto y aguardar en el exterior. Tenemos que llevar ropa limpia y el pelo bien lavado. Es preferible que no aceptemos regalos y bajo ninguna circunstancia debemos aceptar dinero extranjero.

La ley es tajante por lo que respecta a la tenencia de moneda extranjera: pena de cárcel. Pero

algunas de las reglas de María Mijaílovna no resultan tan evidentes. ¿Cuál es la definición de ropa limpia y pelo bien lavado, por ejemplo? Yo me lavo el pelo una vez por semana, como la mayoría, todos los sábados. Sé que, por ejemplo, Tania se lo lava los domingos, cuando va con su madre a un baño público, porque no tienen bañera en casa. Así pues, si los británicos llegan el martes, ¿se podrá considerar que mi pelo está limpio o estará ya sucio? Me encantaría que alguien me contara cómo resolverían ese dilema en Inglaterra, pero la persona que está al día de la vida en Occidente es María Mijaílovna y no se lo pienso preguntar.

Tania y yo llegamos pronto y esperamos fuera. El sol despide destellos en su pelo rubio y brillante, lo que significa que se lo lavó bajo el grifo de la cocina ayer por la noche. Nos colocamos junto a los seis autobuses que hay aparcados frente al hotel. María Mijaílovna sale por una puerta con un montón de papeles en la mano y nos asigna los diversos vehículos. A Tania y a mí nos toca sentarnos en la parte trasera.

Me digo que debería sentirme aliviada, pero estoy decepcionada. ¿Cómo es posible que alguien crea que Sveta Kurdina, quien parpadea nerviosa en la parte de delante del autobús mientras intenta ajustar el micrófono, será mejor guía que yo? ¿Qué criterios han seguido en la Casa de la Amistad y la Paz para separar a los de delante de los de atrás?

Antes incluso de que Sveta empiece a respirar en el micrófono, observo a los ocupantes del autobús, esos estudiantes capitalistas cuya presencia está sujeta a tantas reglas. Desde luego, son distintos: llevan vaqueros y el pelo limpio, mascan chicle y todos hablan inglés. Es su inglés lo que los eleva por encima de cualquier cosa que haya visto antes, su inglés lo que me llena de euforia y melancolía. Aunque los sonidos de ese idioma son embriagadores como el champán de Año Nuevo, sé que, por mucho que estudie, nunca seré capaz de hablar como estos estudiantes. Mi propio inglés se verá confinado para siempre a las clases de María Mijaílovna sobre la historia de los antiguos monumentos. Así pues, lo mejor que puedo hacer es sentarme en silencio, con actitud humilde, mientras inhalo el olor dulzón del humo de combustión en medio de este paraíso lingüístico. Lo mejor que puedo hacer es escuchar y, si me atrevo, tal vez incluso hablar.

El autobús arranca y Sveta comienza su interpretación de los planes de Pedro el Grande para la ciudad. Tania me dedica una sonrisa conspirativa.

—Somos como dos espías —susurra en ruso, para que nadie pueda entendernos—, como dos paracaidistas en la retaguardia nazi.

Naturalmente, tanto Tania como yo sabemos que se trata de un comentario irónico, porque en la guerra los británicos lucharon en nuestro bando, aunque incluso así no podemos evitar sentirnos como si estuviéramos rodeadas por el enemigo, por una especie ajena a la nuestra, criaturas de un universo distinto.

Estoy inclinada hacia Tania cuando, de repente, me doy cuenta de que le estoy dando la espalda al chico que tengo al lado y, con ello, violando una de las normas de María Mijaílovna: nunca le deis la espalda a uno de los visitantes británicos.

—Disculpa por darte la espalda —digo, tal como nos ha enseñado María Mijaílovna.

Me asombra mi propia voz, las palabras inglesas que salen de mis labios, expuestas a los oídos de alguien que va a detectar de inmediato su falta de precisión fonética.

—No pasa nada —responde el chico con una sonrisa—. Es muy bonita —añade con un acento inverosímil, mostrándome unos dientes blanquísimos y mirándome fijamente con sus oscuros ojos occidentales.

Estoy aquí para mantener el orden, me digo, de modo que debo actuar de forma responsable y

reprimir una sonrisita estúpida. A continuación, debo echar mano de todos los recursos de los que dispongo y colocar las palabras que conozco en una secuencia correcta, tanto morfológica como sintácticamente.

—¿Cómo estás? —pregunto, como si fuera el personaje de un diálogo de nuestro manual escolar—. Me llamo Lena. ¿Y tú?

—Kevin —responde el chico.

¿O acaso ha dicho Calvin? Los sonidos burbujan en su boca y se pegan entre sí, como si fueran gachas *kasha* de alforfón recocado. Soy una inútil y María Mijaílovna ha hecho muy bien no dejándome coger el micrófono. Le lanzo a Tania una mirada de desesperación, pero me doy cuenta de que está muy ocupada hablando con una chica que tiene a su lado.

Después de presentarme no se me ocurre qué más puedo decir, de modo que me alegro cuando Sveta anuncia la primera parada. Nos ordena que bajemos todos del autobús y formemos un semicírculo frente a la entrada de la catedral de San Isaac, para poder admirar las enormes columnas de granito de la fachada.

Ante la frustración de Sveta, los estudiantes ingleses se niegan a formar un semicírculo tal como ella les ha indicado. Se han colocado como han querido y escuchan educadamente mientras ella les explica cuántos kilos de oro se utilizaron para dorar la cúpula de la catedral. «Cien kilos», dice, y algunos de los estudiantes silban o hacen como si soplaran.

Yo me digo que la información sobre la cantidad de oro utilizado es de un gusto cuestionable, pues se supone que durante este viaje debemos transmitir la idea de la belleza artística, intrínseca de la ciudad. Sin embargo, es posible que María Mijaílovna haya incluido ese dato porque crea que la gente de los países capitalistas son personas materialistas que no sienten ningún interés por los ideales y las cosas elevadas.

Finjo observar las esculturas del portal de la catedral, aunque en realidad estoy mirando a Kevin, o Calvin. Es un poco más alto que yo y lleva el pelo más largo de lo que se les permite a los chicos de mi colegio; tiene el cuello grueso y la barbilla poderosa y bien pronunciada. Parece un jugador de rugby, aunque no tengo ni idea de qué es el rugby. Lo veo hurgarse el oído mientras escarba el suelo con el zapato. De pronto, levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran durante un segundo, hasta que yo me doy la vuelta y simulo estudiar la estatua del zar Nicolás I, que se ha conservado en el centro de la plaza debido a su gran valor artístico.

Me muero de ganas de volver al interior del autobús y sentarme de nuevo junto a ese chico. Me pregunta si todas nuestras iglesias están cubiertas con tanto oro. Nuestras antiguas iglesias, lo corrijo yo mentalmente. Ooro, dice, tanto ooro. En sus labios, las palabras más simples adquieren formas alienígenas, tan difíciles de descifrar que debo prestarle toda mi atención. Quizá no tiene la pronunciación que yo esperaba porque es originario de Escocia o de Irlanda del Norte. Quizá debería preguntarle si conoce al revolucionario McLean que da nombre a mi calle.

Después de detenernos en la plaza del Palacio, el chico decide recurrir a objetos de apoyo visual y vacía su cartera en mis manos: dos trozos de cartón (¿unas entradas?), un trozo de plástico azul con números, la foto de una chica (¿su hermana?), una tarjeta con su foto y su nombre (¡Kevin!). Las entradas, me cuenta, son de una peli que fue a ver antes del viaje (¿una peli? ¿Se refiere a una película?); el trozo de plástico es una Visa (¿una visa es un visado? ¿Para qué necesita un visado? ¿Para entrar en la Unión Soviética?); la chica es su novia (*girlfriend*, dice, ¿*girl friend*?); y la tarjeta con su nombre es su *deneí*.

No estoy segura de que todos estos objetos de apoyo visual me resulten muy útiles.

—¿Qué es un *denei*? —pregunto con una mirada de absoluta incompreensión.

—Pues un DNI es... —responde Kevin, que inclina la cabeza hacia atrás, intentando encontrar la forma de explicar lo evidente— un documento para entrar en el colegio. O para enseñárselo a la policía.

La palabra «policía» me ayuda un poco.

—¿Como un pasaporte? —pregunto.

—No —dice Kevin—. El pasaporte es para venir aquí. El DNI es para Inglaterra.

Yo sonrío como queriendo decir que lo he entendido, pero la verdad es que no he entendido nada; o casi nada. Aquí, cuando cumpla los dieciséis años, me expedirán un pasaporte en la oficina local del ejército, pero no lo necesitaré para entrar en el colegio. Lo guardaré en el cajón de mi madre, junto con su pasaporte y su medalla de la guerra, hasta cumplir los veintiuno. Y entonces me darán uno nuevo. Ahora mismo no tengo ningún documento que certifique que yo soy yo. En el colegio todos saben quién soy y ¿por qué iba a pedirme el ejército de repente un documento que confirmara mi identidad? Bastante trabajo tiene acordonando las calles cuando pasan coches oficiales o dirigiendo el tráfico con sus porras de color cebrá en los cruces más concurridos asegurándose de que nadie se salte un semáforo en rojo. Resulta extraño tener que ir a todas partes con un documento así, pero a lo mejor ésa es otra de las características del capitalismo, junto a los sintecho y el desempleo.

Cruzamos los raíles del tranvía hasta el otro lado del Neva para visitar la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde Dostoievski y Lenin fueron encarcelados por sus actividades revolucionarias. El día, que ha despertado soleado, ha adquirido ya el tono plomizo propio de Leningrado, con nubarrones y ráfagas de viento que hacen ondear las banderas rojas izadas a ambos lados del río. Sveta nos conduce hasta el patio de la prisión de la fortaleza y, luego, hasta una solitaria celda de piedra, sin ventanas y con un estrecho camastro de hierro que, según las clases de María Mijaílovna, ejemplifica la injusticia y la crueldad del régimen zarista. No cabemos todos en la celda, de modo que Kevin y yo nos quedamos en el pasillo, junto a una figura de tamaño real vestida como un guardia de prisiones zarista.

—¿Tú crees que esto aún funciona? —pregunta Kevin, cogiendo la pistola del guardia.

Me alegro de que la *babushka* del museo esté vigilando al grupo que hay dentro de la celda, porque una de las peores cosas que pueden hacerse, como es bien sabido, es tocar una pieza de museo. «*Rukami ne trogat*», reza un cartel con grandes letras. «No tocar con las manos.» Pero ¿y si Kevin hubiera tocado la pistola con el codo? Me pregunto qué repercusiones pueden tener nuestras diferencias lingüísticas. Mientras que la palabra rusa «*ruka*» abarca desde los dedos hasta el hombro, la palabra inglesa «*hand*» llega sólo hasta la muñeca. ¿Es posible que ese mismo cartel, en su versión inglesa, diga: «No tocar con las manos ni con los brazos»? ¿O acaso los turistas de habla inglesa están exentos de la prohibición de tocar las cosas con los codos?

Me gustaría discutir esta duda lingüística con Kevin, pero temo no disponer de la gramática y el vocabulario necesarios. Estoy tan contenta de haber comprendido la frase de Kevin sobre la pistola que no quiero exponerme a sufrir otro bochorno lingüístico.

Kevin no es muy hablador y yo se lo agradezco. Mientras volvemos al autocar, va dando patadas a los guijarros y silbando, y ni siquiera se toma la molestia de admirar la aguja de la fortaleza, en la que probablemente se emplearon tantos kilos de oro como en la cúpula de la catedral de San Isaac.

Yo no sé qué haría si lo imposible se hiciera realidad y pudiera realizar un viaje similar a

Londres. Estoy segura de que ni silbaría ni les pegaría puntapiés a los guijarros, ni tocaría pistolas en los museos. Ni siquiera sé si reconocería la verdadera Trafalgar Square a partir de la borrosa fotografía de nuestro libro de inglés o si tendría el valor de abrir la boca.

Desde la fortaleza de San Pedro y San Pablo, pasamos en autobús junto al *Aurora*, el acorazado que en octubre de 1917 disparó una salva que desencadenó el asalto al Palacio de Invierno. Es un barco viejo, con chimeneas negras y cañones falsos en la cubierta. Kevin, al que no le interesan ni el *Aurora* ni la historia de Sveta, está contando el dinero que acaba de sacarse del bolsillo porque nos acercamos al final de nuestra ruta, una tienda *Beriozka*. Lo observo manipular tranquilamente las libras, tan extrañas y cargadas de un poder maligno que ejercerían sí, de algún modo, cayeran en mis manos, en las de Tania o incluso en las de María Mijaílovna. Uno de los muchos artículos del Código Penal prohíbe la tenencia de moneda extranjera.

Entrar en la tienda *Beriozka*, así como hablar en inglés, nos eleva por encima de la multitud. Somos de los pocos rusos a quienes se les permite la entrada. *Beriozka* significa «abedul», uno de los símbolos de Rusia. Se trata de una tienda exclusiva para occidentales, donde hay que pagar los productos con divisas fuertes, de los países capitalistas. No entiendo por qué los países socialistas de Europa del Este, con sus economías planificadas, más fiables, no tienen unas divisas tan solventes como las de los inestables y agonizantes países capitalistas occidentales.

O quizá sí lo sé, quizá todo forma parte del *vranjo* al que jugamos todos: mi madre, mi hermana, mis profesores del colegio, mi amiga Tania, que habla con una chica que lleva unas zapatillas Reebok, e incluso María Mijaílovna (o, sobre todo, María Mijaílovna), con sus elegantes trajes y sus discursos sobre Leningrado, la cuna de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Las reglas son simples: ellos nos mienten, nosotros sabemos que nos están mintiendo, ellos saben que sabemos que nos mienten, pero mienten de todos modos, y nosotros seguimos fingiendo que nos lo creemos.

La tienda tiene postigos en las ventanas, de modo que no se puede ver lo que hay dentro desde la calle. Si se viera, la gente entraría a la fuerza, por encima del torniquete de acero, pasarían junto a la aburrida cajera e irían hasta las estanterías llenas de café soluble, jamón polaco, coñac francés y poemas de Pasternak.

Sigo a Kevin hasta un expositor lleno de *souvenirs*: filas de *matrioskas*, osos tallados en madera, cajas de Pálej lacadas y pintadas a mano, y bustos de Lenin. A Kevin no parecen interesarle las latas de algo llamado «gambas», ni las botellas de licor en el que flotan unas motas doradas, ni las piezas de salami duro que no he visto desde que iba a la escuela primaria. Tampoco le interesa la estantería de libros rusos, ejemplares semiprohibidos de Tsvetaeva y Mandelstam, de *El maestro y Margarita*, de Bulgákov, que, según mi hermana, es el epítome de la literatura rusa del siglo xx, o del escritor clandestino Solzhenitsyn. Cojo todos esos libros, uno a uno, y los devuelvo a las estanterías. Mientras los estudiantes británicos admiran los samovares y las cucharas de madera, yo sigo junto a la librería que contiene esas joyas literarias, tan cercanas y, al mismo tiempo, tan inalcanzables.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —pregunta Kevin cuando nos bajamos del autobús, cerca de su hotel.

Los alumnos británicos se agolpan alrededor de Sveta, que los observa con expresión avergonzada, pues no sabe qué hacer con las medias y los bolígrafos que le ofrecen. Yo tampoco sabría qué hacer. Aunque Sveta nunca ha visto unas medias occidentales, duda si aceptarlas o no.

Me digo que yo preferiría que estos estudiantes, con sus vaqueros y sus libras, fueran un poco más perspicaces y le regalaran un libro de poesía de la tienda *Beriozka* o, por lo menos, una lata de eso que se llama «gambas».

¿Quiero ir a dar una vuelta con Kevin? Se trata de una pregunta retórica, pero no contesto de inmediato porque estoy pensando en María Mijaílovna, con su lista de reglas. ¿Salir a pasear con un alumno británico es una violación tan grave como entrar en su hotel? ¿Es una violación incluso aunque sea el alumno británico quien proponga la invitación? Me gustaría preguntárselo a mi amiga Tania, pero está demasiado ocupada anotando su dirección en un papelito para la chica de las zapatillas Reebok. Miro a Kevin, que me observa con sus oscuros ojos occidentales, esperando una respuesta, y algo, una vocecita astuta, me dice que el juego oficial del *vranyo* consideraría legítimo ir a dar una vuelta con este chico, a pesar de que sea un capitalista, el tipo de extranjero más peligroso de todos.

El viento ha desgarrado las nubes y el sol ha revelado varias cosas interesantes: el lateral del autobús está cubierto de barro, los charcos de la acera desprenden un brillo irisado y Kevin tiene los ojos color avellana, no negros. Miro a mi alrededor: los estudiantes británicos han regresado ya al hotel y no hay rastro de María Mijaílovna.

Cogemos el metro hasta el centro de la ciudad, donde está lo que vale la pena enseñarle a un visitante. Mientras bajamos por las escaleras mecánicas, cada vez más abajo, hasta las entrañas de la ciénaga que Pedro el Grande decidió convertir en una ciudad, Kevin abre los ojos de par en par en una expresión de sorpresa y sonrío, dejando a la vista una hilera de dientes ingleses, impecablemente alineados.

—¡Esto tiene un kilómetro de profundidad! —exclama, con el mismo júbilo que vi en su mirada cuando cogió la pistola del guardia del museo, en la prisión de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Al llegar al andén del metro, Kevin observa con asombro las arañas de cristal, las columnas de mármol y los mosaicos de las paredes.

—Esto sí es un palacio del carajo —exclama mientras examina las piedras de granito y mármol que forman el nombre de la estación.

Sé que en realidad «carajo» no significa «carajo», que es una palabrota, de modo que la archivo de inmediato en el compartimento de mi cabeza reservado para el inglés, un rincón en el que no soy una guía turística sometida a las normas de la Casa de la Amistad y la Paz, sino alguien completamente distinto, alguien que no habla con vocales, sino con diptongos, con eles cadenciosas y erres arrastradas, y cuyas frases, a diferencia de las dóciles frases rusas, suben de tono al final.

Me gusta el compartimento inglés de mi cabeza porque se parece al teatro; como si allí interpretara un papel, como si simulara tener una confianza y un atrevimiento que, en realidad, no tengo. Así debe de sentirse mi hermana en el escenario: liberada de la monotonía diaria y con el poder de convertirse en otra persona. Es emocionante y, al mismo tiempo, un poco peligroso.

Esta emoción, constato con sorpresa, hace que las palabras inglesas salgan a borbotones de mi mente y se ordenen en frases gramaticalmente correctas. Le cuento a Kevin todo lo que sé sobre la construcción del metro de Leningrado, sobre las tareas de perforación en el delta del Neva. Le hablo de los bloques de granito transportados desde el norte, tal como los siervos hicieron antes para construir la catedral de San Isaac. Mientras, como una buena guía, señalo las arañas y el mármol, me doy cuenta de que las personas de nuestro alrededor, que regresan del trabajo con sus

bolsas de rejilla, se vuelven para mirarnos. Miran a Kevin porque es evidente que es extranjero y me miran a mí porque hablo en inglés. Me miran del mismo modo en que miran a los actores cuando salen por la puerta de los camerinos después de la función, con una actitud que sólo puedo describir como deferente.

Kevin contempla con asombro el reloj digital, que cuenta los segundos que discurren hasta la llegada del segundo metro, que entra en la estación antes de que el cronómetro marque un minuto. Es hora punta, le explico. De ordinario, los intervalos entre trenes son de hasta dos minutos. Sé que emplear palabras como «de ordinario» e «intervalos» me hace sonar formal y artificiosa, pero Kevin asiente vigorosamente para indicar que me ha entendido.

Subimos por otras escaleras mecánicas de un kilómetro de largo, y unas puertas de cristal nos sueltan en pleno Nevski Prospekt.

—¿Quieres tomar un café? —pregunta Kevin.

No sé dónde cree que va a encontrar una taza de café en la avenida principal de Leningrado, pero me muestro impasible. Ésa es otra de las cosas que nos ha enseñado María Mijaílovna: no demostrar nunca sorpresa, por inverosímil o rocambolesca que nos parezca una consulta. ¿Tenemos osos andando por las calles? No. ¿Cuál es nuestra tasa de desempleo? Del cero por ciento. ¿Hay algún lugar donde tomar un café? Yo no conozco ninguno. Debemos fingir que somos sofisticados y eruditos, que estamos por encima de las preguntas ingenuas y materialistas de los estudiantes británicos, por encima de la posibilidad de tomar un café en el Nevski Prospekt.

Veó una cola que da la vuelta a una esquina, y Kevin también la ve. La Casa de la Amistad y la Paz no puede hacer nada con las colas. Durante las clases para guías turísticos, María Mijaílovna sugirió un par de estrategias poco convincentes para esos casos. La primera consiste en distraer al turista señalando una antigua iglesia o un palacio. La segunda es contar un chiste. Cuando María Mijaílovna nos llevó al Ermitage para las lecciones sobre el museo, nos explicó qué debíamos hacer si uno de los visitantes quería usar el baño. Los baños también son piezas de museo, dijo. Se han conservado en su estado original desde los tiempos de Catalina la Grande.

Pero la cola que Kevin observa con ojos abiertos como platos es para comprar papel higiénico. La fila dobla la esquina y se pierde por una callejuela adyacente, con tres o cuatro hileras de personas que intentan conservar su sitio a codazos, bajo un cartel en el que puede leerse: «Gracias al partido por el bienestar del pueblo». Espero que Kevin no insista en meterse por esa calle porque es lamentable que el eslogan esté allí, como si alguien lo hubiera puesto a propósito para dejar claro un mensaje que, de tan obvio, no hace falta ni traducir. Pero el eslogan no le interesa en absoluto. Está contemplando fijamente a dos mujeres que se acercan desde el inicio de la cola; llevan a modo de collar ristas de rollos de papel higiénico, que han ensartado en una cuerda para poder acarrearlos mejor.

—¿Puedo hacer una foto? —susurra, levantando ya la cámara con un destello de sus ojos color avellana.

No creo que a las dos mujeres con los collares de rollos de papel higiénico les guste; no creo que a la *babushka* que hay detrás de un carrito de helados, que ya nos mira con el ceño fruncido, le guste; y no creo que a los soldados que dirigen el tráfico les guste. Se trata de una fotografía que no le haría ilusión a nadie, pero Kevin es atrevido: se coloca la cámara a la altura de la cintura y dispara mientras simula estar observando la columnata de la antigua catedral de Kazán. Se cree un genio, como si acabara de inventar una maniobra de distracción perfecta, pero cuando se trata de fingir no hay alumno británico capaz de competir con nuestras décadas de práctica diaria. Todos

(la vendedora de helados, las mujeres con rollos de papel higiénico y los soldados, si se olvidaran por un instante de sus porras color cebra y se volvieran hacia nosotros) descubrirían al instante el truco de Kevin.

Tengo que pensar algo y actuar con rapidez, pues la *babushka* ya ha colocado los brazos en jarras y está a punto de empezar a gritar, mientras una de las mujeres con los rollos de papel higiénico nos está señalando con el dedo. Un segundo más y los soldados se darán la vuelta para ver qué es lo que provoca el alboroto, ese griterío en el centro histórico de la ciudad. Por eso cojo a Kevin por el brazo y le digo que camine deprisa, muy deprisa, hasta que echamos a correr; corremos hasta que nos encontramos a una manzana de distancia, perdidos en la marea humana del Nevski Prospekt.

—¡Por los pelos! —exclama Kevin, resollando, radiante tras aquella aventura.

Pero yo no puedo compartir su entusiasmo. Sólo pensar en lo que podría haber pasado si los militares hubieran intervenido hace que se me hiele la sangre. María Mijaílovna y mi madre se morirían de vergüenza al leer el titular: «Detenidos: un extranjero y su guía no autorizada». Caminamos rápido y nos perdemos entre la muchedumbre durante otra manzana. Lo que podría haber pasado me horroriza y, al mismo tiempo, me horroriza que eso me horrorice. Estoy horrorizada ante mi cobardía y mi miedo.

Pero no puedo evidenciar nada de eso ante Kevin. Él vive en Londres, donde no hay *babushkas* gritonas, ni milicias, ni escasez de papel higiénico. Una vez más, debo fingir que soy una guía. Le muestro el margen del Moika y pasamos ante la Casa de los Libros, con una torre coronada por un globo de cristal, y frente al apartamento de Pushkin, donde yació el poeta, moribundo, después de batirse en duelo para defender el honor de su esposa.

A Kevin le gusta la Casa de los Libros, pero nunca ha oído hablar de Pushkin.

En el bulevar de los Sindicatos, dejamos atrás el Palacio del Trabajo y nos dirigimos hacia la plaza de los Decembristas, en el Neva, donde Pedro el Grande, sobre un caballo en posición de corveta, con corona de laurel y gesto majestuoso, se inclina hacia el río. Hace dos siglos y medio, aquel hombre creó la ciudad, hundió pilotes en los pantanos y transformó las islas del ventoso delta del Neva con un solo objetivo en la mente: abrir una ventana a Europa. Me parece muy apropiado venir a este monumento en compañía de Kevin, quien, con su presencia, da fe de que esta vía sigue funcionando, aunque sea sólo en una dirección.

Mientras Kevin toma fotografías, del todo legítimas, del zar y del capitel dorado del Almirantazgo, yo me apoyo en el parapeto y contemplo el agua revuelta y de color cinc. Si mi madre no hubiera decidido casarse con mi padre en 1950 y trasladarse aquí desde la provincial Ivánovo, yo no estaría enseñándole esta estatua a un chico de Inglaterra. No estaría aquí, rodeada por los anchos puentes que unen los márgenes de granito del río, por estas barandas y vallas de intrincado diseño, por capiteles, cúpulas y robustas curvaturas barrocas.

«¿Qué impulsaría a mi madre a aceptar la propuesta de mi padre?», me pregunto mientras Kevin busca un buen enfoque para fotografiar al Jinete de Bronce, situado al otro lado de la calle. Tratándose de una mujer tan práctica como ella, ¿fue la perspectiva de una vida mejor? ¿Fue para darle un padre a mi hermana, para tener otro hijo, para trasladarse a una gran ciudad? ¿O acaso huía de algo? Al fin y al cabo, según su relato, al acabar la guerra, tras el arresto y el fusilamiento de su tío Volia, la llamaron al cuartel general del NKVD y la obligaron a espiar al doctor Zlotnikov, el director del departamento de Anatomía en el que ella trabajaba. El doctor Zlotnikov, Moisey Davidovich, era su director de doctorado, además de judío. Todos los meses, mi madre

debía acudir a una dirección (un apartamento vacío que podía acoger a una familia entera, decía con amargura) donde un oficial del NKVD la esperaba con una pluma y un montón de hojas en blanco. Mi madre no podía negarse, aseguraba, y por eso todos los meses acudía a aquel lugar secreto y escribía las cosas más cotidianas y anodinas sobre la vida del doctor Zlotnikov: una conversación sobre el porcentaje de tiroides inflamadas en la fábrica textil de Ivánovo para la tesis que estaba escribiendo; sobre la escasez de escalpelos para la clase de disección; sobre el hijo alcohólico de un asistente de laboratorio. Sin embargo, mi madre siempre albergaba el temor soterrado de que le dieran la vuelta incluso a esas informaciones insustanciales, como ocurrió con el chiste del tío Volia, y entonces la detención del doctor Zlotnikov pesaría eternamente sobre su conciencia.

Pasó todo un año acudiendo a aquel apartamento todos los meses, como si se tratara de un encuentro ilícito, sórdido, que debía mantener oculto a ojos de las personas honestas y en el que, bajo la mirada del joven miembro del NKVD, vestido de civil, llenaba hojas y más hojas con su letra cuadriculada. Así pues, en la propuesta de matrimonio de mi padre, vinculada a la necesidad de trasladarse a Leningrado, mi madre debió de ver no sólo una oportunidad para escapar de su pasado provinciano, sino también para regresar a una vida decente y tranquila.

Dos años después de mudarse, murió Stalin. Una vez más, el futuro despuntaba en el horizonte, otro guiño al brillante amanecer prometido por la Revolución. Su traslado a Leningrado dio los resultados esperados: el doctor Zlotnikov se retiró sin que lo arrestaran y ella tuvo una hija y consiguió un trabajo en la docencia.

¿Tendría yo la ocasión de marcharme de aquí, el único lugar que conocía, igual que mi madre se había marchado de Ivánovo? Una cosa es abandonar una ciudad de provincias para instalarse en la segunda ciudad más grande del país; sin embargo, en mi caso, ¿qué podía ser mejor que Leningrado?

Kevin ya ha terminado de hacer fotografías y quiere pasear por el Neva, más allá del Ermitage y del arco del canal de Invierno, donde la Lisa de Pushkin se arrojó desesperada desde una escalera de piedra a las aguas negras, y que era, además, uno de los lugares de paseo preferidos de Onegin y del propio poeta. Pero Kevin no sabe quién es Pushkin, de modo que me cuenta algo sobre el rugby y luego sobre conducir un coche, aunque me resulta difícil imaginar por qué un chico de quince años piensa en algo tan imposible.

—Estoy ahorrando para comprarme uno —dice.

La idea de que uno pueda ahorrar lo suficiente en una vida como para comprarse un coche tiene gracia. Me río, pero Kevin frunce el ceño. Ahora tengo que explicarle que no me estoy riendo de él porque esté ahorrando para comprarse un coche, sino de un chiste que me contó mi hermana. Contar un chiste no es fácil ni siquiera en ruso, de modo que me empleo a fondo y recorro a todos mis recursos lingüísticos para intentar que Kevin me entienda:

—Tres conductores, uno inglés, uno húngaro y otro ruso, van por una carretera. El inglés se estrella contra un árbol, baja del coche y exclama: «¡Maldita sea, este coche me ha costado seis meses de salario!». El húngaro se estrella contra el mismo árbol, baja del coche y exclama: «¡Maldita sea, este coche me ha costado cinco años de salario!». El ruso se estrella contra el mismo árbol, baja del coche y exclama: «¡Maldita sea, este coche me ha costado treinta años de salario!». Entonces el inglés se vuelve hacia el ruso y le pregunta: «Pero ¿por qué os compráis coches tan caros?».

Kevin entorna los ojos y casi puedo verlo pensar. Debo de haber traducido el chiste tan mal

que tendré que explicarle que no se trata de que los coches sean caros. Sin embargo, tras un momento de silencio, Kevin se golpea la frente y se ríe, aunque no sé si lo ha entendido de veras o simplemente finge.

Cogemos el metro de vuelta. Son las siete y media y no quiero que llegue tarde a cenar. Desde la estación del metro hasta el hotel, caminamos bajo la luz del sol; estamos en el periodo de las noches blancas, de modo que el sol brillará aún cuatro horas más antes de desaparecer tras el horizonte para reaparecer de nuevo una hora más tarde. Fuera de la conversación que ofrecen los elementos arquitectónicos del centro de la ciudad, no sabemos qué decirnos.

—¿Te puedo sacar una foto? —pregunta finalmente, y yo, sonrojada, poso ante un arco donde otra *babushka*, una barrendera, barre el suelo con un puñado de ramitas atadas a un palo.

Después del intercambio de direcciones de rigor (amigos por carta, lo llama María Mijaílovna), Kevin hurga en su bolsillo y saca una pulsera de plata auténtica con elaborados motivos florales grabados en el metal. La única plata auténtica que he visto en mi vida es la de las cucharillas de té de mis abuelos que mi madre saca de una caja recubierta de seda los días de fiesta, dos veces al año. Sé que Kevin ha comprado el brazalete en la *Beriozka*, el único sitio en el que se puede adquirir plata, mientras yo miraba los libros.

—Es para ti —dice—. Cógelo, por favor —añade.

Yo nunca he tenido una joya y, menos aún, algo de plata. Es un regalo demasiado generoso, una locura. Además, descontando las gomas de borrar y los peines de bolsillo que los compañeros de clase nos regalan el Día Internacional de la Mujer, es el primer regalo que recibo de un chico. Me doy cuenta de que me ruborizo, pero no puedo evitar una expresión de estupefacción.

La pulsera, que brilla en la palma de mi mano, es un recordatorio de mi estatus exclusivo, que me permite entrar en la *Beriozka* con todos sus tesoros prohibidos. Aunque ¿es realmente un privilegio poder estar junto a unos anaqueles llenos de comida que no puedo comer y de libros que no puedo leer? No conozco la respuesta. No sé si es mejor investigar el lugar donde vive Kevin leyendo el libro titulado *Londres: la ciudad de los contrastes* o pasando un día allí, yendo en metro y tomando fotos. Lo que sí sé es que todos esos pensamientos son eso, pensamientos, y que no cambian nada. Por muchos chistes que cuente, por muy cínica que me vuelva, aquí las cosas son así. A pesar de los deseos de mi madre por conseguir un mundo mejor, nunca viajaré a Londres, ni ahorraré para comprarme un coche, ni probaré las gambas.

Mañana, los estudiantes británicos, con sus *souvenirs* comprados en la *Beriozka* y su pelo tan limpio, van a montar en sus autobuses y se van a marchar. A pesar de la postal que Kevin me mandará como respuesta a mi larga carta, escrita con elegancia y copiada meticulosamente en una bonita hoja de papel, no volveré a verlo nunca más. Mañana por la mañana cruzará la «ventana a Europa» construida por Pedro el Grande y custodiada por los guardias de fronteras del aeropuerto internacional de Púlkovo. Y por la tarde estará ya al otro lado, en Londres: la ciudad de los contrastes.

Le doy las gracias a Kevin con todas las fórmulas de agradecimiento que conozco en inglés, pero hay una pregunta embarazosa que me corroe. En lugar de una joya, ¿no habría preferido *El maestro y Margarita*, de Bulgákov? Agito la muñeca y noto la fría pulsera de plata.

—Preciosa —le digo a Kevin, que cree que soy sincera, que no sabe que mis palabras son tan sólo otra muestra de *vranyo*.

14. TRABAJO

Tengo diecisiete años y acaban de aceptarme en el departamento de Inglés de la Universidad de Leningrado, turno de noche. El programa de día al que me presenté inicialmente no me aceptó porque mis padres eran profesionales y porque mi familia no disponía de los contactos necesarios. Eso me hizo pensar en mi madre, que tuvo que esperar a que la hija de un lechero dejara los estudios para que la aceptaran en la Facultad de Medicina de Ivánovo, y todo eso porque mi abuelo era un ingeniero y no un campesino. Resulta interesante, me dije, que pese a nuestros pasos de gigante hacia un futuro mejor en otros ámbitos, nada hubiera cambiado en el proceso de admisión universitaria desde 1930.

«*Niet huda bez dobra.*» No hay mal que por bien no venga; eso fue lo que comentó mi madre cuando le relaté lo que mi profesora de inglés nos había contado el primer día de clase.

—El turno de noche es mucho mejor porque todos sois alumnos preparados —nos había explicado—. Os han aceptado porque sabéis inglés, no porque vuestra madre lleve un tractor o porque vuestro padre se pase el día sentado en la oficina del partido en Smolny.

Me reconforta saber que soy una alumna preparada, aunque siento rencor hacia el comité de ingreso de la universidad.

Pero ahora necesito un trabajo, de inmediato: el turno de noche exige que los estudiantes trabajen durante el día. Antes de finales de septiembre tengo que entregarle al decano una carta firmada y sellada que acredite que poseo un empleo a tiempo completo.

La perspectiva de tener una ocupación resulta sumamente emocionante y me obliga a abandonar la piscina de juegos de mis compañeros de clase y zambullirme en el mar de los adultos. De hecho, trabajar me convierte de inmediato en una ciudadana adulta, imbuida de una responsabilidad real y remunerada. Pero lo que resulta tan atractivo no es la responsabilidad, sino el prestigio y los derechos que el trabajo conlleva. Tengo la sensación de que por fin empieza la vida real, que vibra en el horizonte como una promesa, de que todo lo anterior fue una simple espera, una retahíla de acontecimientos en el camino hacia ese horizonte.

«Me voy al trabajo», diré como si nada cuando cruce por delante del apuesto Vítia, que vive en la cuarta planta. Vítia parpadeará con su mirada antes indiferente y seguirá mis pasos con una mezcla de admiración y asombro.

No sé cómo se busca empleo, pero da igual: mi madre se ocupa de ello. Como resultado de sus gestiones, Alec, un vecino del tercer piso, me ofrece un puesto.

—Trabajarás como delineante —me anuncia mi madre.

—Pero si no sé dibujar —protesto yo, que ya me estoy imaginando cómo avergonzaré a nuestro predispuerto vecino el primer día de trabajo.

—No tienes por qué. Ellos te contarán lo que tienes que hacer. Si lo he entendido bien, se trata de copiar planos.

—¿Planos de qué?

Mi madre guarda silencio y finge ordenar los cubiertos en el cajón.

—Es una fábrica secreta —aclara—. Una fábrica de barcos.

—¿Barcos? —me burlo yo—. ¿Estás segura de que son barcos? ¿O submarinos atómicos? Serán submarinos atómicos; si no, ¿por qué tendría que ser un secreto?

—No lo sé —responde mi madre—. Eso sí, Alec me ha dicho que necesitas una autorización.

«La autorización tardará dos meses», dice Alec, pero mientras tanto puedo empezar a trabajar copiando planos. A lo mejor se trata de planos de submarinos anticuados, que ya no son confidenciales y que, por lo tanto, puedo ver sin peligro para nadie. Me siento en una gran sala con mesas largas, junto a una chica aburrida de labios finos y pelo de aspecto polvoriento, que se comporta con arrogancia porque acaban de concederle la autorización. A veces dibujamos líneas azules sobre papel vegetal, pero generalmente nos dedicamos a llevar mapas enrollados al departamento de producción, formado por unas salas calurosas del tamaño del gimnasio de mi escuela, con filas de máquinas de forja en las que trabaja un puñado de hombres lascivos. Camino deprisa y con la vista al frente, pero mis tacones resuenan sobre el suelo metálico por mucho que intente evitarlo y esos hombres me lanzan miradas desde detrás de sus enormes máquinas, sonrían y gritan cosas que no quiero oír.

De momento, no he visto ningún barco ni ninguna pieza que pueda servir para construir un barco. Por suerte, tampoco he visto a Alec.

Cada mañana a las ocho cruzo el punto de control. Ésa es la hora en que todos los trabajadores desfilan a través del torniquete de entrada, de modo que a menudo formamos una pequeña multitud, en la penumbra matutina, mientras esperamos para mostrar nuestras tarjetas identificativas a la mujer que está de guardia. Desde su pedestal junto a la puerta, esa mujer, permanentemente malhumorada, presiona el botón que acciona el torniquete. De vez en cuando amonesta a los que se han olvidado la tarjeta o la han perdido. No entiendo por qué está tan enfadada, al fin y al cabo ella no va a tener que pasarse el día tras los muros de la fábrica hasta que den las cinco, cuando ya habrá oscurecido de nuevo y pasaremos una vez más por el mismo torniquete, de vuelta al mundo no secreto.

Todas las mañana a las ocho una pregunta zumba en mi cabeza, persistente como una mosca: ¿trabajar es sólo esto? ¿Dónde ha quedado el espíritu adulto e independiente, esa promesa que vibraba en el horizonte? Intento preguntárselo a la chica del pelo polvoriento, pero no me entiende. Sigue dibujando rayitas, llevando rollos de planos a la zona de producción e ignorando las miradas lascivas y los silbidos de los operarios. O quizá los hombres intuyen lo aburrida que es y ni siquiera se toman la molestia de levantar la cabeza y gritarle palabras obscenas.

A finales de octubre, un pensamiento aterrador empieza a tomar forma en mi mente, sobre todo en las mañanas oscuras en que una neblina helada congela el aire mientras esperamos ante el puesto de control. Todo lo que he hecho hasta el momento ha sido siempre el preludeo a otra cosa. El octavo curso fue el preludeo a la vida académica, mientras que algunos de mis compañeros de clase optaron por la formación profesional. El paseo nocturno por la ciudad tras la graduación dejó caer el telón sobre mi infancia y fue el preludeo a la mañana siguiente, cuando los chicos de pronto crecieron y se volvieron descarados. El maratón de exámenes de acceso a la universidad fue el preludeo a la independencia y la libertad. Todas esas cosas, por difíciles que fueran,

conducían siempre a algo más. Esta espera ante el puesto de control, que se repite todas las mañanas con variaciones menores —en que lo único que cambia es que es una mujer distinta la que vocifera enfadada a un hombre distinto que se ha olvidado su tarjeta—, sólo conduce al patio de cemento de la fábrica, a la cafetería en la que otras mujeres adustas sirven sopa de repollo y a unas líneas de producción donde no se atisba barco alguno.

Dejo el puesto el 1 de noviembre, unos días antes de que aprueben mi autorización.

Durante los siguientes ocho meses trabajo como asistente de laboratorio en el departamento de Anatomía de mi madre. He crecido entre estas paredes impregnadas de formol, de modo que este empleo ni siquiera me parece un empleo. Me siento en una salita frente a Lyuba, otra asistente, y preparamos las muestras de microscopio que los profesores utilizarán en sus tareas de investigación. Ahora mismo, su principal proyecto tiene que ver con los viajes por el espacio y la ingravidez. Todos los años vemos por televisión una emisión en diferido de un nuevo grupo de astronautas que aterrizan en algún lugar de Kazajistán tras otra misión exitosa, a la que nuestro departamento de Anatomía contribuye a través de la investigación animal. Lyuba y yo sacamos conejos de unas jaulas del sótano, los atamos a un centrifugador y los hacemos rodar a una velocidad cósmica que los convierte en discos blancos y grises. Si cuando el centrifugador se detiene siguen con vida, tenemos que matarlos con éter, pues los investigadores quieren sólo la espina dorsal de los conejos. Para ello, debemos partir con cuidado las vértebras y sacar la columna vertebral de una sola pieza, congelarla y, finalmente, crear las muestras con fragmentos translúcidos de columna que colocamos sobre un portaobjetos para su examen microscópico. Yo no soporto tener que cubrir el hocico de los conejos y su pelaje húmedo con un trapo impregnado de éter; Lyuba, en cambio, no soporta tener que partirles la columna vertebral. Así pues, nos dividimos el trabajo de forma conveniente para las dos.

Cuando hemos preparado suficientes muestras, nos sentamos en nuestros escritorios y charlamos con Sasha, un tipo bajito de mandíbula cuadrada que lleva siempre una bata de médico. Sasha es un *aspirant*, un estudiante que trabaja en su tesis doctoral, que probablemente trate sobre los cambios orgánicos de la columna en el espacio, por eso pasa más tiempo que nadie en nuestro laboratorio, siempre contando chistes, siempre riéndose.

—Un ruso, un alemán y un judío —empieza Sasha, y yo me pregunto si ya me lo sé, pues todos los chistes de Sasha incluyen un trío internacional que representa claramente nuestra visión de la jerarquía mundial— se encuentran con Dios. «Os concedo un deseo», les dice Dios. «Podéis pedirme lo que queráis.» «¡Que mates a todos los alemanes!», grita el ruso. «¡Que mates a todos los rusos!», grita el alemán. «¿Y tú que quieres?», le pregunta Dios al judío. «Que les concedas los deseos a estos dos», dice el judío, «y para mí, una taza de café».

Me río, pero Sasha está pendiente de la reacción de Lyuba. Sé que le gusta Lyuba, que tiene veinticuatro años y unos ojos más grandes que las lentes del microscopio.

Lyuba le ríe los chistes con educación, pero en cuanto Sasha se marcha no se muestra tan benévola.

—Está casado —anuncia con una sonrisita de suficiencia, y hace un gesto de desdén con la mano—. Además, es bajito y parece un mono.

A Lyuba le gusta el profesor Rodionov, que también está casado, pero es el hombre más alto del departamento y, visto de lejos, se parece al actor francés Alain Delon. Lyuba hace coincidir sus pausas para fumar con el fin de las clases del profesor Rodionov para así poder pedirle fuego

cuando éste sale de la sala de disección. El profesor se comporta con cortesía, pero nunca va más allá de encenderle el cigarrillo. Yo creo que Lyuba no tiene ninguna posibilidad, porque todo el mundo sabe que el profesor Rodionov es un esnob clasista que nunca le prestaría atención a alguien como Lyuba, que apenas posee un diploma de secundaria.

Aunque, según nuestros libros de historia, las clases sociales fueron erradicadas en 1917 junto con el zar, el profesor Rodionov se enorgullece de pertenecer a lo que él mismo llama «la élite erudita».

—Una sociedad sin clases —se burla mi hermana— significa que las clases no reconocen su existencia mutua.

Al mediodía, llega una mujer de pelo rizado llamada Valia con una caja llena de botellas de leche. Como trabajamos en un entorno peligroso cargado de formaldehído, todos los miembros del departamento de Anatomía tenemos derecho a una botella de leche gratuita al día. Valia siempre tiene preguntas médicas para Sasha, que se las contesta con mucho gusto y que, como la mayoría de los *aspirants*, lo sabe todo. Ayer Valia quería saber si la vesícula biliar contiene realmente bilis, y, el día anterior, le pidió un buen remedio para las verrugas. Hoy Valia está interesada en saber cuál es el método anticonceptivo más fiable. Lyuba sacude la cabeza y se marcha, ofendida ante tamaño descaro. Yo siento curiosidad, o sea que me quedo.

—El cemento —aconseja Sasha—. Cubre todos los orificios con cemento y no entrará nada, ¡garantizado!

Valia suelta una carcajada y le da a Sasha una palmada en la espalda. Yo vuelvo a concentrarme en mi tarea de disección de la columna vertebral de otro conejo, decepcionada. Francamente, esperaba algo un poco más instructivo.

Cuando llego a casa, me encuentro con el caos: Marina tiene que hacer un regalo al director musical de su teatro. La fiesta de cumpleaños es el lunes siguiente y está desesperada.

—¡Es complicadísimo hacerles regalos a los hombres! —declara—. El vodka es demasiado vulgar, y encontrar coñac decente es imposible.

—Regálale un libro —dice mi madre con su voz de profesora.

—No, ya tiene uno —responde Marina con expresión muy seria, aunque las tres sabemos que es un viejo chiste, tan viejo que el tío de mi madre al que rehabilitaron póstumamente lo contaba ya en 1937—. Lo único que se me ocurre es algo para completar su colección.

—¿Y qué colecciona? —le pregunto yo.

—Conejos —dice Marina—. Conejos de todo tipo: de cristal, de porcelana, de madera. Y de todos los tamaños.

Caigo en la cuenta de inmediato de qué debe regalarle. No puede ser casualidad que el director musical colecciona conejos y que en el departamento de Anatomía donde yo trabajo haya toneladas de conejos metidos en jaulas herrumbrosas, esperando a convertirse en un dato estadístico del estudio cuantitativo de Sasha. Estoy segura de que mi idea es brillante e insuperable. De hecho, es tan genial que no puedo aguantarme.

—¡Un conejo vivo! —grito—. ¡Regálale un conejo vivo!

Mi madre me mira con expresión socarrona; no sabe si hablo en serio, ni si llevarse un conejo del laboratorio de anatomía es correcto.

—¡Sí, sí, un conejo vivo! —insisto, atragantándome con mis propias palabras—. Será un regalo único y, encima, salvaremos a un conejo y le ahorraremos que lo centrifuguen, lo asfixien

con éter y lo diseccionen.

Veó que mi madre duda y echo mano de mi último argumento.

—De todos modos, ahora mismo tenemos demasiados conejos; acabamos de hacer inventario —digo. Lo del inventario es una mentira—. Sasha dijo ayer que deberíamos empezar a guisarlos para comer —añado.

Ahora, los ojos de mi hermana arden también de emoción. Mi madre no tiene nada que hacer ante nuestro entusiasmo combinado.

El lunes, mi hermana y yo bajamos al sótano del departamento de Anatomía, abarrotado de jaulas hediondas, y elegimos un conejo tricolor (negro, blanco y marrón claro), lo que, según mi hermana, es señal de buena suerte. El conejo se debate dentro del papel de periódico con el que Marina lo envuelve antes de esconderlo dentro de su bolsa de rejilla, para poder montar con él en el autobús urbano.

Ya me imagino a Marina llegando a la fiesta de cumpleaños con un conejo en la bolsa; veo el alborotado torbellino de sorpresa, el conejo petrificado sobre el suelo de parquet, los brindis aturullados a la salud del animal, las manos que lo acarician y lo mecen hasta que la pobre bestia, presa del pánico, se le mea a alguien en el vestido. El apartamento vacío, las nubes de humo de tabaco sobre los restos de la cena y el conejo semiinconsciente, medio muerto, en un rincón de un oscuro pasillo.

—¿Estás segura de que sabrá qué hacer con un conejo vivo? —pregunto, pero sólo veo la espalda de Marina, que desaparece tras una puerta que se cierra.

Al inicio de mi segundo año, mi profesora de inglés, Natalia Borísovna, me llama aparte y me cuenta que hay una vacante en la Casa de la Amistad y la Paz, donde ya trabajé como guía turística durante el noveno curso. El trabajo es de secretaria del director y no tiene nada que ver con hablar en inglés, pero tal vez, con el tiempo y con suerte, añade mi profesora, puede convertirse en otra cosa. En cualquier caso, asegura, es un trabajo impresionante y de prestigio.

Mi trabajo consiste en sentarme detrás de un escritorio enorme, delante de la oficina del director, y atender el teléfono. Al director, Víktor Nicoláyevich, miembro del partido, como todos los funcionarios, no parecen interesarle las llamadas que le llegan a través de mí; las únicas que despiertan su interés son las que entran a través de un teléfono rojo sin disco de marcar que hay encima del escritorio de su oficina. Cuando el teléfono rojo suena, mi jefe pone los pies encima de la mesita, suelta una carcajada al auricular y se marcha al cabo de poco, siempre de buen humor. De hecho, Víktor Nicoláyevich siempre suele estar de buen humor. Su sonrisa se insinúa en el rabillo de sus ojos, en los hoyuelos de sus mejillas y en sus mullidos labios todas las mañanas cuando cruza la sala de espera con paso civilizado, a una hora tan civilizada como las diez de la mañana.

—*Hozyain* —masculla con deferencia Ludmila, la contable, cada vez que pasa por delante de ella; *hozyain* significa «patrón».

Víktor Nicoláyevich, alto y de espaldas anchas, se parece realmente a un patrón. Por su aspecto parece como si la Casa de la Amistad y la Paz, con sus escalinatas de mármol, sus candelabros de bronce, sus molduras doradas y las treinta personas que trabajan en las oficinas del primer piso, le perteneciera a él en exclusiva y no al Estado.

La sala de espera donde trabajo tiene eco y hace que me sienta humilde e importante al mismo tiempo. Es el centro social de las oficinas de la primera planta, donde se gestionan las

delegaciones extranjeras que visitan nuestra ciudad. Allí se reúnen los coordinadores de los departamentos socialistas y capitalistas para intercambiar cotilleos y hacer ostentación de su ropa. Las mujeres que coordinan a los socialistas suelen ir vestidas con colores más llamativos. Olya, alta y esbelta, coordinadora de la República Democrática Alemana, lleva trajes azul claro con faldas cortas, mientras que la pálida Galina, coordinadora de Checoslovaquia, prefiere los zapatos de tacón de aguja y abundante maquillaje. Serguéi, hombre apuesto de ojos tristes que trabaja como coordinador de Bulgaria, se queja de resaca y de que tiene que encargarse de las reservas hoteleras de un grupo de diputados del Sóviet polaco, pues Sveta, la responsable de Polonia, tiene la baja por maternidad de un año.

Los coordinadores de los capitalistas, en cambio, visten con tonos más sobrios, grises, beis y verdes oscuro. Rita, que hace diez años se licenció en mi departamento de la universidad, aparece de la mano de la teatral Tatiana Vasílievna, coordinadora de todos los países de habla inglesa. Tatiana Vasílievna me hace sentir aún más inferior de lo que ya me siento normalmente en este entorno único, rodeada de personas importantes y bien vestidas. Le gusta dar consejos a todo aquel al que supera en rango, lo que incluye a casi todo el mundo excepto Víktor Nicoláyevich, que está sentado tras la puerta de roble que hay junto a mi escritorio.

—Utiliza algo de maquillaje, cariño —le murmura al oído a Anna, la mecanógrafa que está en un rincón de la sala de espera, encorvada sobre su máquina de escribir, y que viste su habitual traje gris, que brilla de tan usado.

Anna, que me duplica la edad y es de una timidez exacerbada, esboza una sonrisa de compromiso a la vez que desearía poder esconderse en el interior de la pared, lejos de los dedos cargados de anillos de Tatiana Vasílievna, que sujetan un montón de papeles que hay que mecanografiar. Cariño, *dushenka*, es el apelativo que les dedica a todas las mujeres más jóvenes que ella antes de insultarlas o desbordarlas de trabajo.

—*Dushenka*, no me llames señora ante estos caballeros ingleses —le susurra a Rita, abrazándola—. Ya no estoy casada, ¿no?

Todo el mundo en la Casa de la Amistad y la Paz sabe que el marido de Tatiana Vasílievna hizo las maletas y se largó tres meses después de la boda, hace nueve años, cuando ella acababa de cumplir los treinta y cinco. «Lo raro es que tardara tanto», comentó Ludmila, la contable, cuando me contó la historia.

—A ver si se van a creer que soy un ama de casa cargada de mocosos —le dice Tatiana Vasílievna a Rita con un susurro—. Como tú.

Rita sonríe, avergonzada, y se disculpa. No sé cómo logra que su rostro compungido esboce una sonrisa, aunque sospecho que estará pensando en el futuro, dentro de diez años, cuando Tatiana Vasílievna cumpla los cincuenta y cinco, la edad de jubilación para las mujeres, y Rita quede al mando de los países de habla inglesa. Aunque debo admitir que estar al cargo de todo el mundo angloparlante es una posibilidad muy atractiva, no me parece compensación suficiente para tener que pasar diez años bajo la férula de Tatiana Vasílievna. Me imagino a mí misma en la posición de Rita, replicando con frases ingeniosas y contundentes que habría ensayado durante semanas, respuestas que desarmarían a Tatiana Vasílievna y la convertirían en una persona amable y sensible.

Tatiana Vasílievna pasa mucho tiempo en la sala de espera porque le gusta el director, mi jefe. Está casado, desde luego, y como todos los funcionarios, debe dar ejemplo y actuar como una célula social responsable, pero eso a Tatiana Vasílievna la trae sin cuidado. Idea proyectos y se

los cuenta con todos sus pormenores a Anna, la mecanógrafa, que cada vez que Tatiana Vasílievna entra en la sala se encoge como una tortuga dentro de su traje ajado. Tatiana Vasílievna revuelve los papeles de mi escritorio y finge leerlos con detenimiento, mientras espera a que se abra la puerta. Si eso no sucede, se lleva la mano al pecho y empieza a abanicarse vigorosamente. Respira con dificultad y llama a Rita con voz apenas audible. Cuando Rita acude corriendo, Tatiana Vasílievna se lleva a la frente el dorso de la mano y le implora que llame a un médico. En ese preciso instante, Víktor Nicoláyevich, que tiene un sexto sentido para percibir esas crisis, sale de su oficina y le devuelve la vida. En una ocasión en que éste había salido para acudir a una reunión, a Tatiana Vasílievna le dio un síncope y se desplomó delante de la chimenea, con las piernas perfectamente cruzadas a la altura de las rodillas.

Por su forma de mirarla, creo que mi jefe tiene a Tatiana Vasílievna y sus ataques histriónicos muy calados, y que la trata como a la mujer sola y neurótica que es en realidad. Pero, aun así, es una funcionaria de alto rango, además de la coordinadora de una parte sustancial del mundo capitalista, de modo que cada vez que se lleva la mano al pecho y le cuesta respirar tenemos que aparentar que nos preocupamos mucho y salir disparados hacia el baño a buscar agua fría o a la cafetería a por rodajas de limón, mientras ella se desabotona la blusa de modo que asome la puntilla de su sujetador.

Yo no sé dónde compran nuestras coordinadoras su ropa interior de puntilla, sus delicados pantis y sus trajes a medida; lo que sí sé es dónde no los compran. Quizá la ropa difícil de encontrar es otro de los extras que se reciben por ser un coordinador de la Casa de la Amistad y la Paz, junto con el paquete de comida con un kilo de ternera, un bote de café soluble y un salami duro que pueden recoger en un distribuidor especial antes de cada periodo de vacaciones. Lo que yo llevo para ir a trabajar lo he conseguido abriéndome paso a codazos en la cola de la tienda de nuestro barrio o ha salido de las manos de artista de mi hermana: una camisa húngara con florecitas moradas y una falda marrón hecha con la tela de unos pantalones viejos de Marina. Últimamente, mi hermana ha estado de buen humor y me ha cosido un vestidito negro con un retal de tela que encontré enrollado en nuestro armario, un modelito como el que vi en la revista *England* que Rita tenía abierta encima de su mesa.

Aparte de Tatiana Vasílievna y sus ataques de nervios, mi trabajo no tiene nada de particular. Me siento en mi escritorio, hago mis deberes y contemplo el antiguo reloj de pie del rincón, cuyas manecillas no parecen moverse. Sobre la una y media me dirijo a la cafetería de la Casa de la Amistad, un lugar exclusivo con camareras y menú impreso al que tienen acceso los empleados y los miembros del selecto público vinculado a los asuntos exteriores, y que abre también durante las noches en que se celebra algún festival artístico o cultural en la sala de baile de la segunda planta.

Esas noches me tienen intrigada. Los días son predecibles y aburridos, los coordinadores van de aquí para allá con sus informes, Ludmila, la contable, repasa los últimos chismorreos, Víktor Nicoláyevich se ríe mientras habla por su teléfono rojo y Anna aporrea las teclas de la máquina de escribir como una metralleta. Pero ¿qué sucede por la noche? ¿Quién se sienta a las mesas de la cafetería mientras nosotros estamos cómodamente instalados en nuestras aulas de la universidad o en nuestras casas? ¿Qué transformaciones misteriosas experimentan las sopas, las albóndigas y los pastelitos con rosas rojas cuando el reloj da las seis?

Por todo ello, la jornada en que por la noche se celebra un aniversario del compositor británico Benjamin Britten decido no marcharme a casa a las cinco y media. Es un miércoles, el

único día que no tengo clases en la universidad, de modo que mi conciencia está tranquila. Subo por la escalinata de mármol con pasamanos de hierro forjado y llego a la sala de baile; es grande como un estadio, y los espejos que cubren las paredes, desde el suelo hasta el techo, hacen que aún lo parezca más. Naturalmente, reparo de inmediato en la presencia de Tatiana Vasílievna (al fin y al cabo, el acto se celebrará en inglés), que le está indicando a Rita cómo colocar las sillas de los músicos y dónde situar el estrado.

—Tengo que estar mirando hacia el público —le dice—. No querrás que tenga que volver la cabeza, ¿verdad?

Rita intenta empujar la plataforma, pero Tatiana Vasílievna se golpea la frente con la mano y cierra los ojos.

—*Dushenka*, estás rayando el parquet, pero ¿no te das cuenta?

Yo me alejo porque no me apetece nada tener que ayudar a poner las sillas y el estrado, menos aún bajo las instrucciones de Tatiana Vasílievna. Tampoco quiero tener que explicarle qué estoy haciendo aquí, fuera de mi horario de trabajo, en un concierto de música capitalista, dispuesta a establecer comunicación, sin su consentimiento, con personas de países de habla inglesa.

Los veo entrar por la puerta principal mientras bajo por las escaleras: mujeres de aspecto alegre y eternamente joven, todas ellas con unas exuberantes melenas rubias y zapatos de piel, y hombres vestidos con vaqueros que se mueven con gesto relajado, como si nunca hubieran tenido que coger un autobús en hora punta. Ahora están admirando el oro, el mármol y el cristal que perteneció al conde Shuválov, propietario de este suntuoso exceso, hasta 1917, cuando los bolcheviques lo entregaron al pueblo.

Tatiana Vasílievna se detiene en lo alto de las escaleras con gesto magnánimo, como si toda esa opulencia le perteneciera, esperando a que el grupo llegue hasta ella. Pasan junto a mí y percibo un leve aroma a Occidente, un olor a limpieza perenne y a ropa fina. Entonces, aprovechando que Tatiana Vasílievna va a estar ocupada durante un rato, me dirijo hacia la cafetería con la esperanza de poder mezclarme con los selectos miembros del grupo de invitados que acuden a un acto tan exclusivo.

La verdad es que no sé por qué me dirijo a la cafetería. Estoy muerta de miedo; temo que, al entrar, se queden todos mirándome y se den cuenta de que es la primera vez que estoy en un restaurante de noche. Lo cierto es que, aparte de mi hermana, que a veces va al club de los Actores, no conozco a nadie que haya estado de noche en un restaurante. En la ciudad hay varios, o sea que alguien debe de comer en ellos, pero siempre están custodiados por porteros de rostro impenetrable a los que sólo se puede sobornar con cosas que yo no tengo. No dejo de imaginar que, en su interior, son como los decorados de las películas de época: un piano junto a una palmera en un tiesto, un mantel almidonado bajo el círculo de luz de una lámpara de sobremesa, un camarero inclinado con una servilleta blanca encima del brazo. De pie ante la puerta de la cafetería de la Casa de la Amistad, me siento tan vulnerable como si, a punto de entrar en la oficina de mi jefe, descubriera que se me ha olvidado vestirme.

El comedor con luces de neón se ha metamorfoseado en una cueva oscura y llena de humo de tabaco. Al fondo distingo el mostrador de los pasteles, de modo que me armo de valor y me dirijo hacia los conocidos anaqueles con sus *éclairs*. Las tartas cubiertas con rosas rojas, como faros en la noche, guían mis pasos. Finjo estar en mi lugar y, aunque en realidad sí lo es (por lo menos de trabajo), me siento como si estuviera atravesando un campo de minas, consciente de que en cualquier momento puedo cometer un error y mi apariencia estallará en pedazos y revelará lo que

soy realmente: una muchacha torpe sin modales ni mundo.

Junto al mostrador de los pasteles, como una salvación, veo a Natasha, que va a la misma clase de inglés que yo en la universidad. Me abalanzo sobre ella y la saludo como si fuera mi mejor amiga y llevara varios años sin verla, a pesar de que ayer mismo me senté a su lado en clase de fonética. Natasha me cuenta cómo ha terminado aquí, en este concierto y en este restaurante, pero sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro. Me siento tan aliviada que pido un Napoleón, un café y una botella de gaseosa para las dos, aunque no estoy segura de llevar dinero en el monedero.

—¿Quién crees que es toda esta gente? —le pregunto a Natasha, señalando con la cabeza a la multitud que fuma en la penumbra.

Me doy cuenta de que no se sirve comida, sólo dulces y bebidas.

—Eso mismo iba a preguntarte yo —contesta Natasha—. Quien trabaja aquí eres tú.

Tiene razón, yo debería saberlo. Probablemente, todos los trabajadores de la casa lo sepan, salvo Anna, la mecanógrafa, que no ve nada más que su máquina de escribir, pues vive mortificada por Tatiana Vasílievna. Apuesto a que todos mis compañeros de trabajo se han sentado en estas mesas de noche, pidiendo platos de *éclairs* y tal vez incluso alguna copa de las botellas de coñac y champán cuyas etiquetas brillan detrás del mostrador.

Para adoptar un aire más sofisticado, Natasha saca un paquete de cigarrillos del bolso. Nos encendemos uno cada una y nos reclinamos, con gesto relajado y hedonista, picoteando con desgana de nuestros platos, como si nuestros padres nos obligaran a comer *éclairs* a diario para desayunar, almorzar y cenar. Esa actitud hace que me sienta como el resto de los presentes, como si mi lugar estuviera en este rincón oscuro de este restaurante donde nadie cuestiona mi presencia.

Entonces, con paso imperial, Tatiana Vasílievna atraviesa la puerta y se dirige con decisión al mostrador. De pronto me ve sentada en esta mesa y su rostro adquiere la misma expresión que adoptó cuando Rita no fue capaz de encontrarle un billete de tren de primera clase para que, ese mismo día, acompañara a un grupo de empresarios americanos a Moscú.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —pregunta en un tono que no presagia nada bueno, y yo, obediente, me levanto, porque eso es lo que nuestras profesoras de primaria y nuestras madres nos han enseñado que debemos hacer cuando hablamos con alguien mayor que nosotros—. Tu turno termina a las cinco y media —dice, echando un vistazo a su reloj de oro—. No tienes por qué estar en este restaurante de noche.

Con sus zapatos de tacón es más alta que yo, o quizá son mis hombros encorvados los que hacen que yo parezca más baja.

No se me ocurre nada que decir. No sé si Tatiana Vasílievna puede prohibirme la entrada en el restaurante, pero a juzgar por su barbilla levantada y su ceño fruncido, ella está convencida de que sí. Y ese aplomo, esa autoridad que rezuma por cada uno de los poros de su rostro profusamente maquillado hace que me encoja aún más. Lo que sucede es que, en el fondo, soy demasiado dócil y cobarde para formar parte de este sitio, y odio a Tatiana Vasílievna por evidenciármelo de forma tan clara.

—*Dushenka* —empieza con tono dolido, pues he herido sus sentidos comiéndome un Napoleón en un lugar en el que no me está permitido entrar de noche—. Deberías recordar que lo que se le permite a Júpiter no se le permite al toro.

Es la primera vez que oigo ese dicho, aunque estoy convencida de que Tatiana Vasílievna se lo ha inventado sólo para poder compararse con la deidad romana más poderosa. Sin embargo, ¿por

qué tengo que ser yo el toro? Además de entrar sin permiso en los sitios y, en general, no saber dónde está mi lugar, acabo de quedar como una ignorante de la mitología romana y las frases hechas que se derivan de ella. Echo un vistazo a Natasha, que está muy quieta, encajada entre la mesa y la pared, probablemente preguntándose si ese discurso va también por ella.

Abandono el restaurante y su oscura sofisticación tras los pasos de Tatiana Vasílievna. Aún encorvada y derrotada por completo, cruzo las puertas de roble de la Casa de la Amistad y la Paz, que, como acaba de quedar claro, no ofrece ni lo uno ni lo otro.

Corre el rumor de que van a trasladar a mi jefe, Víktor Nicoláyevich, a Checoslovaquia. La gente lo dice con respeto: cuando Ludmila, la contable, lo cuenta, baja el tono de voz con actitud deferente, mientras que Olia, la coordinadora de la República Democrática Alemana, abre los ojos y la boca de par en par. Se trata de un traslado a otro país, un ascenso. ¿Es un ascenso importante? Más importante que Bulgaria o Vietnam, pero menos que, por ejemplo, Francia. En cualquier caso, Víktor Nicoláyevich pasa ahora cada vez menos tiempo detrás de su puerta, lo que provoca las miradas dolidas de Tatiana Vasílievna cada vez que se deja caer en la sala de estar sólo para descubrir que su despacho está vacío. En esas ocasiones se queda tan abatida que ni siquiera finge desmayarse, pues él no está ahí para ver su escote abierto ni su rodilla, cubierta de nailon brillante y meticulosamente doblada, en el suelo, junto a mi escritorio.

A mí me gusta Víktor Nicoláyevich y no quiero ni pensar en lo que sucederá cuando se marche. Es un tipo de trato fácil, cuenta chistes, nunca se enfada conmigo y me protege como lo haría un padre, aunque no se parece en nada al mío. No fuma, es de complejión recia y tiene la piel blanca y la boca llena de dientes de verdad.

De acuerdo con Ludmila, la contable, tiene debilidad por las camareras de la cafetería. Le encantan, dice, sobre todo Maya, que tiene el pelo rubio ceniza y lleva uniformes ceñidos y pintalabios rojo. A mí, por algún motivo, Maya no me gusta; es raro, pero casi diría que me provoca celos. Él es mi jefe y quiero que se fije en mí y sólo en mí. El otro día, cuando salía de su oficina con un montón de papeles para mecanografiarlos, Víktor Nicoláyevich me tomó de la mano (la que no estaba ocupada con los papeles) y, mientras la sujetaba, me miró a los ojos con tanta intensidad que tuve que apartar la mirada. Cuando me soltó, regresé a mi despacho en la sala de espera, y unos minutos más tarde, después de responder al teléfono rojo, se marchó.

Desde el incidente de Júpiter y el toro, Tatiana Vasílievna no ha hablado directamente conmigo ni una sola vez. Quizá ahora preferiría no haberme humillado en el restaurante, pues sabe que puedo resultarle útil para localizar a Víktor Nicoláyevich cuando le dé otro síncope. O quizá esperaba una disculpa por mi comportamiento inapropiado y, al ver que no llegaba, ha decidido que no tengo remedio y que, por lo tanto, merezco tan sólo que me ignore y me haga el vacío. Sea cual sea el motivo, lo cierto es que ya no me dirige la palabra, lo que para mí supone un gran alivio.

Es abril, faltan dos meses para que termine mi segundo año en la universidad, y hace ya unos días que intento encontrar un pretexto para poder examinarme de historia de forma anticipada. Se trata de una asignatura obligatoria, historia del Partido Comunista y de la Unión Soviética, y presentarse por adelantado puede solucionar dos de los problemas inherentes a la asignatura: me ahorraré asistir a las clases y tener que escuchar todos esos relatos inventados, y, según las mentes innovadoras que han empleado esa treta con anterioridad, aumentarán mis posibilidades de sacar buena nota, porque los profesores aún no habrán adoptado la mentalidad despiadada propia de las

dos últimas semanas del semestre. He escrito una carta con el papel oficial de la Casa y el sello de la Casa que guardo en mi cajón, solicitando al decano de la universidad que me permita examinarme de forma anticipada, pues durante el mes de junio recibiremos a tantas delegaciones extranjeras procedentes de todo el mundo que, como empleada de la Casa de la Amistad, me será imposible encontrar tiempo para estudiar.

En realidad, en junio las cosas se ralentizan porque todo el mundo empieza las vacaciones, pero el decano y el departamento de Historia Comunista están habituados ya a las verdades distorsionadas. La carta está escrita de forma inmaculada y sólo le falta la firma del director. Decido que pasaré a la acción el lunes, el último día antes de que Víktor Nicoláyevich se marche a su nuevo puesto en Checoslovaquia.

El sábado apremio a Marina para que termine el vestido negro que me está cosiendo según la foto de la revista *England* de Rita. El lunes a las diez de la mañana saludo a mi jefe junto a mi escritorio, enfundada en mi vestido nuevo. Es corto, muy corto, con un escote demasiado pronunciado para el trabajo, y Víktor Nicoláyevich se fija de inmediato. Abre sus mullidos labios con intención de hacer algún comentario, pero no dice nada. El azul de sus ojos se suaviza y se derrite mientras me mira; por primera vez desde que empecé a trabajar aquí, me mira de pies a cabeza. Lo inesperado es que esa mirada me sienta bien; resulta edificante. Tal vez es porque en parte esa mirada de admiración va dirigida a mí y no a Maya, con sus uniformes ceñidos y sus labios rojos, ni tampoco, desde luego, a Tatiana Vasílievna, que podría desmayarse mil veces, mostrando hábilmente todo su nailon y todas sus puntillas, y aun así nunca provocaría una mirada como ésa.

Víktor Nicoláyevich entra en su oficina y yo lo sigo con un montón de correo y una carta mecanografiada en la mano. Se sienta en su escritorio, se pone las gafas y empieza a hojear los papeles, como si no acabase de repasarme con la mirada, como si ya no viera mi vestido negro.

—¿Podría firmarme esto? —pregunto con la voz tímida y sumisa que hace que los directores se sientan aún más poderosos—. Es para poder examinarme de forma anticipada de historia del Partido Comunista y la Unión Soviética.

Él coge la carta, la lee y me mira por encima de las gafas.

—Así pues, estaremos «inundados de delegaciones extranjeras en junio» —recita—. Y le será «imposible encontrar tiempo para estudiar», ¿no?

Yo asiento y esbozo una sonrisita, demostrando que sé que él sabe que es mentira. Él saca una pluma de un enorme estuche que preside su escritorio, firma la carta y me la devuelve.

—Hoy es mi último día aquí —añade, tras murmurarle yo las gracias—. Después del trabajo vamos a celebrarlo.

Evidentemente, de nada me servirá decirle que tengo clase a las siete.

El día se alarga, sobre todo porque Víktor Nicoláyevich pasa la mayor parte del tiempo fuera de su despacho. Primero suena el teléfono rojo y se marcha de inmediato, y al momento reaparece sólo un instante antes de acudir corriendo a la cafetería y a sus camareras. Tatiana Vasílievna se asoma varias veces a la sala de espera, dejando tras ella un rastro de perfume, y en una de esas tiene suerte y se topa con Víktor Nicoláyevich, que acaba de volver.

—Vaya, vaya, vaya, de modo que hoy es tu último día —dice con un arrullo y levantando la mano con la idea de que se la bese—. Hay que despedirse de los viejos amigos.

Víktor Nicoláyevich la invita con un gesto a entrar en su despacho. Ella echa la cabeza hacia atrás y agita su melena de manera que muestra los corazoncitos dorados en los lóbulos de sus

orejas.

Cinco minutos más tarde vuelve a la sala de espera y parece completamente decepcionada. Yo estoy de pie junto a mi escritorio y finjo estar muy ocupada ordenando unos pedidos, pero con el rabillo del ojo la veo contonearse como si quisiera sacudirse el bochorno de encima. Entonces se vuelve hacia mí y reparo en que está observando mi vestido. Yo sigo hojeando los papeles, pero por su expresión, y a pesar de que tan sólo la veo de soslayo, sé que está furiosa. Sé que sabe que Víktor Nicoláyevich va a pasar más tiempo despidiéndose de mí del que pasó con ella. Y eso me provoca un cosquilleo en la garganta, como el champán, mientras Tatiana Vasílievna echa de nuevo la cabeza hacia atrás y se marcha con un repiqueteo de sus altísimos tacones.

El champán se descorcha a las seis. Víktor Nicoláyevich, que ya ha tomado alguna copa durante sus repetidas ausencias, me indica que entre en su oficina, y cierra la puerta. Desde el otro lado de su escritorio llena dos copas. Bebemos y las llena de nuevo.

—Por usted —digo, y él dice lo mismo.

La bebida me hace cosquillas en la garganta y en el estómago vacío (estaba demasiado nerviosa para comer, o tal vez es que no quería exhibir mi vestidito negro en la cafetería) y me achispo de inmediato.

—¿Vendrás a visitarme a Praga? —me pregunta, y yo me río porque es una pregunta tonta.

Ambos sabemos que no puedo viajar a Praga, ni a ninguna otra capital extranjera; los pocos que pueden viajar, o bien tienen influencia, o bien forman parte de la alta burocracia, como él.

—Mándeme un visado y lo visitaré donde sea —respondo entre risas—. Donde sea en el extranjero —añado por si acaso.

Víktor Nicoláyevich se levanta y rodea la mesa, se sienta en una silla giratoria, junto a la mía, tira de mí y sus gruesos labios envuelven los míos, con lengua y todo, en un beso definitivamente demasiado largo como para considerarlo un beso de despedida. Yo ya sabía que iba a pasar algo así, y actúo como si estuviera acostumbrada a que mi jefe me siente en su regazo, sobre todo porque tengo la sensación de estar volando; tal vez su silla está girando, o tal vez giran el resto de las sillas del despacho, no lo sé. Noto su sabor a coñac y a champán en la boca, y su olor por toda la cara; huele a colonia, o quizá es el perfume que llevaba Maya, la camarera, cuando se ha despedido de ella.

Entonces deja de girar, me aparta de sus rodillas y se levanta.

—Bonito vestido —dice, al tiempo que se pone la chaqueta del traje—. Recoge tus cosas, nos vamos a mi fiesta de despedida.

Obedientemente, me levanto y me dirijo hacia la puerta, extrañada de que nos vayamos a otra parte y de que vaciar una botella de champán y besuquearse en su despacho no pueda considerarse ya una despedida. A mi alrededor, las cosas han dejado de dar vueltas y logro descolgar mi chaqueta de un solo gesto. No me cabe ninguna duda de que Víktor Nicoláyevich conoce muchos lugares en los que celebrar una fiesta de despedida, pero un pensamiento negro se va apoderando de mí como un persistente dolor de cabeza, una sensación de mareo y de «continuará...». Al fin y al cabo, él tiene cuarenta y cinco años y yo, dieciocho, soy su secretaria, llevo un vestido minifaldero y estoy borracha de champán, una situación tan manida y predecible que es bien sabido cómo suele terminar. Pero también soy la única persona de la Casa de la Amistad y la Paz a la que ha invitado a su fiesta de despedida. No se ha llevado a la sofisticada Tatiana Vasílievna, que está loca por él, ni a la esbelta y atractiva Olia, que dirige la delegación de Alemania del Este, ni a ninguna de las otras mujeres que trabajan aquí y que no se visten con ropa cosida por sus

hermanas mayores. Me ha invitado a mí, que debería estar tomando un refresco en un café después del trabajo y que, en cambio, me encamino, ebria de champán y con paso vacilante, hacia su Volga negro.

Su chófer, Borya, un anciano bondadoso de rostro abotargado, me saluda y me sonríe como si yo llevara años viajando en este Volga en lugar de limitarme a entregarle sobres que él, a su vez, debe entregar a altos cargos de Smolny, la sede del Partido Comunista de Leningrado. En su interior, el coche huele a gasolina y a piel añeja y me alegro de que, cuando Víktor Nicoláyevich sale tranquilamente del edificio, se deje caer en el asiento delantero, como tiene por costumbre. En cuanto cierra la puerta de golpe, Borya pone una marcha y arrancamos.

El coche vuela por las calles sombrías y yo asomo la cabeza por la ventanilla abierta para intentar adivinar hacia dónde nos dirigimos. Estoy muy emocionada por encontrarme en este lujoso coche con Víktor Nicoláyevich, seducida por tanta exclusividad y atención. Al mismo tiempo, me mortifica pensar en lo que puede querer de mí, algo a lo que yo, desde luego, sucumbiré. Avanzamos hasta que ante nosotros aparece el edificio de la catedral de Smolny, con sus cúpulas doradas que brillan por contraste con el cielo oscuro. Junto a la catedral se alza el edificio amarillo del Instituto Smolny, sede del Partido Comunista de Leningrado.

—Ve directamente a la entrada —ordena Víktor Nicoláyevich—. La oficina de Grisha está al fondo del vestíbulo principal.

Grisha, me aclara, es el amigo que lo llama por el teléfono rojo.

El coche pega un brinco al cruzar la puerta principal y recorre la vía circular de entrada. Ya puedo caminar en línea recta, el aire frío de la noche de abril me azota el rostro. Borya y yo salimos del coche impulsados por el gesto amplio de nuestro jefe y nos encontramos de frente con los dos soldados que montan guardia a ambos lados de la puerta, con unas escopetas tan grandes como la que recuerdo que llevaba mi padre para cazar cuando yo tenía ocho años. Tienen los ojos fijos en la distancia, tal como está mandado, pero cuando ven a Víktor Nicoláyevich, se apartan y nos dejan pasar. Cruzamos un pasillo que huele a pintura y nos dirigimos hacia una de las puertas marcadas con símbolos dorados. En el interior hay un hombre de cuarenta y tantos años sentado detrás de un escritorio, su rostro ancho iluminado por la luz de una lámpara y los codos apoyados en una sobremesa de piel. Cuando entramos en la oficina, el hombre se quita las gafas y se levanta, apoyándose con el pecho en la mesa.

—Vitia, entra, colega, entra —vocifera, tendiéndole la mano y dándole unas palmadas en el hombro—. Nos abandona, ¡imaginaos! —exclama entonces, dándose la vuelta hacia mí.

Yo pongo cara de tristeza, una tristeza bastante sincera, porque en realidad preferiría que no se marchase a Praga y me dejara aquí, con un nuevo director al que aún no he conocido pero que, probablemente, no me firmará las cartas falsificadas ni contará chistes que provocarán las carcajadas de todos.

Grisha nos invita a sentarnos en unas butacas y saca una llavecita del cajón superior de su escritorio.

—Ha llegado la hora de celebrarlo —anuncia, dirigiéndose a la caja fuerte que hay en un rincón, un lúgubre armario de acero que parece el lugar perfecto para esconder secretos oficiales.

Aquí es donde deben de guardar los archivos sobre los disidentes y los planes de ataque nuclear contra Occidente. Aquí es donde deben de tener el *Doctor Zhivago*, de Pasternak, y todas las obras de Solzhenitsyn, bien ordenaditas en montones prohibidos. Borya y yo no decimos nada, pero tenemos los ojos fijos en la llave y en lo que está a punto de mostrarnos, felicitándonos en

secreto por nuestra privilegiada posición estratégica.

Con un gesto preciso, fruto de una larga práctica, Grisha hace girar la llave y la puerta se abre sin ningún ruido. Dentro, en la vacía oscuridad de acero, hay una botella de coñac redonda flanqueada por seis vasitos.

Grisha empieza a llenarlos, pero Borya agita las manos ante su rostro y alega que tiene que conducir, que es el responsable de devolvernos a casa sanos y salvos.

—Tómate uno —insiste Viktor Nicoláyevich—. Tienes que beber a mi salud. Y no te preocupes por lo demás.

Borya deja de agitar las manos. Estoy segura de que se muere de ganas de probar un coñac cuya botella lleva una etiqueta en la que pone «calidad superior» y que no hemos visto en ninguna de nuestras tiendas, más aún sabiendo que ningún militar se atreverá a detener a alguien que acaba de estar en Smolny y ha visto el contenido de una de sus cajas fuertes.

Bebo a sorbitos el coñac, color miel, con más precaución que el champán de hace unas horas. Tiene un sabor fuerte, pero no huele como el coñac normal, que, según mi madre, apesta a chinches.

Me pregunto qué pensaría ella si me viera aquí, bebiendo coñac con tres hombres en el cuartel general del Partido Comunista en Leningrado. Sé que frunciría el ceño al oír lo de los hombres y la bebida, pero ¿qué pensaría del coñac de calidad superior oculto dentro de una caja fuerte del partido? ¿Y sobre los kilos de carne de ternera, los trajes a medida y los viajes a Checoslovaquia que consiguen Viktor Nicoláyevich y su amigo Grisha porque pueden entrar en el edificio de Smolny, la sede de un partido del que mi padre fue miembro durante muchos más años que cualquiera de ellos dos?

Grisha rememora los viejos tiempos. Cuenta una historia sobre la ocasión en que él y Viktor Nicoláyevich fueron a pescar cuando estaban destinados en la República Democrática Alemana. Cogieron unos cuantos gusanos, subieron a una barca de remos y pescaron el lucio más grande que Grisha haya visto en su vida.

—No se puede pescar un lucio con un gusano —lo interrumpe Borya—. Hace falta un señuelo.

—Olvídate de gusanos y señuelos —se ríe estruendosamente Viktor Nicoláyevich—. No pescamos ningún lucio, so bocazas. Yo te contaré lo que pescamos, si no te acuerdas.

Me pregunto cómo voy a explicar mi tardanza en casa. Se supone que debería estar en clase de fonética inglesa y luego en el seminario de historia, del que pronto me libraré gracias a la carta al decano firmada por el director de la Casa de la Amistad y la Paz que llevo en el bolso. Me pregunto si Grisha, el amigo de mi jefe, tiene suficiente poder para impedir que tenga que examinarme de comunismo científico el curso que viene.

Grisha sirve otra ronda de coñac, pero yo sacudo la cabeza y cubro mi vaso con la mano.

Grisha y Viktor Nicoláyevich beben y, a continuación, mi jefe se levanta, diciendo que la fiesta ha terminado. Abraza a Grisha y nos hace un gesto a mí y a Borya para que lo sigamos al coche. Borya le da la mano a Grisha y yo sonrío y le digo adiós.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Viktor Nicoláyevich, dándose la vuelta en el asiento delantero de su Volga.

Me siento como si fuera a devolver. La culpa la tienen el estómago vacío, el champán y los contenidos de «calidad superior» de la caja fuerte de Smolny; la perspectiva de que al cabo de un segundo, o dos, o cinco, Viktor Nicoláyevich me cogerá de la mano de nuevo y esta vez no la

soltará; la acuciante sensación de que voy a tener que hacer algo que no quiero hacer, aún no, y desde luego, no con mi jefe que se marcha a otro país; la sutil sensación de que no puedo protestar, algo que mi madre debió de experimentar también durante sus visitas mensuales al apartamento secreto de Ivánovo.

Víktor Nicoláyevich observa mi rostro con sus imperiosos ojos azules, con el rostro tan cerca del mío que puedo oler el coñac en su aliento. Está tan cerca de mí que me resulta completamente desconocido y, de pronto, me doy cuenta de que no sé casi nada de este hombre, aunque hayamos trabajado juntos durante más o menos un año. No sé, por ejemplo, qué edad tienen sus hijos; de hecho, ni siquiera sé si tiene hijos.

—Borya te llevará a casa —decide—. La mía está de camino.

Asiento, asomo la cabeza por la ventanilla y dejo que el viento me refresque la cara.

Unos minutos más tarde, el coche se detiene en el edificio donde vive él, en el centro. Mi jefe, que ya es mi ex jefe, sale del coche, da la vuelta y se asoma a mi ventana.

—No te olvides de mí —dice, mientras sonrío con sus gruesos labios y me da un auténtico beso de despedida, breve y seco.

—No lo haré —contesto, y sé que sabe que soy sincera: no voy a olvidarlo.

No olvidaré que fue un hombre gracioso y generoso, que me protegió y que, al final, no hizo lo que podría haber hecho. A veces no hacer determinadas cosas confiere dignidad y un poco de alma a un líder del Partido Comunista.

Borya y yo vemos cómo se aleja en dirección a la puerta de su casa, mientras la lluvia cae sobre el parabrisas y desdibuja su silueta, como si ya hubiéramos empezado a borrarlo de nuestra memoria.

Me siento vieja, tan vieja como Borya. Siento que no quiero trabajar más, al menos no en la Casa de la Amistad y la Paz. No quiero pasarme años y años esperando un ascenso que me permitirá distribuir sillas y comprar billetes de tren; no quiero esperar a que Tatiana Vasílievna se jubile, a que Rita herede su posición y abuse de mí de la misma forma en que Tatiana Vasílievna abusó de ella. No quiero tener que montar en un autobús dos veces al día, a las ocho de la mañana y a las seis de la tarde, durante veinte o treinta años, hasta que me permitan coordinar todo el mundo de habla inglesa.

15. NOCHES BLANCAS

—El *present perfect* no es realmente un presente —le explico a Svetlana, mi alumna particular, que observa mi boca con tanta atención que empiezan a arderme las orejas—. En realidad, es un pasado, pero sus consecuencias se dejan sentir en el presente. Es lo que pasa en la vida: *has dejado* un buen trabajo, uno que te habría permitido llegar a ser coordinadora de todos los países capitalistas, y, sin embargo, no estás segura de si has hecho lo que debías. —En su libreta, escribo el auxiliar *has* seguido del participio *dejado*—. Ponme otro ejemplo —le pido.

—Ya he leído *Crimen y castigo* —responde ansiosa Svetlana, una chica de diecisiete años con la cara llena de acné que seguramente ha acabado de leer la novela, incluida en el programa curricular, antes de que se lo pidiera su profesora.

Svetlana le pone muchas ganas, incitada por su padre, miembro del partido e ingeniero de postín que está avergonzado de tener que infringir la ley y recurrir a una profesora privada. Al mismo tiempo, sin embargo, quiere que su hija apruebe el examen de lengua extranjera para acceder a la universidad y por eso me *ha contratado* a mí (he aquí un ejemplo de *present perfect*: una acción pasada con consecuencias en el presente) y ha decidido «hacer la vista gorda». Eso es lo que me dijo antes de la primera clase:

—Tienes muy buenas recomendaciones, pero éste es un terreno delicado, de modo que voy a hacer la vista gorda.

En lugar de dar las clases en un apartamento, el mío o el de Svetlana, nos reunimos en un aula vacía de la universidad, una de las condiciones que puso su padre. Todas las veces que oye la palabra «tutora» junto con la palabra «privada» su rostro experimenta un tic (un pequeño espasmo que le contrae la mejilla), pero es como si reunirnos en la universidad legitimara, por lo menos en parte, su decisión de recurrir al mercado negro educativo.

Mi amiga Nina y yo somos dos de las tutoras privadas que la universidad, a través de su red de conexiones y referencias del boca a oreja, recomienda. Empezamos a dar clases particulares a finales de nuestro segundo año, y ahora nuestros profesores de inglés más prestigiosos, que, con su acento británico, nos describen como «jóvenes altamente capacitadas», nos mandan a alumnos que necesitan refuerzo.

Trabajando tres horas al día en el inexistente sector privado, cobramos más que nuestro jefe de departamento. Cobramos un montón de rublos, pero lo paradójico es que, a pesar de nuestra «acumulación de riqueza» (la plaga de todos los países capitalistas, tal como explica el manual de comunismo científico), no sabemos en qué gastar nuestra fortuna. Las tiendas de ropa están llenas de abrigo grises, las zapaterías están repletas de artilugios de plástico negro que te destrozan los pies, y las secciones de cosmética ofrecen espejitos de mano con el marco rojo y un rímel negro

que se te queda petrificado en las pestañas como una plasta tóxica.

La única excepción es el perfume. De manera parecida a nuestras panaderías, que, no se sabe muy bien cómo, siguen produciendo un pan excelente, nuestras fábricas de perfumes han dado con la clave y llenan las tiendas de frascos de formas caprichosas, repletos de fragancias exquisitas, presentados en cajas forradas de seda dignas de los Campos Elíseos. Intento imaginarme los Campos Elíseos, pero no logro conjurar ninguna imagen coherente: veo unos extensos campos cubiertos de hierba como los que hay detrás de nuestra dacha, con matas de acedera y un toro gitano atado a un poste sospechosamente endeble. Pero ¿cómo es posible que en esos campos (con o sin toros y acederas) se encuentren también las tiendas más caras del mundo? No conozco la respuesta, pero les doy las gracias a nuestros químicos por la nueva y sofisticada fragancia llamada Noches Blancas, que oscila con un líquido vaivén en el interior de su elegante botella, en el fondo de mi bolso.

Todos los meses, noto la incómoda presencia del padre de Svetlana en el abanico de billetes que la chica me entrega al final de la clase, con la misma torpeza con la que yo le pagaba a mi tutora Irina Petrovna cuando tenía diez años. Esos papelitos brillantes (rojos, azules y morados) me permitirán comprarme otro frasco de perfume. Preferiría comprarme un tarro de mayonesa o unas botas, pero esas esperanzas son tan ilusorias como los ejercicios de la clase de conversación en inglés de la universidad, donde nos enseñan a hacer una reserva de una habitación de hotel para un imposible viaje a Londres.

Llevo mi colonia de Noches Blancas a la siguiente lección con Svetlana. Es una botella muy bonita, ligeramente trapezoidal y con un cuello altísimo que se supone que las mujeres elegantes deben acercar a su piel. Evoca muchas cosas que sólo conocemos por los libros: miriñaques, rizos y los hombros pálidos de una condesa, tímidas debutantes y sus doncellas, opulencia y agitación, jóvenes nobles blandiendo espadas para defender su honor, húsares temerarios con uniforme ajustado y bigote, casas de campo con vastos huertos espesos como bosques, ocio y placer, un camino bordeado de robles y un banco en la sombra que éstos proyectan, un chico simpático con una carta secreta, troicas y gitanos con sus guitarras y sus melenas al viento, iglesias con agujas doradas que atraviesan el cielo invernal, un mensajero a caballo, perdido en la ventisca, una manada de galgos rusos cruzando un prado, duelistas preparándose para disparar, honor y deber, sofisticación y gentileza, y «privacidad», una palabra que ni Irina Petrovna conocía y que nos resulta tan extraña que la lengua rusa actual ni siquiera la considera como entidad lingüística.

Levanto el tapón de cristal del frasco de Noches Blancas y aplico unas gotitas, primero en la muñeca de Svetlana y luego en la mía; así, las dos podemos fingir que somos elegantes y sofisticadas, que pertenecemos al siglo pasado, que sabemos algo sobre la privacidad.

Pienso en la película *Guerra y paz*, una superproducción en cuatro episodios tan imponente como la novela, que llenó los cines hace unos años. Ése era el mundo en el que encajaría perfectamente el perfume Noches Blancas, aunque no puedo decir lo mismo de Svetlana y de mí. En la fastuosa versión para la gran pantalla, y para la que tuvieron que sacar de sus barracones a buena parte de nuestros soldados, vestirlos con uniformes del siglo xix y mandarlos desfilando ante las cámaras y máquinas de humo, no hay lugar para alguien como yo, que come *borscht* y *kotleti* del mismo plato y que no sabría qué decir si un desconocido (no ya un príncipe vecino, sino otro profesor particular de la universidad, por ejemplo) llamara a mi puerta y se presentara. A mí no se me ocurriría ninguna de las frases elegantes y vacías que salían sin esfuerzo de los labios de la

nobleza. Yo tengo orígenes campesinos, y ningún príncipe, ningún conde del interminable elenco de personajes de Tolstói, se tomaría la molestia de mirarme.

Mi amiga de la universidad, Nina, tiene profundas raíces aristocráticas. La imagino pasando su niñez en una de las dachas de Chéjov, tras unas livianas cortinas blancas que se agitan con la brisa veraniega, con unas tías que le enseñaban a utilizar los cubiertos y una abuela que le contaba cómo comportarse con los invitados y conversar con ellos, mientras su madre leía poesía en francés de un grueso libro encuadernado en piel, una reliquia familiar que se remonta a una bisabuela que adoraba a Verlaine.

La infancia de Nina me provoca una envidia cochina, rabiosa. Ojalá mis padres hubieran pertenecido a la nobleza y mi dacha hubiera tenido unas livianas cortinas blancas en lugar de un alféizar con la pintura desconchada y cubierto de moscas muertas. Ojalá hubiéramos pasado las veladas sentados alrededor de una mesa cubierta por manteles almidonados y no por un hule con un estampado de girasoles desteñido de tanto usarlo. Ojalá hubiéramos debatido cuestiones de etiqueta en lugar de llevar cubos de agua a los sembrados de tomates y eneldo. Ojalá mi madre hubiera nacido en Leningrado en lugar de trasladarse aquí ya de mayor, demasiado tarde para entrar a formar parte de la intelectualidad de la ciudad.

Aparte de Nina, la única persona que conozco que no se sentiría fuera de lugar en *Guerra y paz* es mi tía Mila. La tía Mila es una prima lejana de mi madre, o sea que, en realidad, no es mi tía. En cualquier caso, todos los meses de junio espero ansiosa su visita, cuando se aloja durante un mes en nuestra casa para disfrutar de la vida cultural y las noches blancas de Leningrado.

La tía Mila tiene unos sesenta años y vive en Minsk, donde las noches son negras todo el año. Lleva elegantes vestidos de seda y siempre que se mira en el espejo se pone muy seria y levanta la barbilla. Se empolva la cara con una anticuada borla que suelta pequeñas nubes de talco. La tía Mila no está casada y vive en el apartamento familiar de su hermano, en una habitación en la que apenas cabe una cama individual. Ella dice siempre que es como vivir en un apartamento comunitario. Si compra comida, desaparece al instante, a menos que la esconda en su cuarto. Yo nunca he vivido en un apartamento comunitario, pero conozco por los libros y por algunos amigos ese caótico mundo hecho de cocinas abarrotadas, con cuatro hornillos desvencijados y un lavadero común (si tienes la suerte de disponer de un lavadero) y una bañera oxidada y manchada por una franja de suciedad, donde los vecinos escupen en las ollas ajenas e instalan las neveras junto a sus camas porque no pueden arriesgarse a dejar comida en la cocina, al alcance de todos. La tía Mila no tiene espacio para una nevera en su cuarto, de modo que esconde la comida en un cajón de la mesita de noche. No le gusta hablar de la vida en casa de su hermano, donde tiene que andar de puntillas y esconder la comida, de modo que cada vez que mi madre le pregunta por ello, o levanta los brazos, indignada por la impudicia de sus parientes, o cambia de tema y habla de Pushkin.

—«Puedes ser una persona útil y, al mismo tiempo, pensar en la belleza de tus uñas» —recita de un poema que no está incluido en mi programa escolar.

La tía Mila me gusta tanto como la sabiduría de Pushkin. Uno puede ser una persona seria y conspicua como mi madre y, al mismo tiempo, pasarse una hora arreglándose el pelo o aplicándose una sombra de ojos que se acaba de comprar, mezclando los dos tonos disponibles para no parecer un cadáver. Y todo ello sin tener que sentirse culpable y pensar que debería estar desherbando rábanos o haciendo cola para comprar leche.

Y para colmo, resulta que Pushkin, con su virtuosa Tatiana, o Tolstói, con su inocente Natasha,

no eran personas tan rectas como las pintan nuestros libros de texto. La tía Mila, que era crítica literaria y escritora antes de jubilarse con una pensión estatal a los cincuenta y cinco años, me cuenta cosas que no aparecen en ningún libro. Pushkin —que según ella no dejaba pasar a una mujer sin conquistarla— escribió no sólo *Eugenio Oneguín*, sino también un libro de poemas tan indecentes que no se pueden imprimir en ninguna parte, mucho menos en un libro escolar. En cambio, el Pushkin oficial, después de destacar en un colegio privado, que se hallaba a treinta kilómetros de San Petersburgo, acabó muriendo en un duelo a los treinta y siete años. Antes de eso se convirtió en la personificación de la virtud literaria, revolucionó la poesía rusa y combatió la opresión zarista. ¿Se trata de dos hombres distintos, uno, un ejemplo de decoro que nos observa desde un cuadro, y el otro, un pervertido y un vividor? ¿Es ese Pushkin nuevo y sinvergüenza el mismo poeta que escribió la escena en la que Tatiana le dice a su amado Oneguín que se ha casado con otro hombre y que será fiel a su marido para siempre? La tía Mila se encoge de hombros y esboza una sonrisa ambigua.

Pero es que la cosa no termina con Pushkin. La tía Mila sabe historias sobre la mitad de los autores clásicos cuyos retratos colgaban de las paredes de mi clase de literatura. El Turguénev de los libros oficiales escribió sobre el conflicto moral entre felicidad personal y deber y sobre las *lishnie lyudi*, las personas inútiles. Como todo el mundo, tuve que aprenderme de memoria las historias de su *Diario de un cazador*, sus descripciones de los pálidos abedules rusos y del humo que salía de las cabañas de los campesinos, que se extendían durante varias páginas con un interlineado sencillo y que, tal como insistía mi profesora Nina Serguéyevna, sólo podían ser obra de un auténtico escritor ruso, con una intensa conexión con su país y su naturaleza, un hombre con un alma profundamente rusa. En realidad, según la tía Mila, el verdadero Turguénev pasó toda su vida adulta en el extranjero, persiguiendo por toda Europa a una cantante de ópera casada y desentendiéndose por completo del destino de los siervos, que en ruso se llaman *dushi*, la misma palabra que se utiliza para decir «almas». El Turguénev de mi tía tenía muchas almas, todas ellas bien sometidas y encerradas en su finca, en su viejo país.

A la tía Mila le encantan las noches blancas, y a última hora de la tarde, cuando las nubes que habitualmente cubren Leningrado se desplazan hacia Finlandia y mi madre apaga el televisor y se acuesta, salimos a dar una vuelta. La tía Mila dice que, de todos modos, no puede dormir, porque incluso en plena noche el sol la deslumbra como si fuera mediodía. Al pasar junto a la catedral de San Isaac y el Almirantazgo, el sol se funde con los tejados y desaparece detrás de las fachadas del Nevski, aunque vuelve a asomar antes de que la tía Mila haya tenido tiempo de contármelo todo sobre Aleksandr Herzen. Paseamos por la calle Herzen, frente al instituto de pedagogía que lleva su nombre. Como todo el mundo sabe, Herzen desafió al gobierno zarista desde su exilio en Siberia mientras escribía sus memorias, tituladas *Mi pasado y mis pensamientos*; Herzen cumplió con su destino histórico y «desató la agitación revolucionaria» después de que la Revuelta Decembrista de 1825 lo despertara de su amnesia aristocrática, como dice una cita de Lenin que tuvimos que memorizar al inicio del octavo curso.

Pero el Herzen de la tía Mila, en lugar de desatar la agitación revolucionaria, viaja de París a Londres, primero con su esposa, Natasha, y más tarde con la esposa de su amigo, llamada también Natasha, que no deja de procrear. La tía Mila dice que deberíamos sentir compasión por Aleksandr Herzen. Era un emigrante, lo mismo que Turguénev, Bunin y todos los demás, emigrantes por voluntad propia o por decreto. Todos volvían la mirada, todos echaban de menos Rusia. Sus almas (no confundir aquí con sus siervos) miraban al Este.

No sé por qué la tía Mila, que tiene que esconder la comida en un cajón de la mesita de noche, cree que todos los emigrantes rusos eran pobres. ¿Sería pobre yo si me obligaran a vivir en París o en Londres? ¿Si, en lugar de tener que hacer cola para comprar salchicha ahumada y pepino, pudiera elegir entre unas cosas llamadas alcachofas y otras llamadas gambas? ¿Si pudiera entrar en una librería y encontrar cualquier libro en sus estanterías (cualquier libro que me viniera a la cabeza), incluso las historias de Nabókov, los poemas de Mandelstam o el libro de poesía desvergonzada de Pushkin?

Pero la tía Mila no se deja influir por mis preguntas e insiste en que de ahí procede la palabra «nostalgia»: de volver la mirada hacia la patria, de pensar en los abedules y en las cabañas humeantes de los campesinos e inmortalizarlos en historias que, un siglo más tarde, los estudiantes tendrán que aprenderse de memoria. Volver la mirada y recordar cosas que en su momento parecían intrascendentes, insignificantes: una voluta de humo elevándose desde una chimenea y perdiéndose en el cielo glacial, por ejemplo, o la figura de tu madre en el camino que conduce a la dacha y cómo se va haciendo cada vez más grande, hasta que hundes la cara en su mullido estómago, oculto bajo un vestido de poliéster con un estampado de manzanas rojas.

Aunque contar con un trabajo fijo es todavía una condición imprescindible para poder ir a la universidad, no tengo que buscarme uno. Mi amiga Nina nos ha conseguido unos documentos falsos que atestiguan que estamos trabajando. Debido a sus raíces genealógicas, Nina conoce a varios traductores de la Unión de Escritores, una de las pocas organizaciones de Sóviets familiarizadas con la palabra «privado». Sus miembros tienen oficialmente permiso para disponer de secretarías privadas, y Nina, con ayuda de su madre, ha encontrado a dos miembros de la Unión de Escritores dispuestos a estampar sus firmas en dos cartas falsas.

Gracias a ello, puedo levantarme tarde y sentarme en la cocina con la tía Mila, mientras me bebo el café grisáceo de mi madre y hablamos de teatro y de libros. Con un gesto elegante (no estoy segura de por qué es elegante, pero transmite lo contrario a la actitud ruda y autoritaria de mi madre), la tía Mila saca una rebanada de pan de la cesta que hay en el centro de la mesa y mira a su alrededor, sujetando el pan entre sus dedos como si fuese una frágil obra de arte.

—Galochka —le dice a mi madre, que está vertiendo leche en su cuenco de queso casero—, ¿me podrías dar un platito?

Mi madre, que no entiende qué necesidad hay de usar un plato para una rebanada de pan, se acerca al armario y saca uno. Sé qué está pensando: otro plato que lavar más tarde. Tiene el ceño vagamente fruncido, la misma expresión que veo todos los días cuando la tía Mila se encierra en el servicio y deja correr el agua durante lo que a mi madre, por lo menos, le parece una hora.

—Ahí está la tía Mila de nuevo —dice en un tono de reproche que implica que su voz suene aguda y metálica—, chapoteando como un pato.

A mi madre no le molesta porque necesite utilizar el baño ocupado, sino porque la tía Mila está haciendo algo que, a sus ojos, es un lujo innecesario. Primero se baña todos los días y ahora quiere un plato para un trozo de pan.

Yo tampoco estoy muy segura de entender por qué necesita un plato sólo para el pan cuando podría dejarlo junto a la taza, pero si la tía Mila lo hace así, sus razones tendrá. «Debe de tener un montón de platos en su habitación de Minsk —me digo—, para guardar toda la comida que esconde en el cajón de la mesita de noche.»

Cuando no discute sobre *Guerra y paz* o sobre *Eugenio Onegin*, mi tía habla de cuentos de

hadas. De vez en cuando aún supervisa programas infantiles para la radio de Minsk; ha grabado las historias de la rana Zarina e Iván el Imbécil y hace poco terminó el cuento sobre Emilia la Gandula. La tía Mila alaba la riqueza del folklore ruso, y, mientras espero a que su melodiosa voz haga una pausa, una pregunta acude a mi mente. Nuestros cuentos tradicionales muestran a una horda de personajes inútiles, repugnantes, feos, tontos, jorobados o con cualquier otra tara. Sin embargo, al final son siempre ellos los que se llevan el botín. Una rana se convierte en princesa, Iván el Imbécil atrapa el pájaro de fuego y Emilia la Gandula logra enseñar a sus hermanos cómo cosechar trigo al instante sin ni siquiera salir de su cama en lo alto de un horno.

Mi pregunta es ésta: ¿por qué es siempre Iván el Imbécil quien hereda el reino y no los príncipes elegantes y eruditos o los caballeros valientes y prudentes? ¿Por qué, contrariamente a lo que afirma el código de los Jóvenes Pioneros y el Komsomol, son siempre las Emilias gandulas y no sus aplicados hermanos quienes terminan pescando el lucio mágico? Estoy a punto de abrir la boca y consultárselo a la tía Mila cuando mi madre entra en la cocina con un impermeable atado a la cintura y nos recuerda que no debemos tocar las *kotleti* que preparó ayer por la noche y que están en un cuenco, en el estante inferior de la nevera.

—Son para cenar mañana —explica—. Hoy tenemos que terminarnos los macarrones de la cazuela roja.

Y a pesar de que llevamos tres días comiendo macarrones recalentados, a pesar de que la tía Mila es una invitada que, en mi opinión, merece las *kotleti* de carne recién cocinadas, no digo nada. En nuestra casa, las cosas han sido así desde que tengo uso de razón: primero te acabas la comida del día anterior, aunque, mientras tanto, las *kotleti* recién hechas se pasen. Es así como funciona. Nosotros somos así, con nuestras reglas incuestionables y una inercia antiquísima y tan espesa como los pantanos de Leningrado.

Pienso en mi madre, la del retrato que su hermano pintó antes de morir, y me pregunto si esa persona de sonrisa irónica, mi joven madre, se habría quejado del plato para el pan o habría insistido en que primero nos terminásemos los macarrones. A juzgar por la expresión de sus labios y por el brillo de sus ojos, que dota al retrato de una luz incandescente, lo dudo mucho. Pero ¿qué fue lo que borró la sonrisa de su cara y apagó el resplandor de su mirada? ¿La guerra, sus díscolos maridos, la muerte de sus dos hermanos? ¿O sucedió más tarde, cuando mi padre enfermo necesitaba un hospital y se negaron a concederle plaza? Mi madre llamó a la puerta de todos los altos cargos del partido en Leningrado, hasta que uno expidió una orden para que lo ingresaran una semana. Un *ukaz*, un decreto especial para un miembro especial del partido.

¡Qué resentimiento debió de experimentar mi madre ese verano de hace diez años! ¡Qué indefensa y humillada debió de sentirse! Sin embargo, insistió y luchó; como siempre, la única forma de conseguir algo en nuestro país.

—La asquerosa oveja al menos ha dado un mechón de lana —exclamó cuando nos entregó la orden.

Por eso no entiendo por qué se ofende cuando Marina critica al Ministerio de Cultura, que ha vuelto a suspender una obra polémica, o cuando yo me burlo de los absurdos temas de nuestro libro de texto, titulado *English conversation*. ¿Por qué defiende al partido que la ha traicionado?

Se me han pasado las ganas de interrogar a la tía Mila por los personajes de los cuentos. Al fin y al cabo, yo no soy menos vaga que Emilia la Gandula. Finjo, como todos, y no formulo preguntas polémicas. A cambio de mi silencio, recojo los rublos que gano de forma privada y aprendo todo el inglés que quiero. A cambio de terminarme primero los macarrones recalentados,

puedo comer *kotleti* al día siguiente. Así pues, cuando oigo que mi madre se marcha al trabajo, mi pregunta sobre los personajes tontos y vagos que se llevan todas las recompensas por su estupidez y su pereza se me queda trabada en la lengua y decido tragármela.

Cuando llegan mis estudiantes del martes, la tía Mila sale a dar un paseo. Es un matrimonio, Roman y Malvina, ambos médicos. De los seis alumnos a quienes doy clases particulares, son los únicos que prefieren venir a mi apartamento, aunque eso es porque son judíos y están estudiando inglés con la intención de obtener una autorización para poder emigrar. No pueden permitirse que su hija de veintiocho años nos pille a mitad de clase y descubra que sus padres coquetean con una idea tan subversiva; temen que, si lo hace, pueda dar parte a las autoridades y advertir a sus jefes de sus intenciones. Malvina se estremece de miedo nada más mencionar la posibilidad de que la echen del trabajo y la desacrediten antes incluso de presentar la solicitud de emigración. Su rostro se contrae, se le tensan los hombros y se le llenan los ojos de lágrimas. Su marido le coge la mano con su palma rolliza, y el suspiro de Malvina es la única muestra de su desesperación común.

Entonces Malvina sacude la cabeza como si quisiera apartar esos pensamientos negros. Sus mechones morenos se agitan, su cuerpo esbelto adopta de nuevo un porte erguido, desafiante. Con su vestido azul y su pañuelo de seda de colores parece un pájaro exótico que se hubiera posado en tierra yerma, de camino a costas más soleadas. Roman es un hombre grandullón sin oído para los idiomas; su boca se niega a emitir sonidos extranjeros y deja que sea Malvina quien hable por los dos. Ésta memoriza las listas de vocabulario para ella y su marido, y él simplemente lo acepta como otro don de su mujer, al tiempo que se burla de su propia incapacidad para aprender idiomas, con la risa cargada de flema de los fumadores empedernidos.

Les enseño cómo concertar una cita para el médico, a pedir un billete de tren, de ida y de ida y vuelta, a comprar un abrigo y a pedirle al atento vendedor del capítulo dedicado a ir de compras que te indique dónde está algo llamado «probador» para probártelo. Les cuento todo lo que sé, todo lo que creo que necesitarán saber si tienen suerte y terminan saliéndose con la suya. A partir de este momento, todo es una cuestión de suerte: tendrán suerte si no pierden su trabajo, si el departamento de visados acepta sus solicitudes, si su hija, después de comprender que tener unos padres traidores implica recibir de vez en cuando paquetes de Occidente, cede y no pone objeciones a que abandonen el país. Y, por último, tendrán suerte si, en un verdadero golpe de fortuna, el departamento de visados, tras examinar sus documentos y retirarles la nacionalidad rusa, les expide un permiso de emigración.

Me pregunto si Malvina y su marido echarán de menos este país con la intensa nostalgia que, según la tía Mila, corroía las almas de nuestros escritores clásicos emigrados. ¿Qué echarán de menos mis estudiantes el día en que bajen del avión en un aeropuerto extranjero indeterminado, con su vida reducida a los cuarenta kilos de equipaje permitidos? Tras dos años de colas en las oficinas del ejército y en el departamento de visados, después de que los hayan humillado y denunciado públicamente, ¿echarán algo de menos? Desde las místicas avenidas del Occidente insondable, ¿volverán alguna vez la mirada y recordarán las páginas grises de este estúpido libro de conversación, esta mesa cubierta con un hule, la luz lechosa de este atardecer (la luz que Pushkin inmortaliza en sus versos) que se filtra por la ventana abierta? ¿Se acordarán alguna vez de mí?

16. CRIMEA

Tengo veinte años, soy alumna de tercero en la universidad y Nina, mi compañera de clase, es todavía mi mejor amiga. Es alta y tiene aspecto británico o, por lo menos, lo que nosotros creemos que es un aspecto británico: mechones rubios y gafas. Juntas fumamos cigarrillos húngaros mentolados y hacemos planes para el verano. Nos atrevemos a fantasear con un destino lejano y casi imposible, el sueño de todo turista. El nombre Crimea, «Krym», en ruso, suena como la palabra inglesa *cream*, «nata». Suntuoso, hedonista, ese nombre se derrite sobre mi lengua y deja en ella un regusto a lujo y nostalgia. Es lo contrario a todo lo que conocemos: tiene montañas erosionadas, un sol blanco y un cielo altísimo que se extiende hasta Turquía. Tiene viñedos que producen un champán que nunca llega a nuestras tiendas y unos árboles llamados magnolias que aparecen en las novelas de Somerset Maugham. Es todo lo contrario a Leningrado: un mundo nuevo.

Con la ayuda de una compañera de clase que trabaja en la oficina de turismo extranjero y que está bien relacionada, sacamos unos billetes a Simferopol, y el 1 de agosto, después de dos días de traqueteo, cruzando el país de norte a sur, nos apeamos del tren en medio del calor seco y pesado de Crimea.

No sé cuáles eran mis expectativas con respecto a esta maravilla de Krym: tal vez el aire salado y las multitudes vestidas de forma llamativa de *La dama del perrito*, de Chéjov, o una hilera de grandes verjas tras las que se ocultan las dachas de categoría, o unos acantilados marrones proyectándose sobre el mar que recuerdo de un viejo cuadro que vi en el Museo Ruso.

La verdadera Crimea huele a asfalto recalentado y a zumo de manzana caliente, a punto de agriarse. Nos abrimos paso entre la multitud de pasajeros, cruzamos por delante de un quiosco donde venden zumos de fruta en unos vasos en forma de cucurucho, con el mostrador lleno de avispa, y cogemos un autobús que sube por la montaña y que nos llevará hasta el pequeño pueblo de Sudak, a apenas siete kilómetros de nuestro destino. Nos dirigimos al pueblo de Novi Svet, que literalmente significa «nuevo mundo».

—¿No te parece acaso demasiado metafórico? —pregunta Nina.

El autobús se encarama con estruendo por un estrecho sendero que serpentea entre campos de hierba marrón. El camino sube y sube, y empiezan a aparecer unos montes bajos que se recortan contra el cielo lechoso. Desde Sudak, recorreremos una vereda que rodea la montaña sembrada de arbustos y pequeños pinos que se aferran a sus laderas. Caminamos y caminamos, encorvadas bajo el peso de nuestras mochilas, bajo un aire caldeado que huele a tierra cocida.

Y entonces lo vemos. El sendero vuelve a girar y ahí está el mar, inmóvil, de color esmeralda, varios cientos de metros más abajo.

—¡Mira! —exclama Nina, como si se me hubiera podido pasar por alto.

Me detengo al borde de una curva cerrada y observo, como una tonta encandilada por las palabras de un charlatán, poniendo mi vida en peligro de manera estúpida. Parpadeo varias veces, pero el mar sigue ahí, asombroso y real.

Mirar es agotador y me deja sin palabras. No sé cómo reaccionar ante estas aguas de color azul verdoso. La masa de agua más grande que he visto en mi vida, el golfo de Finlandia, es siempre gris. El Neva en ocasiones es de color cinc; otras, color carbón. El lago que hay junto a nuestra dacha es de un marrón fangoso, el color de su fondo de lodo. Hasta este momento, toda el agua que he visto era monocromática, como los colores de las fotografías sepia del álbum familiar. El agua, como la tierra, no tiene color.

Sin embargo, esta agua tiene un brillo surrealista, tan increíble como si de pronto la tierra se volviera morada o los pinos adoptaran un tono azul fosforescente. Es como un decorado gigante que se extendiera hasta llegar a Turquía.

De pronto es como si no pudiéramos dar un paso más. El mar está ahí, prácticamente a nuestros pies, de modo que decidimos coger un caminito que desciende, apenas visible, oculto bajo la hierba que asoma entre las agujas de pino amarillentas; bajamos paso a paso y lo único que evita que nos desplomemos en caída libre es el contrapeso de nuestras mochilas.

El caminito termina en una playa de guijarros situada frente a una pequeña cala rodeada de altísimos acantilados. A menos de cinco metros, que es lo que mide la playa de ancho, el mar es distinto: ahora se agita, ruidoso, y besa las rocas con sus perezosas olas. Al fin y al cabo, no es más que agua, salada y caliente.

Me quito los zapatos sudados, me meto en el agua y el mar se arremolina alrededor de mis tobillos, un mar azul verdoso, refrescante y completamente mío. O tal vez no del todo: hay un grupo de jóvenes sentados en torno a un pequeño hornillo de camping; están sacando conchas negras de una olla y nos miran como si hubiéramos entrado sin permiso en el jardín de su casa. Parece que se han instalado en la parte de la playa situada a la sombra del acantilado, donde hay una pila de mochilas y mantas dobladas, aunque lo cierto es que en estos momentos no hay demasiada sombra y el sol cae a plomo sobre nuestras cabezas.

Me pregunto si las conchas negras que sacan de la olla serán *midiyi*, mejillones, los exóticos moluscos que los habitantes del norte no ven jamás. Tengo la manía de buscar nombres de comidas desconocidas en las pocas traducciones de obras extranjeras que aparecen en nuestra revista de literatura *Inostrannaya Literatura*; así fue como me tropecé con «ostras» en Françoise Sagan y con un vegetal llamado «espárrago» en Iris Murdoch. Pero, aparte de sus nombres, no sé qué aspecto tienen y, menos aún, a qué saben. ¿Es posible que el espárrago tenga algo que ver con las espinacas, teniendo en cuenta que ambos son de color verde oscuro y empiezan por *es*? De hecho, incluso la palabra «espárrago» suena tan extravagante como «piña» o «codorniz», que conozco por un poema de Maiakovski, dos alimentos verdaderamente antisocialistas que fueron erradicados en 1917, junto con el zar. ¿Cómo es posible que las ostras, sean lo que sean, se coman crudas? La tienda de Leningrado llamada Okean tampoco resulta de gran ayuda; es un lugar tan vasto e intimidante como un océano, y sus expositores de cristal están llenos de sardinas en lata con salsa de tomate y eperlanos congelados en grandes bloques de hielo que las dependientas, ataviadas con bata blanca, parten con un punzón sobre los mostradores húmedos y vacíos de la tienda.

De acuerdo con nuestros planes, Nina y yo pretendíamos llegar caminando al pueblo y le

alquilaríamos una habitación a una *babushka* por un rublo al día: una celda con el suelo de cemento y dos colchones polvorientos, un baño exterior comunitario y un patio lleno de gallinas. Pero el descubrimiento de esta cala nos plantea una nueva posibilidad: podríamos vivir en la playa, mucho más cerca del mar de lo que cualquier *babushkapodría* ofrecernos, empapándonos del aire con olor a algas y a pino, y gastar nuestros rublos en cosas más emocionantes. Además, gracias al hermano de Nina, que es aficionado al camping, llevamos incluso dos pequeños colchones hinchables dentro de las mochilas.

Sobre las nueve, el mar, el acantilado y los pinos que se extienden hasta el camino asfaltado desaparecen, envueltos en la espesa oscuridad meridional. Nina y yo nos tendemos en silencio, escuchando cada crujido y cada susurro, temerosas de que algún miembro del grupo, cuyo territorio hemos invadido, se nos acerque sigilosamente y acabe con nosotras. Fuerzo la vista para intentar ver algo en la penumbra, pero finalmente se me cierran los ojos y ni siquiera me doy cuenta de cuándo me duermo, porque la oscuridad exterior es igual de espesa que la que hay en el interior de mis párpados.

Por la mañana, la luz es tan intensa como la negrura de la noche anterior, y, tras constatar que sigo viva, me zambullo en el mar y dejo que mi cuerpo flote en el agua fría y salada. Contemplo el cielo azul claro, y el agua se arremolina ante mis ojos, verdosa sobre un fondo de arena amarilla que, cuando vuelvo la cabeza, se transforma poco a poco en guijarros grisáceos, acantilados marrones y, por fin, en el cielo azul. Agua verde, transparente y chispeante, incitante y profunda. Empiezo a comprender por qué mi tía Muza, que ha estado en Crimea una sola vez, se refiere a ella reverencialmente como el Mar.

Aquí el mar es el alma de todas las cosas, y todo lo demás, incluso las personas, existe sólo en relación con él. Los chicos de nuestra cala, unos jóvenes ingenieros de Kiev, son veteranos de la playa: desde hace tres años, acuden aquí todos los meses de agosto y se instalan en la cala con su hornillo de camping, sus latas de carne y sus sobres de sopa instantánea, sus mantas y sus guitarras. Cogen mejillones de las rocas, lavan sus cuencos de hojalata con agua de mar, hacen salir a los cangrejos de las grietas de las rocas con restos de comida y se lavan el pelo con jabón marrón para la colada, el único que hace espuma en esta agua. Se pasan el día tomando el sol en traje de baño, fumando y bebiendo, despellejándose la espalda y la nariz.

Pasa un día antes de que nuestros campamentos se junten, y dos más hasta que me fijo en Borís, el chico de mayor edad del grupo de Kiev, que tiene unas cejas y un pelo tan rubios que casi parecen blancos. En realidad, es Borís quien se fija en mí, y yo sólo respondo a su atención.

—Tiene otro grupo sanguíneo —dice Nina.

Es nuestro turno de cocina; pelamos patatas y las lavamos con el agua de las olas mientras hablamos de Borís.

Sé perfectamente a qué se refiere Nina, y, además, sé que tiene razón. Una persona que tiene otro grupo sanguíneo es alguien que no ha leído *El maestro y Margarita*, de Bulgákov, que se publicó oficialmente hace dos años, y que prefiere un partido de fútbol a una película de Tarkovski. Todos nuestros nuevos amigos de Kiev parecen encajar en esta categoría, en la que el fútbol tiene prioridad por delante del cine de vanguardia. Una persona con otro grupo sanguíneo es alguien que cree que Mijaíl Baryshnikov, que acaba de desertar a Occidente durante una de sus giras con el teatro Kírov, es un traidor y un enemigo de la patria. «*Molodets*», exclamó mi hermana cuando leyó el artículo de denuncia en *Pravda*. Bien hecho. Mi madre no dijo nada. Nina

comentó que debería haberlo hecho antes. Los ingenieros de Kiev abordan el tema con un silencio de desaprobación, contemplan las verdes olas del mar y pronto se concentran en asuntos más urgentes, como, por ejemplo, sacudir la arena y los guijarros de sus trajes de baño y sus toallas.

Pero me halaga que Borís se sumerja hasta el fondo del mar para regalarme luego conchas o cuellos de ánforas de dos mil años de antigüedad, que deberían estar en un museo en lugar de en el bolsillo de mi mochila. Me halaga que prefiera ir a bucear conmigo por los acantilados antes que con Natasha, una chica del grupo de Kiev de pelo rizado que fuma como una carretera, suspira y finge no estar siempre mirándolo.

Lo cierto es que, a pesar de nuestras diferencias, me siento atraída por Borís, por sus ojos azules, sus fuertes brazos y sus sólidas piernas, cubiertas de un vello dorado. Tiene seis años más que yo y no se parece en nada al afable Vitali, de Leningrado, para quien accedí en abril a mecanografiar una disertación sobre psicología por sesenta rublos. Vitali sujetaba mi mano entre sus palmas sudorosas, me regalaba rosas con timidez y hablaba con la voz débil y medrosa del conferenciante inexperto.

No hay nada medroso en la forma de hablar de Borís: las palabras salen atropelladamente de su boca, rápidas y definitivas, afiladas por ese dejo de acento ucraniano que resulta tan extraño a mis oídos septentrionales.

La conversación nos lleva a charlar sobre la Gran Guerra Patriótica, y Borís se muestra categórico. Él se refiere a Kiev, que, a diferencia de Leningrado, fue ocupada por el enemigo.

—Se metieron ahí dentro por propia voluntad —suelta, golpeando una roca con la palma de la mano para darle mayor énfasis a su afirmación.

Se refiere a Babi Yar, un barranco cerca de Kiev donde los alemanes, con la ayuda de la policía local, ejecutaron a treinta y tres mil judíos.

—Les ordenaron avanzar y avanzaron como borregos —dice—. De cabeza a sus propias tumbas.

Nina agita la cabeza y empieza a recoger los cuencos. La han educado para actuar con prudencia y por eso no dice nada, no deja traslucir su enfado y tampoco censura las estúpidas aseveraciones que acusan a los judíos de Kiev de su propio fusilamiento en el fondo de un barranco.

En cambio, yo, que carezco de raíces nobiliarias, quiero discutir con Borís, borrar esa sonrisita de suficiencia de sus labios, ese arrogante brillo de sus ojos azules. Quiero responderle que lo que acaba de decir es tan falso y malicioso como la orden del NKVD que obligó a mi madre a espiar a su director de tesis, o como lo que impulsa al provinciano de mi tío a condenar a los judíos y su cobardía durante la guerra. Pero me doy cuenta de que no sé nada sobre Babi Yar, salvo lo que leí en nuestro libro de historia de décimo curso, dos líneas de jerga oficial denunciando la ejecución masiva en las que ni siquiera se mencionaba que todas las víctimas habían sido judías. Me doy cuenta de que Borís sabe más historia que yo, y aunque no hay duda de que tenemos grupos sanguíneos distintos, no sé qué es peor, si sus convicciones erróneas o mi ignorancia.

Soy una ignorante respecto a muchas cosas. Así, por ejemplo, nunca he leído los cuatro volúmenes de *Guerra y paz*. He hojeado las escenas de amor, recreándome en los enamoramientos, las fugas y las rupturas, pero me he saltado todas las batallas. Para mi examen universitario sobre literatura extranjera, ni siquiera abrí un libro de Marlowe o Cervantes, sino que me limité a repetir mecánicamente los discursos del profesor sobre la influencia de sus obras.

Todo lo que sé sobre la historia de Rusia (la historia real, anterior a 1917) lo he sacado de mi libro escolar, en el que los varios siglos de monarquía rusa ocupan menos espacio que los cincuenta y ocho años de poder soviético. Es algo que no admitiría delante de Nina ni de nadie, pero lo cierto es que soy una diletante. Me limito a recoger las migajas y nunca me tomo la molestia de prestarle atención al conjunto.

En las montañas que se alzan sobre nuestra cala hay un puesto de la guardia fronteriza, pues al otro lado del mar Negro, a apenas cien kilómetros de distancia, hay un país extranjero, Turquía. Debido a esa proximidad, está prohibido dormir en la playa. A veces, al levantar la cabeza, vemos soldados y perros pastores alemanes; sus siluetas se recortan contra el cielo, como si otearan la otra orilla, intentando descodificar los secretos de nuestro vecino capitalista.

Al atardecer, el sol empieza a confundirse con el borde de los acantilados, y nos sentamos alrededor del hornillo de camping en el que hierve un cazo de agua de mar con mejillones, mientras bebemos el vino que Borís compró en Sudak en una garrafa de gasolina de cinco litros. Distingo la silueta de dos soldados en la montaña, pero, en esta ocasión, no montan guardia ni caminan alrededor de la garita, sino que han empezado a descender por la ladera. Puede que también hayan decidido ir a Sudak a por una garrafa de vino. Sin embargo, en lugar de empequeñecerse, sus siluetas van aumentando de tamaño: no hay duda, se están acercando, de modo que le doy un codazo a Borís y juntos contemplamos cómo esos dos hombres vestidos de uniforme y sus ansiosos perros lobo se dirigen directamente hacia nuestra cala.

De pronto, nos hemos callado por completo, incluso Yura ha dejado de rasgar su guitarra. Todos recordamos lo que ocurrió el miércoles pasado, cuando una barca se detuvo ante nuestra playa a las cuatro de la madrugada y dos hombres con gorra del ejército y un megáfono cruzaron la húmeda oscuridad y nos cegaron con sus linternas. Nos exigieron nuestros pasaportes internos, las identificaciones necesarias para viajar en tren. Cuando, a regañadientes, sacamos los documentos de nuestras mochilas, los soldados nos los quitaron de las manos. Me habría muerto de miedo si Borís no me hubiera contado que había sucedido lo mismo los dos años anteriores. Debía de tratarse de un trámite oficial, dijo. Los militares nos trataron a gritos y a empujones y se pasearon por la playa con aires de suficiencia, como si nuestras mantas extendidas sobre los guijarros de la playa supusieran una amenaza directa contra la seguridad nacional.

—¿Cuándo nos devolverán los pasaportes? —gritó Borís.

—Hablaremos mañana en la comisaría —vociferó el tipo del megáfono, dándole una patada a la mochila de Borís.

Al día siguiente caminamos los siete kilómetros hasta Sudak y nos pasamos cinco horas sentados en el pasillo de la comisaría esperando a que nos devolvieran los pasaportes, que no nos restituyeron hasta las seis, cuando los militares de guardia se marcharon a sus casas. Fue entonces cuando descubrimos el vino del pueblo, que se almacenaba en cisternas de leche y se vendía por litros.

Así pues, lo primero que pensamos en este momento es que la milicia había ordenado a los guardias fronterizos que nos vigilaran con sus prismáticos para asegurarse de que recogíamos nuestras cosas y nos largábamos, como nos ordenaron. Pero al percatarse de que, en lugar de largarnos, hemos empezado a beber vino de una garrafa de gasolina, han decidido mandar a dos soldados para desalojarnos por la fuerza y ahora vienen a por nosotros con sus perros amaestrados y sus fusiles colgando del hombro. Suerte tenemos de que no vengan con los tanques.

Intento imaginar hasta qué punto este incidente perjudicará nuestra reputación en el departamento de Filología. Hasta ahora nos han considerado personas trabajadoras y de fiar; tan responsables, de hecho, que nuestra profesora de inglés insinuó hace poco la posibilidad de que nos dejaran impartir clases de ruso en el programa de verano para estudiantes norteamericanos. Dar clases a alumnos extranjeros es el honor más alto que hay, dijo; especialmente si se trata de países tan extranjeros como Estados Unidos. En este momento, mientras los perros avanzan por la tierra seca de la ladera de la montaña, estrangulados por los collares, la perspectiva parece tan difusa como la vaga línea del horizonte donde el mar se aleja hacia Turquía.

Los pastores alemanes tiran con fuerza, pero los soldados los sujetan. Los perros se detienen, olisquean el aire y tiran de nuevo, atraídos por el olor del cazo en el que la grasa de la carne de ternera en lata empieza a bañar las patatas recién cocidas. Durante unos minutos parece como si los soldados actuaran también impulsados por el olor de nuestra comida, ya que trotan tras los perros como si los espoleara un objetivo común; sus botas aplastan los guijarros al unísono.

—No les entreguéis nada —nos ordena Borís—. Diremos que nuestros pasaportes siguen en la comisaría.

—Ofrecedles un poco de vino —sugiere Nina—. Es una cuestión de educación.

Tras pasar el día caminando hasta Sudak y esperar a que nos devolvieran la documentación, Nina es la única que aún cree que debemos tratar a las autoridades con educación.

Los soldados se detienen y evalúan la situación: diez muchachos de su misma edad en traje de baño, bebiendo vino en tazas, y una lata vacía de ternera estofada que no veían desde que tenían doce años. Es exactamente lo que habían visto cuando echaron un vistazo a la cala: vino y carne; sus prismáticos no los habían engañado.

—¿Queréis un poco? ¿Os apetece algo de vino? —pregunta Nina mientras lava dos tazas en el mar.

Los soldados, que a lo sumo tienen diecinueve o veinte años, ordenan a los perros que se sienten, y los pastores alemanes, sin dejar de olisquear la comida, obedecen a regañadientes. Los soldados se incorporan a nuestro círculo, brindan con sus tazas llenas, y a Borís incluso le cuesta creer que hayan venido a detenernos.

Se llaman Vitia y Serega. Vitia es alto y huesudo; Serega es tan robusto como si lo hubieran tallado de la mismísima piedra de las paredes de la cala. Los dos son de por aquí, de Simferopol, donde el tren nos dejó a Nina y a mí hace dos semanas. Han tenido suerte de que no los enviaran a Uzbekistán o a Kamchatka para cumplir los dos años del servicio militar. Ya antes habían tenido la intención de visitarnos, pero ésta ha sido la primera vez que su sargento se ha marchado, porque ha tenido que ir a buscar nuevos uniformes.

—Fijaos —dice Vitia, que dobla el brazo y nos muestra cómo su codo asoma por un roto de su camisa color caqui.

—Sí —confirma Serega, que se quita las botas para enseñarnos las suelas, gastadas y agujereadas.

Lleva los pies envueltos con *portyanki*, unos retales de tela que se emplean para suplir los calcetines y que, por su aspecto y olor, también requieren urgentemente un cambio.

Ganan tres rublos al mes, el precio de la lata de vino cada vez más vacía que hay junto al hornillo.

Les ofrecemos dos cuencos con patatas y ternera y les servimos más vino. Yura afina su

guitarra y entona las canciones de Vladímir Vysotski sobre la guerra que todo el mundo se sabe de memoria. La oscuridad nos acecha hasta que, de pronto, se nos echa encima sin previo aviso. Vítia y Serega, saciados de vino y de comida por primera vez desde que los destinaron a este lugar hace cuatro meses, se marchan haciendo eses, y sus perros los siguen de mala gana, arrastrando sus traíllas tras de sí.

—¡Eh, os habéis olvidado los fusiles! —les grita Borís.

—Menuda fuerza militar —dice Nina—. ¡Espero que no vuelvan a atacarnos así!

Nunca sabremos si Vítia y Serega recibieron sus uniformes nuevos. A partir de ahora sólo los veremos en lo alto de la montaña, sus siluetas recortadas contra el cielo, demasiado lejos para apreciar los agujeros en sus uniformes y en sus botas, demasiado lejos siquiera para saludarlos.

Como respuesta a mi postal de las vistas de Novi Svet, mi madre envía una carta a la oficina de correos local con un sello estampado en el que pone «correo ordinario». En mi postal, escribí: «Todo va bien aquí en el nuevo mundo». Por supuesto, no mencioné a Borís; bastante debía de haberse escandalizado mi madre al enterarse de que estaba viviendo en la playa; sólo faltaba que, además, le contara que lo hacía en compañía de un hombre. El sexo es un vergonzoso secreto del que no se habla. En nuestros libros, publicados por la editorial oficial del Estado, llamada Progreso, hombres y mujeres pueden batir récords de producción de acero o arriesgar sus vidas para proteger a un colectivo, pero nunca comparten una misma cama. En las películas occidentales, que se emiten en una versión rusa suavizada, se suprimen las escenas subidas de tono. Sophia Loren y Marcello Mastroianni pueden besarse, pero generalmente se les ve sólo de espaldas y durante dos segundos.

Los gráficos de anatomía de mi madre sobre los aparatos reproductores humanos, a pesar de mencionar sus partes sin ningún pudor, no aclaran por qué el sexo es algo tan sumamente deshonoroso, una fuerza tan oscura que hay que extirparla de nuestras películas, por no hablar de nuestros libros. «En la Unión Soviética no se practica el sexo», había declarado muy seria una portavoz del Ministerio de Cultura en una reciente entrevista televisiva, cuando un periodista francés le había formulado una pregunta provocadora sobre la película de Lelouch *Un hombre y una mujer*, doblada al ruso y estrenada recientemente en nuestro país. ¿Es posible que el sexo feliz y desvergonzado fuera erradicado de la Unión Soviética por la Gran Revolución Socialista de Octubre, junto con las desigualdades sociales y los zapatos de calidad?

No soy tan ignorante sobre el sexo como sobre Babi Yar. A pesar de que es un tema tabú y a pesar del silencio de mi madre, o tal vez precisamente por todo ello, he tomado la iniciativa y he decidido investigar el asunto por mi cuenta. A finales del noveno curso, justo antes de cumplir dieciséis años, necesitaba saber más. Aquel mes de abril, cuando mi madre se marchó a las provincias a visitar a la tía Muza, mi hermana organizó una fiesta en nuestro apartamento con sus amigos actores. Trajeron vino y yo estuve bebiendo Riesling, ácido y caliente, en una copa que utilizamos sólo en ocasiones especiales. La música del piano vibraba en la habitación, los actores practicaban escalas con sus voces profesionales y en el ambiente flotaban las carcajadas entre nubes de humo. El Riesling me hizo sentirme feliz y temeraria. Contoneándome, me acerqué a un tipo grandullón y de ojos oscuros llamado Gennadii, que hacía poco había rodado una película que hacía llorar a todas las chicas de mi clase, y me tendí en el diván, junto a su fuerte brazo. Él me sirvió más vino y sugirió que saliéramos al rellano a respirar aire fresco.

Me apoyé en la pared, junto a los escalones que conducían al ático. Contuve el aliento para no

perder el equilibrio bajo sus poderosas manos. Su boca, que olía a vino, se pegó a la mía; su lengua se enroscó alrededor de mis dientes. Con la boca taponada por la suya, intenté calcular cuánto tiempo podría pasar sin respirar, mientras sus dedos se deslizaban bajo mi sujetador. «Acuérdate de esto —recuerdo que pensé estúpidamente mientras Gennadii acercaba su rostro a mis pechos—. Esto es lo que quieren los hombres.»

Su cabeza se movía de mi cara a mi pecho y me manchaba la piel, que pronto empezó a oler a cigarrillos y a alcohol. Yo no sabía qué hacer con las manos, de modo que lo agarré por el cuello mientras él me volvía los labios del revés en su boca y me aplastaba contra la pared con las caderas. Entonces se detuvo de forma tan abrupta como había empezado, y yo me quedé contemplando su camisa abierta, por la que sobresalía una mata de vello del pecho. Bajé las manos y apoyé las palmas sudorosas en la pared. Tenía los labios hinchados y agrietados, y los pezones helados. Gennadii me cogió de la mano y, con una sonrisa culpable, me condujo escaleras abajo, de vuelta al barullo etílico de nuestro apartamento.

Durante mi primer año en la universidad, cuando Nina y yo hablamos de sexo, le hablé de Gennadii, de mi experiencia en las escaleras y de cómo aquello me había parecido una epifanía.

—Todo me daba vueltas —dije, aunque no mencioné el Riesling—. Él tenía veinte años más que yo, y todo en él, incluso el vello del pecho, incluso la camisa que llevaba, olía a tabaco.

Nina me miró con los ojos entornados por el humo de nuestros propios cigarrillos y soltó una pequeña bocanada mentolada.

—Lo que pasa es que estás buscando a tu padre —repuso, observándome por encima de las gafas, una mirada que me pareció demasiado intimidatoria como para merecer una respuesta.

¿Buscaba también a mi padre cuando, el año siguiente, mis pesquisas me llevaron a dar un paso más, a probar una dosis de sexo real? *Seks*, una palabra tan rotunda y sibilante, tan raramente empleada en público que casi parece una palabrota. En nuestro libro de historia de décimo curso (el único sitio en el que había visto la palabra impresa), se describía como uno de los aspectos desagradables de la sociedad burguesa, junto con la violencia y el desempleo. Logré meterme en la cama con un carismático director teatral del taller de interpretación de la universidad, sirviéndome de insinuaciones o, para ser más exactos, diciéndole que estaba perdida y necesitaba que me guiara. Después me miré en el espejo, intentando discernir algún cambio significativo en mí, algún signo de madurez y sabiduría que se manifestaría... ¿cómo? No fui capaz de distinguir nada, ni un solo indicio de esa metamorfosis que indicaría que era adulta, digna de ocupar un lugar entre las filas de los ilustrados y los experimentados. No había sido algo desagradable, tal como sugería el libro de la escuela, pero tampoco me había transportado a una esfera superior del ser o del pensamiento. Lo único que había cambiado era que yo me había vuelto más cínica: al fin y al cabo, este secreto, tan sórdido como bien guardado, se reducía a apenas unos minutos de incomodidad. Al apagar las luces, el carisma del director también se había desvanecido. A pesar del seductor riesgo que prometían, el sexo no era nada del otro mundo.

En cualquier caso, todo aquello no se parecía en nada a hacer el amor con Borís, que hace que me olvide de su acento ucraniano e incluso de sus peroratas sobre Babi Yar. Luce un exquisito bronceado color canela, y, en la penumbra, observo su cuerpo como a través del prisma verdoso del mar, brillando junto a las rocas como cuando caza cangrejos. Estar con Borís es tan sencillo como hacer cola para comprar tomates en una tienda, tan elemental como vivir en la playa. Sin embargo, cada vez que enrolla su manta y subimos a la montaña me siento culpable. He aquí con qué se asocia el sexo en mi mente: con una profunda sensación de vergüenza; el sexo es algo que

se practica de forma ilícita y en la oscuridad.

No obstante, podría haber sido sincera, al menos en parte, en la postal que mandé a mi casa y decir que me había enamorado de un tío de Kiev. Pero no lo hice. Nunca admitiría una debilidad emocional como la que implica enamorarse. «Está enamorada», susurraría mi madre con un comprensivo suspiro que expresaría toda su compasión. Lo sentiría mucho por mí, se preocuparía por mí y me daría consejos que yo no deseo oír. De vuelta en Leningrado, cuando tenga ganas de ver a Borís, compraré un billete de tren a Kiev y le diré a mi madre que me voy a ver a una amiga. Así, en lugar de hablar de Borís, de mis encaprichamientos o del amor, hablaremos del precio de los billetes de tren o de qué sábanas me llevaré.

Mi hermana no duda en declarar que está enamorada. El verano pasado, durante una gira con su compañía teatral, nos escribía una carta cada dos días en la que suspiraba por el hijo del director artístico. Lo único que consiguió fue que mi madre corriera a chismorrear con una vecina. Entre susurros, le expresó toda su tristeza porque el hijo del director nunca se casaría con Marina, porque ésta era demasiado mayor y, para colmo, era actriz, y terminó una vez más lamentando amargamente que mi hermana no hubiera estudiado medicina. Sin embargo, precisamente porque es actriz, a mi hermana le da lo mismo sincerarse a oídos de todos los vecinos de nuestro rellano. Es una mujer valiente, está por encima de los cotilleos y no tiene miedo. Yo, en cambio, preferiría morir antes que darle a mi madre motivos para suspirar y lamentarse por mí. En palabras de mi abuela, lo que llevas dentro no lo puede tocar nadie.

En su carta, mi madre me cuenta que mi tío Vova, su hermano, al que no mataron durante la guerra y que actualmente vive en el pueblecito de Riazán, está pasando las vacaciones a sólo cinco kilómetros de donde estoy yo, en una residencia de descanso y recreo a la que lo han mandado en su condición de veterano de guerra. Quizá podría quedar con él, me sugiere mi madre, que incluye su número de teléfono en Crimea.

No me importaría ver al tío Vova, al que conozco sobre todo por sus cartas y postales de cumpleaños y por los poemas que escribe. Son poemas de aficionado, pero de vez en cuando incluyen algún verso potente, una frase que cala hondo y que toca de cerca algo en lo que yo también he estado pensando. En cualquier caso, sus poemas no me parecen absurdos como los de la tía Muza, que compone rimas con lo primero que le viene a la cabeza y nos las manda escritas en papel satinado con rosas impresas.

Tampoco me desagrade la posibilidad de alejarme de la playa por un día. Incluso el mar, salado, cálido y verdoso, puede convertirse en algo monótono si no ves nada más durante semanas.

Llamo a mi tío y decidimos quedar en la parada del autobús del pueblo donde se aloja, el primer punto de referencia que se nos ocurre. Yo llevo una botella de champán de Novi Svet, procedente de uno de los dos únicos viñedos del país que producen champán. Es auténtico champán de reserva, elaborado únicamente para la exportación y presentado en una elaborada botella con una etiqueta amarilla que nunca he visto antes; en cualquier caso, no se trata de nuestro champán habitual, llamado Sovetskoye, que se obtiene almacenándolo a presión durante cuatro meses antes de llegar a las tiendas. El champán de exportación nos lo proporcionó un conductor de camión al que paramos Nina y yo un día cuando necesitábamos gasolina para el hornillo de camping, un conductor generoso que metió una manguera en el depósito y sacó la gasolina haciendo sifón, nos regaló cinco litros de gasolina estatal y al que invitamos a la playa a comer mejillones y beber vino.

Mi tío Vova me espera junto al camino polvoriento, con una sonrisa. Tiene una sonrisa vagamente torcida; la parte derecha de su boca parece pender de un hilo invisible, con una cicatriz blanquecina provocada por una quemadura. Yo siempre había pensado que la quemadura era un trofeo de la Gran Guerra Patriótica y lo imaginaba huyendo de un tanque en llamas mientras lanzaba granadas contra la avanzadilla de los batallones alemanes. Sin embargo, hace apenas un año me enteré de que la quemadura se debía a un accidente que había ocurrido durante una clase de química, cuando mi tío tenía once años. Mi madre me contó que lo había pasado fatal en el hospital y que gritaba de dolor cada vez que le cambiaban el apósito, porque las vendas se le pegaban a la herida y le arrancaban jirones de piel quemada. Entonces, un médico innovador le sugirió a mi abuela que comprara tabletas de chocolate, por muy caras y difíciles de conseguir que fueran. Después de que Vova se comiera el chocolate, el médico esterilizaba el papel de plata en el que venía envuelto y lo utilizaba como apósito en lugar de la gasa. La piel no se pegaba al papel de aluminio, el chocolate, al ser tan escaso, sabía delicioso y Vova se recuperó en un tiempo récord.

—¡Qué morena estás, pero si pareces negra! —exclama mi tío, que me examina de pies a cabeza con su sonrisa torcida.

—Vivimos en la playa —le explico yo—. Todos estamos negros.

—¿Chicos y chicas juntos? —pregunta él, entornando los ojos y fingiendo ponerse serio.

Me gusta mi tío. En lugar de suspirar y preocuparse por que esté viviendo en la playa con chicos, como haría mi madre, me guiña el ojo y me pregunta por la botella de champán que llevo bajo el brazo. Cuando le cuento la historia del camionero, su mirada brilla de admiración ante mi ingenio y mis agallas. Nina y yo nos colocamos junto a la carretera, vestidas con traje de baño y con aspecto desvalido, con la lata de gasolina oculta entre unos matorrales.

La verdad es que normalmente no tengo agallas. En Leningrado, me azoro todas las veces que llamo la atención de alguien, pero aquí, en este mundo nuevo de Novi Svet, no le temo a nada, como si no fuera yo, como si el sol me hubiera concedido una nueva identidad. Aquí puedo ser extravagante y despreocupada y sentarme con las piernas cruzadas en la cuneta de la carretera, con un cigarrillo en los labios, atrayendo las miradas reprobadoras de las madres que pasan acompañadas de hijas adolescentes. Me deslizo bajo los viñedos de la granja colectiva del pueblo para arrancar racimos de uvas enteros. El otro día, Nina y yo trepamos a una roca que domina nuestra cala y recitamos el soliloquio de Hamlet en inglés ante todo el grupo de Kiev, ante todo el mar Negro, que a esas horas de la noche era literalmente negro. Cierta, habíamos estado bebiendo tazas y tazas de vino, pero soy incapaz de imaginarme recitando lo que sea, en ruso o en inglés, ante mis amigos de Leningrado, aunque fuera noche cerrada, aunque me lo pidieran.

—¿Qué te parece si brindamos por este encuentro? —propone mi tío.

Para mi nuevo e intrépido yo, beber en un banco resulta emocionante. Como ya me ha explicado mi tío en tono quejoso, en la residencia de descanso y recreo no está permitido el consumo de alcohol.

—Si hubiera querido un sanatorio —dice—, me habría quedado en casa con mi mujer.

Encontramos un banco debajo de un árbol retorcido que no crece en el norte. El tío Vova descorcha el champán y nos turnamos para beber directamente de la botella. Las burbujas calientes me hacen cosquillas en la nariz y me dan hipo. Me llevo un disgusto, porque soy incapaz de distinguir entre esta rareza de exportación y el Sovetskoye que compramos para celebrar la Nochevieja. Pero mi tío parece contento y alza la otra parte de la boca, la que no está quemada.

Nos sentamos a la sombra del árbol raro y hablamos de Crimea. Yo le cuento la redada del ejército, del vino que salía de máquinas expendedoras y de las algas fluorescentes. Él me cuenta que la residencia de descanso y recreo cierra las puertas a las diez de la noche. Entonces nos dirigimos hacia el lugar donde se aloja, un edificio de hormigón con las mismas persianas que todos los edificios públicos. En la parte delantera hay varias hileras de arbolitos, a apenas cien metros del mar.

—Pronto será hora de cenar —dice—. Vayamos a mi habitación e intentaré conseguir algo de comida en el bar.

La habitación es pequeña y funcional, pero a través de una puerta abierta veo algo que me parece casi surrealista: rodeada por el brillo de baldosas blancas resplandece una bañera. Llevo cuatro semanas bañándome en el mar, frotándome el pelo con una pastilla de jabón de hacer la colada, intentando conseguir algo de espuma con el agua del mar. El baño de mi tío, con su lujo de porcelana blanca y sus cromados, parece sacado de las páginas de una de las revistas occidentales que nuestros militares confiscan rutinariamente en la frontera.

—Es bastante patético, ¿no? —comenta el tío Vova al percatarse de que me quedo perpleja ante la puerta del baño—. En una residencia para veteranos de guerra, uno esperaría algo más moderno.

No sé de qué habla. Las baldosas son tan blancas que me deslumbran y el agua sale del caño a borbotones, abundante agua dulce que hace que el jabón burbujee y brille con todos los colores del arco iris. Abro más el agua (el grifo y también la alcachofa) y cae en una catarata plateada, un agua maravillosa, sin color ni sabor.

El tío Vova sonríe y cierra la puerta. El agua salpica mi piel oscura y gruesa como el cuero, tan bronceada que mis uñas brillan como lucecitas pálidas, y puedo distinguir claramente entre la piel del empeine, tostada por el sol, y mis pálidas plantas. Me enjabono la cabeza con abundante espuma; tumbada en la bañera, froto para librarme de la sal acumulada durante cuatro semanas en el mar. Cuando por fin vuelvo a asomar la cabeza por la puerta, mi tío dice que tiene que bajar al bar si no quiere perderse la cena.

—Te traeré algo bueno —promete.

Me siento tan limpia que tengo una sensación de ligereza. Floto por la habitación, alrededor de otro objeto surreal: una cama con sábanas. Me digo que voy a experimentar la sensación del algodón blanco sobre la piel y lo siguiente que oigo es la voz del tío Vova diciéndome que me estoy perdiendo unas *kotleti* con salsa de champiñones que ha escondido en un pañuelo.

—Llevas dos horas durmiendo —se ríe—. ¿No tenéis tiempo de dormir en la playa?

Bajo el pañuelo aparece un plato cubierto con un papel de periódico, pero mi cabeza no quiere separarse del colchón y me siento como si tuviera los brazos pegados a las sábanas.

Mi tío aparta el papel de periódico y, debajo, emergen dos *kotleti* perfectas cubiertas de una salsa marrón que, desde luego, no procede de una lata y que tiene un aspecto tan delicioso e irreal que parece un espejismo.

Mi tío me observa con su sonrisa torcida mientras como, sin lamentarse de que no duerma en una cama de verdad o de que no coma bien, sin reprocharle a mi amiga Nina que me haya arrastrado hasta Crimea para vivir expuesta a los elementos de la naturaleza como una *bomzh*, una sintecho, sin preguntarme por Borís o ni siquiera por si hay alguien llamado así. Y aunque me lo preguntara, sé que mi tío sabe guardar secretos. Al fin y al cabo, él fue quien ayudó a abortar a mi madre entre un marido y otro, cuando abortar era ilegal. Lo sé porque en un cajón del escritorio de

mi madre encontré una libreta azul en la que, con su letra cuadriculada, daba cuenta de su vida antes de su llegada a Leningrado. Debía de haberlo escrito para la posteridad, o sea, para mí. De modo que lo leí. Incluso entonces, a los quince años, me resulta increíble que de los tres hermanos que sobrevivieron a la guerra, mi madre, tan aficionada al orden y a hacer las cosas como es debido (mucho más que el tío Vova o incluso que la tía Muza), haya sido la única que se ha casado tres veces, tres uniones precipitadas, de las cuales ninguna parece no ya perfecta, sino ni siquiera buena.

Sé que es la última vez que veré al tío Vova de ese modo, los dos a solas, sin familiares a nuestro alrededor diciéndonos que no bebamos champán de la botella, que no robemos comida del bar o que no hagamos trastadas, sean cuales sean.

Nos abrazamos fuertemente y nos quedamos así un rato, saboreando el momento, conscientes de que no volverá a producirse. Agradezco que el tío Vova se ría de medio lado y sea tan discreto, que no haga preguntas y no se compadezca de mí; agradezco que haya robado *kotleti* con salsa de champiñones para mí.

Regreso a la cala ya de noche y encuentro los colchones esparcidos por la playa, su distribución habitual a la hora de dormir. Parece un lugar tranquilo y seguro, como un campamento de verano de los pioneros, donde los días son predecibles y sencillos. Quizá resulta que mi madre tiene razón y la vida al aire libre encarna sus peligros. El peligro de la uniformidad, por ejemplo: la suma de un clima perfecto y las canciones perfectas que Yura toca una y otra vez con su guitarra. O el peligro del sexo sin censuras, sin nadie que lo prohíba ni lo rechace con una mirada de soslayo, despojándolo de la tensión y convirtiéndolo en algo natural.

Me quito los zapatos y me meto en el agua. Muevo los dedos y un montón de burbujas fosforescentes se agolpan en torno a mis pies, haciendo brillar el agua desde dentro. Borís me ha contado que esto sólo pasa en agosto, cuando el plancton se acerca flotando a la costa. A mi alrededor, los contornos de las rocas se disuelven lentamente en la oscuridad, y la luna blanca, como el cantero de una barra de pan, asoma en lo alto. Todos están a punto de acostarse en Novi Svet, un nuevo mundo que, de repente, parece tan viejo.

17. «FACILITADORA DE APRENDIZAJE»

—Tú y tu amiga tenéis motivos para estar contentas —me susurra al oído Natalia Borisovna, mi profesora de inglés—. El jefe del departamento y el líder de la célula local del partido han aprobado vuestras candidaturas. Empezáis la semana próxima.

Me pasa el brazo por los hombros en gesto de aprobación: me acaban de considerar lo bastante madura como para dar clases de ruso durante las seis semanas del programa de verano a estudiantes estadounidenses. No entiendo por qué tiene que susurrar; quizá es un secreto que haya ciudadanos estadounidenses vivos merodeando por la universidad, tan cerca de los ciudadanos soviéticos.

Nina y yo acabamos de licenciarnos en el departamento de Inglés de la Universidad de Leningrado. En cuanto Natalia Borisovna me suelta el hombro, cruzo la ciudad para comunicarle a Nina la buena noticia. Lo celebramos en su cocina fumando cigarrillos mentolados, y, entre bocanadas de humo, cavilamos sobre lo brillantes que seremos atrayendo a nuestros estudiantes capitalistas al mundo de la lengua y la literatura rusas.

Pero al llegar a casa ya no estoy tan convencida de ello. Aparte de una clase con alumnos de primer curso que me asignaron durante mi último año, el sexto, nunca me he colocado ante un grupo de estudiantes. Y mucho menos estudiantes extranjeros, que probablemente estén acostumbrados a métodos didácticos innovadores y avanzados, como todo en Estados Unidos. Oímos rumores de emigrantes (historias que nos llegan a través de una compleja trama de conexiones) de que en Estados Unidos se pueden comprar champiñones en marzo y fresas en diciembre; que no hay restricciones de libros de ningún tipo; que un agente de policía que detuvo a uno de esos emigrantes porque conducía demasiado rápido le pidió que bajara del coche porque no quería humillarlo ante su hijo de diez años. Esta última historia me parece tan increíble y sensiblera que me hacer reír. ¿Qué tipo de gobierno se preocupa por no herir los sentimientos de sus ciudadanos, sobre todo de los niños? Todo el mundo sabe que los gobiernos deben gobernar, tal como señaló Lenin en 1918. El nuestro, por ejemplo, se dedica a imponer normas de residencia que nos impiden mudarnos y a rechazar las solicitudes de emigración, garantizando de ese modo que los candidatos pierdan su trabajo y sufran una humillación pública. De hecho, si no nos sentimos humillados, se nos mira como a sospechosos.

Me doy cuenta de que sé tan pocas cosas sobre Estados Unidos que es vergonzoso. Nunca he visto un periódico ni una revista americana, considerados subversivos y peligrosos y que la policía confisca en la frontera. La única vez que oí a alguien hablar en inglés americano fue en una entrevista con Angela Davis, la presidenta del Partido Comunista de Estados Unidos, a quien apenas logré entender por culpa de sus erres vibrantes, que nuestra profesora de fonética

describió como «muy poco británicas».

No he leído ningún libro americano a excepción de los de clase: *Adiós a las armas*, de Hemingway, una declaración antibélica, y *De ratones y hombres*, de John Steinbeck, una denuncia de las úlceras del capitalismo. El resto de los libros, aquellos que no denuncian ni revelan nada, entran en el país con cuentagotas y a un ritmo imposible de predecir, igual que la mayonesa y los zapatos de importación en nuestras tiendas. Recientemente, uno de nuestros profesores, tras un viaje a Inglaterra, logró colar una novela contemporánea titulada *Más allá de la medianoche*, y estoy en la lista para leerlo después de que lo hayan hecho todos los profesores del departamento de Inglés. He calculado que, a la velocidad actual, me tocará en unas cuatro semanas, porque la primera persona lo leyó en dos días.

Y, desde luego, jamás he visto a un estadounidense de carne y hueso.

El curso empieza a mediados de junio. Yo doy clases tres veces por semana, de 9.00 a 11.50 de la mañana, gramática y conversación. Me he preparado para la nauseabunda sensación de temor que experimentaré el primer día, ese nudo en el estómago que todos conocemos de nuestras visitas anuales al dentista o de los discretos enfrentamientos con las autoridades que intentan presionar a los buenos estudiantes para que se conviertan en líderes del Komsomol, los jóvenes comunistas. Sin embargo, por sorprendente que parezca, al entrar por primera vez en el aula y encontrarme ante catorce norteamericanos que me observan con la misma curiosidad con la que yo los observo a ellos, no tiemblo por dentro. Mi ruso es mucho mejor que el suyo, y como éste es un programa de inmersión y no podremos utilizar el inglés durante la clase, siempre tendré ventaja, por lo menos lingüísticamente.

Mientras hacemos las presentaciones, observo sus caras, que no me parecen tan extranjeras como sus acentos. Lisa, de Vermont, una chica rubia y de constitución robusta, podría haber venido a pasar el fin de semana en autobús desde Finlandia; Charles, de Virginia, con sus gafas redondas y su acné, parece uno de los chicos de la Escuela de Matemáticas y Física Avanzadas, la escuela número 239, situada a dos bloques de donde vivo yo. Todos me resultan familiares (Steven, Mary, Tony, que inmediatamente se convierten en Stepán, Masha y Antón), y, sin embargo, su otredad se revela en sus miradas claras, sus espaldas erguidas, su entusiasmo por hablar nuestro enrevesado idioma, repleto de conjugaciones, declinaciones, aspectos verbales y consonantes palatalizadas que no están al alcance de ningún extranjero. Son desinhibidos y nada temen; son serios y francos. Son lo opuesto a mí.

Vienen de buenas universidades: Darmouth, Columbia, Duke... Ni siquiera he oído mencionarlas, pero asiento como si las conociera.

—Ésta también es una buena universidad —digo yo, mirando a mi alrededor.

No sé si es cierto, no dispongo de referencias, ni de listas o guías que me permitan comparar, pero por mi forma de hablar, parece como si las tuviera. Mis alumnos asienten vigorosamente: *Da, da*, una universidad muy buena. Sólo que los dormitorios de la residencia son algo *antik-varny*, dicen. No, los corrijo yo con voz de profesora: *staryi*. No son anticuados, sino viejos.

Se ríen. No, claro que no son anticuados, faltaría más. Lo que no les digo es que ni siquiera son viejos. La residencia se construyó hace apenas cinco años, cuando yo empezaba la universidad y pasaba junto al edificio cuatro veces al día, yendo y volviendo de la facultad. El desvencijado andamio crujía por culpa del viento y los trabajadores, con abrigo acolchado *vatnik* y gorros tipo *ousanka*, iban de aquí para allá haciendo eses, medio borrachos, y al final de

la jornada laboral se llevaban todo lo que podían: pomos de puertas, grifos, clavos... Era una obra como cualquier otra y la residencia es un edificio nuevo como cualquier otro: repentinamente viejo y también una chapuza, como todos los demás.

Los norteamericanos son estudiantes aplicados. Siempre traen los deberes hechos y formulan preguntas. Durante las pausas, hacen lo que pueden con los casos y las declinaciones para contarme lo que vieron el día anterior después de la clase. El Ermitage y las fuentes del Peterhof. El acorazado *Aurora*, anclado permanentemente en el Neva, cerca de la residencia, que con un cañonazo marcó el inicio del asalto al Palacio de Invierno. El escondrijo de Lenin en el suburbio de Razliv, una tienda de paja donde se exhiben la gorra y las botas del líder sobre un tocón de árbol.

—Y ni siquiera eran su gorra y sus botas auténticas —dice Antón en tono mordaz. «Copias», reza un letrero. «Los originales se guardan en el Kremlin.»—. ¿Los guardan en una caja fuerte? —añade con humorístico desdén.

—Temerán que alguien pueda robarlos —sugiero yo—. Algún *kapitalisty* como vosotros.

Se ríen, como si hubiera contado un chiste. Lo he contado para que se rían, es cierto, y, sin embargo, aunque nunca he estado en Razliv (siempre he logrado eludir las salidas escolares que pretendían llevarnos allí), sé que ése es el motivo real por el que la gorra y las botas de Lenin en su tienda de paja son simples reproducciones. Los capitalistas, como es bien sabido, son enemigos y, como tales, no son de fiar, e incluso serían capaces de rebajarse a robar los efectos personales de Lenin y venderlos en sus mercados al mejor postor.

Me hablan de la comida en el bar de la universidad. *Uzhasnaya*, se quejan: horrible. Como instructora del programa americano, tengo acceso al bar. Es realmente un bar universitario, pero los estudiantes norteamericanos de visita disponen de un plan especial de alimentación para evitar que mueran intoxicados al instante. Cuando como en la cafetería, no puedo evitar quedarme boquiabierto ante los postres, seductoramente expuestos bajo un cristal: trozos de pastel con rosas de azúcar glaseado, hojaldres cubiertos de chocolate y torres de nata montada que no he visto en ninguna otra parte. Me quedo embobada ante las coles rellenas de carne y las ensaladas con pasas. Por un rublo, me lleno la bandeja de manjares exquisitos y los engullo en un rincón, lejos de las miradas de la gente. Sin saber muy bien por qué, siento como si mi presencia allí fuera ilícita, como si no mereciera toda esta comida difícil de conseguir, de la que mis estudiantes americanos se burlan.

Los viernes, Nina, yo y el resto de los profesores acudimos al auditorio principal a oír las conferencias sobre historia y literatura rusas que nuestros mejores profesores universitarios imparten para los estudiantes norteamericanos. De hecho, no estamos particularmente interesadas en que nos ilustren sobre la Revuelta Decembrista de 1825, ni sobre las «personas inútiles» de Lérmontov. Después de las charlas, la directora del programa, una elegante joven de quien se rumorea que está casada con un coronel de la KGB, descubre una mesa con un samovar eléctrico y un montón de enormes rosquillas con semillas de amapola llamadas *bubliki*; junto con nuestros estudiantes, bebemos té en los tradicionales vasos, sostenidos por asas metálicas. El verdadero motivo por el que hemos venido aquí es para oír inglés y hablarlo.

El inglés que oímos es más robusto, más intrépido que las voces británicas de las cintas de nuestro laboratorio de lengua. Este inglés tiene unas vocales que parten mandíbulas, unas consonantes que restallan. Ahora mis estudiantes no dudan cuando intentan recordar la terminación correcta de un nombre. Ahora son rápidos y se los ve más seguros. Manejar su propia lengua les

da un mayor control.

Los estudiantes de mi clase están reunidos alrededor del samovar y, por turnos, abren el grifo que llena sus tazas de agua caliente.

—Te pareces un poco a Natalie Wood —me dice Charles, de Virginia, antes de pegarle un bocado a su *bublik*.

Yo no sé quién es Natalie Wood, pero frunzo el ceño, porque no estoy muy segura de haber entendido el nombre correctamente.

—¿Natalie Wood? —pregunto entornando los ojos.

Probablemente se trate de alguien a quien todos conocen menos yo.

—Una actriz. De cine —explica Charles—. Sus padres eran rusos, ya sabes...

No, no lo sé. Pero ¿debería saberlo? ¿Debería sentirme halagada porque me haya comparado con una actriz de padres inmigrantes? Sonrío y asiento con la cabeza.

—Mi hermana es actriz, sabes... —digo, intentando seguir la conversación.

Charles hace un comentario y yo finjo que lo he entendido. Finjo que soy feliz.

Entonces reparo en que la directora del programa, que está casada con un tipo de la KGB, me está dirigiendo una mirada penetrante, y me pregunto si no estaré fingiendo con demasiado entusiasmo, si no creerá que soy realmente feliz entre estos estudiantes, a quienes estamos encantadas de introducir en nuestro idioma y nuestra cultura, pero que siempre, por inocentes que parezcan, serán nuestros oponentes ideológicos en la lucha mundial por garantizar un futuro esplendoroso para la humanidad.

Decido cambiar de posición y me acerco donde está Nina con dos de sus estudiantes; parece tan feliz como debo de haberle parecido yo a la directora del programa. Cynthia y Robert, de su clase, son mayores. Ambos son licenciados de universidades cuyos nombres salen disparados de sus labios, indescifrables, como gran parte de lo que dicen.

—Robert es escritor. Ciencia ficción. Acaban de publicarle un libro —alardea Cynthia, como si se lo hubieran publicado a ella—. Y encima es un buen libro.

Robert se rasca la frente y esboza una sonrisita de medio lado, entre tímida y orgullosa. Mira a través de sus gruesas gafas y se pasa la mano por el pelo, tan rizado que se le enreda en los dedos.

—Robert Ackerman. Recuerda este nombre —añade Cynthia en tono burlón, apuntándome con un dedo.

Robert sonrío y entorna los ojos, mortificado y halagado al mismo tiempo. Yo también sonrío, pero sin demasiado entusiasmo, porque la directora del programa ha vuelto a fijarse en mí.

Una semana más tarde, después de la clase, al salir del edificio conocido como «las catacumbas» y entrar en el grisáceo patio de la universidad, me encuentro a Robert apoyado en un árbol, esperándome.

—Nina me ha dicho que estabas dando clases aquí —dice, con las manos en los bolsillos de los pantalones de pana y los mechones de pelo erizados como sacacorchos alrededor de su estrecho rostro.

Visualmente contrasta con todo lo que lo rodea (con el tronco del abedul en el que está apoyado, con los mustios pensamientos que crecen a sus pies, con la pared agrietada y desconchada a sus espaldas), no se parece en nada a un ruso, como si acabara de caer del espacio. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que la directora del programa no está cerca

para presenciar este contacto no permitido con un extranjero fuera de la clase.

Salimos del patio a través del edificio principal y dejamos atrás la escalinata de mármol y el enorme espejo junto al que Nina y yo solíamos quedar antes de las clases, frente a la gris extensión del margen del Neva. Las nubes son tan bajas que han engullido la parte superior del capitel del Almirantazgo, al otro lado del río; parece como si la aguja dorada se hubiera roto.

—Qué humedad —comenta Robert—. Es como estar bajo el agua.

—Es normal —digo yo—. Es por el río, el mar y los pantanos, ya sabes... —Me siento muy orgullosa por haber utilizado ese «ya sabes...», una expresión coloquial que he aprendido de mi alumno Charles.

Con paso desenvuelto, me alejo de la universidad acompañada por un hombre de aspecto extranjero (americano y judío a la vez, dos condiciones igual de mal vistas aquí), cuya otredad se anuncia en su pelo largo y ensortijado, sus pantalones de pana ajustados y unos zapatos de piel que no parecen hacerle daño en los pies. Y, además de todas esas particularidades tan poco corrientes, acaba de publicar un libro.

Paseamos despacio junto al río, observando las losas de granito grisáceo bajo nuestros pies, sin saber qué decir.

—Dime, ¿qué haces cuando no enseñas ruso a los americanos? —pregunta Robert con su inglés americano tras unos minutos de silencio.

No estoy segura de si me está preguntando por mi vida oficial o mi vida privada. ¿Me pregunta por lo que hago en la universidad o por lo que hago en casa? ¿Por lo que le digo a mi profesor de inglés o lo que le digo a Nina? ¿En cuál de mis yos está interesado? ¿En la correcta profesora universitaria miembro del Komsomol, o en la persona auténtica, burlona y cínica que soy con mis amigos?

—Enseño inglés —digo—. Gramática, lectura, conversación. Leemos *La saga de los Forsythe*, de Galsworthy. Volumen uno, *El propietario*.

Robert se ríe y se rasca el cogote.

—¿Y no es un rollo patatero? —pregunta.

—Pone al descubierto las úlceras del capitalismo —contesto yo.

Robert me mira a través de sus gruesas gafas para ver si hablo en serio, para decidir si ha llegado el momento de recordar que se ha dejado la tetera en el fuego o cualquier otra cosa que requiera su atención inmediata.

—Sí, tienes razón: es un rollo patatero —añado con una sonrisa.

No me cuesta nada elegir entre las dos personas que habitan en mi interior. Con un escritor judío-americano que, rodeado de todas las mujeres de la universidad brincando a su alrededor con samovares y *bubliki*, ha decidido esperarme a mí, voy a ser realmente yo.

—¿Y qué haces tú cuando no escribes ciencia ficción? —pregunto.

—Soy físico —dice Robert.

«Físico» en inglés es *physicist*, me digo mentalmente, que no se debe confundir con *physician*, que significa «médico», tal como aprendí durante una de las primeras clases de traducción. Así pues, no es médico, no tiene nada que ver con lo que fue mi madre durante la guerra, cuando trabajaba a un kilómetro del frente alemán.

—Física nuclear y astrofísica —añade Robert—. La expansión del universo, la teoría de la relatividad, los agujeros negros... Estoy terminando mi tesis en la Universidad de Texas.

Yo no sé nada sobre física. En el instituto fue la única asignatura en que saqué un cuatro en lugar de un cinco redondo, el cuatro que hizo que mi diploma de bachillerato estuviera encuadernado en plástico negro en lugar de rojo.

—También toco el oboe —dice Robert, que con la música intenta quitarle hierro a su vertiente científica.

Probablemente crea que me ha intimidado con sus credenciales como físico, porque aún no he dicho nada. Y la verdad es que lo ha conseguido: sé tan poco de música como de astrofísica.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunto—. ¿Qué haces estudiando ruso en Leningrado?

Robert se detiene ante las escalinatas de granito que descienden hasta el agua, donde las olas plomizas lamen la piedra húmeda, y observa la cúpula dorada de la catedral de San Isaac, al otro lado del río. Incluso bajo esta luz mortecina irradia un brillo que mantiene las nubes a distancia de su superficie, como si se tratara de un halo de protección contra la lluviosa atmósfera.

—Durante el sitio de Stalingrado la cubrieron de gris —le digo— para que se confundiera con el resto de la ciudad.

Robert se concentra en la catedral como si estuviera sacándole una foto, y entonces se vuelve hacia mí.

—Porque me gusta el ruso —confiesa—, porque quiero poder leer a los autores rusos en su idioma original, por eso estoy aquí.

Ahora sí estoy impresionada. No me siento digna de la compañía de este brillante americano que resuelve los problemas del universo durante el día y luego se va a casa a tocar el oboe y a sudar tinta leyendo *Crimen y castigo* en ruso.

—Leningrado —dice Robert—. «Grado» significa ciudad, ¿no?

—Sí, la ciudad de Lenin —digo yo.

—Pero la forma «Lenin» también es el genitivo de «Lena», ¿no? «De Lena», en ruso, es «Lenin», ¿verdad? O sea que Leningrado significa literalmente «la ciudad de Lena». —Robert parece muy satisfecho, como si acabara de resolver una complicada ecuación celestial—. Ésta es tu ciudad —dice, y levanta los brazos, como si me concediera ese honor.

No se me había ocurrido nunca, pero Robert tiene razón. De hecho, tiene mucha más razón de la que cree. El verdadero apellido de Lenin era Uliánov. Lenin es el seudónimo que nuestro legendario líder utilizó para distraer a la policía del zar mientras viajaba en secreto de Rusia a Finlandia, intentando agitar a las masas y prepararlas para la revolución; para elegir su nombre se inspiró en el gran río siberiano, el Lena. Así pues, Lenin significa literalmente «de Lena». Y Leningrado es, literalmente, mi ciudad.

Robert me espera todos los días que doy clase, tres veces por semana, y juntos paseamos por el centro de la ciudad, visitando los lugares que no aparecen en su guía turística, lugares reales, demasiado corrientes para incluirlos entre las lustrosas instantáneas de estatuas de bronce y cúpulas doradas. Nos alejamos del lujo barroco del Palacio de Invierno y nos dirigimos hacia la parte del Neva donde las grúas de construcción se elevan por encima del agua, por callejuelas con el asfalto agrietado donde, tras los arcos desmoronados, se abre un laberinto de patios interiores.

Robert está fascinado con los patios interiores. Ha leído a Dostoievski y quiere ver los pozos de esos patios, que deprimen el espíritu y retuercen el alma hasta formar un nudo de miseria auténticamente ruso. Hasta donde yo alcanzo a ver, en los últimos cien años, la contribución de

estos patios a la pobreza no ha cambiado en nada, de modo que me complazco en acompañar a Robert a través de los arcos que revelan cubos de basura de aluminio rebosantes de mondas de patata y huesos de pollo, muros ruinosos cubiertos de alambres y montones de planchas de metal oxidadas que alguien debió de traer hasta aquí para una renovación que nunca tuvo lugar.

Robert me habla de Austin, Texas, el lugar donde estudia, y de Trenton, Nueva Jersey, el lugar donde vive; ambos lugares se funden en mi mente, extraños e ininteligibles, dos agujeros negros en el desconcertante universo de mi acompañante. Me habla de las películas que ha visto, las personas a las que ha conocido, las cosas que ha comprado, pero es como si me hablara de física nuclear. No sé qué son los «efectos especiales», ni qué significa «guerra de las galaxias»; no tengo ni idea de qué es un «asistente docente» y nunca antes he oído la palabra «parka». Pero asiento y finjo entenderlo, finjo ser una mujer sofisticada y mundana. Cuando se trata de fingir soy una verdadera profesional; llevo años perfeccionando mis habilidades. Robert no sospecha nada.

La última semana de clases lo llevo a que vea mi patio interior. Es mejor que muchos, tiene unos columpios en el centro: un cajón de arena y un alto tobogán de madera astillada por el que solía tirarme en invierno, cuando iba al parvulario. En medio del patio está el mismo charco de siempre, cubierto por una película iridiscente de gasolina. «Zoika es una zorra», puede leerse en la pared, junto a la puerta con candado donde el terrorífico basurero de mi infancia amontonaba con una pala la porquería que los vecinos arrojaban a través de los conductos de la basura.

Hoy los conductos están cerrados también con candado, y Zoika, que hace diez años era, efectivamente, una zorra, ha abandonado a su madre y se ha ido a vivir al otro lado de los Urales.

—¿Te apetecería ver mi apartamento? —le pregunto a Robert.

Es probable que el hecho de que una profesora se lleve a un estudiante capitalista a su casa, aunque no sea un alumno de su clase, suponga una violación de las normas del departamento. Normalmente hay que planificar las visitas domiciliarias, que precisan de una aprobación de la directora (o, mejor dicho, del marido de la directora, el miembro de la KGB), pero ya estamos aquí, en mi patio, y sería muy poco educado por mi parte, una verdadera afrenta a las normas de la hospitalidad, no invitarlo a entrar.

La puerta principal se abre con un chirrido, subimos los siete escalones de cemento y pulso el botón del ascensor, que está detenido en algún piso más arriba. Mientras esperamos de pie junto a los buzones de madera, se abre la puerta de uno de los apartamentos del primer piso, en el que vive la actual portera, una mujer alta con un delantal de arpillera. Sus llaves tintinean mientras busca la que cierra la puerta, pero ese momento es desesperantemente largo y, aunque le estoy dando la espalda, sé que está mirando a Robert con sus ojos abiertos como platos, pues en el interior de mi edificio parece más extranjero aún que en la calle. La portera ni siquiera tiene que esperar a que abra la boca para saber que no es de aquí, con sus mechones como sacacorchos y sus pantalones de pana con botones metálicos que ninguna tienda soviética ha visto jamás.

El ascensor llega por fin a la planta baja y abro la puerta metálica. Dentro apesta a orín, como en todos los ascensores, y mientras la cabina sube traqueteando poco a poco, clavamos la vista en los pies, con la espalda pegada a la partición de contrachapado que divide el ascensor en dos; por culpa de la partición, caben tan sólo dos o tres personas en su interior, que resulta tan incómodo como todo lo demás. Encojo los dedos de los pies en el interior de mis zapatos, avergonzada por esa partición innecesaria, por el hedor a orín y por la mirada de condena de la portera. Es una sensación estúpida, por supuesto, pues no he sido yo quien ha construido esta atrocidad de contrachapado, ni quien se ha meado en el suelo, ni quien ha mirado a Robert con desdén. Pero, en

cambio, sí he sido yo quien ha dejado que Robert lo viera y lo oliera. Yo soy —citando las palabras de la coordinadora del programa norteamericano— la «facilitadora de aprendizaje».

Mi madre está en la cocina planchando, inclinada encima de una vieja sábana, apoyándose con todo su peso en la pesada plancha que acaba de calentar sobre la cocina. Está planchando la ropa blanca: sábanas, edredones y fundas de almohada de algodón, que se arrugan una barbaridad cada vez que los escurre en la bañera.

—Te presento a Robert, de mi programa americano —digo, al tiempo que lo invito a entrar en la cocina—. Le estaba enseñando los patios y ha querido ver un apartamento ruso.

Mi madre se endereza y deja la plancha encima del salvamanteles de metal. Aunque le dedica una sonrisa a Robert y estrecha la mano que éste le tiende, puedo imaginar lo que está pensando: que los norteamericanos no tienen modales. Según nuestras normas de cortesía, un hombre debe esperar a que sea la mujer quien le tienda la mano.

—Es un placer conocerlo —saluda mi madre quitándose el delantal—. Póngase cómodo mientras preparo un té.

—En un hogar ruso, el té es inevitable —le digo a Robert, aunque me doy cuenta de que está encantado ante esa perspectiva.

Mi madre se toma muy en serio lo del té, desde luego, pues rebusca en el armario de la cocina hasta encontrar el tarro de mermelada de frambuesa y me pide que traiga las tazas buenas del cuarto de mi hermana. Yo aprovecho la ocasión para enseñarle el apartamento a Robert y contemplo la habitación de Marina a través de los ojos de un extranjero: un parquet destartalado que lleva años sin encerarse; un papel pintado con unas flores que en su día fueron amarillas y un alféizar desconchado con macetas de aloe y unos brotes mustios que mi madre utiliza para la ensalada.

Abro el postigo del balcón y los sonidos veraniegos de la calle inundan el cuarto: tranvías, autobuses y la cola de una licorería que da la vuelta a la esquina y termina más o menos debajo del balcón en el que nos encontramos.

—¿Qué venden ahí? —pregunta Robert en ruso; últimamente habla siempre en ruso, muy orgulloso de las desinencias de caso que hacen que se frote las sienes y entorne los ojos hasta que por fin emergen de entre sus labios, lentas, pero casi perfectas.

Aún no venden nada. La gente hace cola porque ha visto que hay un camión aparcado junto a la tienda, una clara señal de que va a haber un reparto, aunque nadie sabe exactamente de qué. En cualquier caso, sea lo que sea, no va a durar mucho, de modo que esperan, estirando el cuello con la intención de adivinar qué encontrarán al final de la cola.

—Probablemente vodka barato —aventuro—. O vino peleón. Aquí lo llamamos *chernila*, que significa «tinta».

Robert se ríe y yo sé que ya ha almacenado esa nueva palabra entre las circunvoluciones de su versátil cerebro.

Estoy impresionada por los caleidoscópicos talentos de Robert, tan inaccesibles para mí: física, música, escritura... Me apabulla su curiosidad, el hecho de que haya querido viajar a mi ciudad, una grandiosa ruina herméticamente aislada del resto del mundo, y vivir aquí durante seis semanas. Pero, sobre todo, me fascina que sea tan extranjero. Creo que incluso me siento atraída hacia él, si no hacia él en cuanto individuo, sí hacia su otredad y el mundo reservado, incognoscible que representa; el mundo que he intentado descifrar desde que di mi primera clase de inglés con Irina Petrovna, cuando tenía diez años; el lugar secreto y cerrado donde se habla en

inglés, ese lugar que conozco tan bien y, al mismo tiempo, lo desconozco todo acerca de él. Todo lo que es extraño, deslumbrante y seductor se ha fusionado y condensado en esta persona que observa una cola desde el balcón de mi casa para comprar «tinta» barata.

—¡El té ya está listo! —grita mi madre desde la cocina, y Robert y yo llevamos las tazas buenas con los bonitos platitos, ribeteados de oro, que mi madre heredó de sus padres.

Además de un cuenco con mermelada de frambuesa, veo encima de la mesa una caja de chocolatinas abierta que mi madre ha sacado del alijo donde guarda los botes de mayonesa y las latas de atún para las fiestas y ocasiones especiales. Cojo una, y luego otra; los bombones han pasado tanto tiempo en el armario que han adquirido una pátina blanquecina.

Mi madre le pregunta a Robert por el programa, pero por su tono abstraído me doy cuenta de que sólo intenta mostrarse educada. Lo que realmente quiere saber es qué hace Robert en Estados Unidos: dónde trabaja, dónde vive y con quién. Cuestiones mundanas y prácticas, como ella.

Estudia en Texas, está terminando su doctorado en física. Robert se rasca la frente, intentando recordar las conjugaciones y declinaciones correctas. Cuando no está en Texas, vive en casa de su madre, en Nueva Jersey.

—¿Nueva Jersey? —inquire mi madre.

—Cerca de Nueva York —responde él—. Al otro lado del Hudson.

—¿El Hudson? —pregunta mi madre.

En ruso es *Goodzon*, que a Robert debe de resultarle un nombre divertido, pues suena como *good zone*, como si el Hudson fuera una buena zona en medio de un sitio, por lo demás, horroroso.

Untamos mantequilla y mermelada de frambuesa sobre el pan, recién hecho.

—Mucho mejor que la comida de la cafetería —dice Robert, aunque yo no entiendo cómo un trozo de pan con mermelada de frambuesa de la dacha puede ser mejor que la col rellena de carne de verdad, o los cuencos repletos de nata montada.

Mientras Robert se estruja el cerebro intentando conjugar correctamente los verbos, mi madre lo estudia detenidamente. Está intentando entender a qué se debe esta visita, consciente de que no seré yo quien le cuente la verdad. Es un juego al que jugamos desde que tengo memoria, y que se parece bastante al *vranyo* al que jugamos con el Estado. Yo finjo que el hecho de traer a Robert a mi casa no significa nada y ella finge creérselo. Ella sabe que yo no le diré lo que pienso en el fondo sobre Robert, y sé que ella sabe que yo lo sé.

La verdad es que ni yo misma estoy aún segura de qué siento por Robert.

—No seas estúpida —exclama Nina—. Esta oportunidad se presenta una vez en la vida.

El próximo sábado se termina el programa de ruso y todos los estudiantes regresan a Estados Unidos. Como yo había previsto, con una mezcla de esperanza y temor, Robert me ha dicho que siente tener que marcharse:

—No quiero despedirme de ti —dijo en ruso, hablando despacio, buscando la estructura gramatical perfecta.

—Yo también siento que te vayas —respondí yo, con un suspiro.

—Quizá pueda volver dentro de seis meses —añadió entonces—, cuando termine el semestre en la universidad.

—Estaría muy bien —contesté yo—. Me encantaría que volvieras.

Le repito a Nina la conversación, aunque no menciono mi suspiro intencionado.

—Si yo pudiera —dice Nina—, me largaba de aquí en el primer avión, joder. Este país está condenado y nosotros con él. Yo me iría a donde fuera. Si pudiera, me marcharía a la Patagonia.

Pero sabe que no puede. Acaba de casarse con un ingeniero llamado Rudik del que se enamoró perdidamente, y ambos viven en el apartamento de dos habitaciones de Nina, con sus padres y su hermano. Hace poco los visité, en lugar de asistir a la boda que no celebraron. Nina preparó una cena exquisita y nos bebimos la botella de vino búlgaro que le traje, y que antes hervimos con azúcar y trozos de manzana para que perdiera la acidez. Rudik se mostró vacilante, sin llegar a officiar como anfitrión en casa de sus suegros y, mucho menos, como el apasionado romántico que Nina me había descrito. Me enseñó una enorme cuba de cristal con serpientes, que estoy convencida que ha robado del laboratorio de química de la empresa donde trabaja, y en la que, con agua, azúcar y levadura, elabora lo que describió como «*idealniy samogon*», el licor casero ideal.

—Haz lo que tengas que hacer para largarte de aquí—dice Nina.

Robert quiere ver una noche blanca, de modo que lo acompaño justo antes de que se marche. Quienes hemos nacido aquí estamos acostumbrados a ellas, por supuesto: corremos las cortinas y dormimos toda la noche como si nada. Pero los turistas creen que quejarse de que no pueden pegar ojo por culpa del sol es parte de la experiencia. Influidos por las tonterías románticas que se ponen en las postales, se agolpan junto al Neva después de medianoche para contemplar consternados cómo los puentes se elevan lentamente hacia el cielo para que los barcos que se dirigen al mar Báltico puedan cruzar la ciudad.

Robert y yo paseamos por la orilla equivocada del río, pues desde aquí los puentes abiertos no nos permitirán volver a casa hasta las tres de la madrugada. La aguja de la fortaleza de San Pedro y San Pablo brilla con los primeros rayos de sol, que empiezan a asomar a la una de la madrugada: como siempre, un disco de cobre que otorga un brillo sonrosado a la columna rostral. Vemos cómo el puente del Palacio se abre por la mitad y se eleva chirriando hacia el cielo lívido. Oleadas de alumnos de instituto pasan junto a nosotros, jóvenes de diecisiete años con vestidos cosidos por sus madres y trajes que han cogido prestados del armario familiar para celebrar su nueva libertad. Su exuberancia baila sobre las rejillas metálicas de los puentes y rebota en el muro de piedra del margen del río.

Robert me coge de la mano y me pasa el brazo por los hombros. Tengo la oreja aplastada contra la lana de su jersey, que desprende un olor extranjero, aséptico. No sé si quiero que me abraze con más fuerza o que me suelte. Si me abraza más fuerte, tendré la oportunidad de subirme a un vuelo internacional y largarme de aquí, tal como me aconseja Nina. Si me suelta, volveré al apartamento de mi madre y a nuestra vida de fingimiento y *vranyo*. Volveré a mi patio interior, que es un emblema mucho más representativo de nuestras vidas que la hoz y el martillo: la fachada medio desmoronada con sus puertas cerradas y sus cubos de basura apestosa.

Robert me abraza más fuerte y acerca sus labios a mi frente, y nos quedamos así, como tantas parejas a nuestro alrededor, observando el puente que se abre, extendiendo los brazos hacia el cielo.

Cruzo de puntillas el pasillo de mi apartamento a las cuatro de la madrugada, cuando el sol ha remontado ya el armario y brilla sobre el horno de la cocina. Mi madre, con su fantasmagórico camisón, se dirige al baño, con el pelo desgreñado de dormir que le cae por la espalda en una fina

trenza. Robert y yo nos hemos despedido en la plaza de los Decembristas, a medio camino entre su residencia y mi apartamento. Él quería acompañarme hasta casa, pero yo quería asegurarme de que no se perdiese.

—¿Qué haces despierta tan tarde? —pregunta mi madre mirándome con los ojos entornados. Tarda un momento en darse cuenta de que voy vestida con ropa de calle—. ¿Dónde has estado? — Se me acerca y la luz la deslumbra—. Es plena noche —dice, protegiéndose del sol.

No le he contado nada a mi madre sobre Robert, del mismo modo que no le he contado nada importante de mi vida. No quiero tener que soportar sus sermones, sus diatribas que sólo buscan hacerme sentir culpable, ni sus consejos. ¿Qué me va a aconsejar mi madre, que nació con el Estado soviético, si le digo que me estoy enamorando de un americano? ¿Qué puede aconsejarme en general? Durante nuestras breves interacciones la informo de mis clases en la universidad y de mis clases privadas, aunque siempre me limito a hacer un resumen de los resultados, nunca me detengo en los altibajos del proceso. Enumero los cursos que he dado, los nuevos alumnos que he conseguido. Y ella parece creer que controla mi vida.

—Es por las noches blancas —explico, y miro por la ventana hacia la marea de tejados relucientes que se extienden hasta el horizonte—. Toda la ciudad está despierta. Todos están en la calle, todos están enamorados.

—A mí lo que hagan todos me trae sin cuidado —dice mi madre—. Es por ti por quien me preocupo. Tú eres mi hija, y a las cuatro de la madrugada deberías estar en casa, a salvo. ¿Dónde estabas?

Me invade una oleada de fatiga, un vahído de cansancio. He sido tan aplicada dividiendo mi alma en dos y guardándome la mitad auténtica para mí, alejada del exterior, alejada de mi madre, que quiere que esté a salvo...

—Tenía una cita —anuncio, rascando con la uña algo que se ha quedado pegado al hule—. Con un extranjero, un americano. El que vino a ver nuestro apartamento.

Mi madre suelta un grito ahogado y le tiembla el rostro mientras intenta contener las lágrimas.

—¿Un americano? —pregunta a media voz, como si esas mismas palabras pudieran mancharla. Debería haber previsto que incluir «americano» y «cita» en la misma frase provocaría que ambas palabras se fusionaran en un combinado altamente explosivo. Me fulmina con la mirada y se traga las primeras lágrimas—. Tal vez porque no hay suficientes rusos, ¿no? No podías encontrar un buen licenciado universitario...

Espera mi respuesta, un indicio por mi parte de que estoy dispuesta a volver a la normalidad. Con el rabillo del ojo observo como traga saliva con dificultad mientras con parsimonia repaso el contorno de las flores del hule con la uña.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —me grita—. ¡Eres exactamente como tu padre, terca como una mula!

Resulta extraño, pero me siento desapegada, observo la acción desde fuera, como un director durante una representación. Mi madre, la trágica heroína del segundo acto, reprende a la hija pródiga. El sabor de los labios de Robert aún perdura en los míos; los besos y los manoseos americanos no se distinguen en nada de los de aquí. Y aunque a mi madre se le rompe la voz, suspendida al borde del llanto, me viene a la mente un chiste que me ha contado Nina: «Una madre pillada a su hija en la cama con un hombre y piensa: “Lo siguiente que haga será empezar a fumar”».

De camino a la cocina, con una voz afilada como un cuchillo, me vuelvo hacia mi madre, que está encorvada sobre la mesa.

—Y, por cierto, también fumo —digo, cerrando la puerta tras de mí.

Mis palabras son fruto de la rabia. Rabia contra la superioridad moral de mi madre, que se niega a mirar por la ventana y ver que no hay ningún brillante amanecer en el horizonte, y contra mi país, que, con su corazón tan negro, la inspiró, la endureció y la engañó.

18. LA ESPERA

«Querida Lena —escribe Robert desde Copenhague, donde tuvo que hacer transbordo de camino a Estados Unidos—: Estoy en el aeropuerto, esperando mi vuelo y pensando en ti. No hay policías de fronteras con charreteras doradas y pistolas, pero en todas las tiendas venden arenque salado, como en Leningrado. Te volveré a escribir desde Estados Unidos.»

La carta me llega un mes más tarde, cuando Robert está ya en Nueva Jersey, o en Texas, y hace tiempo que se ha olvidado de los arenques daneses, pero no de Leningrado. Poco después de la postal, llega un sobre grande con mi nombre escrito con cuidada caligrafía extranjera, y, a partir de entonces, todas las semanas recibo una carta en mi buzón. «Te echo de menos», escribe en inglés y en ruso. Quiere que le responda en ruso para poder practicar la gramática. «Ya he empezado a informarme sobre cómo he de hacer para visitarte en diciembre —me explica—. Conseguir un visado es un proceso muy complicado que hay que planificar con antelación. No es nada fácil poder hablar con alguien en la embajada soviética de Washington: nunca responden al teléfono.»

Nina se ríe cuando le cuento lo del teléfono de la embajada. En agosto nos dan trabajo temporal como profesoras a tiempo completo en el departamento de Filología en el que acabamos de licenciarnos. Natalia Borísovna nos da unas palmaditas en la espalda y nos asegura que el trabajo que hicimos en el programa americano ha hecho mejorar nuestras perspectivas. Tras unos años dando clases de manera temporal, si nos involucramos activamente en el Komsomol y en las actividades sindicales, y si algún miembro de la facultad se muere o decide jubilarse, es posible que nos den trabajo como profesoras universitarias fijas.

—Es una posibilidad remota —susurra Natalia Borísovna—, no os lo negaré, pero si surge alguna vacante no recomendaré a nadie más que a vosotras.

—Te lo agradecemos mucho —dice Nina, que sabe quedar siempre bien—. Para nosotras será un gran privilegio y un honor trabajar contigo en este departamento —añade.

Pero yo dudo mucho que Natalia Borísovna se mostrara tan solícita si supiera que uno de los estudiantes del programa americano, en el que trabajé por recomendación suya, ha estado llamando a la embajada soviética en Washington para conseguir un visado y visitarme de nuevo en diciembre. Dudo mucho que fuera tan solícita si supiera que todas las semanas recibo una carta en la que me habla de su vida y sus estudios de doctorado en la Universidad de Texas. Las historias sobre su trabajo como profesor asistente y sobre su compañero de habitación indio me resultan tan incomprensibles como si estuvieran escritas en farsi, el idioma que intentó aprender cuando estuvo en Afganistán como miembro del Cuerpo de Paz, hace cinco años. Yo no sé lo que es el Cuerpo de Paz, aunque sospecho que tendrá algo que ver con la paz mundial, a diferencia de lo

que sucede con nuestra Casa de la Amistad y la Paz, donde trabajé como secretaria del ex director.

«Si quieres visitar Estados Unidos —sugiere Robert en una de sus cartas semanales—, tal vez puedo ayudarte. Tal vez puedes venir como amiga, con un visado de visitante.»

Leo la carta sentada en el escritorio del cuarto de mi madre y no puedo evitar una risita cínica. Ya sé que debería sentirme agradecida, y la verdad es que así es, pero también me siento frustrada. ¿Cómo alguien en su sano juicio va a consentir que yo o cualquier otro ciudadano soviético pueda salir del país para ir a visitar a un amigo en un país capitalista? ¿Quién va a consentir que yo pueda ver que existen estilos de vida más iluminados que nuestro brillante futuro? Las pocas delegaciones de intercambio a las que se les permite salir al extranjero —tal como descubrí trabajando en la Casa de la Amistad y la Paz— se seleccionan cuidadosamente de entre los miembros del partido y están sujetas a constantes investigaciones que garanticen que sus integrantes carecen de particularidades comprometedoras, como, por ejemplo, tener amigos extranjeros o parientes judíos. Un amigo extranjero es un lastre potencial que intentamos ocultar, una desventaja que nos convierte en ciudadanos sospechosos y poco de fiar.

Pienso en lo liberador que debe de resultar poder visitar a amigos que nunca han oído hablar de las reuniones del Komsomol en las que se vota la suerte de los posibles turistas, o los informes de buena conducta que se necesitan para viajar al extranjero, o el infame OVIR, el departamento de visados. Los visados que el OVIR expide de vez en cuando (nunca de buen grado y siempre después de rechazar a la mayoría de los candidatos) son visados para salir del país, un concepto que provocó en Robert una mirada de sorpresa cuando le intenté explicar qué piensa nuestro país de los viajes al extranjero.

—¿Necesitáis un visado para salir? —preguntó rascándose la frente, aunque yo esperaba que estuviera mejor informado sobre nuestra burocracia—. En el resto del mundo los visados son para entrar en un país extranjero.

—Es que nosotros somos distintos al resto del mundo —respondí yo, y pensé que Natalia Borísovna se sentiría orgullosa de esa frase; de hecho, pensé que, de un modo perverso, también yo me sentía orgullosa—. Y antes de salir del país hay que hacer otra cosa —dije, ahondando más aún en mi retorcido orgullo—. Hay que pasar por la aduana. La ley tiene en cuenta no sólo el registro de lo que entras en el país, sino también de lo que te llevas.

—¿Y qué te puedes llevar de aquí? —preguntó Robert, mirando a su alrededor.

Incapaz de controlar el impulso de reírme ante ese comentario tan insensato, intenté encontrar un ejemplo de mercancía exportable.

—Rublos, por ejemplo —respondí, pero Robert arrugó la nariz como si acabara de oler los cubos de la basura de mi patio, dándome a entender que los rublos no tienen ningún valor más allá de nuestras fronteras—. O cajas de Pálej lacadas —añadí, pensando en los exclusivos estantes de la tienda *Beriozka* a los que pude echar un vistazo cuando estaba en noveno curso, tan glamurosos con su salami y sus libros de poesía de Pasternak, pero Robert esbozó una sonrisita burlona—. Iconos religiosos, por ejemplo —dije entonces, echando mano de lo irrefutable y pensando en el primer papel de cine de Marina, en *La novia del zar*, de Rimski-Kórsakov, rodada en un pueblecito de la Rusia central, de cuya iglesia el equipo de rodaje, con gran previsión, había hecho desaparecer de inmediato todos los objetos religiosos.

—¿Iconos? —preguntó Robert, entornando los ojos—. ¿Y de dónde va a sacar un icono un turista?

Tenía razón. Desde luego, no de un pueblecito insignificante, oculto bajo los abedules y los abetos, en la parte europea del país, donde tal vez quedaban aún una o dos *babushkas* que, en su ignorancia prerrevolucionaria, continuaban aferrándose a la fe en lo divino. A ningún extranjero se le permitiría visitar ese pueblo, naturalmente, ni aunque estuviera dispuesto a pagar el pasaje con la moneda fuerte y solvente de su país capitalista.

Fue en ese momento cuando me percaté de la futilidad de aquella discusión, de la futilidad de cualquier discusión, presente o futura, que pudiera surgir entre Robert y yo. El problema al que nos enfrentamos es que, bajo su pelo rizado, tan poco ruso, habita un cerebro americano, que es fundamentalmente distinto a mi cerebro ruso. Si tuviera que ubicarnos a los dos en el árbol evolutivo darwiniano, pondría a Robert en la punta de la rama más alta y a mí colgando en un lado, al final de un tocón muerto. Que ambos hablemos la lengua del otro es tan irrelevante para la comprensión mutua como los silencios elocuentes y las miradas penetrantes de mi madre.

En el escritorio en el que estoy sentada hay una foto de mi madre en el jardín de mis abuelos en Stankovo, junto a un manzano; mi madre sujeta una rama que se dobla por el peso de la fruta. Junto a ella está mi abuela, con rostro sonriente y surcado de arrugas. La fotografía es de hace seis años, justo antes de que mi abuela muriera «del corazón»; eso, por lo menos, fue lo que dijo mi madre, la profesora de anatomía, con una imprecisión inusitada en ella: murió del corazón, como la mayoría de los rusos. Fue una muerte previsible, que se produjo a una edad en la que la mayoría de nuestros compatriotas yacen ya en los cementerios, justo un año antes de que el *dedushka*, mi abuelo, muriera también del corazón.

No sé por qué sigo mirando la imagen de mi abuela, sus ojos sonrientes tras las gafas redondas, las manzanas en blanco y negro que hacen que las ramas del manzano cedan bajo su peso y un jardín que siempre me contrarió tanto como nuestra dacha. Casi puedo notar la suavidad del algodón gastado del vestido que lleva en la foto, un vestido que, de pronto, recuerdo tan bien que percibo el olor seco, a madera de roble, del armario donde lo guardaba. *Mamochka*, tal como la llamaba mi madre, con el diminutivo de *mama*, la forma simple y menos cariñosa que uso yo para dirigirme a mi madre. ¿Qué habría pensado mi abuela, con sus brazos tan suaves como su vestido, de que yo emigrara a Estados Unidos? ¿Qué habría pensado de mí? «Todo lo que sucede es para bien», decía invariablemente con su voz tranquila y líquida cuando pasaba algo que no le gustaba a nadie.

«Pues entonces quizá puedo invitarte como mi prometida —escribe Robert—. Me he informado en el departamento de Estado, y al parecer existe un programa de esas características. Puedes venir aquí y quedarte incluso un año para ver si te gusta.»

Releo la palabra «prometida», tan aterradora como emocionante. Suena como si hubiera salido de una vida perteneciente a otra época, del mundo de Pushkin y Tolstói, cuando las mujeres, antes de casarse, se comprometían con un oficial después de bailar con él por primera vez y, a continuación, esperaban fielmente a que éste regresara de una batalla contra el ejército francés o de un exilio en el Cáucaso.

Releo las palabras «si te gusta». Sé que sólo seré una prometida imaginaria, pero como tal, ¿podría ver con mis propios ojos lo que apenas se nos permite atisbar en los libros? ¿Podría finalmente atravesar el espejo y preguntarme si me gusta lo que hay al otro lado? Sé que, en nuestro universo cerrado en sí mismo, un visado de salida para una prometida es un concepto tan peregrino como un visado para una amiga, y, sin embargo, sentada en el escritorio de mi madre

pienso en Estados Unidos. Es evidente que estoy perdiendo el tiempo: las imágenes son confusas y monocromas y cambian cada vez que respiro, pues, al igual que nuestro brillante futuro, carecen de todo fundamento. Intento imaginar el lugar donde vive Robert, pero lo único que acude a mi mente son los patios interiores de Leningrado, sus fachadas resquebrajadas y sus ventanas amarillentas en la penumbra. Intento imaginar un aeropuerto americano, pero lo único que veo es el cobertizo de un solo piso de Púlkovo, con dos letrinas herrumbrosas y una docena de aviones diseminados por el asfalto agrietado y cubierto de hierbajos.

Cuando me canso de intentar imaginar lo inimaginable, me voy a trabajar. En los pasillos de las catacumbas de mi universidad, donde enseñé gramática y lectura en mis ocho clases de primer y segundo año, me topo con una ex compañera cuyo nombre apenas recuerdo. Me dedica una sonrisa dentada, encaramada a sus altos tacones, y de repente me acuerdo de que estuvo a punto de suspender el último curso porque empezó a trabajar de modelo para la Casa de la Moda estatal.

—Me caso —me anuncia en cuanto me tiene acorralada en un rincón—. Mi novio acaba de llegar de Düsseldorf.

—¿Es alemán? —pregunto yo como una tonta.

—Pues claro que es alemán —se ríe ella, exhibiendo sus glamurosos dientes, que han logrado sobrevivir a los dentistas soviéticos—. No sabía qué traerme, o sea que me ha regalado un conjunto para jugar a tenis y una raqueta. Yo no hago más que preguntarle que dónde cree que vamos a jugar al tenis —añade a carcajadas.

Sí, eso, ¿dónde? Pienso que debería haberle pedido algo más práctico, un par de botas o un abrigo de invierno. O, al menos, unos vaqueros. El año pasado estrenaron en nuestros cines una película norteamericana titulada *De presidio a primera página*, y todo el mundo se maravilló de que incluso los prisioneros de las cárceles de Estados Unidos llevaran vaqueros. «Si visten a sus prisioneros con vaqueros no pueden vivir tan mal», comentó mi madre mientras volvíamos a casa, agarrándose a una brizna de esperanza. Mientras observo el movimiento de los labios de mi ex compañera de clase, sólo puedo pensar que ha sido muy tonta de no pedirle a su novio que le trajera unos vaqueros.

Aunque también me parece raro que tampoco a él se le ocurriera nada mejor que traerle. Seguro que ha visto lo que hay en nuestras tiendas: nada. Cualquier chica rusa enloquecería de alegría ante unas medias, gritaría de éxtasis ante unas botas de invierno que no parecieran unas *valenki* de campesina y lloraría ante una chaqueta vaquera. Pero los extranjeros no lo entienden y se niegan a hacer regalos prácticos. En lugar de eso, traen paquetes de té de sabores exóticos, manteles que no encajan con las mesas rusas o conjuntos para jugar a tenis con una cinta blanca para el pelo.

—¿Y puedes visitar a tu prometido en Alemania? —pregunto, tan práctica como mi madre—. He oído que es posible hacerlo antes incluso de que te sellen el pasaporte.

Naturalmente no he oído nada de eso, pero siento que, antes de escribir a Robert, necesito por lo menos una opinión externa.

Mi ex compañera frunce el ceño durante unos segundos, confusa.

—¿Cómo van a permitir algo así? —dice, meneando la cabeza, al tiempo que varios mechones de su cabellera de modelo le caen sobre el rostro—. ¿Tú te imaginas lo que le pasaría a este departamento si permitieran ese tipo de visitas?

Me lo imagino, de modo que asiento.

Escribo a Robert y le cuento lo que he descubierto. Entonces pienso en la diferencia de

nuestros cerebros y añado un par de frases más, mucho más directas: «Un compromiso, como una amistad, es una relación no vinculante que las leyes soviéticas no tienen en cuenta. Sólo en Occidente, donde el individuo parece imponerse a la colectividad, puede considerarse una base legal en un proceso tan complejo como la obtención de un visado». Se lo escribo en inglés, pues quiero estar segura de que entiende todas y cada una de las palabras. Luego, en ruso, le hablo de cosas más prosaicas, de mis clases y de la nevada que cayó a primeros de noviembre sobre los manifestantes que pasaban bajo mi balcón y que, un año más, celebraban el aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

En los pasillos de la universidad me topo con dos ex compañeras más, Natasha y Lyuba. También ellas van a casarse con dos extranjeros: Natasha, con un finlandés, y Lyuba, con un sueco. Natasha me cuenta que, al marcharse de Leningrado, a su novio lo metieron en una sala de aduanas y lo dejaron allí encerrado durante dos horas, de modo que perdió su vuelo a Helsinki. Lyuba me explica que no le permitieron la entrada en el hotel para extranjeros donde se hospedaba su prometido y que el portero la acusó de ser una puta, aunque todo el mundo sabe que en nuestro país las putas, lo mismo que los sintecho o los parados, no existen.

—Estos males sociales afectan sólo a Occidente —le dije a Lyuba—, donde se revuelcan como gusanos en el miasma de unas sociedades injustas que contribuyen a su gradual putrefacción y su inminente desaparición.

Quería arrancarle una sonrisita, porque cuando me contó que, antes de marcharse, el portero le había tocado el culo, Lyuba había empezado a gimotear.

Tomo buena nota de esta información exclusiva, de primera mano, deseosa de compartir la sabiduría de esta congregación que, de forma totalmente comprensible, ha surgido en el seno del departamento de Lenguas Extranjeras de la universidad. Al fin y al cabo, nuestros profesores de comunismo científico tenían razones para intentar aterrorizarnos en sus seminarios: de alguien que habla una lengua extranjera no puede salir nada bueno. Somos retorcidos e incorregibles, gente confusa y poco de fiar. No sabemos lo que es bueno para nosotros. «Cuando las cosas van bien no hay que empecinarse en que vayan mejor», dice uno de los dichos rusos preferidos de mi madre.

Y, aun así, todas mis ex compañeras de clase van a casarse con europeos. A Finlandia se puede llegar en autobús; Suecia apenas está al otro lado del golfo, y, de hecho, su existencia fue lo que motivó la construcción de la primera fortaleza de la ciudad; a Alemania, como todo el mundo sabe, ya llegamos a pie en 1945. Estados Unidos, en cambio, está al otro lado del mundo, en el mismo hemisferio que los loros, los indios con plumas y Brasil. Podría decirle a mi madre que tengo intención de viajar a través de un agujero negro y el efecto sería el mismo.

Pero, como de costumbre, a mi madre no le cuento nada. Sé lo que piensa y sé que sabe que yo lo sé. Me entrega los alargados sobres norteamericanos que llegan a nuestro buzón y, a continuación, monta un gran estruendo con la vajilla en el mueble de la cocina y culpa a mi amiga Nina por haberme convencido de trabajar en el programa de verano para norteamericanos. Cuando me pregunta por Robert, le digo que probablemente vendrá desde Nueva York. Sé que sabe a qué viene, pero quiere que sea yo quien se lo cuente. Le digo que está estudiando las costumbres rusas y que quiere ver un auténtico árbol de Año Nuevo.

¿Qué habría pensado mi padre de Robert? ¿Estaba lo bastante decepcionado con nuestra vida como para creer que este posible matrimonio podría ser algo positivo? ¿O se lamentaría y se preocuparía, como mi madre? Lo recuerdo sentado en su barca, remando por el golfo de Finlandia, por las aguas turbias que nos separan de Occidente. Me pregunto si alguna vez se

planteó la posibilidad de cruzar esa línea invisible, de remar hacia los grandes cargueros negros que avanzan por el horizonte; me pregunto si alguna vez pensó en dejar atrás su ordinaria existencia: la mesa de director, la dacha que no quería pintar y las «ensaladas de alfalfa» que mi madre le preparaba. Mi padre era un solitario, un hombre sin pasado; no le habría costado nada seguir avanzando con su barca, seguir remando. ¿Era eso lo que tanto le gustaba pescar? ¿La posibilidad de alejarse de la orilla remando, rumbo al horizonte?

Robert llega el 20 de diciembre de 1979. Ha conseguido que la universidad le permita alojarse en la misma residencia en la que vivió en verano. Voy a recogerlo al aeropuerto y cuando, a través del cristal, lo veo abrir su bolsa para los agentes de aduanas, con su parka de invierno, me resulta completamente ajeno, un extranjero desconocido, con mechones de pelo como sacacorchos y unas ridículas gafas gruesas. Un extranjero desconocido que ahora lleva unida una palabra extraña: «prometido». Cuando sale de la zona de aduanas, con la maleta revuelta, sonrío y me da un beso en la mejilla.

—Te he traído un regalo —dice, y saca una bufanda de seda.

En mi última carta, cuando le conté que nuestro gobierno no consideraba la concesión de visados para prometidos, Robert, con la franqueza de un científico, contestó: «Pues dime qué hay que hacer para traerte aquí». Aunque no me dio tiempo a responderle antes de que llegara, tuve la sospecha de que él sabía qué había que hacer, igual que yo. Lo sabía entonces y lo sabe ahora, mientras se abre paso para salir de la encerrona de la aduana entre turistas aturullados y agentes petulantes vestidos con uniformes grises. Es bastante evidente, incluso para alguien de fuera, que sólo hay dos formas de salir de este país: con sangre judía en las venas o casándote con un extranjero.

La llegada de Robert es un indicio para todo el mundo de que vamos a casarnos. ¿Por qué otro motivo iba a sortear todos los inconvenientes que impone la embajada soviética en Washington y cruzar medio mundo para aterrizar en Leningrado cuando la ciudad está cubierta con un manto de nieve, a veinticinco grados bajo cero?

Es un tema embarazoso que trato de evitar con Robert. Sin embargo, al mismo tiempo intento abordarlo con torpeza, pues va a estar aquí sólo dos semanas y no tenemos mucho tiempo. Si regresa a Texas sin que hayamos hablado del asunto, ya puedo volver a nuestro apartamento y pedirle a mi madre la receta del *borscht*.

Robert parece tan incómodo como yo, de modo que pasamos los primeros dos días visitando la ciudad en silencio o, si acaso, quejándonos del frío.

El tercer día, Robert comenta lo que yo he estado esperando. Caminamos hacia nuestro bloque de apartamentos y el aire es tan helado que tengo la sensación de estar tragando cristales. Marina ha preparado una olla de *schí* de repollo y nos esperan a comer a las tres.

—Si quieres marcharte de este país —dice, agarrándose a mí porque la acera está completamente helada—, me casaré contigo. Haré todo lo que sea necesario para sacarte de aquí. —Está sereno; se rasca las sienes, bajo el gorro; parece tan noble como un personaje de Tolstói—. Pero, por favor, debes comprender que no estoy preparado para casarme. No sé si lo estaré jamás. —Contemplo su perfil, tan serio y extranjero, tan cercano que veo las gotitas de agua que se han helado en su bigote—. Quiero relacionarme con otras mujeres —continúa—. Quiero seguir viendo a Karen.

Mi perplejidad debe de ser visible, pues Robert se detiene, se quita las gafas y empieza a

limpiárselas con la bufanda.

—Hace mucho que conozco a Karen —dice—. Desde que llegué a Austin, hace cuatro años. Es profesora en el departamento de Lenguas Eslavas de la Universidad de Texas. Somos buenos amigos y quiero seguir viéndola.

Me detengo y soplo en mis mitones para calentarme los dedos, pero también porque necesito tiempo para pensar. Estoy bajo un enorme carámbano que pende del alféizar de una ventana, justo encima de mi cabeza, y pienso en la propuesta de Robert, pero en lugar de dar con una respuesta apropiada, acuden a mi mente una retahíla de amargas dudas. Entonces, ¿para qué me necesitas?, quiero preguntarle. Ya tienes a alguien que puede corregirte el ruso. ¿No podemos fingir que vamos a casarnos de verdad, al menos durante un tiempo?

Yo finjo de maravilla, quiero decir, y estoy dispuesta a fingir que somos pareja. Estoy dispuesta a fingir que amo a Robert tanto como amé a Borís en Crimea, o como amé a Slava, de la compañía teatral de mi hermana. Estoy dispuesta a fingir que amo a Robert tanto como haga falta.

Pero no digo nada, no quiero revelar lo que estoy pensando. Es algo que llevo practicando toda mi vida, un homenaje a mi abuela: lo que llevas dentro no lo puede tocar nadie.

—Lo entiendo —respondo, aunque no es del todo cierto, y cojo a Robert del brazo—. Gracias —añado entonces con un hilo de voz; de mi boca sale un hálito helado.

En mi apartamento, mientras comemos el *schí* de Marina y albóndigas con alforfón, Robert anuncia que hemos decidido casarnos. De pronto, el aire de nuestra cocina parece haberse convertido en plomo y yo fijo los ojos en mi plato, temerosa de mirar a mi madre. Me siento como si estuviéramos en la escena silenciosa de *Inspector general*, de Gógol, así que levanto la cabeza y suelto:

—La escena silenciosa de Gógol —una frase idiota que queda colgando del ambiente plomizo y que no añade nada.

Marina se levanta y lava su plato bajo el grifo. Sé que, teóricamente, ella, como Nina, piensa que uno debería montarse en el primer avión disponible que salga del país, pero a la hora de la verdad las cosas no son tan sencillas. A la hora de la verdad, mi madre se ha quedado helada ante el plato de alforfón, con las cejas fruncidas y los ojos como cristales hechos añicos. Quizá esperaba que, en un momento de crisis, como cuando un norteamericano me propone matrimonio, yo fuera capaz de sacudirme de encima toda la decadencia filológica adquirida y aferrarme a mi innata naturaleza rusa. Quizá mi madre albergaba aún esperanzas de que yo fuera normal.

Robert me dirige una mirada socarrona y yo observo a Marina, que frota su plato con la mirada baja, como es debido.

—Un momento —dice mi madre, que parece haber envejecido de repente—. ¿Qué significa eso de que os casáis?

No sé cómo responder a esa pregunta.

—Significa que tenemos que acudir al palacio de Enlaces Matrimoniales, a la central del Neva, e investigar sobre el procedimiento que debemos seguir —respondo, aprovechando la ocasión para llevar la conversación a los detalles de la rutina burocrática—. Mañana es miércoles, o sea que iremos mañana. No pasa nada —añado, y eso es una señal para que Marina se ahorre su voz de actriz y para que mi madre sepa que ya está decidido.

—¿Y cuándo pensáis... casaros? —pregunta mi madre, que hace una pausa antes de la última

palabra, como si su boca se negara a pronunciarla.

Me resulta muy extraño oír esas palabras que se refieren directamente a mí. Tengo veinticuatro años y ningún otro hombre, aparte de Robert, se ha planteado casarse conmigo. Sin embargo, no son ni mi edad ni el miedo a quedarme soltera, como mi hermana, lo que me ha impulsado a aceptar la proposición de Robert.

Es como una revelación, aunque, en algún lugar dentro de mí, donde a las cosas familiares se las despoja de toda envoltura, lo he sabido desde siempre. Quiero marcharme de este país que, de pronto caigo en la cuenta, tanto se parece a mi madre. Ambos, mi madre y mi país, tienen casi la misma edad. Ambos son amantes del orden, autoritarios y protectores. Ambos son prosaicos: ni mi madre ni mi país saben nada sobre las cosas importantes de la vida, la magia del teatro, el poder del inglés, el amor... Es como estar dentro de un autobús en hora punta en el mes de julio: no puedes respirar, no te puedes mover, ni siquiera puedes abrirte paso hasta la puerta para salir.

Desde el lugar de honor, en la cabecera de la mesa, Robert le dedica a mi madre una sonrisa forzada, como si le pidiera perdón por llevarse a su hija al otro extremo del planeta, un lugar tan lejano que, sólo de pensarlo, a mi madre se le han llenado los ojos de lágrimas.

Al día siguiente, a pesar de mis planes, no vamos al palacio de Enlaces Matrimoniales. El Sóviet Supremo anuncia el envío de tropas a Afganistán para ayudar a ese país a librarse de los atavismos del capitalismo. La noticia ocupa la primera página del *Pravda* y el *Izvestiya*, con artículos extensísimos que explican que, si no invadiéramos Afganistán, el país se vería fagocitado por Estados Unidos.

—«*Chorny pauk*, como una araña negra y sanguinaria —dice Robert, leyendo en voz alta el *Pravda* que hay sobre la mesa de la cocina de nuestro apartamento—, Estados Unidos siempre busca nuevas oportunidades para estrangular el socialismo y catapultar otra vez el mundo al pasado oscuro, retrógrado y prerrevolucionario.» ¿Fagocitado por Estados Unidos? —pregunta, arqueando las cejas—. Yo he estado en Afganistán y ahí no hay nada que fagocitar.

Nos dirigimos al centro de la ciudad buscando un periódico en inglés que explique realmente lo que sucede. En el vestíbulo del hotel Europe del Nevski Prospekt, en el que entro pegada a los talones de Robert mientras el portero observa con ojos como platos un BMW aparcado, encontramos el *Morning Star*, publicado por el Partido Comunista de Gran Bretaña, y el *Daily World*, que publica el Partido Comunista de Estados Unidos.

—He visto estos periódicos antes —dice Robert—. En Estados Unidos y en Inglaterra.

Pero no los compra nunca, ni siquiera por curiosidad. Quiere leer noticias de verdad, afirma. Quiere saber la verdad (*pravda*, en ruso), pero sabe que los *Pravda* que se amontonan en todos los quioscos son el último lugar donde va a encontrarla.

Rebuscamos entre un montón de periódicos en polaco, búlgaro, serbocroata, italiano y francés, hasta que Robert extrae una publicación impresa con letras irregulares sobre papel rosado, el *Financial Times* de la India. Hojeamos precipitadamente las páginas mal impresas, que me provocan un dolor de cabeza instantáneo, buscando alguna mención acerca de la invasión soviética de Afganistán, hasta que nos fijamos en la fecha y reparamos en que se trata del periódico de la semana pasada.

Me gustaría poder ahorrarle a Robert la avalancha de estupideces que emiten nuestros dos canales de televisión, con sus locutores de voz grave y mirada meditabunda. Yo soy inmune a los artículos plomizos del *Pravda*, estoy vacunada contra la línea oficial desde la tía Polia, en el

parvulario. No presto ninguna atención al monótono zumbido del programa *Vremya* que mi madre conecta a las nueve, antes de acostarse. No me cuesta nada ignorar las imágenes granuladas de desfiles militares y soldados que marchan ante banderas ondeando al viento, que se supone que deben despertar nuestro fervor patriótico. Lo único que en realidad me preocupa es cómo va a afectar este nuevo conflicto internacional a las regulaciones para casarse con extranjeros, a mis futuras probabilidades de conseguir un visado y al calendario de vuelo de Aeroflot entre Leningrado y Nueva York.

Dejo a Robert en el Museo Ruso y voy a la oficina de matrimonios extranjeros a preguntar qué documentos necesito. Mi madre me acompaña para apoyarme ante los obstinados burócratas, dice, y a mí no me parece mal. Ella tiene sus propias cuentas que saldar con la burocracia. Hace diez años, su Instituto de Medicina le encargó supervisar a un grupo de estudiantes húngaros, que pasaron la mayoría de los fines de semana del año académico en nuestra cocina, preparando *gulasch* con fibrosa carne de ternera y pimentón dulce que habían traído de su casa en bolsas de rejilla. Los estudiantes, que quedaron muy agradecidos a mi madre por sus clases de anatomía y sus consejos de supervivencia soviética, la invitaron a visitarlos en Budapest, donde podría conocer a sus padres y probar un *gulasch* auténtico, con carne de verdad. Pero, cuando mi madre ya había comprado un montón de regalos y había recopilado todos los informes de buena conducta exigidos, los bellacos del departamento de visados le denegaron el suyo; que una profesora visitara la casa de un alumno era contrario a los principios soviéticos, dijeron.

La oficina de matrimonios extranjeros está situada en el Neva, en una de las antiguas mansiones que aún se conservan de nuestro despótico pasado. La oficina de solicitudes se encuentra en la primera planta, bajo una escalinata de mármol con un cordón de terciopelo rojo como los que se usan para cerrar el paso en los museos. El edificio es solemne y está vacío; no parece haber muchos matrimonios extranjeros. Detrás de la puerta de la oficina hay una mujer de unos cuarenta años con el pelo gris recogido en un moño y una cara tan redonda y colorada como la de mi tía Muza del pueblo.

—¿Qué documentos se requieren para casarse con un ciudadano extranjero? —pregunto, nerviosa, y mi voz retumba en los techos de cinco metros de alto de una mansión que, en otra época, perteneció a un conde o un príncipe.

—¿De qué país? —pregunta la mujer, que me mira como intentando adivinar la respuesta.

—*Se Sh Aa* —digo yo, y las iniciales salen de mis labios como un siseo, más sibilantes en ruso que en inglés: USA.

La mujer parpadea y se vuelve hacia mi madre como si buscara una confirmación a mis palabras, aún más escandalosas después del 25 de diciembre, cuando nuestro gobierno evitó el intento de Estados Unidos de usurpar el poder en Afganistán. Mi madre le sostiene la mirada y suelta un suspiro.

La mujer suspira también, dando a entender que comprende el sufrimiento silencioso de mi madre. Entonces sale de detrás de su mostrador y se me acerca.

—Ay, querida —dice, y estira el cuello, observando mi expresión—. Te has enamorado, ¿verdad? ¿De alguien de un país lejano?

Entonces esboza una sonrisa maternal (demasiado maternal), pero yo no puedo revelarle lo que pienso. Sé que tengo que seguirle el juego, sé que mis posibilidades de salir de este país están ahora en sus manos. Por eso sonrío, avergonzada, y asiento.

La mujer da un paso atrás y alza el mentón, y adquiere una actitud que indica que se dispone a comunicarme algo importante.

—Bueno, en realidad, las reglas para los países capitalistas son las mismas que para los socialistas —me explica—. En ese sentido no establecemos ningún tipo de discriminación. Un matrimonio es un matrimonio y una mujer debe poder seguir a su marido, viva donde viva.

Es un alivio oír esta afirmación, que procede directamente de la sabiduría medieval, aunque suena demasiado normal, sospechosamente sencilla para tratarse del discurso oficial.

—Tanto tú como tu novio debéis rellenar esta solicitud en persona. —Enumera las reglas con inspiración, como si fueran versos de un poema de Pushkin—. Tú necesitas tu pasaporte, tu certificado de residencia en Leningrado y tu certificado de nacimiento. Él necesita su pasaporte y su visado. Y entonces tenéis que esperar tres meses.

—¿Esperar? —pregunto—. ¿Esperar a qué?

—Es un plazo por si cambiáis de opinión —explica, sonriendo.

—Es que estamos seguros de que no cambiaremos de opinión —digo yo.

—Pues volvéis dentro de tres meses y registramos vuestro matrimonio —dice la mujer, que ladea la cabeza para subrayar la benevolencia de las leyes del Estado—. Los dos, en persona.

—Pero eso significa que tendrá que volver a viajar hasta aquí —contesto yo, levantando involuntariamente la voz—. Desde Estados Unidos. ¡Desde Texas!

La mujer se encoge de hombros. Es evidente que no es la primera vez que oye esas palabras.

—¿Qué se le va a hacer! —se lamenta, fingiendo que simpatiza conmigo e intercambiando miradas con mi madre—. Las normas son las normas.

—Pues va a tener que volver en marzo —dice mi madre, y su tono de voz denota la esperanza de que no lo haga.

—¿Y no podríamos volver dentro de dos semanas? —pregunto absurdamente, pues ya conozco la respuesta—. Va a estar aquí sólo dos semanas más.

La mujer vuelve a su mostrador y echa un vistazo al calendario.

—El veintisiete de marzo —confirma—. Eso siempre y cuando volváis mañana con todos los documentos necesarios, los dos.

—¿El veintisiete de marzo? —repite Robert—. ¿Y no podemos ir dentro de dos semanas? ¿O dentro de un mes? Puedo quedarme aquí hasta finales de enero.

—Esto es la Unión Soviética —digo yo en tono solemne, con la esperanza de que eso lo explique todo—. Deberíamos dar las gracias por que nos permitan casarnos.

No sé si Robert piensa que debería dar las gracias por tener que volver a venir hasta aquí durante el invierno más frío desde el sitio de Leningrado de 1942 y pagar con la divisa fuerte de su país por su decrepito apartamento universitario sin calefacción. No sé si piensa que debería estar agradecido por tener que organizar otro viaje hasta aquí, con los visados y todo lo demás, precisamente cuando acaban de cerrar el consulado soviético de Nueva York como protesta por la invasión soviética de Afganistán.

Robert se frota la mejilla, con gesto pensativo.

19. LA BODA

A lo largo de los tres meses anteriores a la fecha prevista de nuestra boda no planifico nada porque no creo que vaya a tener lugar. He imaginado todo lo que puede salir mal: Robert entrará en razón, la embajada soviética le denegará el visado en cuanto se entere de que pretende casarse con una ciudadana soviética o la patrulla fronteriza lo arrestará antes de que pueda pisar suelo soviético.

Voy a trabajar como de costumbre, doy mis clases y charlo con Natalia Borísovna como si no pasara nada. Le pido consejo sobre cómo conseguir que mis alumnos adquieran una mayor fluidez verbal y ella me cuenta, entre susurros, el último chismorreó sobre la secretaria del departamento, que se va a casar con un georgiano y se va a ir a vivir a Tiflis. Me da miedo pensar qué diría si le contara que yo voy a casarme con un norteamericano y me voy a ir a Texas. Aunque tal vez no diría nada: es posible que se atragantara al oír la noticia.

¿Realmente voy a casarme con un americano y a irme a vivir a Texas? Me siento como cuando tenía once años, encima del trampolín justo antes de que me echaran de la piscina por mis pocas aptitudes natatorias, con diez metros de vacío de por medio entre los dedos de mis pies y el agua verde. Nunca tuve el valor necesario para saltar, aunque siempre me pregunté qué se sentiría al dar el paso definitivo, precipitarse a través del aire con olor a cloro y penetrar en el agua, que se abriría de mala gana, me engulliría y se cerraría de nuevo sobre mi cabeza con una nube de espuma blanca.

Algunos días no tengo dudas y estoy convencida de que voy a casarme y marcharme de aquí, de que me faltan tan sólo unos meses para empezar una nueva vida. Pero otros no estoy tan segura. Algunos días tengo que mirarme al espejo para asegurarme de que la persona que utiliza las palabras «boda» y «Norteamérica» en la misma frase soy yo de verdad. No sé nada de Estados Unidos, aparte de que los presos llevan vaqueros. Lo que sí sé es que es poco probable que acabe durmiendo bajo un puente, tal como mi madre le susurra a Marina en la cocina; no voy a tener que pedir por la calle, como nuestros noticiarios dicen que los norteamericanos se ven forzados a hacer: ¿quién les obliga? No haré ninguna de las cosas de las que nos advierten nuestra prensa y los carteles que representan a hombres gordos con sombrero de copa que pisotean a hordas de trabajadores encadenados. Sé que todo eso son mentiras, pero ¿cuál es la verdad? Lo único que sé por ahora es que esos presos con vaqueros no parecían vivir nada mal.

Pero a veces, por la noche, mientras espero en una parada de autobús, cuando la única luz visible es el recuadro ambarino de una ventana de un primer piso y el viento hace vibrar las cañerías metálicas en las fachadas, tengo miedo y tiemblo en silencio, envuelta por el aire frío, húmedo y vacío, por la nada de la noche. Si aquí, donde lo conozco todo, existe la nada, ¿qué

habrá allí, donde todo me resulta desconocido, donde las paradas de autobús, el aire, las cañerías y la noche son tan distintos que tal vez ni siquiera los reconozca?

Quiero hablar con mi madre o, mejor aún, hundir mi rostro en sus pechos como hice hace mucho, cuando me perdí en el bosque. Pero ya no tengo diez años y no puedo mostrar debilidad ni revelar el miedo que siento, especialmente ante ella. Porque también ella se asustaría; porque sería la confirmación de que tenía razón desde el principio, cuando miró mal a Robert, cuando quería que me matriculara en la Facultad de Medicina en lugar de en el departamento de Filología, y cuando enarcó una ceja ante mi idea de estudiar inglés.

Dos semanas antes de la llegada de Robert suena el teléfono de mi apartamento y oigo la voz de Borís, el chico al que conocí en Crimea. Durante el último año hemos hablado por teléfono sólo en dos ocasiones: yo lo llamé por su cumpleaños y él, por el mío. Me dijo que tenía planeado viajar a Novi Svet otra vez en agosto y recordamos el tiempo en que comíamos mejillones en la playa y robábamos racimos de uvas de las granjas colectivas que elaboraban champán de exportación.

Borís me dice que está en Leningrado.

¿En Leningrado? Nunca antes ha venido a Leningrado, ni cuando le mandé un telegrama para decirle que mi madre se iba a pasar una semana con su hermana al pueblo, ni tampoco cuando soborné a un revisor de Simferopol para que permitiera viajar a una persona más en el tren que se dirigía al norte. Y ahora, cuando no se lo he pedido ni he sobornado a nadie, está aquí.

Me pregunta si me apetece quedar con él en el centro para ir a un restaurante.

No sé qué me pone más nerviosa, si ver a Borís o ir a un restaurante. En toda mi vida, sólo he comido en un restaurante una vez. Una malhumorada camarera, que se comportó como si Nina y yo la hubiéramos insultado sentándonos a su mesa, nos arrojó un menú de diez páginas y, luego, nos anunció que sólo tenían Stroganoff de ternera. La carne estaba dura, la salsa, apenas templada, y el plato era caro, por lo que juramos que nunca más volveríamos a poner los pies en un restaurante. No se trataba de una promesa sincera; las dos sabíamos que había lugares más exclusivos que ofrecían comida de verdad, locales protegidos por porteros imperturbables que montaban guardia pomposamente ante carteles de «No hay mesas disponibles».

—Bueno, ¿podemos vernos o no? —pregunta Borís, con un dejo de impaciencia en la voz.

O quizá no está impaciente, quizá también está nervioso. Al fin y al cabo, yo soy la que espera tranquilamente en su apartamento, sabedora de que pronto podré lucir un sello matrimonial en mi pasaporte, mientras que él está apoyado en una cabina telefónica con el suelo de goma combado y que apesta a orín.

Me pongo la mejor ropa de la que dispongo: unos Levi's de pana que una alumna norteamericana de mi clase me dio el pasado verano y una chaqueta de ante rugoso que Marina me trajo de una gira por Riga hace cinco años. Hace demasiado frío para ir con una chaqueta tan fina, pero es que me queda mucho mejor que el abrigo forrado de lana. Escupo en un bote en el que hay algo de rímel endurecido que a veces utilizamos como betún y me paso un pequeño peine de plástico por las pestañas. El rímel se acumula en terrones, que trituro cuidadosamente con una aguja de coser, y separo las pestañas para que parezcan gruesas y largas como las de las norteamericanas.

Veo a Borís en cuanto logro salir a empellones de la estación de metro de Nevski Prospekt. Tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta, sus ojos tan azules como el cielo de Crimea.

Cuando me distingue entre la multitud, sus labios esbozan una sonrisa que hace tres años habría provocado que se me parara el corazón.

—He subido al tren en cuanto me he enterado —dice, tomándose por los hombros y besándome en las mejillas—. Natasha me llamó ayer para contármelo.

Por su tono de voz, es como si hablara de una catástrofe, un accidente terrible que lo hubiera obligado a coger un tren y plantarse aquí.

—¿Para contarte qué? —pregunto yo.

Borís me mira fijamente para asegurarse de que no le estoy tomando el pelo.

—Que te vas a casar con un extranjero y te vas a marchar del país.

Su tono de voz sube al final de la frase, como si fuera una pregunta. Caminamos por el Nevski Prospekt, dos motas insignificantes, perdidas entre la multitud; durante unos segundos no digo nada y me limito a abrirme paso entre un grupo de personas que se disponen a montar en un autobús, cueste lo que cueste, entre el estruendo del cambio de marchas averiado y el chirrido de los frenos.

—Vas a casarte con un norteamericano —dice, y la palabra *amerikanets* sale de sus labios con un silbido idéntico a como lo pronuncia mi madre.

No tengo ni idea de cómo Natasha, de Kiev, que en nuestra cala de Crimea se pasaba el día suspirando y dirigiéndole lánguidas miradas a Borís, se ha enterado de que me voy a casar con Robert y marcharme de aquí. Miro a Borís y me encojo de hombros, dándole a entender que Natasha tenía razón y que, efectivamente, soy responsable de esta catástrofe que lo ha obligado a abandonar sus compromisos con la ingeniería y acudir corriendo a Leningrado.

Paseamos un rato en silencio, sumidos en el ruido de la calle, el traqueteo de los autobuses, trolebuses y camiones y los violentos silbidos de un miliciano que intenta impedir que un grupo de chicas cruce la calle por donde no debe. Entonces Borís se detiene ante una puerta con las palabras «Kavkazsky Restaurant» escritas con luces de neón en la fachada, uno de esos lugares donde no le permiten la entrada a nadie.

Borís me indica que espere y se acerca al portero. Entonces se mete la mano en el bolsillo y saca un paquete rojo y blanco de Marlboro, algo que he visto una sola vez porque se trata de un producto del mercado negro, como los vaqueros y las radios Grundig con frecuencias capaces de superar las interferencias de nuestro espacio radioeléctrico y que permiten escuchar la Voice of America y la BBC. ¿Es posible que dentro del paquete vaya también un billete de diez rublos? No atino a verlo desde donde estoy, pero el portero, cuyo ridículo uniforme parece sacado directamente de *El abrigo*, de Gógol, se aparta y hace exactamente lo que en teoría es su trabajo: abrir la puerta. Borís extiende el brazo y me invita a pasar, con una sonrisita asomando en su mirada; ése es el Borís de antaño, el chico mayor y más experimentado que siempre lo sabe todo.

Al llegar al comedor, lo encontramos casi vacío. Hay varias mesas libres con manteles blancos, distribuidas por el reluciente parquet, un ficus en una maceta detrás de un piano de cola y un ambiente de lujo caduco más propio de una ciudad de un cuento de Chéjov que de la primera ciudad proletaria de la tierra. Un apático camarero con traje blanco y una mancha de aceite en una manga cruza el comedor con parsimonia y nos trae los menús. Yo finjo estudiar la lista de unos aperitivos que no conozco, aunque fingir es, en realidad, lo único que puedo hacer. Borís pide una botella de champán y, mientras el camarero se aleja arrastrando los pies para traer copas y servilletas, se reclina en su silla y me mira como si se pasara la vida en restaurantes como éste, como si no acabara de gastarse el sueldo de una semana en el paquete de Marlboro y el soborno

para que nos dejaran entrar.

Yo le devuelvo la mirada y eso es lo único que podemos hacer durante un buen rato: observarnos mutuamente. No entiendo qué pinta Borís aquí. Después de aquel agosto que pasamos en Crimea, siempre fui yo quien inició las llamadas telefónicas y quien fue a verlo; fui yo quien al final lo obligó a admitir que era demasiado distinta a él, con mi arrogancia y mi cinismo, tan propios de Leningrado, y mi glorificación de una vida occidental que sólo había podido atisbar en los libros.

El camarero regresa con el champán y un aperitivo georgiano e interrumpe nuestro incómodo silencio. Borís me acerca los platos y me explica la forma en que debo comerme las alubias rojas con especias y el pollo con salsa de nueces, aunque no entiendo cómo, viviendo en Kiev, puede estar tan familiarizado con la cocina georgiana. A continuación, nos enzarzamos en una conversación sin riesgos sobre nuestra cala en el mar Negro y los dos jóvenes guardias fronterizos que bajaron desde su puesto de guardia en lo alto de la montaña, atraídos por nuestras patatas y nuestro vino. Cuando nos terminamos el champán, Borís pide una botella de coñac. El camarero, que frunce el ceño, reprochándonos que lo obliguemos a llevar tantas bandejas, nos sirve recelosamente unos platos con brochetas de cordero y *tabaka* de pollo, sabroso, picante y tan diferente de nuestra comida. Tras brindar con el coñac, Borís deja de recordar la época que pasamos en Crimea y se centra de nuevo en mi matrimonio inmediato.

—¿Por qué lo haces? —me pregunta.

Estoy casi preparada para esto, de modo que cojo la copa y me bebo lo que queda de coñac, un líquido de color ambarino que, definitivamente (mi madre tenía razón), huele a chinches.

—Te vas a casar con un norteamericano y te vas a ir a vivir a Estados Unidos —dice, un reproche que no puedo negar—. ¿No ves que no te dejarán volver nunca?

—Sí me dejarán —respondo yo, como si por decirlo fuera a suceder—. Aún tendré mi pasaporte ruso. No soy judía, no voy a emigrar a Israel.

Si lo fuera, me digo, Borís no estaría sentado conmigo en esta mesa, acosándome con comida georgiana en un lugar en el que jamás habría soñado entrar. Aún recuerdo su arenga sobre la actitud de los judíos ucranianos durante la guerra, su desconcierto por cómo se habían dirigido voluntariamente a sus propias tumbas, en el barranco de Babi Yar. Los judíos que hoy en día quieren marcharse del país están obligados a renunciar a sus pasaportes y sus nacionalidades, de modo que no pueden regresar nunca.

—Sigo siendo una ciudadana soviética, tienen que dejarme volver.

Lo digo con voz serena, segura de mí misma, aunque en mi interior no lo tengo tan claro. ¿Realmente me dejarán volver de visita? Tal vez Borís tiene razón. ¿Por qué iban a dejarme volver precisamente a mí, una traidora que se aprovechó de los laboratorios universitarios de lengua y de los seminarios de gramática chomskyana, que aprendió todo lo que podía aprender en los libros sobre Londres, una ciudad que nunca podría ver y que al final se casó con un extranjero y se largó?

Pero Borís todavía no ha terminado.

—Y si regresaras, ¿sabes qué pasaría? —dice. Es inquietante, como si pudiera verme el cerebro y leerme los pensamientos—. Estarías estigmatizada, nadie querría verte. Ni siquiera tus mejores amigos.

Bebo otro trago de coñac, pero hace que me maree aún más. Seré una *vrag naroda*, una enemiga del pueblo, como el tío Volia, el tío de mi madre que fue arrestado y fusilado en 1937,

una época de la que no hablamos y que sólo tiene sentido en Occidente, donde publican a Solzhenitsyn.

—Es que sigo sin entender por qué —insiste—. Te has licenciado en una gran universidad, tienes un buen trabajo como profesora y el futuro asegurado. El departamento confía en ti, todos confían en ti. ¿Por qué quieres echarlo todo por la borda?

No sé si quiero seguir teniendo esta conversación sobre buenos trabajos y confianza.

—¿En serio quieres vivir en un país donde sólo piensan en el dinero? —sigue diciendo Borís.

No sé de dónde ha sacado todo esto sobre Estados Unidos y el dinero. Quizá ha leído *La ciudad del diablo amarillo*, de Maksim Gorki, que relata su visita a Nueva York en los años veinte, cuando nuestros escritores aún podían viajar al extranjero.

—Aquí —añade Borís, que extiende el brazo en un gesto que abarca los platos sucios llenos de huesos y restos de brochetas— no contamos cada copec. Aquí vivimos de celebración en celebración. —Coge su copa y se la termina de un trago, como si quisiera darme un ejemplo sobre el modo de comportarse en una celebración—. Aquí nuestra vida vale más que nuestro trabajo y su valor en la Bolsa.

—En realidad —respondo yo—, vale menos. Aquí ni siquiera tenemos Bolsa.

Borís se reclina en su silla y no oye mi comentario, o simplemente lo ignora.

—Nuestra vida aquí se basa en la amistad y el amor —añade.

—Amistad, sí —afirmo yo—, pero amor, no tanto. O, por lo menos, a mí no me pareció que tú estuvieras muy enamorado de mí.

Lo que realmente quiero decirle, aunque nunca he podido hacerlo, es cómo me sentí cuando no movió ni un dedo para venir a Leningrado a rescatarme, ni siquiera durante un fin de semana. Cuando yo no hacía más que tramar planes y contar los días y él, no. Me sentí humillada, como si de repente me hubiera convertido en un ser repugnante y despreciable, un gusano en el montón de abono de nuestra dacha.

Una mujer con delantal sale de la cocina con paso lento y empieza a amontonar los platos sucios sobre el brazo. Borís baja la mirada y observa las manchas del mantel, y eso me da la oportunidad de fijarme detenidamente en su rostro, tocado ya por los primeros rayos de sol ucraniano, y su flequillo, su pelo lacio y rubio. Ése es el rostro que me llevó a pedirle prestados cincuenta rublos a Nina y montarme en un avión dos meses después de que nos conociéramos en Crimea, no sin antes contarle a mi madre que un profesor de lingüística me había enviado a una conferencia en Kiev.

El camarero, con una inquietante sonrisa forzada, nos trae una botella de vino georgiano que no hemos pedido, pero Borís es demasiado bravucón para decirle que se la lleve, sobre todo después de ensalzar las ventajas de las celebraciones rusas. El afectado camarero abre la botella y nos sirve en unas copas desportilladas un vino almibarado llamado Jvanchkara, anunciando que se trata del vino preferido de Stalin. Durante un minuto se queda junto a nuestra mesa, como si esperara que le invitásemos a brindar por nuestro antiguo líder, como si no viera que Borís está frunciendo el ceño mientras observa que se ha quedado pegado en el fondo de la copa, preparándose para decir alguna cosa importante. Cuando finalmente se marcha, Borís apoya los codos en la mesa y se inclina hacia mí.

—Pienses lo que pienses de mí —dice—, estás a punto de cometer un error que no admite vuelta atrás. El mayor error de tu vida.

—¿Y a ti qué te importa? —le espeto yo. El vino de Stalin sabe a compota elaborada con «tinta» dulce—. Es la primera vez que vienes a Leningrado. Siempre fui yo quien tuvo que ir a verte a Kiev o a Moscú, cuando te instalaste en casa de tus amigos, esa ratonera comunitaria sin agua caliente. —De repente me viene a la mente un pasillo estrecho con olor a naftalina y una *babushka* huesuda de mirada acusadora—. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿A qué viene este discurso sobre mis errores? Quizá el error fue ir a verte. Quizá el verano en Novi Svet era lo único que tenía que haber entre nosotros.

No estoy segura de por qué le he soltado todas estas cosas que, como suele decir mi madre, son nieves del invierno pasado. Dentro de dos semanas estaré casada con Robert Ackerman, que vive en Austin, Texas, y eso hace que Borís Kravchenko, de Kiev, a pesar de su pelo rubio y sus increíbles ojos azules, resulte bastante irrelevante. Pero ¿es realmente así? Su sermón sobre la confianza colectiva contiene elementos de algo en lo que he estado pensando, pequeñas migajas de verdad que me desvelan por la noche y hacen que me quede tendida en silencio, escuchando la respiración de mi madre, que duerme en la cama de al lado.

—*Nu, nu* —dice Borís, que estira el brazo y me cubre una mano con la suya, concediéndome con benevolencia el derecho a estar enfadada—. Sólo quería felicitarte. —Coge mi dedo anular, se inclina sobre la mesa y lo besa con sus labios—. Felicidades, que tengas una vida muy dichosa y unos hijos bien sanos —me desea, y sus palabras ebrias, como una colada húmeda, se le pegan a la lengua. Entonces me suelta el dedo y coge la botella de coñac, aún medio llena, pero vuelve a dejarla—. Eso sí, tus hijos nunca verán Leningrado —me advierte—. Ni el Ermitage, ni las noches blancas. Ni los puentes, ni el teatro Kírov.

Por extraño que parezca, estoy lo bastante sobria como para no enzarzarme en una discusión sobre los hijos.

—Borya —digo, mientras me inclino sobre la mesa, para estar más cerca de él—, ¿a qué has venido?

Borís baja la mirada y observa su copa vacía. Por un instante parece que va a contestarme la pregunta, que va a dejar de sermonearme sobre la colectividad, el Ermitage y el Kírov; parece que, finalmente, va a admitir que aquel mes de agosto en Novi Svet, con su sol inagotable y su luz turquesa, ha dejado una marca en su alma, como la dejó en la mía.

Pero entonces, de pronto, recupera su cara de hombre de mundo.

—¿Te apetece un poco de chocolate? —pregunta—. Tienes que comer chocolate antes de tu boda.

Le hace un gesto al camarero, que reaparece con una tableta de chocolate asomando bajo su envoltura de papel de plata y presentada en una fuente, como si se tratara de un pastel exótico. Me levanto cuando el camarero reaparece con la cuenta, en la que (no me cabe duda) figuran platos que no hemos pedido. Pero Borís, naturalmente, no va a rebajarse a desglosarla, una mezquindad digna de un occidental obsesionado por el dinero que no sabe lo que es una celebración, ni el amor. Yo envuelvo la chocolatina y me la llevo, pues no quiero que el codicioso camarero también se la quede.

Paseamos por el Nevski Prospekt. No sé qué hora es, pero me da la sensación de que es tarde, y caminamos sin rumbo junto al canal, donde el agua negra lame los muros de los márgenes. Sopla un viento helado procedente del Neva que me despeja la cabeza. Pasamos junto al Kírov, junto a las farolas de la plaza del Teatro, con su brillo enmarañado en las volutas de acero forjado. Los últimos autobuses de Intourist están abandonando la plaza. Los pasajeros regresan a sus hoteles

tras pasar el día en nuestros museos y antiguas iglesias, donde los guías les repiten una y otra vez que no se separen del grupo, como si alguien fuera a tomar a una de esas personas desinhibidas y ataviadas con zapatos de piel por uno de los nuestros.

Me digo que resulta sarcástico que justamente ahora esté paseando con Borís por Leningrado, cuando faltan dos semanas para casarme con otro. Esto es lo que he querido desde el mes de agosto que pasamos en Crimea: encandilarlo con Leningrado, con sus balcones barrocos, sus estatuas de mármol y sus bancos a la sombra de los tilos; desplegar ante él la alfombra mágica de sus avenidas, que se extienden desde el Neva hasta el Nevski Prospekt, con el brillo de sus capiteles dorados. Exhibir ante sus ojos nuestras fuentes, nuestro Jinete de Bronce, las cúpulas nacaradas de nuestras catedrales azul celeste y las verjas de hierro forjado tras las cuales se esconden los jardines silenciosos donde Pushkin compuso sus poemas.

Y aunque ahora mismo, en esta gélida noche de marzo, con casi todas las ventanas a oscuras y las aceras cubiertas de un amasijo de nieve sucia, no es tan bonito, me pregunto si Borís no tendrá razón, si no estaré cometiendo un error. ¿Qué ciudad puede superar a Leningrado? Me voy a marchar de un lugar al que acude gente de todo el mundo para admirar su belleza desde los asientos de los autobuses de Intourist. Me voy a marchar del único lugar que conozco.

Nos detenemos en una esquina para dejar pasar un ruidoso tranvía y Borís me abraza. Me acerca aún más a él, mi cara se hunde en su bufanda de lana y nos quedamos así un minuto. Es peligroso estar tan cerca de él, sobre todo después de mezclar champán con coñac y con el vino de Stalin, sobre todo después de que este paseo nostálgico haya puesto patas arriba una serie de cuestiones sentimentales en mi interior. Justo cuando empieza a musitar algo en mi oído me separo de él.

—Tengo que irme —digo, sacudiendo la cabeza como para desembarazarme definitivamente de él—. Me alegro de que hayas venido a decirme adiós.

Borís me mira con ojos vidriosos, intentando comprender aún lo que acaba de suceder.

—¿Y quién es este *amerikanets*? —inquire.

—Eso no importa —respondo—. Es un buen tipo. Me tengo que ir.

De pronto, su mirada adquiere un aire reconcentrado y oscuro. Me acaricia el pelo con los dedos y da un paso atrás.

—Buena suerte en tu Norteamérica, tontina —dice.

Entonces se coloca en mitad del cruce de calles con la intención de conseguirme un taxi. Cuando aparece uno, le hace el signo de la victoria (señal que significa que va a pagar el doble de la tarifa) y el taxi se detiene obedientemente junto a él. La figura de Borís se recorta contra el tono verde claro del coche: sus hombros encorvados, su pelo agitado por la brisa húmeda, salada.

Le digo adiós y lo beso en la mejilla. Lleva barba de dos días y me pincha, pero durante unos minutos me quedo pegada a él. Entonces le doy un último beso en los labios, salados y cortados: el sabor del mar Negro, el sabor de esta noche ventosa.

Robert llega el 24 de marzo. Lo detienen en el aeropuerto, pero sólo les dan la vuelta a los bolsillos de su parka y se pasan media hora hojeando su agenda. Estoy segura de que ahora mi número de teléfono está registrado en el Ministerio de Interior; aunque, en realidad, teniendo en cuenta mi pasado angloparlante, probablemente lleve ya tiempo en sus archivos.

Vamos a recibir a Robert al aeropuerto en el Vólga del novio de Marina, Grigorii Isaakovich,

Gris para los amigos, que es casi calvo y mucho mayor que mi hermana. Después de esperar una hora, atisbamos la cabeza de Robert por encima de la barrera que separa la Unión Soviética de Occidente. Abre la puerta de cristal con un empujón y entra en nuestra parte del mundo.

—*Svolochi* —murmura en ruso al tiempo que se sube la cremallera de su chaqueta: «cabrones».

No hace falta que diga nada más, todos sabemos quiénes son los *svolochi*.

Me alegro de que Robert siga con la mente puesta en nuestros celosos guardias de fronteras, de modo que no tenga que plantearme cómo saludar a mi futuro marido, que acaba de llegar de la otra punta del mundo para casarse conmigo. Robert menea la cabeza como para sacudirse una pesadilla de encima y yo esbozo una sonrisa de disculpa, aunque no he sido yo quien lo ha interrogado, lo ha cacheado y lo ha intimidado; no he sido yo quien lo ha obligado a recurrir a las palabras rusas que no utilizamos delante de mi madre.

—Toma, esto te pondrá de mejor humor —dice *Gris* en el coche, sirviendo champán en cuatro tazas desparejadas que ha traído de su casa—. Propongo un brindis: por vosotros dos y vuestra vida en común. Una vida mejor.

Alzamos las tazas y nos bebemos el champán almibarado, tan frío que las burbujas parecen agujas de hielo y me dejan atontada.

Como Robert y yo vamos a casarnos dentro de dos días, nos permiten instalarnos en el apartamento de Galia, mi hermanastra mayor, la hija de mi padre. El apartamento está situado en un distrito nuevo, a una hora del centro, en un conjunto de edificios altos de color blancuzco y techos bajos que llamamos *kruschevki*, que fueron construidos durante la presidencia de Krushev, alrededor de 1960. El piso forma parte de una cooperativa, y mi padre tuvo ocasión de comprarlo porque tenía contactos.

Galia ha accedido a mudarse con una amiga durante las dos semanas que Robert va a pasar aquí, aunque no sin antes dejarme claro de manera tácita lo que opina al respecto, frunciendo los labios y levantando una ceja. Sus sentimientos son compartidos por mi madre y mi tía Muza, que llegó de Stankovo hace una semana. Están todas ellas sentadas en nuestra cocina, discutiendo lo inapropiado que les parece que dos personas compartan un apartamento antes de que el Estado los declare oficialmente marido y mujer.

—Deberías haberte quedado aquí hasta pasado mañana —dice la tía Muza con su suave y paciente voz de pedagoga, intentando darme una lección tardía.

A modo de respuesta, mi madre levanta los brazos, como dando a entender que es inútil luchar contra la decadencia moral de Occidente.

Yo pienso en el tío Vova, que no ha podido asistir a la boda, pero al que no le habría importado que compartiera el apartamento con Robert, del mismo modo que en Crimea no dijo nada sobre Borís, ni sobre el hecho de que durmiéramos en la playa.

Pero hay un mensaje aún más importante que la tía Muza quiere transmitirme, un último intento de apelar a mi sensatez:

—Quizá podríamos todavía encontrar a otra persona... —comienza en tono nostálgico, mirándome con ojos escrutadores—. Un buen chico, ruso. —Pone todo su énfasis en la palabra «ruso» y yo me acuerdo al instante de mi primo Fedia, su hijo mediano, que acaba de aparecer tras tres días de juerga y borrachera—. Nacimos aquí —susurra la tía Muza—. ¿Qué sabemos nosotros

sobre la vida en Occidente?

Intercambia miradas con mi madre, que se encoge de hombros como subrayando que, desde luego, no sabemos nada. Toda mi familia, salvo mi hermana, querría que Occidente se hubiera derrumbado ya, tal como vaticinan nuestros periódicos, para no tener que hacer frente a esta escandalosa boda.

Por otro lado, Marina, que ahora apoya abiertamente mi boda extranjera, piensa que Occidente es un lugar completamente sano y que lo que necesita una intervención quirúrgica urgente es nuestro país. Escupe con énfasis cada vez que mi madre abre el *Pravda* en la mesa de la cocina y hace que la pueblerina de mi tía se estremezca con su relato de las últimas elecciones generales, en las que Marina y yo tachamos el nombre de Brézhnev, el único de la papeleta, y escribimos el de Sájarov con bolígrafo azul. Marina pone los ojos en blanco y suelta una carcajada diabólica cada vez que Muza le pregunta a Robert algo sobre Occidente o menciona las palabras «inflación» o «apartheid».

—¿*Apartheid*? —pregunta Robert, entornando los ojos, confuso.

A mi tía le da igual que el *apartheid* tenga lugar a miles de kilómetros de Estados Unidos. Occidente es Occidente, ¡qué le importan a ella los continentes! Todos los vicios capitalistas se lían y se enredan, como hilos de lana disparejos, urdiendo la madeja del mal internacional.

En nuestro apartamento temporal, Robert y yo fingimos que vamos a casarnos. Ambos sabemos que se trata de un juego, aunque en realidad también es algo serio, pues hemos invitado a seis personas a la ceremonia prevista en el palacio de Enlaces Matrimoniales dentro de tres horas. Ambos sabemos que no es una boda de verdad, pero aun así es una boda, para la que Robert le ha pedido prestado un traje a un amigo. Él no tiene ninguno, dice con orgullo mientras se pone unos pantalones de color marrón oscuro que le quedan un par de centímetros cortos.

Yo me inclino encima de la mesa de Galia para planchar mi vestido de boda, hecho de poliéster brillante de color morado que se arruga a la más mínima. Compré la tela en Gostinyi Dvor, en el Nevski Prospekt, y Marina la convirtió en un vestido que vio en una revista de moda sin portada que alguien había dejado tirada en su teatro. No sabíamos si la revista había sido publicada este mes, ni siquiera este año, pero la chica de la foto parecía una mujer experimentada y mundana, exactamente el aspecto que yo deseaba tener.

Paso la plancha por el tejido, cargado de electricidad estática, y me siento culpable por no estar tan enamorada de Robert como creyó la mujer del palacio de Enlaces Matrimoniales. Me habría gustado que me temblaran las rodillas al verlo entrar en nuestra parte de mundo en el aeropuerto; me habría gustado derretirme por dentro cuando me besó al llegar. Me pregunto si, en los recovecos más profundos de su alma, él está enamorado de mí: un amor agotador e irracional, como el que experimenté yo durante uno o dos años después de conocer a Borís en Crimea. ¿Es ése el motivo por el que Robert se ha tomado tantas molestias para organizar todo esto? ¿Por eso ha venido aquí por tercera vez este año? Sin embargo, Robert nunca hace nada irracional, abrumador, ni siquiera espontáneo; nunca lo he visto escupir, ni soltar una palabrota. Nunca lo he visto sonrojarse. Después de participar en varias de nuestras fiestas, en las que una o dos botellas de vodka apenas son el principio de la velada, ni una sola vez lo he visto tambalearse, a causa de un sopor etílico, ni siquiera mirarme con ojos vidriosos. Quizá, en cierto modo, es como yo y oculta sus sentimientos para protegerlos de los ojos de los desconocidos, como si fueran valiosas piezas de salami húngaro o unas botas finlandesas difíciles de encontrar. Quizá somos tan

parecidos que también él se olvidará de Karen, la profesora de filología eslava, y pasaremos los días leyendo juntos *Almas muertas*, de Gógol, y practicando las consonantes palatales, tan difíciles de pronunciar para los que no son rusos.

—No es más que un caballo que va a sacarte de aquí —le dijo Nina el otro día—. ¿Qué importa que sea una boda de verdad o no? Da gracias por lo que tienes y disfruta del viaje.

En realidad, no me importa si Robert piensa aún en Karen. Me alegro de casarme con él porque me gusta que sea tan extranjero; me gusta porque representa lo prohibido, lo desconocido; me gusta que su nacionalidad impresione a los demás. Me gusta que Robert me haya elevado por encima del colectivo y me haya permitido ser lo opuesto a quienes me rodean, personas cínicas y sumisas. Me gusta no tener que resignarme más a vivir con un alma partida y esquizofrénica. Ahora podré curarme y unir mis dos mitades: mi yo real y oculto, y el que permito ver a los demás. Y Natalia Borísovna nunca más se atreverá a ofrecermme sus consejos y a acusarme de arrastrar las erres de una forma tan poco británica. Me gusta no ser ya la joven pionera ansiosa de atención que fui cuando estudiaba tercero con Vera Pávlovna, la pepita de oro que siempre se comparaba con el diamante de Zoya Churkina.

Incluso es posible que ame a Robert. La primera vez que terminamos en la cama, ambos nos mostramos vacilantes, temerosos de descubrir en el otro algo extraño u horrendo. Pero la única parte desconocida del sexo norteamericano resultó ser la abundancia de preservativos.

—¿Conoces la historia de la pareja soviética que se fue de viaje a Cuba haciendo escala en Irlanda? —pregunta Robert mientras yo escondo el envoltorio del condón en el bolso para que Galia no lo encuentre—. Disponían de cuatro horas en el aeropuerto de Dublín. Habían aprendido la palabra «*protection*» para comprar condones, de modo que entraron en una farmacia y le pidieron «protección» al propietario. Éste llamó a la policía creyendo que pedían asilo político, y terminaron en la comisaría. —Robert sacude la cabeza, divertido ante la mala suerte de esos irresponsables turistas soviéticos—. ¿Te das cuenta de la ironía? —inquire, sonriendo—. Irlanda es un país católico, o sea que no venden condones. Te ofrecen asilo político, pero no preservativos.

Me doy cuenta de la ironía, aunque también me pregunto qué le pasaría a esa pareja soviética después de pedir preservativos, por no hablar del asilo político. Me pregunto qué nos pasará a Robert y a mí.

Por la ventana del apartamento de Galia, situado en la primera planta, contemplo los abedules pelados, del mismo color que la nieve sucia que cubre el suelo, y me fijo en un chico con botas *valenki* y la chaqueta desabrochada que tira de un trineo por un camino. Robert, intentando hacerle un nudo a una corbata que también le ha prestado un amigo, mira hacia donde miraba yo, pero el chico ya ha desaparecido. ¿Qué hace un chico que debería estar en el colegio tirando de un trineo a través de los últimos restos de nieve? ¿Qué mentira le ha contado a su madre antes de salir de casa?

Pienso en mi inminente boda como si fuera una obra con un último verso que va a dejar a los miembros del departamento de Inglés de la Universidad de Leningrado prácticamente sin habla. Una recién licenciada se marcha a vivir a Estados Unidos, murmurarán los estudiantes por los pasillos, con sus voces cargadas de respeto y envidia. Una joven adjunta del departamento de Filología ha echado a perder su futuro y se ha casado con un capitalista, anunciará el decano.

Y todos jugaremos al juego de siempre. Nina fingirá estar escandalizada, Natalia Borísovna fingirá que no me conoce y yo fingiré que lamento marcharme.

Estamos en el centro de la sala de bodas del palacio de Enlaces Matrimoniales. Ante nosotros, una mujer vestida de rojo con una banda ancha de color rojo alrededor del pecho recita un discurso sobre la creación de una nueva célula social. Se trata de un discurso modificado para los matrimonios internacionales que no hace ninguna referencia a nuestras futuras contribuciones a la sociedad soviética o a la causa del comunismo. Me eliminaron de la lista de los ciudadanos de fiar hace tres meses, cuando rellené la solicitud matrimonial.

—Deseo que viváis vuestras vidas de acuerdo con el espíritu internacionalista y de fraternidad entre los pueblos —dice la mujer, aunque en su voz solemne percibo un tono de reprimenda, un tono de condena hacia una ciudadana soviética que ha elegido casarse con un extranjero.

A nuestras espaldas hay un pequeño grupo de familiares y amigos míos. Ésta es, probablemente, la boda más reducida que esta enorme sala, con su altísimo techo prerrevolucionario, haya visto jamás: aparte de mi madre, mis hermanas Marina y Galia y mi tía de provincias, están Nina, embarazada de seis meses y ataviada con un vestido que parece una tienda de campaña, su marido Rudik, mi tía Mila, que llegó de Minsk con un día de antelación, y detrás de ella, como si quisiera rehuir las miradas de mi familia, Gris, vestido con un traje azul oscuro.

Cada frase del discurso, pronunciado con una gravedad digna de una sesión plenaria de un congreso del partido, resuena en las lágrimas de cristal de la araña de bronce, la única pieza de la sala ajena al trazo inalterable del diseño soviético. Las lágrimas tintinean levemente y se quedan en silencio cuando la mujer termina su perorata y nos invita a acompañarla al estrado para intercambiar los anillos y firmar los documentos.

Atravieso la sala y mi vestido de poliéster se me pega a las piernas con un chisporroteo semejante al de las bengalas de Año Nuevo, un ruido crepitante que estoy segura de que todos los presentes pueden oír. La mujer se dirige hacia una bandera roja con la hoz y el martillo bordados con hilo de oro. Encima de la bandera, colgado de la pared, hay un cartel que reza: «¡Hacia delante, hasta la victoria del Comunismo!». El signo de exclamación se ha borrado parcialmente y cuelga de lado, como un borracho a punto de caerse. La mujer nos indica el lugar del estrado donde ha instalado una caja con los dos anillos, que conseguí en una tienda en la que todos los ciudadanos que van a casarse pueden comprar dos anillos de oro auténtico, previa presentación de la documentación correspondiente del palacio de Enlaces Matrimoniales.

—Podéis intercambiaros los anillos —ordena la mujer, y Robert coge el más pequeño.

Yo le tiendo la mano derecha, pero de pronto él se queda petrificado, inmóvil; yo también me quedo petrificada y pienso que, finalmente, ha cambiado de opinión, ha entrado en razón.

—¿En qué mano? —susurra entonces.

—En la derecha —respondo yo, susurrando también.

¿Qué tipo de pregunta es ésta? Todo el mundo lleva el anillo en la mano derecha; por lo menos, todo el que ha conseguido una prueba escrita del palacio de Enlaces Matrimoniales y ha podido comprar uno.

Robert me coloca el anillo en el dedo y me tiende su mano derecha. A continuación, salimos todos a un pasillo amplio, aunque no tan lujoso, donde el marido de Nina, Rudik, está llenando ya las copas con las dos botellas de champán incluidas en la ceremonia. Yo me bebo la mía y la de alguien más. Nina se acerca y me abraza. En lugar de su olor habitual a perfume, huele a ropa

planchada y a sopa recién hecha.

—Me alegro por ti —dice, y siento su vientre voluminoso contra mi vestido—. Felicidades.

Entonces aparece un fotógrafo y nos ordena que nos coloquemos en la escalinata, donde puede disponer a los invitados según su importancia, como si bajáramos por las escaleras de mármol. Robert y yo tenemos que posar junto a la barandilla labrada, con mi familia detrás y los amigos en el rellano superior. El fotógrafo, un hombre bajito con un traje arrugado, corretea entre nuestro grupo y la cámara, sudando, gritando instrucciones, uniendo las palmas de las manos para indicarnos que nos juntemos más.

Celebro todo este alboroto, me alegro de que mi tía se queje de que no queda champán en lugar de lamentar que no haya podido casarme con un «compatriota ruso». Me alegro de que mi madre esté más preocupada por el álbum fotográfico que por mi partida. Aprieto la mano de Robert mientras mi tía estira los brazos para agarrarlo por los hombros y besarlo tres veces en la mejilla, un viejo gesto ruso que ahora dedica a un extranjero que, definitivamente, no lo merece. Sin embargo, piense lo que piense del *apartheid* americano y de Robert, éste ahora forma parte de la familia y no le queda otra que tratarlo con la misma generosidad que dispensa a cualquier pariente político, a pesar de sus ricitos judíos y de su reloj de pulsera, en el que puede leerse la incomprensible palabra «Seiko».

En casa, la nevera está llena de estofado de carne y una docena de ensaladas.

—Iremos en taxi —decide mi madre, señalando dos coches que esperan ante la entrada.

Ella habría preferido el Volga blanco que ofrece el palacio de Enlaces Matrimoniales, con dos anillos entrelazados en el techo y una muñeca vestida de blanco sobre el capó, pero ahí fue donde yo me planté.

—¿Dónde está tu chaqueta? —pregunta mi madre, frunciendo el ceño—. Vas a pillar un resfriado y te pondrás enferma.

No sé dónde está, pero es que tampoco sé dónde está mi certificado de matrimonio ni mi pasaporte sellado, que en estos momentos son mucho más importantes para mi vida que una chaqueta o cualquier otra pieza de abrigo. Al otro lado de la calle, debajo del muro de granito, las aguas de color cinc del Neva se agitan alrededor de los pilares de piedra que sustentan el puente de Liteini mientras los últimos bloques de hielo suben y bajan con la corriente, como boyas gigantes unidas a hilos de pescar invisibles. Sopla una ráfaga de viento helado procedente del río; muy a mi pesar, debo admitir que mi madre tenía razón con lo de la chaqueta.

En el asiento trasero del taxi, Robert y yo miramos nuestros anillos.

—En Estados Unidos la alianza se lleva en la mano izquierda —dice, y yo me siento ridícula por lo de antes, en el estrado—. Me pregunto qué habría hecho aquella mujer si nos hubiéramos puesto el anillo en la izquierda.

Sólo alguien que no haya nacido aquí puede pensar en algo tan estrambótico, en una transgresión tan flagrante de las normas. Pero como sé que nuestras mentes son distintas y que Robert no puede entender lo impensable que resultaría eso para cualquiera de nosotros, finjo meditar sobre esa posibilidad.

—Probablemente habría dicho que mientras esté en suelo soviético, uno debe hacer las cosas a la manera soviética. Hacer las cosas a derechas, ¿sabes? —digo, mirando de soslayo para ver la reacción de Robert—. Demostrar que estás bien adiestrado —añado, y nos reímos los dos.

A través de la ventanilla observo las fachadas cubiertas de nieve medio derretida, el edificio

amarillo con columnas blancas, la oficina de venta de billetes de la estación de tren, y recuerdo lo que pasó aquí hace apenas unos días. Sé que a Robert le gustará la historia, una escena puramente rusa que le cuento en ruso. Sobre la una del mediodía, cuando llevaba ya una hora haciendo cola para comprarle a la tía Mila un billete de tren de regreso a Minsk, dos de los vendedores cerraron de manera simultánea sus ventanillas y colgaron sendos cartelitos de cartón con la palabra «Almuerzo» escrita a mano con rotulador morado. Delante de mí, un hombre africano con un abrigo de piel de borreguito (un estudiante extranjero de una de las escuelas de Leningrado) sugirió educadamente que cerrar dos de las tres ventanillas disponibles para ir a almorzar cuando la cola salía por la puerta de la estación no le parecía la forma más eficiente de atender al público. «Toda esta gente está perdiendo el tiempo haciendo cola en lugar de contribuir con su trabajo al Plan Quinquenal», dijo de manera sosegada, con rostro serio y construyendo gramaticalmente bien las frases. Se hizo el silencio entre la multitud, una oleada de blancos que rodeaba un solo rostro negro. Entonces, una de las vendedoras apartó el cartelito de «Almuerzo» y se asomó a la ventanilla, apoyando sus pechos de poliéster encima del mostrador. «Te hemos enseñado ruso —le espetó al africano, mirándolo fijamente, subrayando cada palabra como si estuviera leyendo un decreto de Lenin, con un tono de repulsa por su abrigo tan bien entallado, por su voz pausada y su otredad—. Te hemos enseñado ruso, ¡o sea que cállate!»

Me acerco un poco más a Robert sobre el áspero asiento del taxi.

—O sea que cállate —le susurro al oído, y él me pasa un brazo por los hombros.

Yo le he enseñado Rusia y él me ha concedido el poder de abandonarla. Huele al champú azul que ha traído consigo, un olor fresco, antiséptico. Huele a Estados Unidos, a una vida distinta.

20. LA DESPEDIDA

Estoy en el rellano de la segunda planta del departamento de Filología, en el «filódromo», el lugar donde los empleados se reúnen a fumar y contar chismes. Hoy el chisme soy yo: una profesora auxiliar temporal y posible candidata al curso de posgrado que se ha casado con un capitalista y se marcha a Estados Unidos.

Después de la boda, después de pasar tres semanas recopilando documentos, he logrado reunir todo el papeleo que exige el departamento de visados, y ahora estoy a la espera de que me concedan el visado de salida. He copiado mi expediente laboral de los archivos de la universidad y lo he mandado autenticar por un notario, he rescindido mi permiso de residencia en Leningrado, mi madre ha firmado el permiso de partida y he guardado mi carnet de miembro del Komsomol a buen recaudo, por si alguna vez decido regresar y reincorporarme a sus filas. En casa, las conversaciones sobre todas esas trabas burocráticas me evitan tener que hablar de mi partida.

Debo presentarme en la oficina del decano dentro de diez minutos, una cita obligada organizada por el secretario del partido del departamento; ha reaccionado de manera tan furibunda, apretando tanto los dientes, que apenas ha podido decir nada. Esta reunión será otra demostración de indignación oficial, una reprimenda formal.

Nunca antes he visto al decano. La única prueba de su existencia es su firma de trazo impaciente en las normas del departamento que hay colgadas en los paneles de corcho: «Decano Maslov». Llamo a su puerta con timidez, como si no quisiera que me oyera, como si eso pudiera librarme de la visita. Pero una voz me ordena que pase y abro la puerta. La oficina está llena de sillas, archivadores y carpetas rebosantes de papeles. Huele a tabaco y a polvo. Un Brézhnev pintado al óleo y sin una sola arruga me observa con el ceño fruncido desde la pared, encima de su escritorio. El decano Maslov es un hombre bajito y compacto, con un corpachón sólidamente enfundado en un traje. Parece un pirata, pues lleva un parche negro en un ojo y una pipa entre los dedos. Un pirata comunista, un decano pirata. Suelta una bocanada de humo y señala una silla que hay al otro lado de su escritorio.

—¿Es cierto lo que me han contado? —pregunta, observándome a través del humo—. ¿Nos deja?

—Me he casado con un ciudadano estadounidense, de modo que supongo que me voy a marchar.

Antes de acudir a esta cita, he reunido unas cuantas frases de la jerga oficial que se utiliza en los discursos y en las órdenes administrativas que se cuelgan en los marcos de las puertas.

El decano da una calada a su pipa y entorna el ojo, aunque no sé si lo hace por el placer que le

produce el tabaco o por el asco que le da verme.

—Es una lástima, cada vez que formamos a un buen alumno, un candidato de posgrado, Occidente nos lo arrebatada de las manos. Qué se le va a hacer. Debemos tener más cuidado a la hora de contratar a mujeres jóvenes y solteras para enseñar a alumnos norteamericanos.

Sé que se trata de una amenaza, no dirigida contra mí, sino contra las futuras estudiantes de lenguas extranjeras que pretendan conseguir trabajos de verano como docentes. Significa que, a partir de ahora, esos trabajos se concederán sólo a mujeres casadas, preferiblemente con oficiales de la KGB, como la directora del programa norteamericano.

—Todo el mundo quiere ir a Norteamérica. —El decano levanta el brazo y su pipa deja un rastro de humo en el aire—. Norteamérica, Norteamérica, es lo único que oímos. Norteamérica, el paraíso. Norteamérica, el país de la abundancia. Fresas en invierno y un coche para cada ciudadano.

Hace una pausa y me mira con su ojo bueno.

—Yo no me voy para comer fresas en invierno —digo, puesto que parece que espera una respuesta—. Ni siquiera para tener un coche.

—Ni siquiera para tener un coche. Vaya, vaya. —Estira el cuello, como si quisiera verme mejor—. Y entonces, ¿por qué se va?

Aunque es lo bastante listo como para saber que no voy a contarle la verdad, el decano Maslov se inclina hacia mí y espera a que yo responda. Me mira como me miró ayer Nadia, una antigua compañera del instituto, cuando me la encontré por la calle. Nadia es ahora una *refusenik*: es judía y hace nueve meses el departamento de visados local rechazó su solicitud para abandonar el país. Sus padres, su abuela y su marido constan ahora en la lista negra y todos los evitan. Me siento culpable por que a mí me permitan marcharme y a ella no, me da demasiada vergüenza admitir ante ella que el verdadero motivo que me incita a marcharme no tiene nada que ver con la causa de la libertad política. Me voy por mi madre. Hace dos años, si Borís me hubiera pedido que me casara con él, me habría montado en el primer tren, habría recorrido los mil kilómetros que hay hasta Kiev y me habría instalado allí.

—Me he casado —digo—. La gente se casa y se va.

El decano deja su pipa en un pesado cenicero de cristal de su mesa y se levanta. No esperaba una respuesta. Las normas lo obligan a consignar en un libro que esta reunión ha tenido lugar.

—¿Y a qué parte de Estados Unidos se va? —pregunta, hojeando los papeles de su escritorio.

—Texas.

—Ah, el estado donde asesinan a presidentes. —Se acerca a una estantería, se detiene y acaricia el lomo de los libros con un dedo—. En fin, buena suerte. —No tengo ni idea de qué quiere decir con lo de que asesinan a presidentes—. Yo he estado en Estados Unidos, ¿sabe? —comenta—. Viví allí durante un año, como parte de un intercambio cultural a principios de los sesenta. Un lugar fascinante. —El decano Maslov se mete las manos en los bolsillos y se balancea, con el ojo fijo en la ventana, donde unas hojitas, todavía arrugadas, brotan de las ramas de un álamo—. Eso sí: deberá procurar que no la despidan, ni ponerse enferma, ni envejecer... No hay red de seguridad, no hay colectivo. Cada cual va por libre. —Esboza una media sonrisa, por primera vez—. Cuando estaba allí di gracias a mi pensión garantizada de noventa rublos.

Eso es más o menos lo que esperaba oír, el discurso sobre el colectivo y las pensiones de noventa rublos, aunque yo creía que los decanos universitarios, considerando su delicada posición

ideológica, se llevaban más que eso. Creía también que Maslov se limitaría a soltarme una reprimenda y, posiblemente, a acusarme de haber despilfarrado los recursos del Estado, malgastados en mi educación.

—¿A qué se refiere con lo del estado donde asesinan a presidentes?

—¿No lo sabe? —inquire, y sacude la cabeza, como dando a entender que soy un caso perdido—. En 1963 un presidente americano fue asesinado en Dallas, Texas. ¿No lo sabía? —La figura de alguien que aprovecha su autoridad para sermonear a sus subordinados me resulta de lo más familiar—. Su presidente. Debería darle un repaso a su propia historia.

No estoy segura de cómo se supone que debo saber qué ocurrió en Norteamérica cuando yo tenía ocho años, si ni siquiera puedo saber qué está ocurriendo ahora. Sin embargo, tiene razón: mi ignorancia acerca de la historia de mi país es tan sólo comparable a mi ignorancia sobre todo lo demás.

El decano Maslov regresa a su escritorio, a su montón de papeles y a su pipa. Debe de tener sesenta y tantos años, la edad de mi madre, lo que significa que también vivió el caos posrevolucionario y las dos guerras. Tal vez por eso ha intentado advertirme sobre lo que me encontraré en Estados Unidos. Como mi madre, forma parte de la primera generación soviética, de la época en que el *vranyo* era aún una práctica reciente, apenas un retoño de lo que sería más tarde. Pertenece a una época en que el juego aún no se había metamorfoseado, no había hecho metástasis y penetrado en nuestros tejidos, del mismo modo que el cáncer de mi padre se instaló en su vejiga y en sus pulmones; en cuanto al *vranyo*, aún no había impregnado cada milímetro de nuestra carne, esa mentira que mi padre colaboró en difundir después de perder sus dientes por culpa del escorbuto, y que mi madre, tan ocupada organizando reuniones sindicales y funerales, apenas detectó. Tal vez el decano Maslov jugó al juego de las migajas que mi abuela, como todas las abuelas, inventó durante los años de hambruna. Tal vez, también él, vio cómo un trozo de pan crecía hasta convertirse en un montón de migajas.

Hurga en el bolsillo de su chaqueta y saca una caja de cerillas, entorna un ojo y enciende la pipa apagada; de pronto, no parece tanto un pirata, un hombre de mundo, un líder, como un anciano a punto de retirarse a cambio de una pensión de noventa rublos mensuales.

Entonces se me ocurre una idea ridícula: al final todo ha acabado reducido a esto, a un montón de migajas.

Me levanto y cierro la puerta a mis espaldas, sin hacer ruido. La conversación de rigor ha concluido.

Estoy en un autobús y en el bolso llevo mi visado de salida y un billete de Aeroflot a Estados Unidos. Las oficinas de Aeroflot en el Nevski Prospekt estaban vacías, como siempre, porque únicamente gestionan trayectos internacionales. Entré y pedí un billete a Estados Unidos. La chica que había sentada en un taburete alto, al otro lado del mostrador, me dirigió una mirada severa a través de sus pestañas retocadas con un rímel de importación que no hace falta mezclar con saliva y comprobó mi visado mientras yo, desde este lado, observaba su barbilla. Entonces, con desgana, tras llevarse mi pasaporte a la sala trasera y consultar con su supervisor de la KGB, rellenó mi billete con su esmerada caligrafía oficial, reservada para los destinos internacionales.

Bajo del autobús tres paradas antes de la de mi casa y regreso paseando bajo la luz de la tarde de agosto. Cruzo la plaza del Teatro, paso junto a un monumento en honor a nuestro compositor Glinka y junto a un cartel del Kírov que anuncia la ópera *Octubre*, programada para mañana. Mi

madre y yo la vimos cuando yo tenía nueve años, o sea que la obra lleva por lo menos quince en cartel. En el segundo acto de ese viejo *Octubre*, tras la desilusión del pueblo con el zar, después de que un coro de soldados hubiera apuntado al Palacio de Invierno con sus escopetas y de que apareciera un cuarteto de niños mendigando comida, un actor con barba de chivo y una peluca calva extendía su brazo, como hacía Lenin, y anunciaba la victoria de la Revolución de Octubre. La multitud que ocupaba el escenario estallaba en una ovación y Lenin hinchaba el pecho para entonar una aguda nota con la que debía imponerse por encima de todo lo que había habido antes; todo, desde el primer campesino descontento hasta el grupo de marineros que colocó la bandera roja en lo alto del Palacio de Invierno, pasando por los refrescos y los pastelitos del bufé en el entreacto. Durante un segundo, su voz se elevó hasta casi emitir una nota triunfal, pero entonces, inesperadamente, se derrumbó en un rebuzno tan miserable que todo el público, incluidos los asistentes que, como yo, no tenían oído para la música, soltó un grito ahogado.

Me detengo ante el cartel de *Octubre*, en el que aparece el mismo cantante al que oí hace quince años. Imagino cómo debió de sentirse aquel hombre delante de todo el teatro, veinticuatro filas y cuatro tribunas con el antiguo palco del zar en el centro, después de arruinar en un instante el momento definitivo de la vida de Lenin y de la causa de la Revolución.

Contemplo el cartel: el mismo cantante avergonzado, el mismo país deshonrado.

Mi maleta está abierta encima del sofá, con un par de sandalias nuevas colocadas entre dos camisas de ganchillo que Marina ha hecho para mí. Las blusas, verdes y moradas, los únicos colores de hilo que mi hermana logró encontrar en las tiendas, tienen estampados variados de hojas y flores. Marina se ha pasado varios días junto a la ventana, ocupada con una aguja de metal. Otras veces la había visto arreglar prendas de ropa, transformar unos pantalones viejos en una falda hecha de parches o descoser el forro de una chaqueta, con olor a naftalina, guardada en la oscuridad del altillo de encima de la nevera y convertirlo en una blusa de seda, pero nunca había sospechado que sus manos pudieran producir algo tan elegante.

—Son preciosas —le digo—. Es injusto que una misma persona posea tantos talentos.

Abro el armario y echo un vistazo a mis prendas de ropa, colgadas en perchas, ninguna de ellas digna de llevármela al otro lado del Atlántico. Un vestido de poliéster de flores que mi madre me compró y que no me he puesto nunca; una rebeca sin forma y con los codos abombados; un jersey con detalles brillantes y pelusilla en las mangas...

—No te olvides la ropa de abrigo —advierte mi madre, que entra cargada con un barreño de ropa húmeda, que empieza a tender en dos cuerdas que atraviesan la habitación en zigzag.

La ropa de abrigo, según mi madre, es tan importante como la sopa para una buena nutrición o el aire fresco para tener los pulmones sanos. Uno debe disponer siempre de un buen número de prendas de abrigo (gorros, guantes, bufandas y chaquetones) para garantizar la propia supervivencia.

—No necesito ropa de abrigo —contesto yo—. Me voy a Texas. Allí hace calor todo el año.

—Hará calor ahora —insiste ella, tendiendo una sábana—, pero en cuanto llegue el invierno lamentarás no habértelas llevado. —A continuación, se inclina encima del barreño de ropa y recita uno de sus proverbios—. «Quien no aprecia lo que tiene, llora cuando lo pierde.»

Estoy a punto de decir que en Texas no hay invierno, pero no lo hago. Durante las últimas semanas, los refranes de mi madre han empezado a cobrar sentido. Se me ha ocurrido que tal vez todas esas frases que hemos oído desde que íbamos al parvulario son clichés precisamente porque

son ciertas. «Sin esfuerzo, no cogerás ni un pescadito de un lago», «No te montes en trineo ajeno», o «Si supieras dónde vas a caer, pondrías algo de paja»... Todas, debo admitir a regañadientes, empiezan a parecerme sabias lecciones que no supe aprender a su debido tiempo y para las que ya es demasiado tarde.

Cuando mi madre ha terminado de tender nuestros edredones y fundas de almohada, se va a la cocina a preparar la cena. Marina también está en casa hoy, y, de pie debajo del perchero del pasillo, entre las mangas arrugadas de los impermeables, oigo el murmullo apagado de sus voces. La de mi madre tiembla de miedo; en la de mi hermana asoma su rabia ante cualquiera que piense que marcharse a Occidente es peligroso.

—Pero ¿qué sabemos realmente sobre Estados Unidos? —inquire mi madre—. La gente pide limosna por la calle y duerme debajo de un puente, y todo el mundo va por ahí con una pistola.

—Pues a mí me parece perfecto —afirma Marina—. Si yo tuviera una pistola, te aseguro que sabría muy bien qué hacer con ella.

Se produce una pausa, se oye ruido de cacharros. Quiero entrar y decirle a mi madre que no voy a pedir limosna y que tampoco dormiré debajo de un puente.

—¿Y cómo va a mantenerla ese escritor miope? —pregunta mi madre—. Aún está estudiando, ¿no? ¿Allí dan ayudas para estudiantes?

—Y yo qué sé —responde Marina con un suspiro teatral—. Pero Elena no necesita que él la ayude. Habla inglés, sabrá cómo apañárselas.

Oigo gimotear a mi madre y sorberse la nariz. Entonces asomo la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Lo has oído? —digo—. Sabré cómo apañármelas. Te lo prometo.

Me enderezo y doblo el brazo, emulando el saludo de los pioneros. Mi madre sacude la cabeza y sopla por la nariz, pero me doy cuenta de que tiene que hacer un esfuerzo para que no se le escape una sonrisa.

Regreso a la sala, que está dividida por la colada húmeda: allí aguarda mi maleta medio vacía. Meto en ella el *American Heritage Dictionary* con su sobrecubierta roja, regalo de Robert, el segundo objeto más valioso que poseo después de mis Levi's de pana. Del tocador cojo varios frascos de perfume que compré con el sobresueldo que me saqué dando clases particulares. Los envuelvo con mucho cuidado con papel de periódico y los coloco entre las camisas.

El resto de los veinte kilos que Aeroflot me permite llevar son regalos. Recuerdos rusos para Robert y su familia, que mi madre y mi hermana han ido amontonando en el sofá. Cucharas de madera pintadas con los colores rojo y dorado de Jojломá, bandejas de metal negras con rosas, manteles de lino con sus servilletas a juego. Sobre el televisor descansa un samovar cromado que mi madre consiguió gracias a sus contactos médicos, un regalo que me he negado a llevarme. Como si fuese a presentarme en un aeropuerto norteamericano envuelta con pañuelos y bufandas y cargada con cajas de samovares atadas con cordel.

Cuando termino de hacer la maleta, Marina entra en la habitación. Alisa las sábanas tendidas, cierra mi maleta y la deja en el suelo. Nos sentamos muy juntas en una esquina del sofá, sin hablar, a la sombra de la ropa tendida.

—¿Cómo crees que es realmente Estados Unidos? —le pregunto.

Marina contempla mi maleta, pensativa.

—Es como un pasillo luminoso —dice—. Ya sabes, lo que se supone que ves antes de morir:

una luz brillante, un túnel que te lleva a otra parte.

En realidad, no sé qué hago preguntándole a Marina, que vive aferrada a las supersticiones y que se cree todo lo que le cuenta la vecina gitana de nuestra dacha cuando le echa las cartas. No entiendo por qué escucho a mi hermana, que fue a la catedral de San Nicolás, a dos bloques de nuestra casa de Leningrado, y le pagó cinco rublos a un charlatán borracho con el pelo sucio para que la bautizara. Tampoco le agradezco esta analogía de tan mal gusto. No tengo intención de morirme mañana. Al contrario, tengo la sensación de que mi vida está a punto de comenzar.

Marina me mira fijamente y se acerca más a mí.

—Esa luz es nuestro brillante futuro —afirma—. El futuro que llevan prometiéndonos desde que íbamos al parvulario, desde 1917 y el asalto del Palacio de Invierno. Sólo que nadie nos había dicho que ese futuro estaba al otro lado del Atlántico.

Nos quedamos un minuto sentadas en silencio, inmóviles.

—Tienes que contárselo a mamá —le pido—. Lo del futuro brillante, quiero decir.

Marina asiente con la cabeza y me pasa un brazo por los hombros.

—Da miedo, es como el primer día de colegio —digo—. Como antes de empezar el primer curso, cuando tenía siete años. Todos llegaron con delantales blancos encima del uniforme, pero yo no sabía nada; mamá no me lo había contado. Tal vez ella tampoco lo sabía, de modo que me puse el negro. Y de pronto me vi allí, la única vestida de negro entre una multitud de blanco, sin saber siquiera qué aspecto tenía mi maestra, ni dónde tenía que ir. Con un ramillete de gladiolos que me había dado mamá.

—De nuestra dacha, seguro —comenta Marina, y se acerca aún más a mí.

—Sí —digo yo—. ¿De dónde iban a ser, si no?

Gris, que se ha ofrecido para acompañarme en coche al aeropuerto, llega a las dos y media, diez minutos antes de la hora acordada. Cuando Marina abre la puerta, vemos tan sólo un enorme ramo de flores tras el que se esconde el rostro de Gris.

—Trae, trae —dice mi madre, que sale corriendo de la cocina con un jarrón—. Las peonías son muy delicadas, no sobreviven demasiado tiempo sin agua.

Deja las flores encima de la mesa de la habitación donde está mi escritorio y el sofá de Marina. Ahora es la habitación de Marina.

Echo un vistazo a mi bolso: mi pasaporte, que aún huele a imprenta, un billete de Aeroflot (una libretita rectangular satinada con páginas de calco rojas) y ciento treinta dólares, la cantidad máxima permitida para quienes abandonan el país y que canjeé ayer tras una visita al vacío abovedado del Banco Central.

Mi maleta está junto a la puerta; todo está a punto. Estamos en el pasillo; la situación es incómoda, no sabemos qué hacer.

—Bueno, vámonos —dice mi madre.

—¿Cómo vamos a marcharnos sin sentarnos primero? —le espeta Marina.

Se trata de una superstición que, se supone, garantiza un viaje seguro y que la persona que se va, regrese: todo el mundo debe sentarse un minuto, en silencio. El más joven debe ser el primero en levantarse.

Mi madre, mi hermana y yo nos sentamos en el sofá del cuarto de Marina. Gris hace lo propio en una esquina de la silla que hay delante del escritorio. Mi madre me mira; Marina, absorta como

si estuviese sobre el escenario, contempla las flores que hay encima de la mesa; Gris mira al suelo. Una ambulancia (o un vehículo del ejército) aúlla en la distancia, y la sirena va aumentando de intensidad a medida que dobla la esquina y pasa rauda por delante de nuestra ventana.

Marina me hace una señal para que me levante. Nos apelonamos en el pasillo, hombro con hombro, con tintineo de llaves y puertas que se abren. Un alboroto sin sentido, un acceso de caos de última hora.

Gris coge mi maleta y la lleva hasta el ascensor.

En el patio interior, donde los niños de mi antigua guardería juegan en el cajón de arena, levanto la vista y contemplo el cielo recortado, donde una escuadra de nubes proyecta una sombra pasajera. Una niña con dos trencitas delgadas deja de cavar en la arena y observa el círculo luminoso del sol, que brilla en medio de una nube de algodón.

Gris introduce mi equipaje en el maletero y nos abre la puerta. Mi madre, por ser la mayor, se sienta delante. Gris cruza lentamente la zona de columpios y sale por la arcada del patio a la calle.

Con una mano en el volante, sorteando trolebuses y camiones por la ancha calzada sin señalizar del Moskovski Prospekt. Hay gente haciendo cola en una parada de autobús, algunas personas salen de una tienda, cargadas con bolsas de rejilla. Los niños van cogidos de la mano de sus padres, camino de la biblioteca o de las clases de piano. Un martes por la tarde corriente.

Los enormes edificios que bordean la avenida dan paso a los complejos de apartamentos como cajas de cerillas y, más adelante, a los campos yermos salpicados de invernaderos. «Verano», reza un gran cartel que anuncia una plantación de verduras en la que, de vez en cuando, se forman largas colas para comprar jugosos pepinos y manojos de eneldo amarillo. Cuando el cartel se pierde en la distancia, la carretera gira a la derecha y en el horizonte aparece la terminal de vuelos internacionales del aeropuerto de Púlkovo.

Nina ya está allí, preparada para decirme adiós, con un fajo de declaraciones de aduanas en una mano. Anoto los objetos que debo declarar: un anillo de bodas de oro, el brazalete de plata que me regaló Kevin, el chico británico del grupo al que hice de guía turística en noveno curso, y un recibo de cambio de moneda por valor de ciento treinta dólares. La terminal internacional es un lugar oscuro y abarrotado de gente, una pequeña ala separada por una tapia desde donde despegan un puñado de vuelos al extranjero. Echo un vistazo a la declaración de aduanas e intento descifrar el diminuto texto que me advierte de la prohibición de sacar rublos, metales preciosos y obras de arte del país.

—Empieza la facturación para el vuelo a Moscú que conecta con el vuelo 37 a Washington — anuncia una voz monótona a través de un altavoz, que suena amortiguado, como si estuviera bajo el agua. Desde la invasión de Afganistán, los vuelos de Aeroflot no pueden aterrizar en Nueva York, o sea que Robert me dijo que le pediría un coche al mismo amigo que ya le prestó el traje de boda e iría a Washington a buscarme—. Señores pasajeros, diríjense a la zona de aduanas.

—¿Ya? —pregunta mi madre, que lanza una mirada escrutadora a su alrededor como suele hacer siempre antes de salir de viaje, como si estuviéramos rodeados de bolsas de rejilla—. Todavía es muy pronto...

—Es mejor que te vayas —advierte Marina—. A saber cuánto tiempo van a pasar esos cabrones registrando tu maleta.

Gris coge mi maleta, me abraza y acerca su mejilla a mi oído.

—*Schastlivo* —dice, al tiempo que me suelta y me guiña un ojo—. Mucha suerte. Ve y descubre cómo son las cosas ahí de verdad.

Un estudiante español, que forma parte de un grupo de visitantes y cuyo equipaje abulta el doble que él, pasa junto a Marina y le pega un empujón involuntario que hace que ésta me abrace con más fuerza y me bese con mucho más ímpetu del esperado. Yo hundo mi cara en su pelo, que brilla bajo la luz con un color similar al de la mermelada de albaricoque que compró en una ocasión durante una gira por Armenia.

—Escríbenos —me pide.

Entonces observo el rostro arrugado de mi madre y descubro su mirada, abierta como una herida reciente. Se acerca a mí y yo acerco mi cara a su mejilla húmeda. Huele a cocina y a setas, igual que hace años, cuando me perdí en el bosque y el crujir de sus pasos me guió hacia la seguridad de su abrazo.

—*Pishi* —susurra—, prométeme que escribirás a menudo. —Sus ojos se llenan de nuevas lágrimas que se deslizan por sus mejillas—. ¿Estás segura de que lo has cogido todo? —pregunta, tragando y parpadeando—. ¿Te has llevado la bufanda que te dejé preparada? —Se pasa un dedo por debajo de los ojos y coge mis manos entre las suyas, más calientes. Entonces noto algo pequeño y pesado en la palma—. Toma, llévate esto. Es el reloj de tu abuela. Es de oro macizo, francés. Ya no fabrican relojes así.

Sé que la ley prohíbe sacar del país objetos fabricados antes de 1957, producidos en países extranjeros o que contengan oro, pero en estos momentos la ley es tan irrelevante como el grupo de estudiantes de visita que hablan en un español rapidísimo, como si fueran metralletas. Sujeto el reloj en la palma de la mano y me lo meto en el bolsillo de mis pantalones de pana.

—Iremos a visitarte —afirma Gris—. Primero mandaremos a *mama*, en cuanto termine con la dacha y su mermelada de manzana. Luego irá Marina y al final estaremos todos allí y no sabrás cómo librarte de nosotros.

—Sí, eso —respondo yo, y le sonrío a Marina—. Empezaré con el papeleo en cuanto aterrice.

La marea del grupo de estudiantes me rodea y me arrastra hacia la puerta de cristal, la línea fronteriza que nos separa del resto del mundo. Detrás de ésta, con gestos mecánicos, un agente de aduanas de uniforme gris comienza a revolverme la bolsa. Lo reconozco de mis clases de último año en la universidad. Desenvuelve mis frascos de perfume, uno a uno, y estudia su contenido a contraluz. Me abre la cartera y cuenta el dinero. Hojea las páginas de mi agenda de direcciones. Un licenciado universitario hurgando equipaje. Él no me reconoce, o finge no reconocermelo. Noto el duro metal del reloj en el mulso y lo miro a los ojos, los ojos inertes de un agente de la KGB que, mientras me encuentre en la zona internacional del aeropuerto, aún puede penetrar en mi sospechosa cabeza, acusarme de ser una delincuente antipatriótica y obligarme a permanecer aquí. Nos miramos fijamente hasta que él aparta la mirada (un experto en filología alemana que se dedica a hurgar entre la ropa interior y los calcetines ajenos), saca mi equipaje profanado de la cinta y lo deposita en el suelo.

Cuando termino de hacer la maleta otra vez, vuelvo la cabeza y los veo a todos hacinados al otro lado de la puerta de cristal. Nina me saluda con energía por encima de la cabeza de mi madre. Gris está junto a ella, con la gorra encasquetada sobre la frente y las manos en los bolsillos. Marina intenta hacer a un lado al guardia, apartándolo con el hombro. A mi madre sólo la veo parcialmente, un pequeño fragmento de la cara y un pañuelo con el que se seca un ojo.

Si mi padre siguiera vivo, ¿estaría junto a ella, diciéndome adiós, intentando tranquilizarme con su presencia y convencerme de que no voy a terminar debajo de un puente? ¿O estaría en la dacha de algún amigo, enfadado porque me voy, como cuando nací? Según mi madre, era terco

como una mula, igual que yo. Pienso en el sueño que tuve a los ocho años, en el que él estaba sentado en su barca y me hablaba del teatro, sobre cómo el público contiene el aliento y guarda silencio justo antes de que se levante el telón. La anticipación de la magia, lo llamó él, la expectativa de la ilusión. El momento en que el ruido cesa. El momento en que dejas de ser corriente.

Me pregunto si en la vida real mi desconocido padre sabía algo sobre la magia. ¿Habría sabido reconocer ese momento?

¿Y yo?

—Adelante, vamos —me ordena una guardia fronteriza, empujándome hacia un detector de metales que no funciona.

Sin embargo, tenemos que fingir que sí lo hace, de modo que cruzo el arco, que guarda silencio benevolentemente. A continuación, la guardia fronteriza se vuelve hacia dos mujeres que tienen aspecto de inglesas, vestidas con traje pantalón, y les indica por señas que también ellas deben fingir.

Estoy en el otro lado del mundo y miro atrás, me despido. Pienso en las gruesas nubes que sobrevuelan la ciudad, rumbo al mar del Norte, y que pasan por encima del patio interior de mi apartamento. Pienso en los muros medio desmoronados, los alféizares cubiertos de hollín, las escaleras agrietadas que conducen hasta puertas cerradas de manera permanente. Pienso en el desvencijado cajón de arena del patio. En su repisa está sentada una niña con trencitas. Conozco su cara: unos ojos verdes ligeramente sesgados, que delatan la gota de sangre tártara que corre por la sangre de todos los rusos; una cara cubierta de pecas, como si alguien la hubiera salpicado con agua fangosa.

La niña levanta los ojos y me mira, y los lazos de sus trencitas aletean como mariposas. Yo me agacho junto a ella, pero sus pecas se vuelven más oscuras, sus mejillas adquieren un tono rosado y sus ojos sesgados evitan los míos. Está tensa y distante, como los tilos inmóviles que hay tras ella, como ese patio mudo, como la ciudad de Leningrado, prematuramente envejecida. Una bandada de palomas que picotean en la basura despliegan sus alas y se elevan con un extraordinario revoloteo hacia donde el viento hace vibrar los tejados. Nos quedamos sentadas en el cajón de arena, en dos extremos opuestos del mundo, atrapadas en un bucle temporal: ambas esperando, ambas contemplando el cielo recortado del patio interior y preguntándonos qué habrá más allá.

Cuando me vuelvo de nuevo, mi familia y mis amigos ya no son visibles. Lo único que veo a través de la herradura del detector de metales estropeado, lo único que queda de mi país es un resplandor en el cristal.

EPÍLOGO

Mi madre deambula de un lado a otro de mi casa, apagando las luces. Vacía mi lavavajillas, barre las hojas del patio y le da de comer al perro. Llegó hace veintiún años, durante los últimos meses de mi embarazo, con el pelo tan blanco como nuestro patio en invierno. Según mi hermana, fue mi divorcio de Robert (la diferencia de nuestros cerebros y el calor de Texas, tan extraño) lo que precipitó ese drástico cambio de color. Mi nuevo matrimonio con alguien a quien ella ni siquiera conocía, y que es mi marido desde hace veintiocho años, no mejoró las cosas. Nadie podía creerse que el pelo de mi madre hubiera cambiado del marrón al blanco y de nuevo al marrón en cuanto se instaló con nosotros en Nutley, Nueva Jersey.

De camino a casa desde el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy, donde aterrizó en junio de 1988, cruzábamos Manhattan hacia el túnel Lincoln cuando una mujer joven con unos ajustados pantalones cortos se acercó al coche en un semáforo en rojo de la calle Cuarenta y dos. Mi marido volvió la cabeza hacia ella y entonces la mujer se levantó la camiseta de tirantes por encima de la cabeza. Mi madre dio un respingo y se puso tensa. Yo sabía perfectamente lo que estaba pensando: que durante todas las noches que había pasado en vela, repasando los titulares de la prensa en busca de noticias sobre la situación al otro lado del Atlántico, tenía razón. Los Estados Unidos son las fauces del tiburón, tal como había prometido *Pravda*.

Desde entonces han pasado muchas cosas. En 1991 la CNN mostró las imágenes de las barricadas de la plaza Roja y nos quedamos boquiabiertas al ver a Yeltsin sentado encima de un tanque, con su brazo alzado hacia el futuro, ante el Parlamento de Moscú, llamado la Casa Blanca. A continuación, el mapa de la Unión Soviética se fue encogiendo, Leningrado se convirtió de nuevo en San Petersburgo y el *Pravda* dejó de existir. El departamento de Inglés de mi universidad abrió una sección privada en la que aprender inglés ya no es gratis; el decano dejó de observar los estándares del partido para empezar a invertir en compañías petrolíferas privatizadas. Marina contestó a un anuncio personal de un periódico de Luisiana y se casó con un buen hombre que adora sus dotes culinarias y de costurera. Mi hermana ha abandonado el teatro y ahora dedica todo su talento a cultivar caquis y tomates en un barrio residencial de Nueva Orleans. El precio de las llamadas internacionales ha bajado de los tres dólares a los dos céntimos.

Mi madre aún reutiliza las servilletas de papel y las bolsas de plástico del supermercado, que dobla y amontona cuidadosamente debajo de su cama. En su apartamento del sótano, lee memorias sobre la Gran Guerra Patriótica y ve la Televisión Nacional Rusa, que vuelve a estar bajo el control del gobierno, como cuando yo vivía allí. Entre las noticias sobre Moscú y los dramas militares, llena un cuaderno con historias sobre su pasado. Todas las semanas llama a su hermana

Muza y a su hijastra Galia, que siguen en Rusia, y les habla de su vida aquí. Les cuenta cómo fue la fiesta de su noventa y cinco cumpleaños, cuando Marina vino de visita y se pasó dos días cocinando; les manda paquetes con guantes y jerséis, la tan necesaria ropa de abrigo.

Sin embargo, mi madre ya no tiene necesidad de controlar ni de proteger a nadie. Ya no hay comisarios, ni colas en las que uno deba abrirse paso a codazos. No hay KGB, ni escasez de mayonesa. Pero los viejos hábitos perduran y yo tengo que hacer un esfuerzo por no reaccionar como hacía antaño cuando, entre las nuevas arrugas de su rostro, asoman los ojos de mi madre tal como era en Leningrado. Cada vez que cargo su carro de la compra con alforfón y requesón, pregunta cuánto cuestan y estudia los recibos de la compra buscando errores, ansiosa por demostrar que algún cajero rapaz la ha querido engañar. Nos mira de reojo si vamos a comer a un restaurante, lo que considera un desprecio hacia nuestra nevera, llena de comida perfectamente comestible. Pero mi madre también es una mujer práctica. Sabe que vive bien, y, tal como afirma su dicho, «cuando las cosas van bien no hay que empecinarse en que vayan mejor». En vacaciones compra postales de cachorros y rosas. Con la intención de ayudarme, recorta recetas para preparar cenas rápidas y las amontona en el mármol de la cocina, junto a los consejos sobre qué universidad elegir para mi hija de un periódico en ruso que se publica en Brooklyn.

Ahora soy yo la que se preocupa por las bufandas y la escuela, la sopa y el orden. Soy yo la que se supone que debe proteger y controlar. En mi cabeza, las imágenes de una vida perfecta crecen como las fresas de nuestra dacha, en filas modélicas. Quiero que mi hija hable ruso, lea a Turguénev y memorice versos de Pushkin como hice yo en el colegio. Quiero que adore el teatro y pase noches en la cocina pontificando sobre la felicidad personal y el sentido de la vida. Quiero contagiarla con el germen ruso para que deje de ser estadounidense y se vuelva como yo.

Pero no lo hago. La lengua de mi hija es el inglés y, para ella, KGB y Pravda son tan sólo los nombres de dos exclusivas discotecas de Nueva York.

En mi casa de Nueva Jersey, donde mi madre dispone de un apartamento del tamaño del que compartíamos en Leningrado, todos disfrutamos de nuestra privacidad, algo que intenté encontrar en el idioma ruso y en mi vida rusa, hasta que me di cuenta de que eso allí no existía. Estoy contenta de haberme marchado hace veintinueve años y estoy contenta de que mi familia esté aquí conmigo. Hoy en día estoy más cerca de mi madre y de mi hermana de lo que jamás lo estuve en Leningrado. De hecho, es posible que no seamos ya las mismas personas que éramos en Rusia. Nuestro espacio privado norteamericano ha permitido que nuestras almas partidas se unieran y se curaran; aquí podemos cambiar a nuestro antojo (transformarnos, algo que mi hermana actriz domina a la perfección) sin que nadie nos acuse de traicionar a la colectividad. Sencillamente, podemos vivir, mantener la puerta abierta y esperar. Podemos fluctuar, como la nueva Rusia.

—Como decía mi *mamochka*, todo lo que pasa es para bien —murmura mi madre, cubierta de arrugas y de nuevo con el pelo blanco.

Su *mamochka*, mi abuela, igual de débil y arrugada que ella, nos observa desde una fotografía colgada en la pared, junto al retrato de mi madre pintado por su hermano Sima. Nunca hablamos de cosas como el perdón, la comprensión o la aceptación. Simplemente bebemos té de grosella negra, el preferido de mi madre, y yo no digo nada que ponga en duda la sabiduría de mi abuela.

AGRADECIMIENTOS

Le estoy enormemente agradecida a mi agente, Molly Friedrich, una persona absolutamente extraordinaria, por haberse arriesgado con estas memorias y por haberme guiado desde un principio; también a mi editora, Priscilla Painton, por su perspicacia, su buen hacer y su vista de lince; gracias también a Jacobia Dahm, la primera lectora que usó la palabra «libro» para referirse a estas páginas. Asimismo, estoy en deuda con Victoria Meyer, directora ejecutiva de marketing de Simon & Schuster, por su entusiasmo respecto a este libro, y con Loretta Denner, por su precisión y estilo. Gracias también a Lucy Carson, Michael Szczerban y Dan Cabrera por su apoyo.

La inspiración a la hora de escribir estas memorias nació durante un seminario que Frank McCourt ofreció en la Conferencia de Escritores de Southampton, donde la inteligencia y energía de mis excepcionales compañeros de clase superaron cualquier expectativa y crearon un momento mágico. Aprendí muchas cosas de los numerosos mentores y amigos de la conferencia, a quienes agradezco su sabiduría y sus valiosos consejos. Quiero dedicar un agradecimiento especial a Robert Reeves, director de la conferencia, y a Jody Donohue, poeta y amiga.

Estoy en deuda también con mis colegas escritoras Pearl Solomon, Patricia Hackbart y Ruth Hamel, cuyos consejos han contribuido a mejorar muchos capítulos de este libro; con Nadia Carey, una vieja amiga de Leningrado que corrigió algunos errores, y con Eleanor Oakley, por su gran corazón.

Mi agradecimiento a Donna Perreault, de *The Southern Review*; Stephanie G'Schwind, de *Colorado Review*; Robert Stewart, de *New Letters*, y Lou Ann Walker, de *Southampton Review*, por publicar capítulos de estas memorias. También a Juris Jurjevics, de Soho Press, por su generoso apoyo. Mi gratitud al difunto Staige D. Blackford, de *The Virginia Quarterly Review*, por sus amables palabras, que datan del siglo xx, la primera muestra de apoyo que recibí por parte de un editor.

Spasibo a Irina Veletskaya, Anna Graham, Lyuba Borisova y Olga Kapitskaya por su amistad, al estilo ruso.

Gracias a mi hermana Marina, por su alma colmada de talento, y a mi madre, por su cabeza colmada de recuerdos. También estoy en deuda con los miembros de mi familia que siguen en Rusia, aunque es probable que ellos hubieran contado una historia diferente sobre nuestro pasado.

Y, finalmente, este libro no habría sido posible sin las dos personas más próximas a mí: Laurenka, que puede que haya recibido una influencia rusa mayor de la que ella sospecha, y Andy, mi mayor valedor, riguroso lector y defensor infatigable desde mis primeros años en este país, cuando la lengua inglesa era aún un misterio. A vosotros, mi amor.



ELENA GOROKHOVA

(1955) creció en Leningrado, el actual San Petersburgo, donde recibió una educación basada en los preceptos de la ortodoxia soviética. Poco después se interesó por el estudio de la lengua inglesa y comenzó un proceso de desengaño con el régimen comunista que culminó cuando se casó con un americano para poder emigrar a Estados Unidos. Es doctora en Pedagogía Lingüística, ha trabajado como profesora de inglés y de ruso y ha enseñado lingüística en varias universidades.

Además de *Un montón de migajas*, es autora de *Russian Tattoo* (2015), su segundo libro de memorias. Su trabajo ha aparecido en *The New York Times*, *The Daily Telegraph*, en la BBC Radio y en varias revistas literarias. En la actualidad, vive en Nueva Jersey.

Presentación

Un montón de migajas son las memorias de infancia y primera juventud de Elena Gorokhova, una chica curiosa e inteligente que lucha por sobrevivir en la represora Unión Soviética de los años sesenta. La Rusia en la que crece es un estado burocrático y represor bajo cuyo triunfalismo oficial late una sordidez que impregna cada detalle de la vida cotidiana.

La joven Elena, inquieta y ávida de conocer el mundo más allá del telón de acero, se apasiona por el estudio de la lengua inglesa, pero en la Unión Soviética algo tan inocente puede resultar subversivo. El Estado la controla del mismo modo que la controla su madre, convertida en un espejo de la madre patria: autoritaria y sobreprotectora, es difícil zafarse de ella. A los veinticuatro años, tras varios desengaños, Elena asumirá las consecuencias de su inconformismo y se propondrá emigrar al extranjero para liberarse del doble yugo nacional y materno.

Con una gran agudeza para captar los sinsabores y las pequeñas alegrías de la vida cotidiana, *Un montón de migajas* nos cuenta cómo era la vida de una familia rusa cualquiera durante la segunda mitad del siglo xx. Este retrato de época halla su luminoso contrapunto en la historia de la propia Gorokhova, una ciudadana anónima y rebelde dispuesta a vivir su vida, a contracorriente de las mentiras que le cuentan los adultos y un estado soviético sumido en la bancarrota moral y material.

NOTAS

[1] Juego de palabras intraducible. *Fooligan* es una mezcla entre *fool* («loco» en inglés) y *hooligan* («gamberro»). (N. del T.)

[2] Boca de dragón, en castellano. (N. del T.)